



UNIVERSIDAD  
**NACIONAL**  
DE COLOMBIA

**De fronteras, sustentos y vida**  
Una mirada antropológica a las transformaciones  
productivas y ecológicas  
de campesinos-colonos del Guaviare

**Alejandro Garcés Rallo**

Universidad Nacional de Colombia  
Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología  
Bogotá, Colombia  
2022



**De fronteras, sustentos y vida**  
**Una mirada antropológica a las transformaciones**  
**productivas y ecológicas**  
**de campesinos-colonos del Guaviare**

**Alejandro Garcés Rallo**

Tesis de investigación presentada como requisito parcial para optar al título de:  
**Magister en Antropología**

Director:  
PhD. Juan José Vieco

Línea de Investigación:  
Antropología social

Universidad Nacional de Colombia  
Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología  
Bogotá, Colombia  
2022



*A la memoria de Mario Urrutia Desmaison,  
ingeniero agrónomo peruano, responsable de mi  
más temprana intriga por el mundo campesino  
latinoamericano.*



## Resumen

**De fronteras, sustentos y vida.  
Una mirada antropológica a las transformaciones productivas y ecológicas  
de campesinos-colonos del Guaviare**

El presente trabajo de investigación tiene lugar entre campesinos-colonos del departamento del Guaviare (Colombia), en el ecosistema de la Amazonía-Orinoquía. Durante la primera generación de colonización campesina, el conflicto y las limitaciones económicas perpetuaron el desplazamiento de colonos selva adentro. La tendencia en las últimas décadas ha estado marcada por los cultivos de coca, los monocultivos y la ganadería extensiva, de la mano del acaparamiento de tierras, provocando la destrucción de los ecosistemas de vida mediante la deforestación. Actualmente, esta segunda y tercera generación de campesinos-colonos continúa enfrentando dificultades para sostener la economía local y la reproducción social. Ante esto, algunos habitantes de la llamada frontera agropecuaria están protagonizando prácticas productivas ecológicamente sostenibles que contrastan con estas tendencias de corte tradicional, y que dan cuenta de transformaciones en las prácticas socioeconómicas y las relaciones ecológicas. Bajo restricciones ecosociales e inmersos en el paradigma del desarrollo y el crecimiento ilimitado, estos actores sociales dan cuenta de su agencia, foco de este trabajo que examina sus perspectivas, experiencias y sentires. Mediante un ejercicio etnográfico y reflexivo, se pretende conocer la relación entre estas prácticas productivas y las relaciones ecológicas, con la intención de explorar horizontes de posibilidades que validen modos de vida para estos pobladores relativamente recientes de la región de frontera.

**Palabras clave:** Orinoquía-Amazonia colombiana, Guaviare, conflictos socioambientales, economías alternativas, relaciones ecológicas, deforestación, cambio social.

## Abstract

**Of frontiers, foundation and life.**

**An anthropological gaze at the productive and ecological transformations amongst  
peasant settlers in Guaviare (Colombia)**

This research takes place amongst peasant settlers at the Colombian Amazon-Orinoco ecosystem, in the department of Guaviare. During the first waves of settling in this region, both armed conflict and economic constraints forced further displacement of settlers deeper into the Amazon rainforest. For the last decades, coca leaf crops, monoculture and extensive ranching have been the trend along with socioeconomic processes of land hoarding, persisting in the destruction of ecosystems and pushing forward the so-called agricultural frontier. Nowadays, a second and third generation of peasant settlers is still struggling to sustain local economy and social reproduction. Considering these circumstances, some of these dwellers of the frontier are currently performing more ecologically sustainable practices which differ from the traditional ones, thus giving evidence of socioeconomic and ecological transformations. Constrained under tight ecosocial relations and the paradigm of development and illimited growth, these social actors prove their agency, on which this research focuses by analyzing their perspectives, experiences and feelings. This is an ethnographic and reflective endeavor that examines the relations between the peasants' productive practices and their ecological relations, aimed at exploring new possibilities of valid lives for these relatively recent dwellers of the frontier region.

**Keywords:** Colombian Orinoco-Amazon, Guaviare, socio-environmental conflicts, alternative economies, ecological relations, deforestation, social change.



# Contenido

	Pág.
Introducción .....	1
<b>1. Llegar .....</b>	<b>19</b>
1.1 <i>Llegué buscando un pedazo de tierra que trabajar</i> .....	20
1.2 <i>Esto era pura selva</i> .....	21
1.3 <i>Nos escapamos al Guaviare, y nos amañamos por acá</i> .....	23
1.4 Dinámicas y motores de las migraciones al Guaviare: ayer y hoy .....	24
<b>2. Producir .....</b>	<b>29</b>
2.1 Aproximaciones a la idea de “alternativa” económica o productiva .....	29
2.2 <i>Arrancamos las tres matas que quedaban</i> .....	34
2.3 Autoconsumo, intercambio o venta local.....	36
2.4 La comercialización o <i>sacar el producto</i> : el eterno cuello de botella del Guaviare .....	40
2.5 El caucho: zonas deforestadas y rentabilidad.....	43
2.6 <i>El bosque da mucho más que madera</i> .....	46
2.7 Apicultura en la Amazonía: abejas y trashumancia .....	49
2.8 El sacha inchi: una muestra de alternativa múltiple .....	53
2.9 Vacas, vacas y más vacas .....	58
2.10 La propuesta de <i>finca integral</i> .....	63
2.11 Valores agregados: amazónico, artesanal, ecológico .....	68
2.12 Conclusión: horizontes productivos y sustentos .....	70
<b>3. Habitar .....</b>	<b>75</b>
3.1 <i>Así es que se produce sin deforestar</i> : la articulación entre rentabilidad y conservación ..	75
3.2 <i>El daño ya lo hicimos</i> : la tumba y sus efectos .....	80
3.3 <i>Esto antes era un potrero</i> : recuperar(se) y reforestar .....	87
3.4 <i>El monte es más sabroso</i> : la experiencia del bosque y sus beneficios.....	93
3.5 <i>Somos nosotros quienes estamos invadiendo</i> : las relaciones con los otros no-humanos.	96

---

3.6	<i>Recuerdo cuando comencé a entender el Guaviare: las redes de saberes de la colonización asentada</i> .....	103
3.7	<i>Somos hijos del Guaviare</i> .....	110
3.8	Conclusión: habitando una nueva ecología de frontera .....	113
<b>4.</b>	<b>Amañarse</b> .....	<b>119</b>
4.1	El Estado y sus agencias: roles, presencias y percepciones .....	120
4.2	El desarrollo en cuestión .....	122
4.3	<i>Por acá es un vivero</i> .....	126
4.4	<i>Que les quede algo a mis hijos</i> .....	130
4.5	Conclusión: Guaviare, territorio de frontera, sustento y vida .....	135
<b>5.</b>	<b>Conclusiones generales</b> .....	<b>139</b>
5.1	Transformaciones en las prácticas productivas .....	139
5.2	Nuevas relaciones ecológicas: usos, flujos, experiencias y percepciones.....	140
5.3	Horizontes para el Buen Vivir .....	141
5.4	La identidad del campesinado guaviarense en construcción .....	142
5.5	Trabajo futuro: cuestiones no tratadas y algunas preguntas sin respuesta .....	143
5.6	Algunas recomendaciones para el debate.....	144
	<b>Epílogo</b> .....	<b>147</b>
	El Chiribiquete y su poder simbólico .....	147
	El avance de la frontera y la degradación de la biosfera: vida, suelo, agua y aire .....	149
	Reflexiones personales a modo de cierre .....	151
	<b>Agradecer</b> .....	<b>155</b>
	<b>A. Anexo – Fotografías de campo</b> .....	<b>159</b>
	<b>Bibliografía</b> .....	<b>183</b>

## Lista de imágenes

Pág.

<b>Imagen 1</b> Frontera agropecuaria, división entre la zona intervenida por humanos y el bosque primario amazónico. Municipio de Calamar. ....	4
<b>Imagen 2</b> "Caminar junto con" como forma de conocer y experimentar el territorio y cómo los actores lo viven, perciben e interactúan con él. Fotografía: Paula Vivas .....	17
<b>Imagen 3</b> Llegar. Escultura en San José del Guaviare. Esta obra, desde el principio, evocó en mí la imagen y las vivencias de los campesinos que arribaron al Guaviare desde los años cincuenta. ....	28
<b>Imagen 4</b> Selva intervenida en la transición de la frontera agrícola a la selva densa, vereda San Miguel Alto, municipio de Calamar. Las praderas separan fragmentos o "relictos" de bosque. Muchos de ellos todavía conservan la conectividad entre sí. Sin embargo, la deforestación está en curso aquí, y las visitas a este lugar siempre estuvieron acompañadas por el sonido lejano de la motosierra desde la trocha y las fincas visitadas. Fotografía: Sebastián Arias. ....	32
<b>Imagen 5</b> <i>Palma de moriche en flor, rodeada de abejas y otros insectos alimentándose. Mes de noviembre.</i> .....	48
<b>Imagen 6</b> Isabel muestra el cacao que masticamos recorriendo los cultivos de su finca; las pepas se las vende a un vecino que produce chocolate. Fotografía: Paula Vivas.....	73
<b>Imagen 7</b> El río Itilla, afluente del Vaupés y el Amazonas, constituye hoy la frontera agrícola, los límites de la zona intervenida, "lo que se puede tocar", con el PNN Serranía del Chiribiquete. En esta imagen aérea (orientada hacia el sur) se observa la transición de praderas a bosque originario. En septiembre de 2021, un fenómeno de fuertes vientos tumbó muchos árboles del lado protegido, como se observa en la foto. Sin embargo, los habitantes del lugar saben que algunos vecinos "ya están entrando a tumbar".....	86
<b>Imagen 8</b> "Los pájaros, ellos llegan y por la mañanita cantan, vuelan por un lado y yo salgo por ahí, los veo. Ellos no se van lejos, me esperan... y se alimentan de mis árboles, de la comida que uno deja por ahí." Resto de árbol dentro de una finca con bosque en recuperación, triángulo de amortiguamiento de Chiribiquete. ....	117
<b>Imagen 9</b> El cuidado y el embellecimiento. Cocina y jardín de casa, vereda Cerro Azul. Fotografía: Germán González / Alejandro Garcés. ....	127
<b>Imagen 10</b> Niñas habitantes de la frontera agrícola, en su finca cerca del río Itilla. Vereda San Miguel Alto, municipio de Calamar. Fotografía: Paula Vivas.....	138
<b>Imagen 11</b> Fotografía aérea tomada en dirección sur sobre la frontera agropecuaria, en las cabeceras del río Itilla. Aquí comienza lo que queda de bosque amazónico virgen. En el horizonte se distingue la Serranía del Chiribiquete. Fotografía: Sebastián Arias / Alejandro Garcés. ....	148

<b>Imagen 12</b> Deforestación reciente, en las cercanías de la frontera agrícola (diciembre 2021). Durante este trayecto sonaban varias motosierras que estaban tumbando terrenos aledaños. El próximo verano serán quemadas para terminar de despejar el predio. ....	151
<b>Imagen 13</b> Escudo del San José del Guaviare, "Capital de la esperanza" colombiana. Entre otros símbolos, destaco las figuras de colonos (arriba) y la economía extractiva del caucho (medio) como identidades fundacionales del municipio. ....	159
<b>Imagen 14</b> Trapiche para la extracción in situ del jugo de caña. Este funciona mediante un motor diésel. El trapiche se completa con unos hornos por debajo de grandes ollas o tinajas que cocinan el jugo para obtener la melaza o la panela. ....	160
<b>Imagen 15</b> Monocultivo de caucho de pequeño productor (3 has.) en las cercanías de la Serranía de la Lindosa. Apoyado por el PNIS como programa de ciclo largo, puede acompañarse hasta la primera producción (3 a 5 años) con cultivos de pancoger, un volumen limitado de ganado, gallinas, frutales y otros cultivos agroforestales. ....	160
<b>Imagen 16</b> Cultivo de caucho de campesino asociado de ASOPROCAUCHO, combinado con otros cultivos agroforestales. ....	161
<b>Imagen 17</b> Centro de acopio y procesamiento de ASOPROCEGUA, en las afueras de San José. Aquí se procesan las pulpas de las palmas y frutales amazónicos. ....	161
<b>Imagen 18</b> José Ibáñez, líder social y presidente de ASOPROAGRO, sosteniendo un fruto de sacha inchi. Fotografía: Sebastián Arias. ....	162
<b>Imagen 19</b> Cultivo de sacha inchi asociado con plátano y copoazú, en la frontera agrícola. ....	162
<b>Imagen 20</b> Ganado establecido en ecosistemas propios del Escudo Guyanés, en las cercanías del PNN Chiribiquete. ....	163
<b>Imagen 21</b> Wilson Forero en el potrero silvopastoril de su finca, junto a la reserva de bosque. ....	163
<b>Imagen 22</b> Naranjas, piñas y ahuyamas producidas en la finca. Fotografía: Paula Vivas. ....	164
<b>Imagen 23</b> Vista aérea cenital de finca modelo de José Ibáñez, en el triángulo de amortiguamiento de Chiribiquete. "Tengo 118 ha. en mi finca, sólo 30 son intervenidas, el resto es bosque originario". En la zona intervenida, cuenta con cultivos agroforestales, de sacha inchi, plátano y copoazú. En el centro de la imagen se aprecia la zona recientemente quemada por incendio provocado por su vecino. Fotografía: Sebastián Arias. ....	164
<b>Imagen 24</b> Finca predominante en la actualidad. Ilustración y concepto: J.R. del Cairo – CINDAP (cortesía). ....	165
<b>Imagen 25</b> La finca "ideal", que incluye algunos conceptos propios de la agroecología y, ante todo, una serie de propuestas ante las particularidades socioecológicas del Guaviare. Ilustración y concepto: J.R. del Cairo – CINDAP (cortesía). ....	165
<b>Imagen 26</b> Cartel de convocatoria a la feria de productos guaviarenses "Expo Guaviare 2021". ....	166
<b>Imagen 27</b> Ajíes amazónicos, cucharas talladas para el mambe y semillas de abarco. ....	166
<b>Imagen 28</b> Cúrcuma orgánica desecada, previo a ser molida para su empaque y venta. ....	167
<b>Imagen 29</b> Flores heliconias amazónicas, extraídas del bosque y presentadas en ramos y paquetes. Piedad y Jairo las preparan con cuidado para vender en San José el día de la madre. ....	167
<b>Imagen 30</b> Secciones de "cabo de hacha" extraídas de árbol aprovechado tras su caída. Pueden ser empleadas para la elaboración de mesas ornamentales. ....	168
<b>Imagen 31</b> Deforestación en curso, en relicto de bosque del interior de la zona intervenida. ....	168
<b>Imagen 32</b> Deforestación en curso y ganado, junto a la frontera agropecuaria del río Itilla. ....	169

---

<b>Imagen 33</b> Frente de deforestación al oriente del Guaviare, con su transición a bosque denso impactado por núcleos de tumba, en sentido oeste-este (izquierda), y ampliación de imagen, mostrando núcleos de deforestación más allá del frente de deforestación (derecha). Los nuevos lotes despejados de menor superficie y mayor dispersión y aislamiento, tienden a corresponder a cultivos de uso ilícito. Los lotes para ganadería extensiva generalmente se caracterizan por una superficie de al menos un orden de magnitud superior a los primeros, una mayor conectividad entre ellos o la zona intervenida, y requerir una mayor cercanía a las vías pecuarias o trochas para poder movilizar o comercializar el ganado. ....	169
<b>Imagen 34</b> Cartel de campaña contra la deforestación en el inicio de la vía San José - Calamar (USAID, CDA, Alcaldía de San José del Guaviare). ....	170
<b>Imagen 35</b> La cobertura vegetal protege y alimenta, junto a los árboles, los suelos pobres del ecosistema amazónico. ....	171
<b>Imagen 36</b> Todo nace desde la tierra. ....	172
<b>Imagen 37</b> Ganado estabulado en el frente de deforestación, en la frontera agrícola. ....	173
<b>Imagen 38</b> William en su reserva natural La Pedregosa, serranía de La Lindosa. ....	173
<b>Imagen 39</b> Ingresando con William a la reserva La Pedregosa, serranía de La Lindosa. ....	174
<b>Imagen 40</b> Pantallazo del Diplomado "Gestores Comunitarios de Selva", en que actualmente participan algunos campesinos-colonos, como William Espinosa y la familia Sedano. ....	175
<b>Imagen 41</b> Petroglifos milenarios tallados sobre las rocas, en la vereda de San Miguel, junto a la frontera agropecuaria. Hace poco, estaban cubiertos por el bosque que los protegía, pero con las tumbas y las quemas, han quedado expuestos al sol. Debido al calor, sea por el del fuego de la quema o el posterior sol directo, algunas rocas han comenzado a partirse y resquebrajarse. Los habitantes locales ahora son conscientes de su valor, y aspiran a tener un rol en la salvaguarda de este patrimonio material de la humanidad. Sin embargo, se encuentran en mitad de un potrero, y las probabilidades de que a corto plazo reciban una protección y puedan ser visitadas son, debido a su lejanía, escasas. ....	175
<b>Imagen 42</b> Caño en las cercanías de la Serranía de la Lindosa. La mayoría de los caños son nutren sus aguas de nacederos y del alto nivel freático de los suelos, sustentado por la presencia de bosque y la cobertura vegetal. La degradación aguas arriba y las sequías ponen en riesgo el recurso hídrico y la biodiversidad que depende de éste. ....	176
<b>Imagen 43</b> "Árbol consejero" en bosque primario de la reserva La Pedregosa, en La Lindosa. Wiliam estima que tiene unos cuatrocientos años, "por ahí de cuando llegaron sus antepasados", me dice. Su altura es de unos cuarenta metros, su tronco de unos tres de diámetro, y destaca por encima del bosque desde vislumbrado desde la lejanía. Únicamente en algunos bosques primarios pueden encontrarse árboles antiguos. ....	177
<b>Imagen 44</b> Gallito de roca ( <i>Rupícola rupícola</i> ), avistado en la Reserva El Diamante de las Aguas. Fotografía: Lina Puentes / Alejandro Garcés. ....	177
<b>Imagen 45</b> Cabo de hacha (en peligro de extinción). ....	178
<b>Imagen 46</b> Guayabeto, resbalamono, o indio en peloto. Es esbelto y recto, su superficie es muy lisa e imposible de trepar. ....	178
<b>Imagen 47</b> Encuentro con asociados de ASOPROAGRO a orillas del río Itilla. ....	178
<b>Imagen 48</b> Encuentro de campesinos en la Serranía de La Lindosa, para congregarse alrededor del proyecto Corredor del Jaguar. Esta iniciativa toma la forma de agrupación y propone la unión alrededor del compromiso a la gestión sostenible de fincas, la aplicación de prácticas acordes y la preservación de la	

---

biodiversidad. En estas reuniones, también se comparten experiencias, productos, saberes, semillas, ideas... ..	179
<b>Imagen 49</b> Semillas, frutos y material orgánico propio del bosque amazónico o adaptado en cultivos. .	179
<b>Imagen 50</b> Plantas y flores de jardín en diferentes fincas. ....	180
<b>Imagen 51</b> Descansando y mirando los cerros del horizonte, tras la jornada de trabajo. Vereda La Unilla, municipio de El Retorno. ....	181
<b>Imagen 52</b> "Estas piñas las tengo para los vecinos, para las visitas". Cultivos de pancoger establecen no sólo niveles de seguridad alimentaria, sino que forjan lazos e intercambios entre campesinos de frontera con base a un reconocimiento mutuo en su calidad de "productores". ....	181
<b>Imagen 53</b> Raúl en su bosque: "se puede producir aprovechando el bosque, no necesitamos acabar con él". Fotografía: Maloca Joven. ....	182

## Lista de acrónimos y abreviaturas

Relaciono a continuación, por orden alfabético, los acrónimos y las abreviaturas que empleo a lo largo del trabajo, si bien procuro identificarlos también en su primera mención.

ANT: Agencia Nacional de Tierras

APIMEGUA: Asociación de Apicultores del Meta y Guaviare

ASOPROAGRO: Asociación de Productores Agropecuarios del Guaviare

ASOPROCAUCHO: Asociación de Productores y Comercializadores de Caucho del Guaviare

ASOPROCEGUA: Asociación de Productores Agropecuarios por el Cambio Económico del Guaviare

CDA: Corporación de Desarrollo Sostenible de la Amazonía

CINDAP: Corporación para la Investigación Desarrollo Agropecuario y Medioambiental

COOMFASOL: Cooperativa Multiactiva de Familias Solidarias

DMI: Distrito de Manejo Integrado

FAO: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (ONUAA)

FARC: Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia

FCDS Fundación para la Conservación y el Desarrollo Sostenible

GIZ Agencia Alemana de Cooperación al Desarrollo

JAC: Junta de Acción Comunal

ha(s): hectárea(s)

IGAC: Instituto Geográfico Agustín Codazzi

INCODER: Instituto Colombiano de Desarrollo Rural

INCORA: Instituto Colombiano de Reforma Agraria

MADS Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

NOA: Noroeste Amazónico

PDA: Plan de Desarrollo Alternativo

PDET: Plan de Desarrollo con Enfoque Territorial

PNIS: Programa Nacional Integral de Sustitución de cultivos de uso ilícito

PNN: Parque Nacional Natural

PNNSch: Parque Nacional Natural Serranía del Chiribiquete

PNUD: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo

RRI: Reforma Rural Integral

SINAP: Sistema Nacional de Áreas Protegidas

SINCHI: Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas

ZRC: Zona de Reserva Campesina

ZRF: Zona de Reserva Forestal





# Introducción

Cuando llegué a Colombia por primera vez, en 2012, lo hice por tierra, por el sur andino, pasando primero por una parte importante de sus regiones rurales hasta terminar en la capital. Pero, cuando comencé a residir en Bogotá y a viajar por el país, como turista o como contratista, me aproximé a un mapa político y cultural, y con el tiempo comencé a preguntarme, inquieto y desconcertado, por las regiones al oriente de los Andes: esos vastos territorios cuyas fronteras administrativas son generalmente cursos de ríos, líneas de cimas... o meras líneas rectas.

Me preguntaba qué habría allá exactamente, cómo era el paisaje, quiénes lo habitarían, y cómo se configuraría política y culturalmente. Irremediamente me hice con diversos mapas físicos que llenaban las paredes de mi casa, contrariando toda convención estética, y fui comprendiendo un poco más sobre aquellos ecosistemas del oriente colombiano: los llamados Llanos Orientales y el Noroeste Amazónico (NOA)<sup>1</sup>. Entonces dejaron de tener tanta importancia las delimitaciones y leyendas políticas de la cartografía, y así, el paisaje, desde la lejanía de la ciudad, comenzó a cobrar texturas, colores, dimensiones, alturas, humedad, olores, voces y sentires. Y a albergar vida en un sentido amplio.

Tuve la ocasión de visitar la Orinoquía profunda, en el bajo río Inírida, y conocer así un pedazo del universo del NOA, conviviendo entre puinaves, cubeos y curripacos. La exuberancia de sus bosques me impresionó tanto como los modos de vida y de producción que allí encontré, realmente diferenciados de su homólogo andino. Parecía otro mundo. Pero entonces, me pregunté ¿qué hay en medio? Una vez terminan las montañas... ¿Cuándo comienza esta selva? Un tiempo más tarde, descendí por primera vez la cordillera oriental por el piedemonte llanero, y entonces se me apareció una inmensidad, en efecto, *llana*: mi retina revivió y recuperó el horizonte con el que crecí en Castilla, España, mi región de origen. La humedad y los colores del terreno se me antojaron extraños: todavía me sentía un extranjero. Pero aquella línea horizontal y casi recta, tan enigmática, aquella amplitud del paisaje, aquel cielo inmenso, generoso y lejano, aquellas nubes que rebajan el azul intenso... Aquello me hizo, y aún hoy me hace, sentirme en casa.

---

<sup>1</sup> El NOA es una región continental de las cuencas de los ríos Amazonas y Orinoco, y uno de los más extensos y biodiversos ecosistemas del mundo, por ello, de mayor importancia ambiental.

## Planteamiento del problema

¿Y, qué hay en el horizonte<sup>2</sup>? ¿Dónde termina este llano<sup>3</sup>? ¿Dónde comienza la selva? ¿Dónde está la frontera? Sólo pude aproximarme a algunas respuestas cuando volví al mapa con estas preguntas: el paisaje transiciona hacia el bosque húmedo tropical del NOA. Pero esa transición, que configura una suerte de frontera geográfica natural, lejos de limitarse a ser *natural* y no intervenida, carga con un factor antrópico ineludible. Comenzaba a acercarme al concepto de *frontera agrícola o agropecuaria*<sup>4</sup> que, como vería después, era más que problemático: un fruto de la historia política y económica de este país, y de la relación entre seres humanos y su *entorno*.

En paralelo a todo esto, leí varios trabajos de Alfredo Molano que me acercaron a la historia sociopolítica de Colombia y sus configuraciones culturales, fuertemente asociadas al devenir de un conflicto interno que entonces creíamos cercano a su final. Para una gran porción de la población nacional, las historias de la Violencia, del campo colombiano y las migraciones internas (Molano, 2000) son, si no pan de cada día, al menos lejanas narraciones familiares con las que han crecido, entre resignación, curiosidad, pasión, miedos y exotización. Pero, para mí, constituyeron, y lo siguen haciendo, un mundo sobrecogedor, sorprendente y trágico, pero no por ello menos fascinante.

Fue particularmente la lectura de *Selva adentro. Una historia oral de la colonización del Guaviare* (Molano, 1992) lo que me hizo acercarme al fenómeno histórico de la colonización del oriente amazónico y la frontera agrícola, y comenzar a vislumbrar los orígenes y las dinámicas históricas de esta. El paisaje y la cartografía adquirieron entonces un rostro humano lleno de historias de personas, y empecé a entender cómo ellas constituían un reflejo del devenir histórico no sólo de este país. Y descubrí que la región del Guaviare, ese gran desconocido, tenía una historia que contar. El fenómeno de la colonización, en sus diferentes vertientes, se me revelaba entonces como poco menos que una leyenda con protagonistas pasados, a veces anónimos, a veces con nombre y apellidos; una suerte de historia truncada, en un tiempo etéreo e indefinido (los relatos históricos, más aún las historias orales, suelen carecer de precisión cronológica, incluso como un recurso literario propio de Molano y otros investigadores). Pero, sobre todo, yo no lo lograba conectar con el presente. Sabía ya por aquel entonces que otros procesos sociales, económicos y políticos habían continuado configurando esta *frontera agrícola*, un concepto que cobra relevancia creciente en países que cuentan con ecosistemas aparentemente impenetrables y frágiles, amenazados y de gran importancia para el planeta. Fui captando las discusiones que se mantenían a nivel

---

<sup>2</sup> El horizonte, por definición, se sitúa a unos cuatro kilómetros de distancia para una persona de estatura promedio, y no en la infinitud como generalmente se cree.

<sup>3</sup> Quiero llamar la atención sobre la excepcionalidad de los Llanos Orientales, que, junto con su importancia geográfica y ecológica, pueden considerarse un ecosistema de transición entre la cordillera de los Andes y la selva amazónica que básicamente existe en Venezuela y Colombia, mas no en los demás países amazónicos (Ecuador, Perú, Bolivia) donde yo había tenido la mayor parte de mis experiencias de campo hasta conocer Colombia. Véase, por ejemplo, GET - Grupo de Estudios transfronterizos (2020).

<sup>4</sup> Para referirme a este concepto, lo haré indistintamente mediante los términos frontera agraria, frontera agrícola y frontera agropecuaria.

mundial, incluso desde lugares realmente lejanos a Colombia, en un contexto de creciente interés global por la crisis medioambiental.

A medida que leía más y más, y conocía otros territorios del país y sus modos de producción agrícola: la Sabana Cundiboyacense, la Costa Atlántica, el Magdalena Medio, el Eje Cafetero, la Sabana de Córdoba, el Macizo Colombiano, y otras zonas de los Llanos Orientales. Al acercarme a los productores de estas regiones tan dispares, el lado humano y los modos de vida de los habitantes rurales (y especialmente en el caso de una colonización campesina para mí todavía desconocida), cobraban mayor relevancia y magnetismo. Sentí que debía conocer las zonas de esta frontera.

Me preguntaba entonces por las personas que habitaban este territorio de transición, tarea avanzada por el Instituto Sinchi (1999) y por Salgado (2012) (2018) en un ejercicio de ampliación cronológica del trabajo de Molano. Entendí que lo que me interesaba era saber qué sucede con la colonización *en la actualidad*. Pero no como un proceso frecuentemente analizado en términos macro o *técnicos* por economistas, geógrafos, forestales, sociólogos, biólogos, ingenieros y otros expertos (cuyos análisis, igualmente necesarios, en cualquier caso me permitieron ir acercándome a mi tema de interés desde una perspectiva multidisciplinar). Pero percibía un vacío en la mirada más actual a las vivencias, los conflictos, las tensiones y las necesidades que estos *campesinos-colonos* experimentarían, en cómo eran su cotidianidad, sus modos de producir, sus aspiraciones vitales. Sentía que tenía que buscar la manera de acercarme a sus casas, cocinas, fincas, cultivos, parcelas, lotes, praderas, bosques, chamizos, pozos, bodegas, cobertizos. Penetrar en ellos, observar y, casi sin saberlo, atravesar una experiencia vital en la que pudiera apreciar las particularidades de estas gentes campesinas y así, definitivamente, desmitificar y desexotizar sus vidas.

Emplearé la categoría combinada de *campesinos-colonos* en buena parte de este trabajo, para referirme al conjunto de sujetos habitantes establecidos de manera más o menos permanente en antiguas y recientes zonas de frontera, tomando el uso que le dan autores como Del Cairo y Montenegro-Perini (2015), Cancimance (2014) y García (1995). Con ella, particularizo y delimito la compleja y discutida concepción de campesino al caso de esta región. Por otro lado, busco evitar continuar esencializando la condición, quizás caduca, de ser colono en este contexto, definida como aquella persona o grupo que va penetrando en zonas no habitadas y hace avanzar la frontera agrícola mediante el adecuamiento de la tierra para la producción tradicional de agricultura y ganadería, y el establecimiento residencial en ella (Acero Velázquez, 1992). Décadas atrás, esta concepción activaba una carga connotativa y valorativa frecuentemente positiva, asociada al emprendimiento, la transmisión de la civilización, la valentía y el proyecto nacional de poblamiento del oriente colombiano, los Territorios Nacionales (Domínguez, 2005). Sin embargo, en las últimas décadas, el término “colono” ha ido acumulando connotaciones negativas e incluso ofensivas o vergonzosas para quienes antes así se designaron, en virtud de los efectos ambientales (deforestación), políticos (zonas de conflicto armado) y económicos (producción de cultivos de uso ilícito y procesamiento de sustancias psicoactivas) de la actividad antrópica en el territorio.

Mi desconocimiento inicial del terreno y de la realidad social del Guaviare era palpable. Además, no lograba comprender qué elementos culturales y políticos definían la configuración de este territorio. Pero la *colonización* y el *avance* de la *frontera agrícola* (**Imagen 1**), si bien eran y son problemas dignos de estudio *per se*, no se explica únicamente desde la historia sociopolítica y económica de este país, que nos remiten a las condiciones estructurales y coyunturales que motivaron la colonización. También deben



**Imagen 1** Frontera agropecuaria, división entre la zona intervenida por humanos y el bosque primario amazónico. Municipio de Calamar.

confrontarnos con la manera en que sus protagonistas *producen*, se *relacionan con la naturaleza* (considerada objeto exógeno), o *progresan*. Se trata de tres categorías que guiaron mis intereses de investigación, tanto desde un punto de vista analítico como a partir del carácter subjetivo de estas acciones, cargadas de sentires, intereses, experiencias y aspiraciones eminentemente humanas.

Entonces comenzaron a cobrar forma algunas preguntas exploratorias que en un principio motivaron este trabajo: ¿en qué se ha transformado la colonización a día de hoy? ¿Son realmente *colonos* los habitantes rurales del Guaviare? ¿Cómo son las vidas de las personas que habitan la región de frontera agrícola? ¿Qué intereses, tensiones, necesidades, aspiraciones guían sus vidas y su quehacer cotidiano? ¿Qué producen y cómo? ¿Qué nuevas posibilidades de la interacción con el ecosistema se abren con la ocupación y establecimiento de la región amazónica por parte de sujetos no originarios, y por su reciente descendencia? ¿Cómo es su concepción del *entorno ecológico*, de eso que llamamos, llaman, *naturaleza*? ¿Cómo se relacionan con él?

Estas preguntas daban al conjunto de los campesinos-colonos la falsa apariencia de un sistema cerrado o aislado, y comencé a preguntarme por otros aspectos propios del contexto más amplio, que remiten a actores sociales e ideologías en la actualidad: ¿Qué otros grupos humanos habitan el territorio? ¿Cómo es la relación con ellos, especialmente con los grupos indígenas? ¿Quiénes, desde dónde y cómo, toman las decisiones que finalmente afectan este ecosistema y los modos de habitar y producir en él? ¿Cuál es la agenda política de la Amazonia y la Orinoquia desde la administración pública y algunos organismos internacionales? ¿Qué soluciones se proponen y han propuesto hasta ahora para frenar el avance de la frontera agrícola? ¿Qué procesos económicos, sociales y políticos más amplios definen o condicionan

---

*actualmente las dinámicas del territorio y la frontera agrícola? ¿Qué ideologías o paradigmas productivos están detrás de estos procesos?*

Fui comprendiendo que el Guaviare es un reflejo de la historia de nuestro país, conformado por un diversísimo crisol de identidades y encuentros. También fue claro para mí que la colonización en zonas de frontera agrícola no era un fenómeno exclusivo de la región guaviarensis (por demás, parte del Gran Vaupés hasta 1977). No obstante, el Guaviare cuenta con una relevancia y una excepcionalidad que lo hacían el lugar idóneo para acercarme al estado actual de eso que históricamente llamamos *colonización contemporánea* en Colombia, un proceso que se ha venido dando de diferentes maneras en los países andinos con bosque amazónico: Ecuador, Perú y Bolivia, y el cual en parte se estudia en el compendio de Gootenberg y Dávalos (2018) a partir de estudios de caso vinculador a la producción de coca, su procesamiento y comercialización.

En Colombia, otras regiones del NOA eran y siguen siendo susceptibles de un estudio sobre las iniciativas productivas y las relaciones ecológicas de campesinos-colonos, entre las que se destaca la región del Caquetá y todo el avance colono con dirección al sur oriente del departamento, relativamente más avanzado y extendido que en el caso del Guaviare (Sinchi, 2000). Otros frentes de frontera agrícola en el NOA colombiano pueden encontrarse en el piedemonte e interior del Putumayo, en el sur del Vichada, e incluso en núcleos de frontera agrícola no frontales o en barrido, sino generados desde centros poblacionales como Miraflores (Guaviare) y diversos enclaves del Guainía y el Vaupés, a los cuales se tiene acceso por vía aérea o fluvial exclusivamente.

La región del Guaviare en particular ha sido, ya desde finales del siglo XIX, protagonista de procesos de migración interna: el avance de la frontera agrícola sobre el piedemonte llanero y las selvas de la Orinoquia y la Amazonia. Desde mediados del siglo XX, la región oriental comenzó a figurar para el Estado, en primer lugar, como un destino válvula de escape ante el acaparamiento de tierras, la Violencia y el desplazamiento de poblaciones rurales en el interior del país. Y en segundo lugar, la visión estatal de estos Territorios Nacionales ya no sólo como una región a colonizar y civilizar, sino como repositorio de recursos naturales con potencial de extracción y explotación. En este sentido, el avance tanto de los asentamientos humanos como de los desarrollos tecnológicos motivaron y permitieron que, a mediados de los años setenta, el IGAC<sup>5</sup>, en colaboración con agencias holandesas y las Fuerzas Armadas, realizara el estudio del Proyecto Radargramétrico del Amazonas “PRORADAM” que, junto a fines cartográficos del momento, tenía por objetivo, “efectuar estudios de análisis de los recursos naturales existentes en la zona [que] servirán de base a estudios más especializados para la explotación técnica y bien dirigida de los recursos naturales que se encuentren” (Herrera, 1975, pág. 2). El proyecto PRORADAM supone un antes y un después en la visión de la Amazonia colombiana como objeto de explotación o “la tierra promisoría” debido a su “potencial económico”, a pesar de que ya se habla de los riesgos de la intervención humana para el equilibrio del ecosistema en cuanto destrucción de suelos, flora y fauna (pág. 8).

El progresivo establecimiento de poblaciones migrantes o desplazadas violencia desde el interior del país ha impactado en la configuración de un territorio excepcional. Este movimiento de personas tiene su origen en necesidades o visiones de oportunidad, desde el caucho, la caza, el oro (Molano, 1990), o los cultivos lícitos e ilícitos (la marihuana y, más notablemente, la coca) (Gootenberg & Dávalos, 2018), hasta la

---

<sup>5</sup> Instituto Geográfico Agustín Codazzi

ganadería extensivas y otras “bonanzas” más recientes. Por ello, el Guaviare se nutrió de un crisol de poblaciones muy diversas de muchos rincones del país, lo que se sumaba a la variedad de pueblos indígenas originarios de la zona. Este proceso sociohistórico ha sido estudiado y analizado en trabajos como los de Ramírez Tobón (2001), Molano (1992), González et al. (1998), Gómez López (1987) y Gómez López et al. (2015).

Así pues, el proceso de colonización y ocupación de estas tierras tiene un componente central en las actividades productivas, los usos del suelo y las economías rurales. Estas prácticas productivas responden a diversos aspectos y motivaciones que, según el escenario, se combinan en mayor o menor relevancia: restricciones ecológicas y políticas, condiciones económicas de los pobladores, posibilidades diferenciales de subsistencia o producción de riqueza, patrones de asentamiento y residencia recientes, la distribución desigual de la tierra como proceso histórico, las propuestas y facilidades de organización y actividad productiva más o menos extractiva, o la cambiante economía de la coca (Holmes, Pavón, & Gutiérrez de Piñeres, 2018) y los más recientes programas de sustitución de estos cultivos (PNIS, 2017). Sumado a ello, una cambiante conciencia de la afectación a la biosfera del bosque amazónico a causa de la presencia y actividad humanas, parece estar dando nuevas formas a la percepción que los habitantes del territorio tienen de éste y de sí mismos.

En un territorio de importancia política, ambiental y social excepcional, las actividades productivas están íntimamente asociadas a las formas que los habitantes tienen de percibirse como sujetos activos productores de territorio y de construir subjetividad ambiental, en términos de Del Cairo, Montenegro-Perini y Vélez (2014), que refiere a los imaginarios locales sobre la “naturaleza” y las prácticas de relacionamiento con ella. La gestión territorial responde a procesos como la implementación de Zonas de Reserva Campesina (FAO y Agencia Nacional de Tierras, 2019) (Ordóñez Gómez, 2012) (Barrera Méndez & Vega Ramírez, 2017) por parte de la administración pública y organismos internacionales, e impulsada por iniciativas y demandas locales, o el divulgado y discutido Programa Nacional Integral de Sustitución de Cultivos Ilícitos (PNIS) derivado de los Acuerdos de Paz de La Habana (Gobierno Nacional de Colombia & FARC-EP, 2016).

Además de actor armado y, desde los años noventa, erigirse responsables del control de tráfico de drogas ilícitas (Norman, 2017), las FARC han tenido históricamente el rol de preservar zonas naturales protegidas del avance de proyectos extractivistas y asentamientos humanos. En el Guaviare, esto ha conformado el territorio y la configuración social de la colonización en ciertas zonas, y ha permitido reducir por un tiempo el avance de la frontera agropecuaria en sus áreas de influencia. Las FARC fueron en su momento reguladoras de los excesos de la extracción de recursos, limitando o prohibiendo ciertas actividades de pesca, caza, tumbas y quemadas, y estableciendo por momentos límites al cultivo de coca (*sembrar tres hectáreas de comida por cada hectárea sembrada de coca*). La implementación del Acuerdo de Paz ha traído “un incremento en las tasas de deforestación en la Amazonía, especialmente en los departamentos de Guaviare y Caquetá” (García Muñoz, 2019).

Por su parte, la agenda política del Guaviare (como la de muchos otros territorios colombianos y latinoamericanos) responde en buena parte a discursos hegemónicos que entienden las actividades productivas de manera homogénea. Así, se impulsan determinados modos de producción (y de vida a ellos asociados) basados en la extracción de recursos sin límite, y que favorecen la concentración de la tierra y la riqueza, la expansión de la frontera agrícola, la destrucción ambiental y una decreciente calidad de vida para muchos de sus habitantes, motivados generalmente por patrones de producción y consumo propios

de la economía de mercado. Mientras tanto, la sostenibilidad del ecosistema se ve profundamente amenazada y se limitan otras posibilidades de habitar el entorno y relacionarse con él. Ello no es óbice para que estos modelos de producción extractiva se presenten desde los discursos institucionales como compatibles con la “sostenibilidad y la protección del medio ambiente” (Gobernación del Guaviare 2016) (2020).

La histórica colonización ha dado paso a nuevos procesos sociales, políticos y económicos, que siguen transformando el territorio y la manera de habitarlo, relacionarse con y *producir* a partir de él. En este contexto, algunos pobladores rurales parecen estar emprendiendo prácticas productivas a modo de “pequeñas soluciones” (Bermúdez Liévano & Garzón, 2020) que contrastan, por un lado, con aquellas asociadas a la deforestación, el avance geográfico de la ocupación humana y la frontera ecológica, o la “economía de la coca” (Torres, 2018) y otros cultivos de uso ilícito. Por otro, estas prácticas tratan de desviarse de las actividades productivas de alto impacto ambiental (principalmente la ganadería extensiva) o con emprendimientos agroindustriales y monocultivos, como por ejemplo el de palma africana (generalmente impulsado por grandes capitales), todas ellas inspiradas “un paradigma económico y un discurso político” vehiculados por el “desarrollo y las ideas de progreso y civilización” a éste asociadas (Escobar 2012).

Así las cosas, mi objetivo general con este trabajo es conocer la relación entre las prácticas productivas y las relaciones ecológicas de una fracción del territorio rural habitado por campesinos-colonos del departamento del Guaviare. Para alcanzar este objetivo, me planteo tres objetivos específicos a continuación. En primer lugar, busco conocer cómo son las actividades productivas más recientes emprendidas por algunos campesinos-colonos, y de qué manera suponen una alternativa a las prácticas del cultivo ilícito, el monocultivo y la ganadería extensiva. A partir de esto, mi segundo objetivo específico es describir y comprender cómo son las relaciones ecológicas de estos actores sociales, sus concepciones del entorno ecológico y la relación que existe entre estas y las actividades productivas que ponen en práctica. En tercer y último lugar, mi intención es explorar de qué manera estas prácticas productivas y relaciones ecológicas emergentes permiten o no modos de vida válidos para estos nuevos pobladores de la región, que den cuenta de algunos posibles elementos propios del Buen Vivir alternativos al discurso del desarrollo. Con todo, a partir de elementos de contraste entre el pasado y la evidencia empírica actual, aspiro a dar cuenta de las transformaciones productivas y ecológicas de los campesinos de la frontera agrícola del Guaviare durante el proceso más reciente de estabilización de la colonización.

## El enfoque

La etnografía no es un método, sino un enfoque (Rockwell, 2008), una manera de mirar y ver. Ingold, trascendiendo la noción etimológica de la etnografía (“describir las gentes o los pueblos del mundo”) reclama la pulsión de “encontrar el mundo: [en la etnografía,] nos encontramos con personas, hablamos con ellas, les hacemos preguntas, escuchamos sus historias y observamos lo que hacen, y participamos en la medida en que seamos considerados competentes y capaces” (2017, pág. 147). Rockwell (2008, págs. 90-91) reivindica que, más que una “herramienta neutral” que se pueda trasladar de una disciplina a otra, el texto resultante del trabajo de campo etnográfico “privilegia la narración y la descripción detallada

puesta al servicio del avance conceptual” e incluye “descripciones analíticas concentradas y a la vez detalladas [*densas*, en su sentido geertziano]” que conserven “una cuidadosa selección de lo observado y escuchado en el campo”. Mi incursión al territorio guaviareño y al mundo ecosocial de algunos campesinos-colonos que buscan de una y otra manera desmarcarse de las mencionadas dinámicas, fue un modo de estar en el territorio con sus gentes, buscando tener “una mayor comprensión de los procesos” y “producir un conocimiento nuevo” acerca de ellos. O bien, en términos menos fríos y más latinoamericanos, como acuña Vasco (2002), “recogiendo los conceptos de la vida [...], conceptos que nacieron de la lucha, la vida cotidiana y la reflexión”.

La noción de percepción del “entorno ecológico” es analizada y discutida por muchos autores, entre los que destaco a Arturo Escobar (2012), Bruno Latour (2013), Félix Guattari (1996) y Leonardo Boff (1996). Este concepto denota una construcción cultural de la noción de naturaleza como entidad externa. En esta ocasión, me valgo de Ingold (2002, pág. 20) para designar el “entorno” como un término relativo en tanto establece una división entre el yo (o el nosotros) y una entidad exógena a nosotros, que denominamos “entorno”. Por el contrario, en la “ecología de la vida” que preconiza Ingold, este “entorno” nunca está completo, sino que se debe hablar de la entidad indivisible “organismo más entorno”, un proceso en constante construcción y parcialmente mediado por el yo/nosotros, como parte de este entorno. Como conclusión, Ingold diferencia las nociones de “entorno” y “naturaleza”: la primera conforma esta totalidad indivisible con el “organismo” o el yo, planteando nuestra existencia como parte del entorno, mientras que la segunda establece nuestra existencia al margen de ella, sin ella. Estos planteamientos del “entorno” aparecen constantemente en el trabajo con campesinos-colonos, generalmente confundidos con la idea de naturaleza. Sin embargo, como mostraré, valiéndome de la concepción de “ecología de la vida”, estos actores establecen interrelaciones con este entorno que difuminan las fronteras entre ambos y perfilan una entidad indivisible de campesinos-entorno en donde las afecciones de las acciones son mutuas.

Esta propuesta pone el foco de atención en la agencia de los campesinos-colonos que, tras ya varias generaciones de habitar este territorio, despliegan estrategias ante las tensiones y limitaciones de largo recorrido que enfrentan, pero también se conciben a sí mismos como productores de territorio y piensan de una u otra manera su relación con el entorno donde habitan y a partir del cual producen mediante prácticas económicas. La concepción de estos campesinos-colonos como agentes viene dada por los aportes teóricos de Gudeman y Rivera (1990) desde la antropología económica. Para estos autores, los campesinos son protagonistas y “practicantes de su economía”, participando del desarrollo de sus modelos productivos. En mi caso, parto del hecho de que algunos de estos campesinos-colonos emprendieron la búsqueda y creación de nuevas oportunidades a partir de iniciativas productivas no siempre practicadas allí (Bermúdez Liévano & Garzón, 2020) (Jiménez, 2017), las cuales responden a una serie de imaginarios que pesan sobre la idea del colono. Junto a estos imaginarios, también tienen un papel nuevas tendencias ideológicas de índole global, que van desde la concepción extractiva de la naturaleza objetivada (Gudynas, 1999) hasta la vertiente conservacionista que buscan minimizar impactos y preservar intacta esta naturaleza.

Es mi interés, pues, situar las prácticas de estas personas dentro de un universo ecológico en un sentido más amplio que el descrito por los numerosos informes ya existentes sobre la deforestación, la colonización o los “emprendimientos productivos”, trabajos y aportes provenientes de disciplinas técnicas de la economía, la ciencia ambiental o las políticas públicas y la planeación territorial. Por lo tanto, en el enfoque que adopto, estos campesinos-colonos, entendidos como agentes, devienen operadores y productores de significados y valores, dueños de su sentir, pensar y actuar, en un contexto más amplio. Imbuidos como



---

están en unas condiciones ecológicas dadas, éstas plantean oportunidades, propuestas e incluso prescripciones, y restringen, hasta cierto punto mas no totalmente, su rango de acción deliberada y el impacto de sus decisiones e iniciativas.

También, con este trabajo he procurado dejar de enfatizar el conflicto interno que ha vivido el país en relación a la actualidad del Guaviare (Molano, 2015), que hoy busca erigirse como territorio de paz en medio de la implementación inicial de los Acuerdos de Paz (García Muñoz, 2019) y a pesar de la beligerancia de algunos eventos que todavía se dan dentro de un territorio extenso y todavía considerado remoto y conflictivo por la mayoría de la población colombiana. Sin restarle importancia a elementos absolutamente transversales, casi omnipresentes en la región -como son el conflicto armado latente, los cultivos de uso ilícito, el narcotráfico, y procesos de colonización y deforestación en desarrollo-, me interesa no obstante redirigir la mirada a los intentos, esfuerzos y significados que los agentes despliegan en el marco de sus vidas para resolver sus necesidades productivas y establecer una manera propia de habitar un departamento reivindicado como “Territorio de Paz” por gran parte de sus habitantes.

Con el tiempo en campo, el ejercicio etnográfico fue orientándose a responder parcialmente a la pregunta de fondo: *¿qué necesitan el Guaviare y sus habitantes?* Insistir en el estudio de la vida cotidiana y la actividad productiva ha sido un modo de acercarme a este territorio buscando poner el acento en actividades que posiblemente motiven una articulación económica y productiva en condiciones de dignidad y sustentabilidad para estos habitantes y que, a su vez, puedan proponer alternativas económicas no destructivas del medio ambiente en el plazo medio-largo. No podemos olvidar que son numerosas las propuestas y los planes de acción que, en diferentes periodos desde mitad del siglo XX, se han planteado como propuestas institucionales de intervención para la estabilización de la colonización del Guaviare. En términos generales, el conjunto de propuestas ha fracasado en el objetivo de frenar el avance de la frontera agrícola y la proliferación de modos de producir violentos para con las comunidades humanas del territorio y la Tierra misma. Aspiro a que esta aproximación también pueda contribuir a parte de las estrategias de paz que esta región y todas las del país solicitan a gritos.

Es de destacar que cualquier trabajo realizado con campesinos o pequeños o medianos productores rurales debería buscar reivindicar y resignificar el valor de su trabajo y, de manera más amplia, los modos de existir de poblaciones frecuentemente olvidadas y marginadas, cuando no estigmatizadas en su calidad, por un lado, de sujetos generalmente alterizados (incluso, exotizados) y, por otro, con base a su pasado (e incluso presente) colonizador y destructor del ecosistema. Descargar a estos campesinos-colonos de la responsabilidad absoluta de la destrucción de los ecosistemas del NOA, complejizando las relaciones de producción dentro de la cadena de poder que en ellos termina, constituye una tarea investigativa necesaria y urgente. Con ella, aspiro a confrontar las visiones reduccionistas que recaen sobre los habitantes de la frontera agrícola, para así analizar de manera crítica el conjunto de presiones, limitaciones y violencias de carácter ambiental, económico y político que, inocente o deliberadamente, obvian quienes no ven el lado humano y político de este territorio, ni sus conexiones con el resto del conflicto nacional.

Considero que un ejercicio etnográfico de análisis de la actividad cotidiana de estos campesinos-colonos debe aportar también a la autoestima y la dignidad humana de estas personas, al valor y la validez de su existencia y su quehacer, específicamente al de las actividades productivas que su fuerza de trabajo y sus amplios conocimientos nutren. Es en este devenir de prácticas y decisiones económicas que se conforma la vida cotidiana de las personas y se construye su identidad, a partir de sus relaciones con otros sujetos, instituciones y aquello supuestamente externo denominado *entorno ecológico*, o más radicalmente, una

entidad objetivada por la cosmovisión occidental: *la naturaleza*. En relación a esto último, trataré de describir de manera transversal cómo las relaciones “humanos-no humanos” (Descola, 2013, pág. 87) se construyen y deconstruyen en base a las prácticas y a los imaginarios imperantes en la vida de los sujetos. Es en un territorio como este, donde multiplicidad de identidades, intereses y prácticas dialogan, que puede producirse el intercambio de saberes bajo ciertas condiciones. Estos saberes, vinculados a ideologías y cosmologías muy diversas e incluso confrontadas entre sí, son los que eventualmente activan modelos productivos que van más allá de la mera supervivencia o el solo lucro individual, y que pueden aportar respuestas a cómo los humanos configuramos nuestra vida social y nos relacionamos con un ecosistema frágil y sometido a presiones insostenibles en el tiempo.

## El campo: sujetos, espacios, instituciones, procesos.

El trabajo de campo etnográfico que sustenta esta investigación lo realicé durante una estancia continuada de aproximadamente un año en el departamento del Guaviare: desde diciembre 2020 hasta febrero 2022, con excepción de algunos periodos de algunas semanas en que salí del Guaviare. Tomé su capital, San José, como residencia y “centro de operaciones” y desplazamientos. Mi entrada inicial al campo sucedió a partir de la selección y entrada en contacto con algunas asociaciones de productores, y propietarios de *fincas* y *reservas*, que realizaban prácticas productivas dentro de mi objeto de estudio.

Las asociaciones se conforman por productores asociados y se centran en uno o varios productos. Comparten la necesidad de contar con asesoría técnica y apoyos en el establecimiento, manejo, explotación y venta o distribución de productos agrícolas. En mi caso, elegí cuatro de ellas con la finalidad de realizar un estudio de casos. Estas asociaciones fueron ASOPROAGRO (Asociación de Productores Agropecuarios del Guaviare), ASOPROCEGUA (Asociación de Productores Agropecuarios por el Cambio Económico del Guaviare), ASOPROCAUCHO (Asociación de Productores de Caucho del Guaviare), y APIMEGUA (Asociación de Apicultores del Meta y Guaviare). Tras contactar con ellas, conocí a sus representantes y realicé varias visitas (entre una y cinco, según el caso) a fincas de productores asociados a estas agrupaciones<sup>6</sup>. Estas fincas se sitúan en diferentes ejes de colonización, según su adscripción a una u otra asociación. Su localización es, respectivamente: el triángulo de amortiguamiento del Chiribiquete (entre los municipios de Calamar y Retorno), en los municipios de San José y Retorno (en los ejes de la Trocha Ganadera y la vía San José-Calamar), en el interior de la zona intervenida (en buena medida, en el municipio de Retorno), y nuevamente en la Trocha Ganadera.

Adicional a ellos, también busqué otros productores y propietarios de fincas que habían sustituido las mencionadas prácticas tradicionales (tumba y quema, ganadería extensiva, cultivos de uso ilícito coca) por usos alternativos de sus suelos, y pudieran dar cuenta, en mayor o menor medida, de modos novedosos entre la población colona de relacionarse con el entorno ecológico. Así, aparecieron emprendimientos

---

<sup>6</sup> Cada asociación cuenta con un número asociados, que ronda entre los cien y los quinientos, considerados productores y generalmente caracterizados por ser núcleos familiares y propietarios de sus fincas. La correlación entre las categorías familia, hogar y economía tiene su fundamento en la etimología del término economía (del griego *oikonomía*: *Oikos*: casa; y *nomos*: ley, administración). Desde la antropología económica, Gudeman y Rivera (1990) teorizan sobre el caso del campesinado colombiano.

como la Reserva “El Diamante de las Aguas” o la Reserva “La Pedregosa”, en la serranía de La Lindosa, y las fincas recuperadas de Don Raúl y Don Juan, en la vereda El Triunfo 1 del municipio de Retorno.

Estos espacios son habitados y trabajados por personas de carne y hueso, con nombre y apellidos. Tienen como rasgos comunes que buscan, de diferentes maneras, producir alimento a la vez que recuperar bosque (incluso producir alimento del bosque<sup>7</sup>), respetar linderos y márgenes de cauces hídricos, establecer cercas vivas<sup>8</sup>, limitar la ganadería, definir una pequeña zona para cultivos de *pancoger*<sup>9</sup> o parcelas rotacionales, y otras estrategias que se contrastan con las apuestas únicas de monocultivos, ganadería extensiva o cultivos ilícitos.

A medida que avanzaba el trabajo de campo, *tirando del hilo* de la red social que fui construyendo entre campesinos guaviarenses, descubrí que no eran pocas las Unidades de Producción Familiar (UPF) que confrontaban el reto de producir limitando el impacto antrópico mediante la búsqueda constante e incluso ya antigua de iniciativas productivas que les permitiera sostenerse en su lugar de residencia y producción. En esta búsqueda, en las interacciones y relaciones que emergieron entre estos actores sociales y yo, me percaté de que las asociaciones de productores no debían ser el núcleo de mi investigación, sino, más bien, un conjunto de campesinos-colonos con quienes tuve la oportunidad de conversar, caminar, trabajar y hasta convivir en numerosas ocasiones. En otras palabras, los nodos de mi investigación no serían las asociaciones de productores, sino los campesinos-colonos (actores individuales o grupos familiares) que constituían los “nudos”, “juntas” o “articulaciones” (Ingold, 2018, pág. 45) de una red social compleja, en la que también pude encontrar muchas relaciones entre ellos, directas e indirectas. Estas relaciones constituyen las “líneas” que unen los nodos materializados en los campesinos-colonos de este trabajo. A medida que avanzaba el trabajo de campo, algunas de estas líneas resultaron ser las asociaciones de productores que fueron objeto inicial de mi investigación, y las cuales, también como actores sociales, conforman sólo una fracción del universo social de aquellos, sin restarles importancia en la configuración del panorama sociopolítico y económico de la región.

---

<sup>7</sup> Esta concepción del bosque amazónico como proveedor de alimento hace parte de los saberes de los pueblos nativos locales, especialmente los Nukak, y fue tradicionalmente ignorada por los colonos (incluso, por la misma colonización española). Las olas de colonización trajeron de la región andina y otras zonas del interior del país una concepción de la producción basada en el despeje de suelos y el establecimiento de praderas y cultivos racionalmente dispuestos. Sus lugares de origen se caracterizan por suelos muy fértiles, al contar con una espesa capa vegetal que, en el caso de los suelos amazónicos, no existe o es muy fina, de manera que los nutrientes disponibles en la tierra, sean para cultivos o para pastos, son muy limitados. Además, los suelos amazónicos tienden a ser lavados de nutrientes por escorrentía (agua de lluvia que circula sobre el terreno) y también por erosión cuando no son protegidos mediante cobertura vegetal.

<sup>8</sup> Delimitaciones de fincas mediante elementos vivos, tales como árboles, arbustos, matorrales, franjas de bosque, etc., en oposición a muros, alambrados, estacas y otras barreras artificiales.

<sup>9</sup> Prácticas básicas dentro de la idea de seguridad alimentaria.

## Metodología de investigación

La metodología empleada inició con asistir al encuentro de los actores sociales identificados. Inicialmente, solía conocerlos en el casco urbano de San José para conversar con un café, conocernos y mostrarles mis intereses de estudio y aprendizaje. A partir de ahí, y bajo diferentes circunstancias, pude acudir directamente a las fincas particulares. En ambas situaciones, tuve la oportunidad de regresar en más de una ocasión a la mayoría de las fincas, reservas o viviendas de estas personas o familias.

Fue en estas visitas que emergieron las diferentes relaciones con campesinos, y sin esperarlo comencé a figurar en el mapa social de los protagonistas de esta investigación, a partir del hacer, trabajar, caminar y conversar con ellos. Surgieron intereses y visiones comunes acerca de la producción agropecuaria, la agroecología o la biodiversidad. Adicional a las visitas, el hecho de residir en San José del Guaviare me configuró como un habitante del territorio, de modo que traté de mantener (en algunos casos, sin perseguirlo; en otros, con mucho esfuerzo) una relación con los habitantes-propietarios de estos terrenos, con quienes me llamaba o escribía por teléfono, y me encontraba con mayor o menor frecuencia en la cotidianidad del pueblo. Mientras todo esto sucedía, realizaba un trabajo de escritorio sobre materiales etnográficos, que describo a continuación: sistematizar y ordenar materiales, estudiar referentes teóricos y fuentes secundarias, transcribir notas de campo y grabaciones de audio, desarrollar ideas, construir mapas mentales y de redes, sumado a la escritura de diario de campo y la codificación de materiales.

En el curso de las visitas y estancias con campesinos, pude acompañarlos en sus quehaceres. En este intento de ejercicio antropológico genuino, honesto y siempre ingenuo, fui comprendiendo, de un modo vital y profundo, que este estar, caminar (**Imagen 2**) y hacer “con” la gente y aprender “con” ella (Ingold, 2013, pág. 2), era realmente lo que debía caracterizar este trabajo y la experiencia vital más amplia en que se enmarcó. Fue en aquellos numerosos instantes, generosos y emocionantes que el trabajo de campo me regaló, donde pude sentir que, en ese “hacer y estar con”, estaba entendiendo hasta cierto punto el sentido de la vida, las prácticas y las relaciones para esta muestra de campesinos-colonos guaviarenses. Y, sólo desde allí, podría tratar de evitar limitarme a aprender y escribir “acerca de” estas personas (págs. 3-7), sino, más bien, de ordenar y expresar de una manera sincera y más o menos rigurosa lo que yo había entendido y sentido acerca de ello, con la intención de dar una respuesta parcial a la curiosidad y las preguntas que me trajeron a esta aventura. Si busco esta comprensión de las vidas de los otros, como etnógrafo debería “dejar el campo transformado en otro ser humano” (Rockwell, 2008, pág. 91), puesto que “el estudio etnográfico modifica profundamente las miradas del investigador, y aporta desde ahí conocimiento” (pág. 98). Ese es para mí el sentido de un ejercicio antropológico.

Dentro de este conjunto de experiencias, visitas y estancias, realicé anotaciones de campo. Por otro lado, me dediqué a llevar un diario de campo sobre el que escribía al regreso de cada visita o estancia (generalmente exhausto, sucio y magullado) o de cada encuentro con alguno de mis interlocutores. Esta estrategia metodológica resultó muy fructífera para plasmar las impresiones, descripciones y reflexiones de experiencias vividas, sin dejar pasar demasiado tiempo, y de la manera más fiel posible. En este ejercicio de escritura de diario, surgieron inmensidad de apreciaciones, asociaciones mentales e impresiones sensoriales y emocionales. Al regresar del campo, el diario me permitía volcar notas e ideas, desarrollarlas más profusamente de lo que podía hacer en el campo, y encontrar relaciones significativas y posibles líneas de análisis, discusión y escritura.

---

Además de esto, me dediqué a entrevistarme con mis interlocutores en el contexto de la cotidianidad observada, a partir de una modalidad de conversación abierta no estructurada. Para su registro, me centré en el empleo de un cuaderno de notas, ya fuera en el momento o al terminar los encuentros. En ocasiones, recurrí al registro sonoro mediante grabadora de las conversaciones mantenidas, siempre con el consentimiento informado previo de mis interlocutores, y también realicé en una ocasión un rodaje audiovisual, cuyo registro sonoro adiciné a las otras grabaciones. Tras ello, procedí a transcribir los registros sonoros de las narrativas de los actores sociales. Ambos materiales, notas y transcripciones, me permitieron sistematizar las narrativas de los productores y codificarlas -una parte de manera manual y otra, mediante un software especializado<sup>10</sup>- para así detectar patrones, recursos lingüísticos, expresiones, disposiciones e ideas. De este modo, dejé que en el curso de la experiencia de campo y de mi relación con estos actores, emergieran categorías nativas cargadas de significados situados, vinculados a formas producir y de pensar el mundo ecológico (con todas sus redes de economía y socialidad).

La toma de fotografías resultó ser otro modo de registro que, con el pasar del tiempo en campo, demostró ser sorprendentemente expresivo e ilustrativo de las situaciones etnográficas, los entornos visitados y las relaciones que buscaba situar con una lente antropológica. Para mi sorpresa, estas imágenes lograban transmitir modos de vida, acción y relación de los actores, entornos, ecosistemas y biodiversidad, que me inspiraron y ayudaron a construir el texto. Por ello, una selección de estas imágenes acompaña este trabajo escrito, con la finalidad de, más que mostrarme a mí mismo, compartir la que fue mi mirada a través la del lente de mi cámara<sup>11</sup>.

Adicionalmente, también recurrí al uso de imágenes aéreas, mapas y cartografías procesados mediante SIG<sup>12</sup>, a partir de lo cual pudiéramos emprender discusiones con los productores acerca del manejo de sus fincas, la gestión y usos del suelo, y el estado de los ecosistemas.

## Comentario sobre el quehacer etnográfico multisituado en zonas rurales

Debo añadir aquí que esta etnografía, que bien puede considerarse multisituada en virtud de los múltiples círculos sociales que requirió estudiar, implicó realizar seguimiento regular, como se ha mencionado, a diferentes actores, lo que implica estudiar de cerca y con diferentes tipos de interacción social a personas, grupos humanos, espacios e instituciones. Ello incluye otros aspectos no mencionados de habitar en el territorio, como escuchar la radio a diario, participar de las conversaciones públicas cotidianas, y percibir los cambios y eventualidades en el transcurso de un año. También, viví coyunturas como el Paro Nacional de 2021, que en el departamento tuvo un impacto y una movilización social importante.

---

<sup>10</sup> Atlas.ti

<sup>11</sup> Casi todas las fotografías presentadas en este trabajo fueron tomadas durante mi trabajo de campo, y siempre bajo consentimiento oral de las personas que en ellas aparecen. La mayoría de las imágenes son de mi autoría. Por ello, explicitaré el nombre del autor de las imágenes únicamente cuando estas no sean mías. Algunas fotografías fueron tomadas en colaboración.

<sup>12</sup> Sistema de Información Geográfica.

Este tipo de etnografía multisituada o “multilocal”, como denomina Marcus, si bien tiene una base de operaciones y un campo geográficamente delimitado, “toma trayectorias inesperadas al seguir formaciones culturales a través y dentro de múltiples sitios de actividad” (2001, pág. 111). El etnógrafo efectúa una suerte de “seguimiento de discursos distintivos de sitio a sitio” (pág. 114), siguiéndole la pista a los diversas entidades que conforman los actores sociales de un campo disperso: los productores y su quehacer cotidiano, las acciones que habían emprendido tanto previo a mi campo como en el transcurso de este, y las múltiples maneras de organizar, recorrer, vivir y percibir el territorio<sup>13</sup> y el ecosistema.

Este salir a la búsqueda de los entornos y sujetos de estudios, sus “formaciones culturales”, cobró la forma de recorrer diferentes zonas del territorio guaviareense de frontera, desde el casco urbano de San José hasta los límites de la frontera agraria, mediados por trochas, bosques, caseríos y corregimientos, llanuras, pastizales, tiendas y, de modo significativo, *fincas*. Es en este espacio disperso y multiforma, adicionado a mi propia cotidianidad, donde la etnografía se desplegó durante el trabajo de campo, basado en el seguimiento de una red de actores geográficamente dispersos en la ruralidad amazónica, móviles y (por qué no decirlo) con frecuencia escurridizos.

## Estructura del texto

Este trabajo está estructurado en una serie de capítulos que siguen a esta Introducción. Cada uno de ellos, a su vez, está dividido en una introducción propia, una serie de apartados o subcapítulos, y unas conclusiones específicas.

En el primer capítulo, realizo una exploración de las condiciones de llegada de los actores de esta investigación, enfocada en los modos de producir y de percibir el entorno ecológico, para después terminar de caracterizar las formas actuales de llegar al territorio del Guaviare.

En el segundo capítulo atiendo el primero de los objetivos de esta investigación. Para ello, presento y describo cuáles son las prácticas productivas que en lo reciente están tratando de establecer modos alternativos de producir. Discuto la idea de “alternativa”, planteo las disposiciones para la salida de los cultivos de uso ilícito y los diferentes flujos económicos de los productos, para después realizar un recorrido descriptivo, técnico y crítico por dichas prácticas. Termino problematizando la cuestión de la ganadería y presentando propuestas y valores que representan horizontes para la producción agropecuaria en el territorio guaviareense. A lo largo del capítulo, doy cuenta de los significados, las estrategias y las percepciones de los actores sociales en relación a las prácticas y propuestas productivas.

A continuación, en el tercer capítulo, doy respuesta al segundo objetivo de investigación. Sitúo los modos de habitar el territorio desde las subjetividades ambientales y diversas concepciones de la ecología. Describo las percepciones de los agentes sobre los impactos ecológicos de las diferentes actividades productivas y las iniciativas de recuperación, y doy cuenta de los discursos que adscriben en relación a las posibilidades de producir articuladas con nuevos valores atribuidos al ecosistema de bosque. Profundizo

---

<sup>13</sup> Se estima que en el departamento del Guaviare existen unas 4.000 fincas privadas, cuya extensión promedio es de unas 400 hectáreas, distribuidas de manera muy dispar: existen fincas de quince hectáreas y, otras, de dos mil.

sobre las relaciones, experiencias y percepciones con actores emergentes del bosque, los otros no-humanos, y analizo las redes de saberes que emergen y se configuran alrededor de las nuevas concepciones del ecosistema habitado y las experiencias ecológicas. Termino argumentando cómo estas transformaciones ecológicas forjan la relación entre el territorio y la construcción identitaria de los nuevos habitantes de la frontera agrícola del Guaviare.

En el cuarto y último capítulo exploro respuestas a mi tercer y último objetivo investigativo. Describo brevemente el despliegue del Estado en el Guaviare y su visión por parte de los campesinos-colonos, y discuto elementos de la vida campesina que reproducen prácticas y discursos propios del paradigma del desarrollo. A partir de ello, describo narrativas y percepciones de los habitantes guaviarenses que dan cuenta de los significados y valores subjetivos de sus modos de vida, los cuales permitan explorar o denotar elementos alineados con las propuestas del Buen Vivir. Cierro el capítulo con una perspectiva de las situaciones actuales de los campesinos-colonos guaviarenses con quienes investigué, que muestre en qué entramado sociopolítico se encuentran, qué necesidades tienen y cuáles son sus motivaciones, expectativas y aspiraciones a futuro, todo ello vinculado a sus modos de producir y habitar el territorio.

En las conclusiones generales, extraigo resultados investigativos de los diferentes capítulos, para redondear el estado actual de la colonización del Guaviare a partir del ejercicio etnográfico e investigativo realizado. También planteo una discusión y una toma de posición personal, política e incluso técnica, junto con unos comentarios finales sobre la situación actual, las amenazas y necesidades del Guaviare y sus habitantes, pero también las soluciones, las oportunidades y los caminos emprendidos que han mostrado frutos y éxitos, y que abren la posibilidad a profundizar en formas emergentes de producir y vivir en este territorio.

Un anexo reúne la selección de fotografías de campo no plasmadas sino referenciadas a lo largo del texto, aspirando a que se establezca un diálogo entre ambos materiales que permita enriquecer la mirada etnográfica y la experiencia de quien lee.

Espero, a la luz de este trabajo, poderle dar un sentido tanto académico como práctico. Al final del camino (que no es sino una pausa para pensar), aspiro a que la motivación inicial se corresponda parcialmente con el interés de producir conocimiento etnográfico acerca de la colonización en su versión actual y las necesidades y clamores de un territorio tan singular y mágico como el del Guaviare. En cualquier caso, no puedo dejar de afirmar que la experiencia vital que este trabajo supuso para mí, superó con creces cualquier expectativa de aprendizaje y crecimiento tanto personal como disciplinar. Es mi deseo sincero llegar a dialogar con lectores ávidos de conocer y discutir sobre las cuestiones que trato en lo que sigue.

## Convenciones literarias

A lo largo de este texto, recorro a citas bibliográficas y de otras fuentes secundarias mediante el uso de comillas o en párrafos independientes, seguidos de su referencia. En los casos en que la fuente original figure en una lengua diferente al castellano, empleo las citas en castellano mediante una traducción propia.

El trabajo se nutre de un volumen importante de términos, categorías emergentes, expresiones y narrativas orales de los actores sociales de esta investigación. Una vez transcritos y seleccionados, los incorporo en mi texto y los hago dialogar con mi propio discurso y análisis. De modo que, para el empleo de estos datos

---

etnográficos, recurro a la *fuentes cursiva* en todo el trabajo, a fin de que sea clara la distinción entre las fuentes primarias y mis propios aportes.

Algunos de los nombres propios de las personas involucradas en esta investigación han sido anonimizados, en aras de proteger su identidad. Otros, los he mantenido, habida cuenta del permiso y la confianza existente, además de tratarse de actores sociales relativamente conocidos en el territorio.

Por cuestiones de coherencia estilística, y con el fin de evitar duplicaciones que hicieran más farragosa la lectura y la escritura, decidí emplear la denominación genérica en masculino en todo el documento. Aun si una parte importante de mis interlocutores fueron hombres (en un universo social público fuertemente dominado por la presencia masculina y el paradigma patriarcal), mis interacciones y encuentros con campesinas-colonas tuvieron un valor considerable. Ellas forman una parte valiosa de este trabajo.





*Imagen 2 "Caminar junto con" como forma de conocer y experimentar el territorio y cómo los actores lo viven, perciben e interactúan con él. Fotografía: Paula Vivas*



# 1. Llegar

*Desde su arribo, el campesino se apropiaba del espacio, lo marcaba y lo bautizaba con un nombre que lo identificara en su individualidad y describiera a su vez el nuevo entorno.*  
(Salgado, 2012, pág. 39).

Ante cualquier encuentro con la alteridad, nos surgen preguntas básicas pero esenciales, profundas: ¿quiénes son estas personas? ¿Por qué están donde están? ¿Cómo llegaron aquí? ¿Qué hacen? ¿Qué necesitan? ¿Qué buscan? Pocas exploraciones alcanzan a darle respuesta a la vez concisa y certera a estas cuestiones.

Previo a mi experiencia, el Guaviare y sus gentes eran completos desconocidos para mí. Aterrizar en este territorio trajo una avalancha de preguntas, desde las más académicas hasta las más personales. En el encuentro y en la experiencia de vida compartida, en el discurrir de los días, los caminos y los problemas, el velo de mito que yo mismo había esculpido fue lentamente cayendo ante mis ojos.

En este primer y breve capítulo, busco dar cuenta de los diferentes modos de *llegar*, arribar al territorio, a partir de las historias de vida de las personas con las que investigué y de los datos actuales sobre las migraciones al Guaviare. Para ello, presento, a través de sus narrativas, a los personajes que hicieron parte de esta investigación, aquellas personas de carne y hueso con quienes me encontré, caminé, trabajé el campo, cociné, recorrí trochas, mantuve reuniones, y compartí momentos de distensión, ocio, anhelos, tensión, fogatas o cervezas.

Los campesinos-colonos guaviarenses habitan llenos de historias sobre su llegada al Guaviare (**Imagen 3**). Historias que conforman su identidad y dejan ver sus orígenes, su relación con el territorio, su quehacer diario, sus memorias, sus luchas y sus anhelos más profundos. En mis encuentros con quienes trabajé, la historia de la llegada surgía invariablemente, más pronto que tarde, y con frecuencia en nuestro primer encuentro. Numerosos matices nutren las historias de vida, le aportan riqueza etnográfica al ejercicio de campo, y permiten ver dónde está el foco de las trayectorias vitales para sus protagonistas. Sobre estas historias, puse deliberadamente el foco en la actividad productiva y las percepciones ecológicas de quienes llegaron a esta región, de manera que los relatos que presento aquí vienen tamizados por mis preguntas de investigación.

Con sus narraciones, estos sujetos establecían un punto de enunciación, construían la identidad relacional hacia su interlocutor (yo, con todas sus impresiones e ideas acerca de mí), dejaban ver un discurso propio que yo podía enlazar con mis preguntas, y, sobre todo, abrían la oportunidad para conocernos mutuamente. El proceso de conocerse con estas personas favoreció un diálogo progresivamente más equilibrado, y que ambos nos abriéramos a sendos intereses y preocupaciones (inicialmente dispares,

progresivamente similares) en el otro y en el territorio guaviarense. Si bien nuestros orígenes y trayectorias de vida resultaban diametralmente opuestos, con el tiempo me sorprendí compartiendo con los campesinos también mi propia historia de vida, descripciones de mi región de origen, con sus paisajes y prácticas productivas, y relatos, anécdotas y conflictos al otro lado del océano. Ello construía complicidad y despertaba una genuina curiosidad en mis interlocutores. Pero, ante todo, permitía “reducir al mínimo la violencia simbólica” (Bourdieu P. , 1999, pág. 528) entre los habitantes rurales guaviarenses y quien llega (con orígenes más bien urbanos y académicos) a un territorio como este queriendo aprender e investigar. No obstante esto, como ya expuse, mis intereses académicos desde siempre se fundieron con una pregunta personal profunda por la idea de frontera, la colonización, la región amazónica y las historias de vida que discurren en ésta.

Para mi trabajo de campo, y poniendo el foco en la actividad productiva y las relaciones ecológicas, las historias de vida cobraban un sentido particularmente relevante, pues me permitieron entender mucho mejor desde mi posición un territorio tan complejo y dinámico como el Guaviare. Pero no sólo eso, sino que también pude establecer elementos de contraste con la situación actual, sobre lo cual detectar procesos de cambio social en las prácticas productivas y las relaciones ecosociales.

Dentro de estas historias, quise rescatar *la llegada* porque constituye un momento de indudable importancia en la vida de las personas con quienes me relacioné, ante lo cual, y salvando todas las distancias, yo me veía reflejado como recién llegado también. Las historias de la llegada permiten conocer las impresiones de los campesinos-colonos acerca del territorio de acogida y aportan abundante información de contexto a quien investiga un campo novedoso. Pero, quizás más significativo aún, en las narrativas de la llegada emergían muchas de las categorías de análisis que nutrirían y nutrieron los demás momentos de campo y mi propia investigación. Alcancé a registrar buena parte de esas historias en mi diario de campo, otras las recuperé de grabaciones de sonido.

Son muchos los trabajos y registros que han narrado la historia oral de la colonización del Guaviare, entre los que destaco el invaluable, revelador y ya clásico aporte de Molano (1992), y el más reciente y agudo ejercicio de Salgado (2018). Este último construye un personaje polifónico a partir de diversas fuentes en su propia investigación. Quise ensayar brevemente este estilo con el fin de caracterizar los protagonistas de mi trabajo de campo, compartir la(s) historia(s) de su llegada, dar cuenta de mi experiencia de diálogo con ellos, y, a la postre, permitir que fueran también ellos mismos quienes establecieran el contexto de las cuestiones que analizo en el conjunto de este trabajo. Así, los relatos aquí plasmados son una reelaboración artificial que aglutina muchas voces, aparentemente anónimas.

## 1.1 *Llegué buscando un pedazo de tierra que trabajar*

*Por acá se decía que había tierras fáciles pa' trabajar. Y también me contaban mis amigos que habían estado, decían que eso por allá era muy feo, muy lejos, que había mucho paludismo... Toda la película. Pero yo tenía ganas de trabajar aquí. Yo creo que como muchos que han llegado acá, pues porque de donde yo vengo no había tierra donde trabajar. Y de acá también se decía que había buenas tierras para trabajar, que esto era fácil.*

*Antes anduve en Santander, en el César, en el Carare, en muchos lados... Y en ninguna parte me gustó. Porque por allá en esa época, hace cincuenta, sesenta años, era muy política, a la gente de fuera le preguntaban lo primero “¿usted qué política tiene?”. Era lo primero. No me gustó, y eso me corrió al Guaviare. Aquí en cambio uno llegaba y nadie le preguntaba nada de eso, sino “¿qué sabía hacer?”, y camine a trabajar. Mi papá era finquero allá en mi tierra, y lo veía uno cómo trabajaba en la finca, eso me gustaba. Veintisiete años tenía cuando me vine al Guaviare. Me vine a aventurar aquí. En esa época siempre difícil, empezando porque no había dónde ganar un jornal, porque como estas eran tierras nuevas, no había plata.*

*Primero yo trabajaba aquí en San José. Como constructor, como conductor, como vendedor y eso. La pasaba en el pueblo, iba a trabajar todos los días. Hasta que nos cansamos. Nos cansamos, mano, porque no podía ser de trabajar tranquilo en el pueblo, porque eso consume dinero, y en el pueblo no se respira.*

*Así que nos volamos del pueblo. Cogí camino a las dos de la mañana. Me viene subiendo por el camino, porque tomamos un poco de días para llegar, entonces se gastaba uno mucho tiempo. Vine a dar por acá con unos amigos. Llegamos a los tres días de recorrido. Con ganas de buscar un pedazo de finca. Me gustó el terreno por acá. Era muy bonita la tierra por acá, por lo plana. Y con la posibilidad que había de hacer una finquita, pues tocó jugársela de una vez. Me dijeron al llegar que preguntara por don Celedonio, y me fui a buscarlo camino abajo. Le pregunté si me dejaba cinco hectáreas de caucho que tenía, le dije: “no tengo dónde sembrar, entonces quería decirle a usted si era posible...”. Me contestó: “mijo, si quiere trabajar, cojan de la carretera para abajo. O sea, usted ya sabe el sector”. Y allá nos dejó 30 hectáreas.*

*Yo en mi tierra había trabajado el maíz, la caña, el plátano... Allá por mi tierra es muy peligroso. Cuando hace mucho invierno, que llueve todo rato, las quebradas se derrumban mucho. Entonces por acá es mejor para trabajar. Un territorio como este es diferente, porque por allá hay diferentes cultivos y aquí, otros. Aquí había cultivos que yo nunca los distinguía, y los vine a distinguir aquí y aprendí a trabajar muchas cosas en el cultivo, hasta de diferentes clases de trabajo. Eso era mucho esfuerzo y llanto, uno quería ganar buena plata, pero era casi nada, como el sustento, la comida nomás. Después aprendí a hacer un trapiche para aprender a moler la caña para el sustento.*

*Ya después de que me metí en el cuento de la injerta, aprendí. Y ya se va metiendo uno como en ese tema. Luego vinieron varias reuniones y nos habían estado explicando. Después llegó la FAO y nos fue enseñando un poquito más de la conservación y de todos esos asuntos, y nos llevó a pasear. Estuvimos en el Valle, estuvimos en el Huila, viendo unos ejemplos muy bonitos allá. Pero con el problema tan bravo que tienen con la caña, y algunos peleando su terrón, su pedacito de tierra...*

*Yo venía con una meta, con el fin de conseguir un pedazo de tierra para trabajar y hacer finquita. Y le di y le di, hasta que la encontré. Y ya lo conseguí. Ya estoy en ella.*

## **1.2 Esto era pura selva**

*Duré los primeros años molestando, andando tres o cuatro días por la selva. Me guiaba por el sol y tocaba de noche por la luna, que era la única luz que uno miraba. Esto era pura selva, pura selva, animales y todo eso. Hasta el tigre nos quería comer. También trabajé con pieles de tigrillo, que las compraban. Como era*

sólo selva, había no más algunos caminitos desde El Retorno. Pero puro caminito, no entraba ni moto ni carros. Nos tocó traer la maleta a la espalda y caminar todo lo que pudimos, hasta llegar...

Y luego nos ubicamos por acá, compramos una tierrita y una casita. Y empezamos a hacer finca, pues, a tumbar la finca. Llegamos fue a hacer el descumbre. Quería trabajar y tenía familia. Y pues tocó de una vez porque no tenía dónde trabajar y en esa oportunidad de una vez tocó escoger. Aquello fue difícil, había que empezar a tumbar el primer palo para hacer la casa, pero en ese tiempo no había motosierra, sólo hacha y machete. Y uno estando dentro de la selva, ya no tenía más opción que resignarse adonde había llegado. El primer verano que hubo, fueron dos hectáreas, y ahí hice el campo pa' hacer la casa. Y, mientras, el tumbé de la palma.

Esa es la dinámica de nosotros los colonos. Compró acá la hectárea a un millón, y cuando terminé de trabajarla, la vendo a cuatro o cinco millones la hectárea. Luego tumbé más al fondo, y así. Luego un colono tiene unos hijos y, ya crecidos, irán más allá a tumbar, y luego sus nietos. Se progresaba era selva adentro, no mirábamos para otro lado. Aquí en el Guaviare pensábamos era en tumbar, que era lo único que se veía que podía hacer uno. Y así, bregando, me conseguí la primer vaca al año, y ahí me fui levantando ya en adelante. En ese tiempo, que sembraba uno maíz, valía más el flete que lo que valía la carga: el pasaje valía en ese tiempo cincuenta pesos, y la carga valía ciento cincuenta, más el empaque. Pero algo se conseguía. Ya después llegó el primer bulto de alambre y allí año tras año yo iba tumbando, y se iba haciendo pasto...

También había que hacer los linderos de la finca. En los Andes éramos minifundistas, pero acá la dinámica era que cada uno llegaba con su familia, llegaba a un sector definido, a cualquier sitio, y simplemente delimitaba un área de bosque "X", haciendo una pica o una baliza, como le llamamos acá. Es simplemente como una especie de caminito por entre el bosque donde tumbamos prácticamente el rastrojo más bajito, para que quede visible que por ahí hay un límite. Y así encerramos un área determinada, y ya de esa manera, en la vereda, automáticamente las comunidades empezaban a adoptar esa figura de que "eso es mío", y ya empezaba a ser respetado por la vereda. Ya teniendo esa área definida dentro del bosque, entonces empezábamos a tumbar, a abrir espacios para poder hacer la vivienda, para poder implementar los cultivos, e incluso implementar el cultivo de la coca y así sucesivamente.

Entonces llegó la coca, y nos dimos cuenta de que habíamos llegado era a la Vorágine. Ahí se movía mucha plata. Mire que el año 81 ya había coca, pero era la época de la coca sana, era pacífico. Después se puso todo muy difícil. A mí no me interesaba la plata, pero era lo que se movía. Yo apenas sí estuve metido en el negocio. En cambio mi hermano vivía era de eso, se dedicaba a comprarle a sus hijos juguetes de doscientos, trescientos mil pesos de ese entonces. Yo siempre le dije que invirtiera, que construyera algo, que no lo consumiera todo... Y ahora que ya lo perdió todo está de jornalero, cuidando una finca de día. Cuando se cayó lo de la coca, llegó fue el hambre, y nos tocó volver a empezar. Resultamos un tiempo en Calamar y, luego, en Retorno. Entonces todo esto era bosque, ahora ya es una tristeza, eso no más quedan son relictos, que yo le llamo. Usted se sube al avioneta y ve pastura aquí y allá, pa' donde sea que mire. Y entre una y otra, con suerte usted ve esos pedazos de bosque, qué pesar.

A mí siempre me interesó el tema ambiental, desde niño. Pero hablar del tema ambiental en el auge de la coca era ofender a la gente. Entonces ya cuando después me establecí por estos lados, con mi vecino, buscábamos conservar siquiera un poco de montaña. ¿Para qué? Pues de algo tenía que servirle, así fuera a nuestros nietos, pa' que le sacaran algún provecho a la naturaleza. Entonces sólo tumbamos una hectárea de montaña al comienzo. Como para hacer algo con un potrero y ponerlo a funcionar. Mi padre nunca

*estuvo de acuerdo en acabar con la montaña, por los animales, por el agua... Él siempre iba tumbando de a poquito y poquito, también porque en esa época era todo macheta y hacha. Entonces él siempre tumbaba por ahí cinco hectáreas cada año, pa' la cosecha no más.*

*Fíjese que yo compré este predio fue por el valor en agua que le veía. Y cuidando, conservando y debido a eso, uno le va cogiendo como conciencia a la cuestión, y ya se mete uno en el cuento. Nosotros comenzamos a pensar la manera de conservar, y sí ve que los potreros ya hoy en día no son casi potreros, sino que son bosque. La región donde yo vengo es una región donde ya hay mucha contaminación, y ahora está medio despoblado, hay mucho potrero y partes donde cultivaban el arroz y el sembrado de la soya. Lo que no estaba en potrero en las partes planas, eran cafetales, pero ya todo despoblado. Ya no se podía vivir con un aire libre y sano. Lo que es al contrario que aquí, que podemos respirar un poquito de aire todavía algo sano, ¿cierto?*

### **1.3 Nos escapamos al Guaviare, y nos amañamos por acá**

*Vinimos por acá una temporada, de pronto no pensaba estarme este tiempo que llevamos ya. Hicimos de todo un poquito. Inclusive yo estudié, hasta donde pude. También quise vincular a mi familia y darle la oportunidad, como encontrar un negocio en el que todos estuviéramos vinculados y todos tuviéramos una utilidad producto de eso. Cuando empezó a llegar bastante gente, se comenzaron a conformar las veredas, y a través de las veredas se formaron ya las Juntas de Acción Comunal. Ahí comenzamos a tener como la figura legal del territorio, desde lo social.*

*Esta es una tierra de oportunidades. Siendo trabajador, uno acá puede hacerse un futuro, de verdad que uno trabajando bien se puede hacer un buen futuro. Cierto que uno por perezoso a veces no quiera trabajar, pero aquí es una tierra muy fructífera. El Guaviare es único, la forma de ser su territorio. Yo había estado una oportunidad en el Meta, pero aunque es muy parecido acá, no me gustó, mucho zancudo por allá. Este es un departamento muy bonito, y eso me amañó mucho. Me gustó mucho porque se da de todo. Recordaba mi infancia cuando era niño y teníamos nuestra finca, era un terreno quebradito y acá en la finca donde resulté viviendo ahora es quebradito también, y eso me recuerda mucho a la finca de cuando yo estaba pequeño. Por eso me gusta sembrar muchos palitos, matas, porque eso me recuerda a mi papá, que mantenía sembrando y quería con nosotros una casa.*

*Entonces siempre hemos luchado en este Guaviare, ya toda una vida, años. En las buenas y en las malas, hemos pasado momentos felices y difíciles también, pero ahí estamos, gracias a Dios. Hace ocho días cumplí cincuenta años de llegado al Guaviare. Y un vecino que me colaboró tanto, murió esta semana pasada también. Fuimos compañeros de odisea desde cuando vinimos a fundar. Ese es mi mejor recuerdo. Y cómo se siente que ya me adentré un poquito bien, y como que ya tengo con qué tomarme cualquier agua panela.*

## 1.4 Dinámicas y motores de las migraciones al Guaviare: ayer y hoy

Molano et al., tras realizar una profusa revisión bibliográfica, se sigue preguntando: “¿qué es un colono, de dónde llegó y por qué, cuándo fue y cómo? ¿cómo vive y qué opina?” (1989, pág. 123). El colono, esa “materia prima y fuente primaria del asunto”, al que aproximarse con “una actitud: la de rescatar la dimensión humana de un acontecer”. Por su parte, Fajardo, argumenta de manera magistral que la colonización “cumple hoy el rol de dejar intacta la estructura latifundista en el interior de la frontera agrícola”, pero también advierte sobre “el surgimiento de una conciencia y de una cultura de la colonización” (Imagen 13).

La dinámica clásica de la “colonización metense” en el Guaviare (González, Ramírez, Valencia, & Barbosa, 1998, pág. 25), análoga a la de otras regiones del país (Caquetá o Putumayo) nutridas del interior, se complementó de la “colonización fluvial” y tuvo como punto de partida el asentamiento basado en cultivos básicos: arroz, maíz, yuca, plátano, junto con algunas cabezas de ganado. Mientras la ganadería crecía y se expandía en la frontera, con la lógica del *endeude*<sup>14</sup> y la llegada de terratenientes y comerciantes (incluyendo los esmeralderos, que introducirían los cultivos de uso ilícito) proliferó el acaparamiento de tierras, forzando a colonos a abandonar sus predios y fundarse más selva adentro, perdiendo así sus precarias propiedades y los esfuerzos invertidos en ella. Con esto, los nuevos propietarios de la tierra no sólo acaparaban superficie, sino los terrenos más valiosos, trabajados y accesibles, así como la ganancia de la plusvalía invertidas en ellos, las llamadas *mejoras*. La naturaleza violenta de este desplazamiento imprimió en el frente de colonización un carácter imparable, una urgencia y una pobreza que impregnaron el transitar de estos nuevos habitantes del Guaviare, permitiendo además la injerencia de actores armados con los cuales el campesinado se relacionaba.

Molano (*op. cit.*) distingue las fases de la colonización rapaz, armada y campesina. Jiménez (2017, pág. 9), al igual que otros autores pero desde la experiencia del campo en años recientes, también diferencia y aborda tres oleadas de migración interna desde el inicio de la Violencia: la primera, que huía de la Violencia bipartidista buscando una tierra propia, la segunda, durante la bonanza marimbera y, sobre todo, cocalera de los años setentas y ochentas (respectivamente), buscando el “aprovechamiento económico”.

¿Por qué llega la gente hoy al Guaviare? Conuerdo con Jiménez en que existe un tercer grupo, durante la última década o dos, que se podría llamar de migración interna o de colonización, según el caso. El primero, no reproduce las prácticas depredadoras extractivistas, sino que pueden calificarse de “personas que han llegado durante la última década a la región buscando la tranquilidad y el confort que ofrece la vida rural” (pág. 9). Estas migraciones suelen venir motivadas por las oportunidades de vida que ofrece: la actividad laboral en instituciones públicas y privadas, los negocios privados que proliferan en los también crecientes

---

<sup>14</sup> Molano (1992, pág. 25) explica el *endeude* de forma concisa y elocuente. Se trataba de una práctica de préstamo basada en relaciones de explotación por parte del patrón o cuadrillero hacia el trabajador, fuera este blanco o indígena. El primero le adelantaba al segundo material indispensable para el trabajo (caucho, oro o coca), la alimentación y la supervivencia en la selva. Sin embargo, el valor monetario de estos insumos era determinado por el patrón, quien era también el comerciante y comprador del producto del trabajo. Como el patrón imponía los precios a los que compraba estos productos, el saldo era “invariablemente negativo”, generando una deuda perpetua, creciente e impagable, de manera que la mano de obra de los trabajadores quedaba “atada” indefinidamente.



cascos urbanos del departamento, las redes sociales y parentales, y los proyectos particulares apoyados y financiados por diversas agencias.

Sin embargo, por otro lado, existen olas actuales de migración colona que, de otras partes del país e incluso de otros países (principalmente Venezuela) están llegando a ciertas zonas del frente de frontera agrícola, y su destino es la actividad rural, sea como jornaleros de fincas o haciendas ganaderas, o del negocio de los cultivos ilícitos que proliferan más allá de la frontera agropecuaria. Como me confesaba un amigo campesino quien *se la pasa en la trocha de aquí para allá, por todo el departamento*:

*Sí, están llegando... Yo los vi hace una semana por el final de la trocha [ganadera]. Llegan en convoyes de varias camionetas y carros de línea, quién sabe quién los financia, pero vienen de lejos. Llegan con lo puesto, a veces con nada, porque les prometen El Dorado. Los llevan hasta el final de la trocha, los guían selva adentro para fundarse, tumbiar una hectárea, armar la cabaña y el cambullón<sup>15</sup>, sembrar la mata y comenzar a producir para los mafiosos. La coca, aunque da plata, ya no deja plata a los que la trabajan. Todo queda para el traficante. La gente llega es por la leyenda, por el mito, pensando que va a hacer plata. Trabajar por un año, tumbando, dejar deforestado e irse dizque con los millones.*

Estas narrativas siguen coincidiendo con los testimonios acerca de las sucesivas bonanzas, donde “la gente había llegado a la selva a hacer plata, no a hacer lo mismo que hacían en su casa” (Molano, 1991, pág. 187). Las diferentes lógicas productivas de la colonización contrastaron desde el principio y hasta la actualidad con los modos tradicionales de generar productos para el consumo doméstico y local entre las poblaciones originarias del antiguo Gran Vaupés. Dichos modos de producir alimento y alimentarse fueron base esencial para el apuntalamiento sostenido de diferencias entre colonos y estos grupos indígenas, principalmente de la familia tukano oriental en el inicio (y, más adelante, los nukak).

El pescado lo comen moquiado o si no lo ahúman bien ahumado [...]. La fariña la hacen moliendo la yuca brava y aguándola hasta que se le va el veneno [...]. De eso viven. No necesitan de uno. El pobre Melco [colono] tenía que fracasar enseñándoles a sembrar plátano, yuca y hortalizas. Hasta el cultivo del cacao y del café trató de enseñarles. ¿Ganado para qué? Ellos le tienen agüero a la leche; dicen que los desocupa por dentro y les saca la tripa. No toman leche ni tomando. (Molano, 1991, pág. 186)

Podría decirse, siguiendo a María Clara Torres (2018), que la imagen del colono quemando y despejando el bosque (sea con un machete y un hacha como antaño, o con una motosierra y gasolina a día de hoy) cuenta una historia de lucha por sobrevivir contra las fuerzas del mercado (pág. 147). Hoy, no obstante, las relaciones entre migraciones, mercados y deforestación son más estrechas y complejas, y, como se verá más adelante, remiten a relaciones de poder, conglomerados agroindustriales y el acaparamiento de fundos, alimentado por el sempiterno e irresuelto conflicto por la tierra en Colombia.

En el presente, personas están llegando al Guaviare cada año, y la población del departamento crece. “Según proyecciones del DANE, en 2019 la población era de 117.494 habitantes de los cuales el 3,73% lo conforman grupos indígenas correspondientes a los pueblos Sikuaní, Jiw, Tukano Oriental, Puinave,

---

<sup>15</sup> Laboratorios rústicos in situ que se instalan cercanos a lotes de cultivo de coca, y donde se procesa la base de coca y, en ocasiones, se *quimiquea* para producir el clorhidrato de cocaína.

Curripaco y Nukak-makú” (García Muñoz, 2019, pág. 5). Desde el punto de vista macroeconómico, la región es hoy mirada con un *gran potencial de crecimiento* que trae los ecos de las sucesivas bonanzas con que se construyó. Las motivaciones de las personas por llegar al Guaviare rural han cambiado con las décadas y siguen haciéndolo de acuerdo a las coyunturas más recientes. Lo que ayer fue el caucho, las pieles, el oro o la coca, hoy es la ganadería extensiva, las ayudas de “cooperación al desarrollo”, los apoyos a ciertos proyectos productivos (basados en el monocultivo y una considerable inversión inicial requerida), y un turismo en crecimiento que los dirigentes no dudan en anunciar como *el nuevo petróleo*. Tampoco pueden dejarse de lado razones de origen para la migración, es decir, al agravamiento de las condiciones de vida, el aumento de la violencia, la escasez de oportunidades, los problemas de acceso equitativo a la propiedad de la tierra y el abandono del campo en otros territorios de Colombia, generalmente rurales pero, sorprendentemente, también urbanos. Por último, los Acuerdos de Paz han tenido un efecto relativamente rápido en la *apertura* del Guaviare al resto del país y al mundo, y ello ha motivado nuevas olas de migración.

Desde el punto de vista territorial, “la mayor parte del Departamento se encuentra en Zona de Reserva Forestal de la Amazonía, creada en el año 1959” (García Muñoz, 2019, pág. 5) mediante la Ley Segunda<sup>16</sup>, marco legal de administración ambiental a nivel estatal. “El 92% del Guaviare se encuentra bajo alguna figura de protección o restrictiva de actividades productivas”, sean Áreas Protegidas<sup>17</sup>, Resguardos Indígenas, o las Zonas de Reserva Forestal (ZRF). Finalmente, la Zona de Reserva Campesina (ZRC)<sup>18</sup>, que en el caso del Guaviare coinciden en buena parte con la *zona intervenida* o el área departamental del Distrito de Manejo Integrado Ariari-Guayabero (DMI), cuenta con “463 mil hectáreas, que fueron sustraídas de la ZRF de la Amazonía mediante la Resolución 054 de 1997” (García Muñoz, 2019, pág. 5). Es dentro de esta ZRC que, jurídicamente, se considera que la colonización asentada debe establecerse. El *área intervenida* debería en teoría circunscribirse a la ZRC, sin rebasarla, por lo que la directriz actual es que los nuevos flujos migratorios rurales se establezcan aquí. Sin embargo, la realidad es que la frontera agropecuaria se sitúa hoy más allá de los límites de las ZRF (Ley Segunda 1959) y las Áreas Protegidas: el Resguardo Nukak-Makú, la Reserva Nacional Natural Nukak (ambas hacia el oriente del departamento) y el PNN Serranía del Chiribiquete (PNNSch) que se extiende hacia el sur y suroccidente guaviareño para ocupar buena parte de

---

<sup>16</sup>Artículo 2. Se declaran Zonas de Reserva Forestal los terrenos baldíos ubicados en las hoyas hidrográficas que sirvan o puedan servir de abastecimiento de aguas para consumo interno, producción de energía eléctrica y para irrigación [...]

Artículo 5. No es permitida la explotación de bosques en terrenos baldíos ni en los de propiedad privada que vaya señalando el Ministerio de Agricultura, sin licencia del mismo Ministerio, basada en un concepto técnico, y cualquier producto que se extraiga sin esos requisitos será decomisado. [...] El Ministerio irá señalando los bosques de propiedad privada donde la explotación deberá ser prohibida o reglamentada.

<sup>17</sup> Parques Nacionales Naturales (PNN), Reservas Naturales de la Sociedad Civil, y dos categorías de Reserva Forestal Protectora Nacional: Serranía de la Lindosa – Angosturas II, y El Capricho, Miro lindo y Cerritos.

<sup>18</sup> Reguladas por la Ley 160/1994, según la cual (artículo 80) “son Zonas de Reserva Campesina las áreas geográficas seleccionadas por la Junta Directiva del INCORA, teniendo en cuenta las características agroecológicas y socioeconómicas regionales”. El artículo noveno plantea el objeto de la Ley: “Regular la ocupación y aprovechamiento de las tierras baldías de la Nación, dando preferencia en su adjudicación a los campesinos de escasos recursos, y establecer Zonas de Reserva Campesina para el fomento de la pequeña propiedad rural, con sujeción a las políticas de conservación del medio ambiente y los recursos naturales renovables y a los criterios de ordenamiento territorial y de la propiedad rural que se señalen”.

---

la Amazonia caquetense. Es en estas zonas de reserva o protegidas donde siguen llegando personas a (perpetuando el término) *fundarse*.



*Imagen 3 Llegar. Escultura en San José del Guaviare. Esta obra, desde el principio, evocó en mí la imagen y las vivencias de los campesinos que arribaron al Guaviare desde los años cincuenta.*

## 2. Producir

*Como campesinos que somos, vivimos de lo que producimos.*

En este capítulo busco atender el primero de los objetivos de esta investigación: conocer cómo son las prácticas productivas más recientes emprendidas por algunos campesinos-colonos, y de qué manera se configuran para éstos como alternativas a las prácticas tradicionales extractivistas, propias de la colonización. Para ello, sitúo la idea de alternativa en las particularidades del territorio rural guaviarense y su historia, y realizo un recorrido por diferentes prácticas productivas, diferenciando los usos, sentidos y significados de cada una. La articulación entre diferentes prácticas productivas supone una consecuencia natural de este recorrido. También problematizo algunas de ellas y establezco un diálogo entre criterios “nativos” y “expertos” acerca de la idoneidad y las consecuencias de cada iniciativa.

Con este análisis, describo una imagen de mundo para los actores sociales involucrados, y doy cuenta de las decisiones y ciertas disposiciones culturales y ecológicas que existen tras las iniciativas productivas. Aspiro a que esta exploración arroje evidencia etnográfica sobre los horizontes de posibilidades que abren o no ciertas tendencias productivas, aportando a la larga discusión sobre las tendencias económicas de la colonización desde el sentir de sus protagonistas y el diálogo entre saberes y experiencias.

### 2.1 Aproximaciones a la idea de “alternativa” económica o productiva

El departamento del Guaviare es en su gran mayoría rural, de modo que la actividad económica se reparte en diferentes usos del el territorio dirigidos a la producción de materias primas de origen agropecuario, principalmente alimentos y algunos productos no comestibles, como la madera, el látex o derivados vegetales para aceites, fármacos o cosméticos. Las condiciones de este territorio, en esencia un ecosistema amazónico (climatología, condiciones ambientales, suelos, especies botánicas y animales), condicionan - pero también potencian- las posibilidades productivas de los suelos y así las actividades a que pueden dedicarse sus pobladores<sup>19</sup>. Ello constituye un abanico social e históricamente construido de rutas de acción y decisiones que, desde las *fincas* como unidad de residencia y producción, los campesinos

---

<sup>19</sup> El IGAC establece que el departamento dispone de cinco tipologías agrológicas: “tierras aptas para cultivos y ganadería, para cultivos mezclados con frutales, suelos para desarrollo agroforestal y forestal, cultivos y terrenos sin aptitud agropecuaria” (IGAC, 2016).

empresen decisiones para dedicar su finca (áreas e instalaciones) a uno o varias actividades que generen un producto.

Puede apuntarse aquí que existen dos patrones diferenciados en la actividad en la *finca*. Si bien de manera general los campesinos se mueven con mucha frecuencia por el territorio, a veces día a día, en la moto, de finca en finca, algunos de ellos permanecen en su finca como punto de referencia, donde se encuentra *la casa* (*yo me la paso en la finca; a ese hay que ir a buscarlo para que salga de la finca; y yo, ¿para qué voy a ir al pueblo si tengo todo lo que necesito aquí?*). Sin embargo, otros casos, menos numerosos, generalmente fincas cercanas a los cascos urbanos de San José, El Retorno o Calamar, cuentan con una residencia en alguno de estos últimos y se desplazan a su finca una o varias veces por semana, dependiendo de la distancia, y normalmente los fines de semana, de modo que su dedicación al terreno y las iniciativas productivas de su finca no es constante: suelen emplear su tiempo en otras actividades de liderazgo, asociatividad, formación o pequeños negocios en el casco urbano. Ello incide fuertemente en la dedicación a la finca y a la dependencia que de ella se tiene.

En el panorama de la construcción de paz tras la firma de los Acuerdos de La Habana (2016), la urgencia de plantear “alternativas productivas” para evitar el “vaciamiento” del campo y que “el avance de la frontera agraria resulte absorbida por la gran propiedad” (Fajardo, 2016, pág. 41) es no sólo palpable desde todos los ángulos y rincones del departamento, sino que resulta una constante histórica bien conocida (Holmes, Pavón, & Gutiérrez de Piñeres, 2018) (Mora, 1992) (Jaramillo, 1989). Tras dicho Acuerdo entre el Gobierno colombiano y las FARC, entraron en vigor dos iniciativas gubernamentales de importancia trascendental para las comunidades rurales como esta: el PNIS (programa) y los PDET (plan). El primero estableció una hoja de ruta para la sustitución pautada y basada en alternativas productivas y alimentarias de los cultivos de uso ilícito (hoja de coca, en su práctica totalidad); y, el segundo, unas propuestas de relación entre el Estado y las comunidades en clave de bienestar, actividades productivas y relaciones territoriales y ecológicas. En particular, la coca pasa a ser un cultivo sobre el cual las comunidades sopesan pros y contras, y en ese panorama se agudiza la necesidad (explorada por décadas) de establecer una “alternativa a la coca” (Bermúdez Liévano & Garzón, 2020) (Holmes, Pavón, & Gutiérrez de Piñeres, 2018) (Romero, 2022). Este es el panorama desde que la bonanza de la coca en el inicio de los años ochenta en el Guaviare dio paso a la caída de los precios y las crisis asociadas que siguieron, donde *usted tenía que pedir prestado para comprar qué comer, porque ni una mata de plátano o yuca encontraba usted entre tanta coca, sólo había billete, hasta que también dejó de haberlo*.

De manera análoga, desde la organización campesina o las políticas públicas de manera diferencial y no siempre en acuerdo, se han perseguido *alternativas a* otras actividades productivas históricas en la Amazonia: la caza o *el tigrilleo* (comercio de pieles, fueran de felino, perros de agua o micos), la pesca, la tala indiscriminada para producción de madera, la explotación esclavista del caucho (Molano, 1991) y, en la actualidad, la ganadería extensiva o la minería. La exploración de alternativas se enmarcaba en intentos individuales, comunitarios y estatales, de encontrar posibilidades de acción colectivas y replicables, que mitigaran o paliaran procesos destructivos del ecosistema, dinámicas violentas de desplazamiento o generadoras de pobreza extrema, seguridad alimentaria y usos productivos del suelo ocupado y *tumbado*. De este modo, las *iniciativas* productivas pueden tener un carácter “alternativo a” actividades productivas concretas, con base en las posibilidades económicas, las coyunturas sociopolíticas y las relaciones y percepciones ecológicas.

Muchas de estas alternativas, sin embargo, eran frecuentemente diseñadas e impuestas por los “doctores desde Bogotá” o impulsadas por proyectos productivos desde instituciones estatales como el propio INCORA (más tarde INCODER) o la Caja Agraria. Consistían en propuestas consideradas panaceas o fórmulas únicas, desarticuladas entre sí, mal distribuidas en el tiempo y de forma mutuamente excluyente, una después de otra:

La caja agraria nos dio un crédito para que sembráramos caucho y fuéramos reemplazando la coca [...]. Llegaron ideas importantes: que sembrar caucho, que el cacao, que el palmito, que plantas promisorias y, con la asistencia técnica de las secretarías de la agricultura, del Incora y de otros institutos que hay en el Guaviare todavía, pero, de nuevo, los mismos problemas, el cuello de botella de siempre: el mercadeo” (Salgado, 2018, pág. 96).

El “mercadeo” o la *comercialización* resulta ser uno de los principales elementos a abordar en el planteamiento de las prácticas productivas alternativas en territorios de frontera o de reciente colonización. En cualquier caso, la población que ha poblado el Guaviare en las últimas décadas es eminentemente de origen campesino, se trasladó aquí a una edad frecuentemente temprana y con la intención de trabajar la tierra como lo hacía en su lugar de proveniencia. En este contexto, y considerando las dedicaciones históricas de las fincas durante las décadas de colonización y asentamiento, el campesino-colono se decide por producir uno u otro producto.

De manera generalizada, hoy se conoce que las *iniciativas productivas* que existen en el departamento, responden a “una larga lista: maíz, soya, yuca, plátano, piña, arazá, copoazú, maraco y guayaba de mono; *producción agroforestal*, que integra sistemas forestales con árboles típicos del bosque (acacias, eucaliptos, pino, caoba y caracolí), cultivos de cacao, chontaduro y marañón, y sistemas silvopastoriles [véase 2.9 para profundizar en este término]” (IGAC, 2016). La lista de lo posible y lo fáctico es ciertamente mucho más numerosa, y muchos otros productos son producidos en el territorio bajo ciertas condiciones de manejo, lo que supone una oportunidad para la producción y el sustento de la vida económica en este rincón del territorio amazónico: sandía, ahuyama, aguacate, cebolla, papaya, cítricos, guamo, marañón, aguacate... Y una larga lista de frutas amazónicas, y de otras no amazónicas que se pueden adaptar. Es entonces que emergen dos categorías esenciales para el objeto que ocupa este capítulo: la de *fincas* y la de *sistema agroforestal*.

*Y usted, ¿qué produce en su finca?* Se trata de una interpelación frecuente cada vez que conocí o visité por primera vez a un campesino, dentro o fuera de su finca. Un líder veredal, por ejemplo, me contesta inequívoco: *además de sacha inchi también produzco plátano, yuca, árboles frutales y maderables...* Las diversas respuestas posibles a esta idea de *producir*, constituyeron el móvil que me impulsaría a visitar una y otra finca y, ante todo, acercarme a conocer a los protagonistas de estas actividades. Las posibilidades y las discusiones acerca de *lo que cada uno cultiva o produce*, son tan amplias, que la respuesta a la pregunta no sólo canalizaba el resto de la conversación, sino que cargaba un factor sorpresa que además inyectaba cierto orgullo en quien es interpelado por dicha pregunta: *yo en mi finca tengo plátano y banano, arazá, limón castillo y mandarino, y crío pollos en aquel galpón, también estoy en el cuento de las cachamas.*



*Imagen 4 Selva intervenida en la transición de la frontera agrícola a la selva densa, vereda San Miguel Alto, municipio de Calamar. Las praderas separan fragmentos o "relictos" de bosque. Muchos de ellos todavía conservan la conectividad entre sí. Sin embargo, la deforestación está en curso aquí, y las visitas a este lugar siempre estuvieron acompañadas por el sonido lejano de la motosierra desde la trocha y las fincas visitadas. Fotografía: Sebastián Arias.*

La *finca* se erige así como una suerte de plataforma, de arena fértil desde la que, con base a condicionantes, recursos, conocimientos y experiencias previas, sus dueños toman decisiones sobre a qué dedicar su tierra, sus esfuerzos, sus recursos y su tiempo, y cómo organizar el suelo para una u otra actividad. Esta decisión subyace a la idea de *iniciativa*, que denota la reflexión y toma de decisiones pasadas, y el emprendimiento de acciones en la vida de los campesinos productores, como *cuando me metí en el cuento este de los maderables*, o *yo tengo como tres años desde que salí de la coca y plantamos este caucho*, o *estos palos de cacao tienen cinco años de sembrados y ya están comenzando a dar*. Ello repercute en la *iniciativa*: la dedicación del tiempo de trabajo, las opciones a las que dirigir el producto de dicho trabajo, y un conjunto de actividades dentro de una finca por quienes pueblan el territorio intervenido de las veredas guaviarenses estudiadas. Así, ante una estigmatización del territorio guaviarense como uno de “deforestación, vacas y coca”, la respuesta de núcleos los campesinos minifundistas y pequeños productores para desmarcarse de las tendencias productivas propias de los grandes capitales, depredadoras y destructoras, es: “no, en el Guaviare tenemos [sic] gente que producimos de otra manera, que trabajamos de otra manera, y que venimos sosteniendo las familias de otra manera, sin necesidad de tocar ni vacas ni narcotráfico” [líder comunitario de la vereda de Charras (Comisión de la Verdad, 2021)].



Pero es entonces que emerge la segunda categoría, la de *sistema agroforestal*<sup>20</sup>. Este concepto parte de reconocer dos tipos de superficies dentro de las fincas<sup>21</sup> que completan el territorio rural: el bosque y la zona deforestada o *intervenida*. Cuando una finca no es *puro potrero*, es decir, no constituye una pradera cercada con una casa y unos establos, los campesinos pueden recorrer, con cierto orgullo, su finca entre cultivos, instalaciones y pedazos o *relictos* de bosque, ya sea *conservado* o *recuperado* (**Imagen 4**). El Instituto SINCHI elaboró recientemente una propuesta (2019) donde combina estos sistemas con el “bosque intervenido” (o zona deforestadas), y el “enriquecimiento forestal”. Como analizo más adelante en este capítulo, también existen propuestas de finca basadas en la diversificación mediante sistemas agroforestales, tanto de las actividades productivas como de los usos del suelo: cultivos asociados comerciales (cacao, caucho, maderables, frutales, e incluso la propia coca), cultivos de *pancoger*, autoconsumo o *huerta* (yuca, plátano, maíz, arroz, cítricos, frutales, verduras), también dirigidos a la venta o intercambio entre vecinos; y la recuperación de bosques y los sistemas silvopastoriles.

Las *iniciativas*, pues, representan oportunidades y rutas de acción para los campesinos-colonos, y conllevan una decisión central compuesta de una multiplicidad de otras decisiones -algunas pequeñas, constantes y cotidianas- sobre dónde y cómo invertir los recursos, las superficies y los tiempos de trabajo en la finca, todos ellos limitados. Con esto, los habitantes rurales pasan a ser considerados *pequeños productores* por parte de la institucionalidad, mientras que las asociaciones, aspiran a ofrecer *alternativas rentables y sostenibles para el campesino*, con vistas a la comercialización y (según el caso), también al autoconsumo y los mercados locales. Los campesinos, por su parte, establecen unas expectativas para que *el cultivo dé algo y lo pueda sacar fácil*, es decir, que le sea comprado a un precio percibido como justo, y que represente un retorno monetario que luego transforme en sustento para la reproducción de la vida social y económica.

---

<sup>20</sup> Los sistemas agroforestales son un conjunto de prácticas y estrategias de producción en los que se intercala la siembra de cultivos con la de árboles, como una solución de compromiso entre restauración forestal, recuperación del suelo y producción agrícola.

<sup>21</sup> En la práctica totalidad de territorio rural recorrido, no se encontró porción de tierra sin estar delimitada mediante linderos y asociada a un propietario, lo cual da cuenta de una ocupación importante del territorio aunque ni siquiera dentro de la ZRC está garantizada la escrituración de tierras.

## 2.2 Arrancamos las tres matas que quedaban

Con los Acuerdos de Paz<sup>22</sup>, comenzó a aplicarse el PNIS<sup>23</sup>. Este Programa supuso una nueva promesa para los cultivadores de una larga lista de iniciativas<sup>24</sup>, ante un problema desde la llegada de los cultivos ilícitos en los años setenta. En muchas fincas han dejado de producir coca, ante lo cual las alternativas productivas han tenido finalmente cierta cabida y se han intentado implementar con mayor ímpetu en los últimos cinco años. El PNIS se propuso apoyar estas prácticas productivas desde la financiación y, en ocasiones, algunos programas de capacitación<sup>25</sup>. Las asociaciones de productores, por su parte, han recibido algunos apoyos derivados del PNIS, y están procurando acompañar estos procesos, aglutinando productores alrededor de prácticas productivas estratégicas, acompañando y asesorando la implementación y el manejo del cultivo, y buscando la comercialización del producto.

La sustitución de cultivos de uso ilícito estableció unos acuerdos entre Gobierno nacional y departamental, por un lado, y comunidades y productores (individuados administrativamente como unidades familiares), por otro. Mediante dichos acuerdos, los productores se comprometieron a emprender la sustitución de los cultivos de uso ilícito (principalmente, de hoja de coca) por otros, a no sembrar ni involucrarse con actividades relacionadas al tráfico y procesamiento de la coca, y a aportar información veraz y participar en las asambleas y actividades de caracterización de las unidades familiares.

Para ello, resultan necesarios dos componentes. El primero consiste en que los productores percibieran algún tipo de necesidad y conveniencia por la sustitución del cultivo de coca:

*A mí la coca me llevaba mucho problema, porque tocaba trabajar muy duro y a la hora de la verdad no era nada lo que uno ganaba. Todo se perdía. Yo llegué a perder mercancía con la gente del otro lado, y con la guerrilla también. Eso es lo que más me obligó a mí a acabar con eso. La coca a mí nunca me adelantó en plata, no, para nada, antes vivía endeudado. No necesitaba la coca.*

*Para mí la verdad, fue un pasatiempo, pero a mí no me gustaba. Cuando nosotros la tuvimos no valía casi mucho, y lo que quedaba a uno era el trabajo duro, y casi no le quedaban las ganancias.*

---

<sup>22</sup> El primer punto del Acuerdo Final refiere a la Reforma Rural Integral (RRI).

<sup>23</sup> Los beneficios de adscribirse al PNIS, aplicados por el Plan de Acción Inmediata, consistieron en ayudas económicas puntuales y mensuales. Las primeras, 1.800.000 pesos como apoyo a implementación de huerta o proyecto de seguridad alimentaria, y 9 millones de pesos para la ejecución de proyectos productivos de ciclo rápido, como el de la coca). Las mensuales (durante un año), como remuneración directa por las acciones de sustitución. Además, se ofreció un monto limitado a 10 millones de pesos para apoyar la implementación de dos proyectos productivos (PNIS, 2017).

<sup>24</sup> Autores como Salgado (2018, pág. 95) relatan que a finales de los años ochenta, tras las primeras caídas del precio de la coca, la propuesta que finalmente llegó por parte del Gobierno para el Guaviare se denominó Programa de Desarrollo Alternativo, “el famoso PDA”.

<sup>25</sup> Además, el PNIS fue *ajustado* por un conglomerado de organizaciones expertas, públicas y privadas, ante las particularidades del territorio, puesto que el programa está diseñado bajo unos supuestos de plena disponibilidad del suelo y asume las características productivas de éste como uniformes en el país o, al menos, sin considerar las particularidades de los suelos amazónicos.

*De por sí nunca me gustó, por los problemas, por la Ley del Monte: ellos la pagan a un precio y puede que haya otro precio mejor, pero ellos no dejan que se venda a las otras personas. No me parecía y tampoco no me gustó. Y por los problemas que tienen su raíz, porque uno la cultiva acá, la procesa acá, pero hay muchos problemas más en otras partes. Cuando uno escuchaba helicópteros, cuando estábamos trabajando, siempre uno sabía que llegaban, que le quemaban el cambullón... Siempre era como un riesgo y a toda hora estar ahí pendiente.*

*Y cuando ya vino el programa para que acabáramos la coca, pues yo, la primera que dije “¡ay sí!” Porque esto es, primero, un problema para vender eso. Y para conseguir esos químicos para trabajarla, peor era el problema. Porque eso no se conseguía así de fácil por ahí. Eso era como una cadena de encargarle al uno y al otro todas las cosas. Y a mí no me gustó. Eso es un matadero de vida que ya no funciona.*

*Cuando arrancamos las matas ya descansé, no me tocaba madrugar... Descansa uno tanto físicamente como mentalmente, porque es un trabajo duro siempre. Y pues ya ahora no tiene uno el miedo de que llegue el ejército o algo, lo encuentre a uno trabajando con la coca y se lo lleven.*

La exposición al riesgo, la dureza del trabajo, los conflictos asociados a la venta, la dificultad y el precio en la adquisición de insumos, y los decrecientes ingresos (siendo estos la motivación inicial para el cultivo de coca) son los principales argumentos que sustentan en esta región (y de manera similar a otras del país) la decisión por buscar y aceptar alternativas a este cultivo.

Varios de los testimonios anteriores, curiosamente, pertenecen a mujeres productoras. En esta actividad de la coca, el rol de las mujeres ha sido tradicionalmente el de cuidar el espacio doméstico y cocinar para las partidas de hombres, a veces numerosas, que acudían al cultivo de su finca a trabajar, generalmente por momentos puntuales (uno o varios días de trabajo) dedicados a la adecuación del terreno, la siembra, el manejo y, sobre todo, la cosecha (*la raspada*) y la posproducción (*procesar* y, en ocasiones, *quimiquear* la coca). Como es de esperar, y en línea con el dominio patriarcal de los espacios públicos, la cuestión de la comercialización y negociación de precios de venta estuvo reservada siempre a los hombres. El estudio sobre las cocaleras en Colombia es limitado, y ello debido a “la condición de ilegalidad, que dificulta la caracterización de cuántos son y cómo viven hombres y mujeres en esta economía”, y por el hecho de que “las actividades agrícolas y las economías ilegales suelen asociarse a los hombres” (Romero, 2022).

Sin embargo, recientemente han emergido iniciativas lideradas y protagonizadas por mujeres que buscan reubicar sus roles en las actividades productivas lícitas. La reciente iniciativa de la Cooperativa Multiactiva de Familias Solidarias del Guaviare (COOMFASOL) ha querido “promover la producción y venta de productos del campo basadas en el protagonismo de las mujeres en los procesos productivos y desde sus fincas o unidades productivas”, generalmente hogares. Así, COOMFASOL busca “crear y organizar mercados campesinos” y “ayudar al campesino a vender productos de calidad a un precio justo y sin intermediarios” y en los entornos locales (veredales o municipales). Las mujeres de COOMFASOL, en el afán estatal de formar sobre actividades productivas, manejo de cultivos, postcosecha y comercialización, recibieron un apoyo del PNIS ante *una solicitud de las mujeres PNIS [...]: vino un capacitador en cooperativas, y nos capacitó, ahí empezamos el sueño de la cooperativa*. Como se observa, los elementos clave de las iniciativas productivas alternativas a la coca son el acceso a la venta, la calidad de los productos, el precio justo y la eliminación de intermediarios.

El segundo componente necesario para la sustitución satisfactoria consiste en el cumplimiento de los compromisos y la recepción de las ayudas pactadas. Es sabido que esta ha sido una de las dificultades de PNIS en todo el país (Garzón, 2020), y el departamento del Guaviare no es una excepción. El siguiente comentario resume la gran mayoría de los casos registrados en mi trabajo de campo, en varios ejes de colonización del Guaviare:

*Aquí llegó lo del PNIS, nos dieron bombo, pero no salieron con nada, no nos cumplieron con esa plata, quién sabe cuál se la ganó... Lo que fue el proyecto de los doce millones y del millón ochocientos, supuestamente de sostenimiento, ese sí lo dieron, pero el resto no lo cumplieron. Eso ya van como tres años esperando.*

De manera generalizada, al parecer según los casos que pude contrastar en campo, en Guaviare se recibieron los primeros nueve millones, pero no los doce restantes del acumulado por sustitución. En general, actualmente predomina un estado de desconfianza y baja expectativa ante la llegada del total de los apoyos económicos.

*Pues uno acá estaba esperando, pero aquí el Estado nunca se preocupó por estas tierras, sino hasta ahorita en ese proceso de paz. Pero como todo eso lo maneja la politiquería... Si ese proceso de paz lo hubieran respetado, esto estaría muy diferente, la gente estaría diferente, pero los politiqueros dijeron que se iban a tirar el proceso de paz, y lo han logrado. Y ese proceso de paz fue volver a activar la guerra por todos lados. Ya la gente no le cree a las instituciones debido a ese PNIS. Todos estos programas, mucha gente les tiene fobia, les tiene susto porque dicen “esa gente viene a contarnos mentiras acá nomás, y no van a cumplir nada”.*

Si bien este es el contexto de desconfianza e incertidumbre en que tienen lugar las prácticas productivas que estudio en este capítulo, la mayoría de ellas comenzaron con anterioridad a la firma de los Acuerdos de Paz, de modo que el PNIS ha sido un aliciente más a la salida del cultivo de coca. Como se verá, las actividades productivas aspiran a encontrar un equilibrio entre el nivel de ingresos, el intercambio de productos, la articulación con el entorno y la paz. Detrás de estos intentos subyace la noción de “paz ambiental”, sin la cual no es viable la paz territorial (Rodríguez, Rodríguez, & Durán, 2017).

## 2.3 Autoconsumo, intercambio o venta local

Las asociaciones, históricamente, han venido proponiendo, direccionando y asistiendo técnicamente los diferentes intentos de “nuevas alternativas de producción” (Salgado, 2018, pág. 119) dependientes del momento histórico. Generalmente, los proyectos productivos emprendidos en las veredas de colonización (familias o agrupaciones veredales) estaban integrados en un plan más amplio de producción donde frecuentemente se realizaban actividades “productivas de comercialización” (buscando el sustento vía la *venta o sacando el producto*) con las propuestas de “generar autoconsumo de cada familia” a través de dichas “alternativas de producción”.

El campesino-colono está generalmente dedicado a su finca o *unidad productiva*. Es decir, produce ciertos productos en y desde ella. El campo de visiones y motivaciones para *producir* es diverso y, ante todo, se

enmarca en la condición, las experiencias y los conocimientos de quien vivió la primera parte de su vida en un entorno rural del interior del país y, desde hace algunos años o décadas, en el Guaviare. Pero este territorio cuenta con unas condiciones ecosistémicas diametralmente opuestas (las del bosque, el clima y los suelos amazónicos), de manera que, quien llega a esta tierra de frontera, se ve obligado a entenderlas desde el principio.

La iniciativa productiva se enmarca también en la red posible de intercambios que se genera desde una finca y quienes la trabajan, y en la percepción de qué puede tener mayor o menor sentido producir para el autoconsumo y para el entorno más cercano. Un campesino del final de la frontera me compartía lo siguiente, plenamente enlazado con el relato de su llegada al Guaviare:

*Quando llegué por acá, yo mi cuento era la caña. Yo decía ¿pero cómo es posible que por acá la gente comprándole panela a Santander, a Boyacá, a Cundinamarca? A mí me daba como tristeza comprar una panela y en las bolsitas donde vienen empacadas decía “Villeta Cundinamarca” y yo decía “¿cómo es posible, hombre, que por acá en estas tierras tan buenas...?”*

Existe en el campesino una agencia que se refleja en las reflexiones, no sólo sobre lo rentable económicamente o viable desde un punto de vista agronómico<sup>26</sup>, sino desde una percepción consciente del entramado de las relaciones sociales relativamente cercanas (*el caserío, la vereda, la ribera del caño, el casco urbano del pueblo*) en que se imbrican los flujos de productos básicos de origen agropecuario (en buena parte, alimentos de primera necesidad). También, un liderazgo emerge aquí cuando se emprende el intento de modificar ciertos flujos de mercancía a partir de la convicción y el conjunto de saberes necesarios que permiten emprender una *iniciativa productiva* para con los demás, esto es, buscando el sustento, el alimento, el bienestar, con base en un sentido de suficiencia regional. Es ahí también que se construye la identidad guaviareense, el apego al territorio y su reivindicación en otras esferas de la vida pública.

La miel de caña (para endulzar en la cocina, y para el guarapo que refresca y nutre las jornadas de trabajo en el campo) y la panela en bloque son productos de consumo básico entre la población de todo el país, y que puede ser producida en virtualmente cualquier territorio por debajo de los mil quinientos metros de altitud. Sin embargo, frente a la larga *tradición panelera* de muchos otros territorios, el Guaviare no logró suplir la demanda campesina de panela para consumo, pues con el avance de la frontera agrícola y la llegada de bonanzas, la prioridad nunca fue la caña establecida como monocultivo, desplazada por la *dieta de monte*, cuya base alimenticia eran los carbohidratos (la clásica tríada *arroz, yuca y plátano*) y la carne, fuera de animal domesticado o de caza. Esto, sin considerar el cultivo estrella a partir de finales de los setenta, la coca, que llegó tras el “entrenamiento” previo que supuso “bonanza marimbera” (*Molano, 1992*).

A las dificultades de producción en entornos con diferentes cualidades de suelos, ecosistemas y condiciones ambientales nuevos, o escasez o dificultad de acceso a insumos, se les sumaba el gran componente de *sacar el producto*, azuzado por el monopolio de los *intermediarios*, quienes condicionaban y siguen condicionando la *sacada* de productos. Hasta el extremo de que los costos del transporte hasta

---

<sup>26</sup> La cuestión de la falsa idoneidad de los cultivos andinos aplicados en los suelos amazónicos fue, quizás, la más desastrosa en la dinámica de la colonización, junto con el histórico fracaso en la distribución de la tierra y las propuestas de usos del suelo en minifundios.

los centros de consumo fácilmente superaban el valor de venta de la cosecha o la carga transportada: “es que nosotros los campesinos estábamos en manos de los intermediarios que nos pagaban migajas por nuestros productos o nos sacaban nuestros productos a la plaza de mercado a cambio de favores políticos” (Salgado, 2018, pág. 118).

La intermediación afecta las posibilidades de procesamiento y venta, y para evadir intermediarios, se busca la venta directa de todo productos básico:

*Por acá la panela no vale un peso porque hay unos intermediarios que lo que hacen es la paga muy barata y la gente no alcanza. Entonces aquí ya le he propuesto a varios de mis vecinos que activemos una asociación que vea que vamos a servir caña, aquí está el territorio.*

La panela, por otro lado, requiere de un sistema instalado de extracción del jugo de la caña: un *trapiche* (**Imagen 14**), que frecuentemente consiste en una superficie entechada con zinc o lona, bajo la cual se instala una prensa a tracción animal o diésel, y uno o varios hornos, consistentes en inmensas ollas donde se vierte la panela y, con la biomasa producida en la prensa, se cocina *seis horas para que le quede el jugo, diez para que le quede la miel, y once si lo que usted quiere es el bloque de panela*. En cualquier caso, la producción de endulzante (miel o panela) requiere de una inversión inicial que supone un hito en la configuración de la finca, pero que habilita al campesino para producirla y, con ello, éste se erige en la zona como uno de los proveedores locales<sup>27</sup>.

*Aquí, primero, para uno trabajar con caña, debe tener en qué moler. La gente dice que esto es un oficio muy duro, muy matador. Pero eso es con el ganado, porque uno con bestias, como se hacía anteriormente este trabajo, con bueyes... Ese es un trabajo muy difícil, muy duro, lo pone a uno a trasnochar. Acá no, acá con un motorcito ya uno hace la miel, y ya la tiene vendida. Eso es una belleza.*

*El dulce y la carne, eso usted lo vende seguro entre los vecinos de la vereda*, me explicaron en una y otra finca por doquier. Son los dos “productos seguros” para la venta local, y ellos tejen una red de intercambios y dones a nivel local, derivada de las grandes distancias y tiempos para el transporte y el desplazamiento a otras partes lejanas del departamento. *El dulce y la carne* conforman redes locales de venta y se propone que no viajen lejos<sup>28</sup>. A su vez, condensan relaciones de “vecindad” que, si bien los encuentros son esporádicos por cuenta de las grandes distancias entre fincas, alimentan la consciencia colectiva de cohabitar un territorio con una historia de poblamiento reciente y muchas historias de vida en común.

---

<sup>27</sup> Durante la finalización de este trabajo de campo, conversando con campesinos-colonos dedicados a la caña surgió la propuesta de que emprendiéramos un experimento de *saborización* de panela con frutos amazónicos y otros, como el coco. Es decir, los campesinos querían que exploráramos juntos la creación de una alternativa productiva a partir de un producto novedoso con valor añadido. Esto habla de la iniciativa a día de hoy de los productores por generar innovación, incluir cierto nivel de procesamiento y aumentar el valor de su producto.

<sup>28</sup> La excepción a este modelo la constituye la ganadería extensiva, con grandes volúmenes de ganado destinados a su venta *en pie*, es decir, que son trasladadas vivas a la cabecera municipal y al interior del país.

Algo similar puede decirse del pescado de cultivo, frecuentemente la cachama o la mojarra, que se crían en *cachameras*<sup>29</sup>. De nuevo, esta opción productiva requiere de una cierta instalación inicial: un tanque cavado adentro de un terreno con cierta sombra para evitar la evaporación del agua, especialmente en tiempo de verano. Las cachamas *se traen de otro criadero cuando están jovencitas, entonces usted las mete en un primer pozo, luego las pasa a otro grande para que maduren y en pocos meses usted tiene para comer y para venderle al vecino*. Se trata de otro producto alimenticio, generalmente de venta local. No es fácil de transportar lejos, por conservación y peso, aunque cada vez más se emplean recipientes de *icopor* que mantienen la cadena de frío por un tiempo. Supone un aporte proteico, genera un impacto limitado en superficie empleada, y supone una alternativa parcial a la ganadería, cuya afección en superficie es mucho mayor, en tanto alivia la demanda de proteína de origen vacuno. Además, igual que la miel o la carne, el pescado articula relaciones vecinales y zonales, porque *donde usted tenga una cachamera, no falta el vecino que le llegue y “véndame una cachamita”, y pues la hay*. A pesar de que requiere un cuidado y una inversión (construcción y mantenimiento del pozo, alimentación de los peces, posibilidad de enfermedades e incluso la instalación de un *oxigenador* del agua), ha demostrado resultar *rentable* para algunas fincas. Existe incluso el caso de un campesino en la frontera agrícola que ha venido sustituyendo el ganado por las tres cachameras que actualmente tiene: *ya sólo me quedé con las vaquitas que tenían nombre, por cariño*.

Junto a los productos hasta ahora mencionados, pueden figurar todos los demás por imaginar, desde frutales amazónicos hasta intentos de cebolla larga *como en mi tierra de origen. Se da lo que uno quiera sembrar: el tomate, la cebolla, el pimentón, la habichuelas, la ahuyama... Lo que no se da es lo que no se siembra*. Todos los campesinos de la red social que fui construyendo, fuera cerca de San José o en la frontera agrícola, contaban en su pedazo de tierra con multitud de árboles: *aquí no falta el limón, y de varios tipos, la naranja, el mango...* Se trata de especies arbóreas de larga vida que son cuidados en toda finca, al igual que en otras regiones del país, y que suelen aportar frutos durante temporadas o incluso todo el año. En mi diario de campo, son frecuentes las jornadas de trabajo (en ocasiones, precisamente, sembrando con campesinos otras plantas de ciclo más corto, como la papaya, el banano o la *cocona*<sup>30</sup>) en las que realizábamos frecuentes descansos a la sombra de un árbol junto a un *baldado de panela con limón en hielo, ¡todo de acá, de la finca!* Ciertamente, para que el campesino-colono dispusiera de ciertos frutales tuvieron que pasar años e incluso décadas, no sólo porque los árboles toman a veces todo ese tiempo en proveer fruto, sino también por el reducido nivel de estabilidad en tiempos del endeude y el desplazamiento *selva adentro* para seguir tumbando, sumado a la cultura económica de la coca<sup>31</sup>, cuando *usted no tenía dónde guardar todo ese billete y aun así podía morir de hambre*.

---

<sup>29</sup> La piscicultura ha demostrado ser una alternativa a los cultivos de hoja de coca en experiencias de otros países andinos, como Perú o Bolivia, en búsqueda de la “estabilización de la economía” y la “diversificación de la producción” (Farthing & Ledebur, 2015, págs. 49-50). La piscicultura integra soberanía alimentaria con rentabilidad, estimula mercados locales y delimita el impacto ambiental en tanto su producción se concentra en las *cachameras*, de extensión superficial reducida, y contribuye a reducir sistemas productivos extensivos.

<sup>30</sup> Tipo de lulo amazónico.

<sup>31</sup> Esta *cultura económica*, asociada al volumen de ingresos, su frecuencia e inmediatez, es referida y reflexionada en el campo constantemente. Por ejemplo: “Nos dimos cuenta de que el tema era luchar contra la cultura del facilismo de la coca y del individualismo. De las 12 familias, cuatro entendieron el mensaje. Hubo deserción, pero ahí seguimos. No se obliga a nadie” (Perozo, 2019).

En términos de seguridad alimentaria, existen actualmente diversas iniciativas para proveer de alimento a la unidad familiar, materializadas en los llamados *cultivos de pancoger, huerta o conuco* (término indígena de la familia arawak). De hecho, los proyectos implementados por la asociación ASOPROAGRO tenían como componente la seguridad alimentaria además de los cultivos comerciales. Sin embargo, pocas fincas cuentan con una huerta suficiente que les permita limitar su compra de productos vegetales para la alimentación propia o el *autoconsumo*. Las tendencias en alimentación siguen ancladas en la llamada *comida de monte: yuca, arroz* [que se cultiva en pocas zonas del Guaviare, en las sabanas al noroccidente, pero que suele provenir del Meta] y *presa, lo que a uno le daban cuando se metía al fondo a raspar, en tiempos de la bonanza*. Además, permanecen modos de producción basados en el acaparamiento de un número de cabezas de ganado que, como desarrollo más adelante en este capítulo, suponen un depósito de excedentes de capital, lo cual permite obtener activos financieros de manera casi inmediata: *una cabeza de ganado en pie le da a usted alrededor de dos millones de pesos, de modo que usted con un poco de animalitos alrededor, nunca se va a morir de hambre*. La lógica de la ganadería en baja escala también está en la base de la seguridad, no sólo alimentaria, sino también financiera, de los habitantes rurales del Guaviare.

## 2.4 La comercialización o *sacar el producto*: el eterno cuello de botella del Guaviare

A excepción de la carne vacuna (el Guaviare “exporta” o *saca* al interior del país ganado vacuno en pie todos los días) la mayoría de los productos “seguros” de la venta local no son comercializados al resto del país: *usted no verá una panela o un queso guaviarense en Villavicencio, pero sí en el pueblo* [San José]. Las distancias en el Guaviare no son exageradamente grandes, pero sí lo son los tiempos de desplazamiento, debido al tipo de vías y su frecuente mal estado: llegar a algunas fincas supone tres o cuatro horas de desplazamiento en moto, mucho más en un camión.

Este ha sido uno de los problemas definitorios en la integración económica del territorio guaviarense durante la colonización armada de tiempos de la Violencia y la colonización dirigida de los años sesenta y setenta (Molano, 1992, pág. 57). La *comercialización* de productos depende íntegramente de esta vía de transporte, ya que la vía aérea es imposible o impensable, y la vía fluvial es costosa en términos de combustible<sup>32</sup> y limitada en cuanto a volumen transportable para la mayoría de los caños<sup>33</sup>. Las asociaciones de productores han tenido como común denominador “responder a la necesidad de crear una organización

---

<sup>32</sup> En cambio, en tiempos de la bonanza cocalera, los precios de combustible para transporte fluvial eran asumibles con respecto al ingreso que generaba el producto, de modo que, junto a lo compacto de la mercancía y la mayor dificultad de intercepción, la vía fluvial era empleada como una opción inmejorable pero, además, económicamente viable.

<sup>33</sup> Por ejemplo, la conexión fluvial de Calamar-Miraflores-Mitú por el Unilla/Vaupés sólo es transitable durante algunos meses de la temporada de lluvias. Entre Miraflores y Calamar, “una embarcación que transporta 60 toneladas se demora cerca de tres días en invierno, pero en verano tarda entre 8 y 15, y sólo con el 15 % de la capacidad de la embarcación” (Baena & Correa, 2017).



que atendiera uno de los cuellos de botella más fuertes que enfrentan las zonas de colonización como el Guaviare: la comercialización de la producción campesina” (Salgado, 2018, pág. 118). Así, la mayoría de los productos de las fincas que no son para venta local (por la vereda o entre vecinos) son transportados por vía terrestre a los cascos urbanos de San José o El Retorno y, en algunos caso, procesados antes de comercializarse al interior del país.

Sin embargo, en el caso de la carne y especialmente en tiempos de cosecha (por ejemplo, cultivos como el chontaduro, la sandía o la piña) cuando la producción presenta un pico, los núcleos urbanos no ofrecen la demanda suficiente, de modo que los productos son transportados para su venta en el Meta, principalmente Villavicencio, y también en Bogotá y otros núcleos urbanos del país que sí aportan la demanda de estos productos. Es bien conocida para muchos campesinos (del Guaviare y de otras partes de Colombia) la situación de una cosecha cuyo costo de transporte superó el propio valor de venta en destino. Como afirmaban Fajardo y Molano (Molano, Fajardo, Carrizosa, & Rozo, 1989), “si toda colonización es conflictiva, lo es proporcionalmente a la especulación que suscita su producto-base, y a su nivel de demanda en los mercados exteriores”.

Aunque el avance de la frontera agropecuaria ha llegado de manera implacable a los límites de la Reserva Natural Nukak y el Resguardo Indígena Nukak-Makú (al oriente), del Guayabero y la Serranía de la Lindosa al occidente (Hernández, 2017), del Itilla al sur, e incluso a enlazar con el municipio de La Macarena (Meta) al suroccidente, las vías de tierra o trochas siguen dejando ver una región que ha venido improvisando sus patrones de asentamiento durante décadas hasta hace poco, cuando las últimas bonanzas cocaleras entraron en crisis. Durante los meses dedicados a esta investigación, recorrí aproximadamente un total de tres mil kilómetros de trocha sólo en moto, explorando en una y otra dirección. Pude comprobar cómo, mes a mes, las trochas transmutaban y se degradaban a causa de las implacables lluvias, los deslizamientos de tierras e incluso la erosión de las temporadas secas. Nunca dejé de preguntarme, sorprendido, cómo era posible que ciertos vehículos de cuatro ruedas, algunos inmensos, como camiones o maquinaria pesada, pudieran discurrir por ellas hasta los límites del departamento. Más tarde recordé la proeza (Molano, 1991) del bulldozer que, en los años cuarenta, el Cuervo transportó desde Villavicencio a Mitú (selva a través) para construir la pista de aterrizaje de ésta última, y entonces todo me pareció posible. En efecto, las trochas son, junto con algunos caños en la temporada de invierno, las únicas vías para llegar a las fincas guaviarenses, y requieren un cuidado y una inversión que vagamente alcanza a aplicar la gestión departamental o, las más veces, son las agrupaciones veredales quienes, desde tiempos de la “colonización temprana” (Salgado, 2018), se han venido dedicando a conservar sus trochas zonales en un estado, al menos, transitable. En cualquier caso, este resulta el mayor condicionante para que los productos de las fincas más lejanas lleguen a alguna de las cabeceras municipales.

De este modo, la comercialización es evaluada como una opción únicamente para ciertos productos. La posibilidad de transporte terrestre y el elevado costo del combustible resultan, pues, el primer factor. Es por ello que la propuesta de *mercados campesinos* resulta una iniciativa que está resolviendo parcialmente el problema de la venta de ciertos productos, especialmente porque eliminan los intermediarios y el productor campesino es quien vende su propio producto en las cercanías de su finca o vereda. Tienen la ventaja de que se realizan en las plazas o los polideportivos del casco urbano (no tan lejano a las fincas) de manera puntual, y también pueden darse en centros o caseríos veredales a los que pertenecen las fincas, de modo que están al alcance de consumidores a precios justos y asequibles. Sin embargo, dependen de la

convocatoria y la afluencia de compradores en el momento en que se realizan. Muchos de los intentos de *mercados campesinos* que se organizaron en San José durante mi investigación (esto es, no en las veredas) constituían intentos de llamar a una compra a precio justo a la población urbana local, y en ellos participaban pequeños productores de las fincas cercanas a San José, lo cual excluye a la mayor parte del departamento. Es esta una propuesta favorable y con futuro para los cascos urbanos del Guaviare, en la que debería insistirse más y recibir el apoyo de la institucionalidad pública.

Otra limitante derivada de los altos tiempos de transporte (y la alta humedad y temperatura) es que los productos perecederos generalmente no soportan el viaje y llegan dañados, si no a San José, al menos sí a su destino final. Los tiempos de cosecha, acopio, carga y transporte son, combinados, demasiado largos para las condiciones. Ello, de hecho, fue una de las circunstancias que hicieron de la base de coca un producto estrella frente a la propia hoja de coca: no se dañaba en el tiempo de transporte. De modo que los productos de origen vegetal deben recibir un tratamiento previo: deshidratación, conservado en vacío, sal, glucosa u otra transformación. De aquí, nacen otras dos variables que importantes para la comercialización.

En primer lugar, un procesamiento para la conservación puede ser una oportunidad para reducir el volumen específico, es decir, que al hervir el jugo de caña o conservar en azúcar o mermelada ciertas frutas, se está produciendo un producto más concentrado y menos voluminoso, lo cual facilita y abarata el transporte. La segunda variable es casi inmediata y mucho más estructural: el procesamiento de productos implica un valor añadido al mismo, un aumento de la rentabilidad y, ante todo, una inversión en el territorio en términos de una pequeña e incipiente industria. *Nosotros en el Guaviare ¡no podemos permitir que se sigan comercializando materias primas! El Guaviare debe hacer parte de la cadena de producción y elaboración del producto*, me expresaban, enérgicos y con cierta rabia, varios líderes sociales de asociaciones que decían entender que el procesamiento es la oportunidad de estabilizar la colonización, permitir ingresos justos al campesino productor, generar empleo en el casco urbano e incluso las veredas rurales, y posicionar ciertos productos en el mercado nacional *pero producidos acá hasta el final*.

He tratado de transitar, hasta aquí de manera genérica, la noción de *producir*. Pero una pregunta de corte más etnográfico subyace a esta exploración: ¿qué es ser *productor*? ¿Qué sucede y tiene que suceder para que un campesino-colono transite a reconocerse como *productor*? ¿Quién imprime, y desde dónde, esta identidad? En lo siguiente, muestro algunos ejemplos estudiados de productos que pueden tener cabida en mercados regionales o incluso el mercado nacional o de exportación. Para los miembros de algunas asociaciones de productores guaviarenses, como ASOPROAGRO, ASOPROCEGUA o ASOPROCAUCHO, esto es un deseo en pro del *desarrollo de la región* o, al menos, que permita la *autosustentabilidad* del territorio. Las visiones entre ellas no coinciden exactamente: mientras unas tienden a pensar de manera más inequívoca en la rentabilidad para la asociación y los productores, otras están buscando promover otros modos de habitar el territorio a partir de una combinación de prácticas y flujos con éste. En este capítulo y el siguiente, trato de mostrar que por las redes de la economía circulan mucho más que bienes materiales o capitales.

## 2.5 El caucho: zonas deforestadas y rentabilidad

Con una larga y macabra historia de explotación detrás desde finales del siglo XIX, en la actualidad los cultivos establecidos de caucho constituyen una de las principales alternativas económicas que han tenido cabida tanto en los Llanos Orientales como en la Amazonia-Orinoquia. La diferencia entre estos dos ecosistemas radica en que esta especie botánica es originaria de los bosques húmedos tropicales de la Amazonia, y que, para que su producción sea rentable, al requerir de superficies medianas o grandes, se necesitan suelos despejados, lo que en la Amazonia implica terrenos *intervenidos*, colonizados, despejados.

En Colombia, el caucho se establece como cultivo generalmente en zonas de sabana y otras de reciente deforestación, como en el bosque amazónico<sup>34</sup>. Aunque no ha sido el motor principal de la deforestación, su impacto en el avance de la frontera agrícola es entre medio y reducido, aliviado además por su cualidad captadora de gases efecto invernadero (**Imagen 15**).

Desde finales del siglo XIX, el caucho ha tenido una demanda implacable, salvo los altibajos producidos por el pico de producción en las dos guerras mundiales, a los que la Amazonia no fue ajena. Sin embargo, en el Guaviare no fue un cultivo como tal hasta finales del siglo pasado, cuando ya había llegado el boom de la coca y, después, sus precios se desplomaron durante los noventa. Constituyó, pues, una de las primeras *alternativas* a la coca, por sus características: un cultivo *rentable* (de hecho, de los más rentables por debajo de la coca y la ganadería) debido a que el precio del látex es relativamente alto y la demanda en la industria, constante.

El caso de ASOPROCAUCHO<sup>35</sup> refleja la historia de la implementación del caucho en el Guaviare. Esta asociación de productores nació entre 1990 y 1993, tras la caída de los precios de la coca en los años ochenta, que precede a la mencionada de los del caucho. Mario Guevara, presidente de la asociación, me relata:

*En aquella época comenzamos a apostarle al caucho, porque los años anteriores usted veía hambre por acá: pura coca, ni una mata de plátano o yuca se encontraba. Entonces a principios de los noventa unas familias de El Retorno le echaron el ojo a esta planta, porque era prometedora y querían salir de la coca<sup>36</sup>. Armaron la asociación, pero abandonaron, hasta que en el 93 entró un*

---

<sup>34</sup> El caucho, en esta región de colonización, supone una alternativa a actividades productivas como la coca o la ganadería, en tanto permite, a partir de un predio afectado, establecer una zona de recuperación forestal y dedicar otra al cultivo de caucho. Además, esta especie destaca por ser una gran captadora de carbono atmosférico, lo cual, junto con la demanda segura y constante por ser la única fuente de manufactura de neumáticos de aeronaves, la ha posicionado en los mercados mundiales de bonos de carbono. No obstante, este posicionamiento en ocasiones sucede bajo una lógica de “greenwashing” que, especialmente en Malasia e Indonesia, ha promovido abruptas cuotas de destrucción en los bosques húmedos ecuatoriales.

<sup>35</sup> Actualmente, “Asociación de Productores y Comercializadores de Caucho del Guaviare”. En sus orígenes, la referencia a la “comercialización” no figuraba en el acrónimo de esta asociación.

<sup>36</sup> Nótese cómo la cultura económica de la coca hace prevalecer iniciativas productivas bajo el criterio de una rentabilidad mínima más que de seguridad alimentaria: continúa en los años noventa la lógica de producir para la comercialización y adquirir alimento mediante medio de cambio monetario.

*plan, el Plan Alternativa, con fondos del Cauca, y tuvimos que agremiarnos para poder recibir el apoyo, y constituirnos en el 94. Hoy somos unas 440 familias, con 1800 hectáreas productivas de las 5000 hectáreas sembradas como sustitutivo de la coca.*

Desde el nuevo centro de acopio en la vía a El Retorno, ASOPROCAUCHO actualmente vende su producto a la empresa Incolatex SAS, de Bogotá, que produce los derivados del látex. También se comercializan láminas y costales de *ripio*, un derivado del procesamiento y laminado del látex. Durante el 2021, iniciaron intentos de *procesar y transformar el material* para poder comercializar producto. Guevara me extiende, orgulloso, muy diversos objetos omnipresentes en nuestra vida, que yo desconocía (o ni recordaba) que fueran hechos de látex: cintas de pelo, piezas de maquinaria, suelas de zapato, botas pantaneras... *Y nuestro látex es de muy buena calidad*. En la actualidad, ASOPROCAUCHO se encuentra buscando más apoyos, mayores beneficios para los productores, mejorando la asistencia técnica e implementando proyectos de seguridad alimentaria en las fincas de asociados.

La asociación incide especialmente en su afán de eliminar plenamente los intermediarios, dice realizar una compra directa a los productores, y, más interesante, incentiva la diversidad en la finca: *usted debe tener, por lo menos, dos o tres alternativas: tenga cerdos, gallinas, ganado, cacao, chontaduro...* Es el concepto agropecuario que, también desde la asociación, se le da a los productores asociados, junto con los insumos y la capacitación técnica para la implementación, el manejo del cultivo y la extracción del látex. Resulta llamativo, sin embargo, que las actividades productivas con las que Guevara propone combinar el cultivo de caucho (**Imagen 16**), se enmarcan todas ellas en viejas panaceas alternativas a la coca (monocultivos de cacao, chontaduro), en la ganadería (eje económico principal del municipio de El Retorno, la *capital de la ganadería*, donde se asienta la mayoría de los asociados) y en otras actividades de explotación animal. Esto, por un lado, supone un entendimiento por su parte de las condiciones de partida de la zona en que emergió ASOPROCAUCHO, donde además existe un apego fuerte a los monocultivos y, ante todo, a *los animalitos* (vacas). Por otro, está alineado con las lógicas de los cultivos de mayor impacto en superficie, menor biodiversidad y vinculados a capitales medianos, familias de origen ganadero que son la descendencia directa de la colonización campesina dirigida más clásica, en el municipio de El Retorno, de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado.

El caucho, sin embargo, presenta algunos inconvenientes que la asociación ASOPROCAUCHO ha querido mitigar. En primer lugar, la leche<sup>37</sup> se la compran a quienes puedan *sacarla de la manera menos costosa*, lo cual incluye las distancias, el estado de las vías y también los tiempos de conservación en el transporte, aspectos en los que el Guaviare presenta grandes dificultades frente al resto de departamentos que producen caucho.

Por otro lado, el establecimiento del cultivo es de los más costosos de todos, lo que implica contar con una alta inversión inicial que, si bien puede ser apoyada por la asociación, pocos están en condiciones o disposición de hacer. *El caucho no es para todos*, dicen muchos propietarios de finca que no han incursionado en él o abandonaron su práctica. *No está al alcance de todos por la inversión inicial y por los requerimientos de manejo*.

---

<sup>37</sup> De la incisión que se le realiza a los árboles de caucho, se extra este látex o leche, también llamado *balata* o *siringa* en otras zonas o desde otros grupos humanos de la Amazonia.

También, el árbol de caucho cuenta con muchas variedades, constantemente mejoradas mediante cruce y esqueje. A veces se decide por una variedad, en principio más productiva, con crecimiento más rápido, resistente a las enfermedades y plagas, pero el resultado de la elección sólo se ve cuando el cultivo está creciendo y la inversión, ya hecha. *A mí, que sembré 10 ha. de esta variedad, vea, se me murió casi la mitad, porque llegó esa enfermedad que les está dando ahora, pero la variedad que yo sembré resultó que no era resistente a esa maldición, y a mí me habían dicho que sí lo era.* Adicional a las afectaciones fitosanitarias, el caucho tiende a sufrir más enfermedades en entornos con altas tasas de humedad, de modo que, en la temporada de invierno, cuando los terrenos sembrados tienden a anegarse, muchos árboles enferman y mueren, y se pierde una porción del terreno sembrado y de la inversión realizada. Según escuché en la radio en varias ocasiones, esto sucedió especialmente con el invierno de 2021, aunque no encontré información de contraste con otros años, y podría tratarse de una exageración repetida anualmente. En cualquier caso, los efectos son palpables y varios de los protagonistas de este trabajo coincidieron a mitad de año en que *las lluvias de este invierno le dieron duro a los cultivo: a mí se me murieron un poco de palos de caucho, unos trescientos.*

El gran inconveniente para el caucho es, similar a otros cultivos como las palmas o el cacao, el tiempo de siembra a producción. Es decir, *usted siembra una hectárea de caucho hoy y eso no le da sino hasta 5 o 6 años después.* Ello requiere, por un lado, que el cultivo reciba un manejo y un cuidado constantes (y costosos) durante todos esos años para garantizar la productividad. Pero, ante todo, implica que el campesino no podrá obtener ningún ingreso en ese tiempo. De este modo, los campesinos que incursionan en este cultivo deben contar con otras fuentes de ingresos mientras crece el caucho y entra en su fase productiva y puede extraerse la balata: *nosotros nos salimos de la coca con tres hectáreas de caucho cuando el Acuerdo [de Paz], fuimos de los primeros en crearle al PNIS y las primeras cuotas, que esas sí llegaron, las metimos en este cultivo.*

Pude conocer otras miradas, sin duda excepcionales: las de campesinos habitando sus fincas en una lógica más enfocada a la conservación y la recuperación del bosque dentro de su finca (participantes del extinto Programa de Familias Guardabosques<sup>38</sup>). Viven de proyectos productivos más modestos (galpones de pollos, rancho de cerdos -pero no ganadería extensiva- y sembrados de yuca, plátano y frutales),. Su experiencia es dicente y en más de una vereda pude encontrar relatos análogos:

*El proyecto del caucho lo que pasó es que no dio resultado porque el caucho no es para la gente de bajos recursos. El caucho es para las personas que tienen con qué hacerle el mantenimiento y una administración adecuada. Nosotros como campesinos no tenemos esos recursos. Administrar una hectárea de caucho, eso póngale bajito un millón y medio mensuales. Que la limpia, que la abonada... Eso exige mucho. Y fumigar, para las enfermedades fitosanitarias que le dan al caucho.*

---

<sup>38</sup> El PFGB consiste en una iniciativa impulsado por el Gobierno colombiano a nivel nacional desde el año 2003, con la finalidad de promover la sustitución de los cultivos de coca en pro de la “pluriactividad de las economías campesinas contemporáneas” y el “cuidado y la conservación ambiental” (Giraldo & Lozada, 2008, pág. 66). El reemplazo de los cultivos era voluntario, iba atado a un compromiso de cuidar y conservar el bosque dentro de la finca y reforestar, a cambio de lo cual se le abonaba a la familia una mensualidad. El proyecto fue abandonado gradualmente porque no fue sostenible a largo plazo, su aplicación no fue completa y al parecer hubo incumplimiento de parte y parte (impagos, y deforestación y proliferación de los cultivos de coca). En el Guaviare, se implementó en los municipios de San José y El Retorno (Acción Social, Naciones Unidas y Presidencia de la República, 2007).

*Nosotros no tenemos esos recursos. Si escasitamente nosotros nos rebuscamos para la comida, para subsistir día a día, ¿de dónde va a sacar uno recursos para el caucho? No, ellos van a grandes empresas como Mavalle, que tiene miles de millones de pesos y que tienen para meterle el dinero suficiente para ponerlo a producir a la edad que se decía que era, primero, que cinco años, después, que siete años y ¡qué va!, eso es falso. Un señor vecino de acá, un ganadero con buena plata, sembró al mismo tiempo que sembramos nosotros y le metió, créame, sus ahorros pa' el ganado. ¿Qué es lo que no le ha metido a ese caucho? Está mucho más hermoso que el poco que me queda a mí aquí, que lo tengo como una zona de recuperación, porque yo lo dejé abandonado, ya cuando no podía más con eso, lo dejé recuperar [...]. Nosotros dejamos el caucho como cosa perdida en el sentido de lo económico, eso ya se quedó como parte de otro proyecto. Digámoslo así, el caucho que se salvó y el que está ahí, los árboles, como bosque en recuperación.*

Definitivamente, se trata de un cultivo que requiere una fuerte inversión inicial y constante durante años, y que generalmente no resulta rentable para menos de tres hectáreas establecidas. Paradójicamente, en muchos casos, las enfermedades y plagas que lo han atacado y *acabado*, han terminado transformando algunos cultivos de caucho, inicialmente tecnificados, en bosque en recuperación; aunque, en clave de *rentabilidad*, la respuesta más frecuente a este fracaso, cuando ha sucedido, ha sido *potrerizar* de nuevo y volver a *meter ganado*.

Otra dificultad consiste en el preprocesamiento que se le debe hacer a la leche una vez se extrae. Debe mezclarse en un barril con unos aditivos que, tradicionalmente, contenían amoníaco: *tengo doce años trabajando con amoníaco, pero ya no. A eso le echaban bactericida y fungicida, ¡de todo!*. Sin embargo, recientemente ASOPROCAUCHO ha implementado un componente no contaminante ni tóxico en estos aditivos, en sustitución de amoníaco, y que permite su conservación en perfectas condiciones hasta el casco urbano de San José y más allá. Ello le da un valor adicional al producto final, haciéndolo menos nocivo para el medio ambiente (se puede reciclar o posprocesar fácilmente al desecharlo) y para los usuarios finales (algunos de sus muchos usos son material escolar y, de este modo, pueden ser empleados por niños sin riesgo de intoxicación).

El caucho es una de las panaceas que se han ofrecido en territorios bajo deforestación, por ser originario de la región, por su alta demanda. Pero, sobre todo, a mi juicio, porque permite darle un uso razonable y delimitado a terrenos ya deforestados, reduce la presión de deforestación en zonas aledañas e incluso puede significar que campesinos, una vez designada una superficie para el caucho, decidan *recuperar* el bosque. Sin embargo, su acceso es restringido, requiere diversificar la finca desde el comienzo y las alternativas para ello tienden a ser el monocultivo y la ganadería.

## **2.6 El bosque da mucho más que madera**

Dentro de las iniciativas productivas que han realizado algunos campesinos-colonos en el Guaviare, destaca la noción de explotación de los *no maderables del bosque*, es decir, productos extraídos al bosque sin la necesidad de la tala y con muy poca intervención, que se inspiran en la observación, tanto a las especies botánicas del bosque como a las prácticas de los pueblos indígenas (especialmente los nukak por su

ancestral carácter nómada y recolector) de aquello que produce el bosque y que puede ser aprovechado para el consumo humano.

En efecto, el bosque amazónico produce una inmensa variedad de alimentos: semillas, frutos, tubérculos e incluso hojas comestibles (ver 3.6 siguiente capítulo). La lógica y los saberes agrícolas de colonos provenientes del interior del país, generalmente de ecosistemas andinos y de valles, ignoró esto largo tiempo, priorizando los cultivos tradicionales en sus orígenes aptos para el clima amazónico, más no tanto para los suelos: yuca, plátano, arroz, y más adelante, coca (Molano, 1992).

Salvando la excepción del caucho<sup>39</sup>, el bosque ofrece también savias, extractos y jugos que pueden ser extraídos (bajo ciertas condiciones y en determinados momentos) y empleadas para remedios curativos (por vía oral, cutánea o respiratoria). Dentro de “lo que se puede tocar”, incluido en la ZRC, cuya área se estima en un 8% del territorio departamental (más de 430 mil has.) (IGAC, 2016), existen porciones de ecosistemas de bosque amazónicos conservados en una amplia proporción de las fincas guaviarenses estudiadas. En estos casos, no se ha dedicado completamente ni en su mayoría a la ganadería. Estos ecosistemas de bosque parcelado, o “relictos”, generalmente han perdido su conectividad ecológica con los demás y se presentan aislados en multitud de fincas del departamento (Sinchi, 2018). A veces se trata de una o pocas hectáreas, y en excepcionales ocasiones, como pude conocer de primera mano, una porción importante o mayoritaria de la finca es de bosque recuperado o, en ocasiones, nunca intervenido.

Una de las posibilidades que ofrece el bosque amazónico es la de las frutas de palma amazónica. Las principales, pero no las únicas, son el asaí, el seje y el moriche<sup>40</sup>. Todas ellas son originales de los ecosistemas amazónicos y de las llanuras de la Orinoquía, los cuales ocupan la región más allá de las fronteras colombianas, y han sido históricamente consumidas por los grupos indígenas de la región. Cuentan con nombres, algunos de origen indígena, que trascienden los tres referidos aquí, y que muchos colonos también conocen. Además, existe ya un amplio conocimiento técnico moderno acerca de estos frutos y sus palmas (sistematizado por el Instituto Sinchi (2016)) que, como se verá, conforma el conjunto de recomendaciones técnicas desde instituciones expertas a los productores.

La asociación ASOPROCEGUA nació a principios de este siglo buscando plantear opciones económicas viables, alternativas al cultivo de coca y a la deforestación, y agrupando campesinos asociados para facilitar la comercialización de productos amazónicos y la recuperación de los bosques, es decir, “ambiental y económicamente sostenibles” (Bermúdez Liévano & Garzón, 2020, págs. 53-60), vistos ahora como una fuente de alimento para consumo y comercio. Flaviano Mahecha, su presidente en el momento de esta investigación, confirma el modo en que los campesinos asociados han comenzado a cambiar su percepción del bosque, porque *antes pensaban que ese monte no era sino para tumbar y poner un poco de animalitos,*

---

<sup>39</sup> La explotación tradicional del caucho ha sido, históricamente, una actividad extractiva mas no maderable. en tanto se extraía la balata mediante cortes en la corteza de los árboles maduros pero no implicaba nuevas tumbas: se realizaba dentro de las selvas. El caucho como cultivo es hoy establecido mediante pautas racionales y de diseño agronómico, pero en cualquier caso implica una intervención en el ecosistema originario.

<sup>40</sup> Aunque existen otros frutos de palma amazónica, como el cumare, son estos tres los que se están cosechando y comercializando, en buena parte, debido al asesoramiento agronómico y forestal del instituto Sinchi, recogido en un riguroso documento técnico (Sinchi, 2018) que da cuenta del conocimiento acumulado sobre la posible explotación de estas palmas, incluyendo ciclos, valores nutritivos y postcosecha.

*sin contar que la coca nos estaba trayendo muchos problemas, nos estaba haciendo mucho, mucho daño,* insiste. La realidad es que muchos productores, asociados ahora a ASOPROCEGUA, han encontrado una actividad rentable adicional a las que ya existen en las fincas de sus asociados, es decir, en unidades productivas que en general ya vivían y actualmente viven del ganado y algunos cultivos comerciales.



*Imagen 5* Palma de moriche en flor, rodeada de abejas y otros insectos alimentándose. Mes de noviembre.

Ante la necesidad de limitar las actividades productivas que implican deforestación y como alternativas a los cultivos de hoja de coca, emerge la iniciativa de extraer y procesar estas tres frutas amazónicas en los momentos adecuados: *en marzo comienza el moriche (Imagen 5), que dura dos meses; después, cuando va terminando la cosecha del moriche, sigue el asaí, que va de abril hasta septiembre; y ahí también sale el seje. Tenemos cosecha más de la mitad del año.* Así, los campesinos asociados que cuentan con bosque conservado o recuperado, se convierten en pequeños productores de frutas de palma amazónica, entregando una cantidad de fruto (que suele estimarse previamente) a la asociación, la cual, por su parte, compra con precios establecidos y permite así el elemento de “comprador seguro” (Barrera Méndez & Vega Ramírez, 2017, págs. 61-70). Estos frutos, si bien pueden consumirse con una preparación artesanal, requieren de un procesamiento especial para extraer la pulpa, empleada para postres, helados y mermeladas o los aceites esenciales, y que cuentan con propiedades de alto valor medicinal y nutricional.

Además, esta asociación ha orientado la producción de cultivos comerciales de frutas amazónicas mediante sistemas agroforestales en zonas de bosque intervenido. Así, se llegó a cosechar el arazá, la cocona y el borjój, de los cuales se procesa la fruta para extraer la pulpa en la planta de acopio y procesamiento que ASOPROAGRO tiene en la vía a El Retorno sobre la salida sur de San José (*Imagen 17*). Se trata de cultivos con frecuencia asociados entre sí o con otros, cuyo tiempo de cosecha dura todo el año y cuyos frutos tienen el valor agregado de ser cultivos originarios de la amazonia que pueden venderse localmente en las



veredas o en el mercado de San José en fruta, mientras que la pulpa es la opción semiindustrial que permite su comercialización fuera del departamento y con cabida en el mercado nacional.

La asociación ASOPROCEGUA, con el apoyo de FAO, *Visión Amazonia*<sup>41</sup> y el Instituto Sinchi, ha buscado promover sistemas productivos combinados entre campesinos a ella asociados, que les permitan salir de la coca y mantener una solución de compromiso, *un equilibrio*, entre los modelos productivos más tradicionales de la colonización (cultivos de subsistencia combinados con ganadería extensiva) en fincas particulares, y los sistemas agroforestales y los no maderables del bosque. Todo ello, promoviendo una *alternativa a la coca*, cuyo trasfondo se basa en la idea de rentabilidad perteneciente a lo que muchos han denominado la “cultura económica de la coca” (Gootenberg & Dávalos, 2018) (Molano, 1992) (1990) (Torres, 2018) (Jiménez, 2017).

En la práctica, no obstante, no me resultó totalmente claro si estas alternativas productivas lo eran también a los modelos de corte más extractivo, es decir, so los excluían. Tampoco pude comprobar la rentabilidad de la producción de frutas de palma amazónica *per se*. No pude conocer una estimación de valores agregados de ingreso para las tres cosechas del bosque, que me permitiera inferir que los ingresos de esta actividad estaban a la altura de otros que los asociados mantenían (principalmente, cuotas nada despreciables de ganadería extensiva). Y además, estos productos amazónicos no tenían cabida en la venta local: apenas si son consumidos por sus productores, quienes aspiran básicamente a comercializarlos al interior del país o a la exportación. Esto habla de cómo la identidad de la población colona se reafirma desde la alimentación, ya que a día de hoy sigue prefiriendo las dietas del interior del país con muy tímidos aportes del ecosistema local. La incorporación de productos amazónicos a las dietas del Guaviare de manera normalizada y extendida podría comenzar a restar dependencias de otras regiones y redundaría en la seguridad y soberanía alimentaria de la región de frontera amazónica.

A pesar de todo ello, el modelo productivo que potencia ASOPROCEGUA sí apunta a una característica clave para este y otros territorios del país, y en especial, los amazónicos: la diversidad de productos, de la cuál trato en 2.10. También asociaciones más recientes, como COMGUAVIARE<sup>42</sup>, o emprendimientos como *Alimento de Selva* (Lizarazo, 2022) están emprendiendo la extracción de frutos amazónicos para la extracción de aceites y pulpas.

## 2.7 Apicultura en la Amazonía: abejas y trashumancia

El bosque amazónico constituye un ecosistema colmado de especies arbóreas y florales, que sirven de alimento para una inmensa variedad de insectos. Estos, por su parte, cumplen la función de la polinización para diferentes tamaños de flor, algunos demasiado pequeños para que otras especies vertebradas (aves, murciélagos) puedan sustituirlas. Cada tipo de flor tiene su grupo particular de polinizadores. Una porción

---

<sup>41</sup> Programa dependiente del Ministerio de Ambiente, apoyado por cooperación internacional, que “busca ofrecer soluciones productivas alternativas a los campesinos”.

<sup>42</sup> Cooperativa Multiactiva de Jóvenes del Guaviare.

importante de árboles florales pertenece a especies melíferas, es decir, cuyas flores producen néctar, alimento principal de los insectos. Dentro de la clase de los insectos, las abejas<sup>43</sup> se cuentan entre los más importantes polinizadores y de los pocos cuya actividad puede ser aprovechada para obtener alimento y otros productos.

En efecto, la miel de abeja es, junto con el polen, el propóleo, la cera, la jalea real o el veneno, un producto apreciado por sus propiedades alimenticias y medicinales. Se trata de productos ya comercializados en buena parte del país y que, de hecho, están suponiendo iniciativas (e incluso alternativas) productivas rentables en muchos lugares<sup>44</sup>. La miel de abejas entra dentro de los *endulzantes* junto con la *miel de caña* y la panela, y *eso también se vende fácil, la gente en mi vereda ya conoce el producto y prefiere miel pura al dulce no más, es que usted no se imagina las propiedades de la miel, también es un remedio, todas las semanas vienen a preguntarme si tengo una u otra botella de miel*. Sin embargo, su producción resulta excepcional en el territorio amazónico, donde se sabe que hasta hace poco sólo algunas poblaciones indígenas, como el caso de los nómadas nukak, la han venido extrayendo artesanalmente, asumiendo riesgos de ataques de enjambre y caída desde alturas de los árboles. La población colona también ha convivido, en su proceso de desmonte, con estos enjambres, que pueblan las alturas de los árboles en los relictos de bosque, y recovecos de troncos aislados y huecos en potreros o de los hogares.

La idea de *ponerse a producir con abejas* es relativamente nueva en el territorio guaviareño, donde en la breve historia de asentamientos colonos no se ha concebido su producción artesanal (extrayendo la miel de los panales salvajes) ni tecnificada (esto es, mediante cajones y colmenas productivas). De hecho, las abejas han sido vistas allí como una amenaza tanto a los humanos como al ganado, pues *no falta que esos animalitos me maten una vaca*. En el afán de plantear una opción productiva para vecinos de las veredas, Eyder Acosta fundó la asociación APIMEGUA. Autoidentificado como *colono original de Cubarral (Meta), tierra lechera*, llegó también al Guaviare con el auge de la coca, en 1982. Tras mucho trasegar e instalarse en una y otra finca:

*Empecé a trabajar con vacas por acá. Entonces llegó un día llegó un man con abejas que me dijo: “tengo unas abejas de Granada pero nadie se compromete a cuidarlas”. Y me contó todo el cuento y yo me le pegué y entendí la vaina rápido. Y ahí es que me metí en el cuento a principios de los 90, y desde entonces estoy con la abejas.”*

Así es como va naciendo la pasión de Acosta por las abejas. La producción de abejas permite pensar en una actividad que, si bien es peculiar, tiene fácil salida para su producto. Por su originalidad, va tomando cabida entre algunos habitantes rurales y pasa a formar parte del flujo de intercambios entre vecinos. Además, aporta una *diversificación* a la finca, una cualidad crecientemente deseable, y es fácilmente integrable con otras iniciativas. Sin embargo, no se ha planteado todavía la posibilidad de comercialización fuera del

---

<sup>43</sup> Existen dos grandes grupos de abejas melíferas: las *apis mellifera*, las clásicas abejas de origen italiano pero genéticamente africanizadas desde su introducción artificial en Sudamérica y la Amazonía, llamadas *africanas*; y las *meliponas* o *angelitas*, más pequeñas, sin aguijón, y con una miel de aún mayor valor nutritivo, medicinal y cosmético, que cuentan con familias autóctonas de la Amazonia.

<sup>44</sup> Existen otros casos también en ecosistemas particulares o bajo protección, como la [Asociación de Apicultores Conservacionistas de la Sierra Nevada de Santa Marta](#), quienes buscan combinar un enfoque rentable y conservacionista.

departamento: la producción es muy reducida y queda en el territorio, entre los vecinos veredales o incluso el casco urbano. Alrededor de la miel se construyen pequeñas redes de intercambio teñidas de la originalidad que marca este producto y donde también se transfiere, condensados en una suerte de *hau maussiano*, el *trabajo y el riesgo que lleva eso*, y el entendimiento de unos animales cada vez más reconocidos por sus roles sostenedores de ecosistemas frágiles como el amazónico.

La apicultura requiere no obstante algunos conocimientos específicos, un equipo especializado y una pequeña instalación para la extracción de miel, aunque la ventaja de las asociaciones de apicultores es que estos insumos, como las herramientas, la centrífuga o la instalación de envasado, se pueden colectivizar y compartir, al menos entre núcleos de hogares o veredas, puesto que los insumos no se emplean todos los días. En la actualidad, APIMEGUA tiene *un proyecto de 6 mil colmenas, quiere apostarle a 12mil*, pero requiere contar con los grupos de campesinos dispuestos a comprometerse con el cuidado y el aprendizaje del manejo. Para ello, Acosta sigue una estrategia:

*Yo voy, les cuento el cuento [a los campesinos], les hago que vean, que entiendan que sí se puede pero esto no es para el que le guste la plata. Si lo que buscan es ganar plata y volverse ricos, entonces están es perdidos. Esto es para otros, para los que les gusta otra cosa.*

Se observa entonces cómo mediante actividades productivas como la miel puede estar cristalizándose un cambio de paradigma extractivista y opulento, rezago de las bonanzas que conoció el territorio, y también superar la lógica más clásica de supervivencia, desmonte y venta de terrenos “mejorados” a grandes acaparadores de tierra para seguir desencumbrando más adentro (Molano, 1992, págs. 52-55). En efecto, la apicultura permite beneficios considerables sólo para grandes volúmenes de producción, cuando el impacto ambiental ya es muy alto. Esto no ha sucedido en Guaviare, sino que se encuentra en un momento emergente e incluso marginal rodeado de escepticismo debido a los riesgos (físicos y financieros), desconfianza de los márgenes monetarios, y la inversión y el trabajo que requiere. Es decir, la apicultura no encaja para muchos en la idea de *alternativa productiva a la coca y rentable*, sino que se enmarca, nuevamente, en una visión de diversidad de productos, con los cuales, de hecho, puede combinar a la perfección.<sup>45</sup> Su lejana posibilidad de comercialización todavía no le da el valor agregado de producto amazónico, de modo que la actividad apícola se mantiene dentro de algunos productores que desean incursionar en modelos productivos de finca sostenible y diversa, y la venta local, conscientes de lo beneficioso que los apiarios tienen para el entorno ecológico y el creciente valor condensado en la miel para los vecinos.

Durante mi estancia en campo, pude construir relación con Raúl, un campesino de El Retorno quien se interesó enormemente por la apicultura, pero que no tenía más información que la de un conocido lejano para arrancar. Había aprendido *algo de este cuento* en programas televisivos sobre proyectos agropecuarios y fincas sostenibles que ve todos los días. Un día, viendo juntos la televisión, transmitieron un especial de abejas: él mostró su interés y yo le confesé mi afición a la apicultura y la práctica que venía teniendo en algunos apiarios de Bogotá y Cundinamarca. Tras notar el brillo en sus ojos, más agradecido que sorprendido de que un extranjero recientemente salido de Bogotá fuera a mostrarle el funcionamiento

---

<sup>45</sup> No son pocos los apiarios trashumantes en otras partes del mundo que se alquilan por temporadas en cultivos florados para asegurar la polinización y, por ende, el fruto y la cosecha.

de un apiario, comenzamos a conversar sobre cómo podíamos implementar un apiario en su finca, y de dónde sacar las abejas: *usted no se imagina Alejo, pero acá tengo varios palos con enjambres alrededor de la casa, y eso sí, más adentro en la selva que me queda, usted ya vio que están por todo lado*. Desde entonces, en los encuentros, las visitas y las llamadas, discutíamos la iniciación a la apicultura, hasta que en mi última visita Raúl ya habría *juntado unos pesitos* y le había *hecho la inversión a dos cajones y a todo el equipo*. Los costos iniciales de apicultura, sin ser desorbitados, llegan a uno o varios millones de pesos, lo cual no está a la mano de muchos campesinos que emplean sumas similares mensuales en realizar arreglos y otras inversiones más urgentes. En este caso, la motivación de implementar apicultura se resume en *diversificar más la finca, que se mire más bonita, con abejas y todo*.

La extracción de miel, si bien tiene dos temporadas al año (*una cosecha bien buena entre febrero y marzo, y otra medianita allá por septiembre*), puede desarrollarse dentro de una zona veredal y genera *unos pesitos extra*. La apicultura es más *una actividad complementaria a las otras que su merced pueda tener en su finca, pero tiene lo bueno que es natural, es local y ayuda a la fauna y la flora*. Ello comienza a hablarnos de las interrelación entre sistemas productivos y sensibilidades ecológicas de los pequeños productores, como se verá en los primeros apartados del capítulo 3.

Tener abejas en un único emplazamiento tiene varios problemas: la floración no es constante, y las humedades y friajes estacionales agotan a las abejas, y abandonan el cajón (*enjambran*). *Las abejas acá tienden a enjambrar mucho. Acá tenemos que apostarle a la trashumancia*. Esto consiste en estar moviendo los cajones de abejas de un lugar a otro, buscando condiciones variables y mejorables, y nuevos alimentos para ellas, así como huir de ciertas especies botánicas que atraen más insectos (hormigas, termitas).

Además, la falta de tradición apícola es notable en este territorio, para cuya población reciente, de entre todas las posibles iniciativas a su llegada durante la colonización, la apicultura probablemente fue la última que se les pasara por la cabeza. El desconocimiento de su particular manejo resulta un reto a su implementación más generalizada en Guaviare y otros ecosistemas de bosque húmedo tropical:

*Las NNUU perdió un proyecto de mil abejas acá a orillas del río Guaviare. Yo no le meto abejas a la ribera del río ni loco. Eso son árboles que atraen todos esos animales y las abejas no duraron. Se fueron. Y claro, la gente se decepcionó y quedó con la decepción de las abejas, y entendió que eso no sirve. Se quemó el plan. Y es difícil convencer a la gente, porque es mucho trabajo que se pierde.*

De modo que la apicultura resulta una iniciativa productiva viable, aunque extraña, novedosa y que requiere de cierto equipo, inversión inicial y conocimiento especializado que pocos agricultores tienen o están en disposición de buscar. Es difícil dedicar un tiempo al manejo de los apiarios junto con el manejo de cultivos u otras actividades productivas, de modo que pasar de una actividad a otra requiere un corte y no suelen ser fácilmente combinables en una misa franja de tiempo. Además, la necesidad de equipos para la extracción, producción y envasado de productos apícolas (miel, polen, propóleo) suele obligar a que diferentes unidades familiares, en lo posible cercanas entre sí, compartan dichos equipos que se usan esporádicamente. Ello requiere cierto carácter asociativo, que puede ser en agrupación veredal o en asociación, lo cual, por un lado, desincentiva las iniciativas independientes, pero, por otro, representa una oportunidad de asociación y vinculación adicional entre campesinos de una zona. APIMEGUA supone un intento, en cierto modo marginal todavía, de facilitar insumos comunes y asesoría especializada a *todo aquel que se le quiere meter al cuento este de las abejas*.

## 2.8 El sacha inchi: una muestra de alternativa múltiple

Las iniciativas productivas van y vienen, algunas promocionadas una y otra vez como la panacea, otras más discretas y excéntricas. Pocas han demostrado ser *la solución* ideal o completa al problema del uso de la tierra, la legalidad, la rentabilidad, la sustentabilidad ambiental o la seguridad alimentaria. Básicamente, porque *no existe una alternativa que, por sí sola, constituya una ninguna solución*.

En este panorama es que emergió en la última década la idea de implementar el cultivo de sacha inchi<sup>46</sup>. De la semilla de sacha inchi se extraen aceites comestibles e incluso cosméticos, snacks, semillas y harina, todos ellos de un alto valor nutricional. El sacha inchi está considerado un superalimento rico en grasas no saturadas, omegas 3, 6 y 9, y vitamina E, por encima de muchos otros, lo cual redundará en la calidad de la dieta.

Si bien los cultivos de sacha inchi existen de manera marginal en algunas partes de los Llanos Orientales y también ha sido propuesta en algunas regiones deforestadas de Caquetá, la propuesta del sacha inchi tiene muy pocos años como cultivo establecido en el Guaviare. La asociación ASOPROAGO es la agrupación que más ha impulsado su producción, a partir de un análisis de los factores que hacen de este un gran candidato productivo. Actualmente, están implantados en ciertas fincas de un *triángulo estratégico, zona de amortiguamiento de Chiribiquete*<sup>47</sup>: su intención es *hacer funcional este sector*, las últimas áreas deforestadas antes del bosque que da paso a la Serranía del Chiribiquete. El 95% de los asociados de ASOPROAGRO residen en esta zona, son excocaleros y, a su llegada al territorio y *tras mucho bregar*, recibieron la tierra parcelada por la guerrilla de las FARC, generalmente entre diez y treinta hectáreas. Esta zona de producción presenta una dificultad para la comercialización de productos: mientras que cerca de San José y dentro de la ZRC, el promedio de superficie de la Unidad Autónoma Familiar (UAF)<sup>48</sup> está en unas 70 ha, en esta zona de más reciente colonización, hacia Calamar y Chiribiquete, la UAF promedio pasa a ser de 220 ha. Las extensiones son mayores y, por ello, *las fincas son menos productivas, la tierra vale menos y sacar el producto cuesta más* por la distancia y los costos de transporte, de modo que estas fincas cuentan con varias desventajas en el mercado de productos comercializables.

José Ibáñez, al llegar al Guaviare, examinó los factores que hicieron proliferar los cultivos de coca y por los cuales esta seguía apareciendo en las zonas de frontera agrícola, perpetuando la deforestación, el posterior abandono en baldíos (tras la aspersión aérea o la erradicación forzada) y el consecuente proceso de praderización junto con el desplazamiento de los cultivos de coca o los potreros a otras zonas de bosque

---

<sup>46</sup> Planta de tipo enredadera y de origen amazónico. Viene siendo producida y comercializada en Perú desde hace tres décadas, así como en otras regiones de Colombia, como Antioquia.

<sup>47</sup> Se refiere a las veredas La Cristalina, La Primavera, Termales Alto, San Miguel y Patio Bonito, localizadas en el municipio de Calamar, al norte del alto río Itilla. Es allí donde habitan y “fueron seleccionadas las familias campesinas beneficiarias del convenio 001 de 2017 de la asociación ASOPROAGRO con quienes se empezó a ejecutar el cronograma” (Paz, s.f.). Es también en la veredas de este eje de colonización donde realicé parte del trabajo de campo.

<sup>48</sup> Término técnico y administrativo para referirse a la *fincas* como unidad de división de terrenos con base en relaciones de propiedad del territorio rural para la residencia y la producción.

que eran *tumbadas*: yo llegué y me pregunté ¿qué puede sustituir mejor la coca? ¿qué es lo que más se le parece? Y ahí llegó el *sacha*<sup>49</sup> (Imagen 18).

En primer lugar, se habla de lo que denomino el factor riesgo multidimensional:

*La coca tiene sus riesgos, que a uno lo vayan a llevar preso, a fumigar, o que a quien le vendemos, suele ser un actor armado; y los campesinos estamos cansados de eso, queremos producir lo propio y sacarlo por la vía de la legalidad. [...] Por el contrario, el sacha es un producto completamente legal, y los riesgos del sacha son mínimos: si acaso una plaga, una enfermedad, cualquier cosa técnicamente manejable. Además, usted [con la coca] se expone a ser asperjado, y en últimas, le va a tocar emplear agroquímicos para tratar la mata de coca. Nosotros, en cambio, no usamos agroquímicos.*

Además, ante los riesgos agronómicos, opera la lógica de la *asociación de productores*, brindando asistencia técnica: se cuenta con un ingeniero agrónomo o varios en cada asociación, y, al igual que las demás, reciben el respaldo del instituto Sinchi en forma de asesoría técnica, botánica, nutricional y de procesamiento.

El segundo factor consiste en el de la rentabilidad. La pregunta sobre “¿qué cultivo genera más ingresos monetarios, después del de la coca?” es de vieja data y la que ha motivado las diferentes olas productivas que han sido anunciadas una y otra vez desde los organismos expertos, la institucionalidad, ya fuera con fines de dirigir la colonización para la ocupación de territorios baldíos (Acero Velázquez, 1992) (Molano, 1992) (Gómez López, 1987) o, más recientemente, de estabilizar el proceso de avance de la frontera (Gómez López, Suárez Pérez, Riaño Umbarila, & [y otros], 2015). En otras experiencias, como la de Perú, el *sacha* ha demostrado ser un producto que da un *alto margen de beneficios al productor*, para lo cual, además, la asociación cumple el rol de ser un comprador seguro, limitando o anulando intermediarios. La asociación busca ser el puente entre el productor y el comprador final. Sin embargo, todo ello depende del *mercado* o la *demand*a, y en la actualidad, esto supone un reto a nivel nacional: no existe una alta demanda y no se han construido alianzas con posibles exportadores, *como sí sucede en Perú*.

Existe un aspecto clave que permitió que ASOPROAGRO planteara hace pocos años el *sacha inchi* como alternativa idónea a la coca. Junto con un ingreso potencialmente alto, los ciclos de cultivo del *sacha inchi* resultan también cortos, de unos ocho meses. La coca, por su parte, cultivada con tecnificación y fertilizantes, produce cosecha cada tres o cuatro meses, de manera que ofrece hasta cuatro cosechas en el año, permitiendo ingresos rápidos al productor. Esta inmediatez de ingresos hace parte sustancial de la ya mencionada cultura económica de la coca, y el *sacha inchi*, bien manejado, permite cosechar y vender el producto unas tres veces cada dos años, lo cual permite contar con ingresos con cierta frecuencia, cercana a la de la coca. Muy pocos cultivos permiten una cosecha de alto valor con tanta frecuencia. Esto fue resultando cierto en los casos de éxito del cultivo del *sacha inchi* en la frontera agrícola, habida cuenta del escepticismo y extrañamiento con que inicialmente fue recibido este bejuco.

---

<sup>49</sup> En otro lugar (Perozo, 2019), el propio Ibáñez recuerda: “Era evidente el daño que nos causaba a todos la aspersión. [...] Pero empecé a decirle a la gente que había que buscar alternativas porque las fumigaciones no iban a parar [...] Recuerdo que les dije: *Muchachos, no podemos esperar a que el gobierno venga a proponernos qué cultivar, sino que nosotros vamos a buscar la alternativa. [...] La acogida fue muy buena*”.

*La cosa cambió cuando le llegamos al asociado y le decíamos “hermano, ¿cuánto tiene recolectado? Venga, lo pesamos”. Y después, cuando se le dice “oiga, vea, su sacha le cuesta 200, 300 o 500 mil pesos”, ahí comenzaron a entender de qué iba este cuento.*

Sin embargo, quienes han incursionado en el sacha, principalmente, asociados de ASOPROAGRO, han enfrentado las dificultades de *sacar* el producto, ya no asociadas al transporte. Esto se notó especialmente, por ejemplo, con la caída del nivel de consumo derivada de la pandemia, cuando muchos productores, de las cuarenta familias que están *montadas en este cuento* (cada una con una hectárea de sacha inchi, **Imagen 19**), comenzaron a abandonar sus cultivos, a dejarlos *enrastrar*<sup>50</sup>: *eso fue comenzar la pandemia y aquí yo le diría que ni nos habríamos enterado... si no fuera porque dejaron de comprarnos y se nos pudrían las semillas en medio de ese invierno*, me compartía una campesina del final de la frontera. Esto repercutió en la *motivación* que los asociados tienen en la apuesta, hasta cierto punto arriesgada, que el sacha inchi supone. Como me explicaba en campo Ibáñez:

*El tema de la pandemia nos afectó en la parte comercial que veníamos haciendo. Y al no haber comercialización, la gente se desanima. Y más, cuando este proceso ha sido nuevo, la gente mantiene con esa desconfianza. Y claro, como decaímos en la parte de compra de producto... Muchos bajaron la guardia. Se desmotivaron, y entonces mire cómo está este cultivo de abandonado.*

Las motivaciones que guían tanto las opciones productivas como el trabajo cotidiano de manejo se ven afectadas aguas arriba de la cadena de producción por convulsiones o alteraciones en el mercado exterior, de modo que los campesinos productores embarcados en estas alternativas productivas, están recibiendo los picos y valles de demanda directamente o con poca amortiguación, al tratarse de un producto que supone una apuesta innovadora y dirigida al mercado externo a la región.

Durante meses trataron de seguir vendiendo, pero la realidad es que el cultivo es frágil a abandonos, puesto que requiere cierta tecnificación: *instalar los postes, las guías de alambre, en fin, una inversión inicial*. Por el contrario, en momentos como el de mi presencia en campo, los ánimos estaban volviendo a crecer, pues se vislumbraba desde el campo que se avecinaba una recuperación de la demanda y las posibilidades de venta:

*La idea es, ahora sí, arreglarlo bien bacano pa’ poder estar haciendo la recolección constante. Pero entonces uno debe tener algo para secarlo, porque cuando empieza el invierno usted lo tiene que coger antes que se pudra, o si usted lo deja que se pase, se empieza a dañar, se empiezan las semillas a poner todo feas. Entonces hay que tener un túnel de secado. Nosotros lo hemos estado secando por ahí en el piso con un pedazo de poli sombra, con un poquito de sol, pero eso no es lo adecuado, lo adecuado es poder tener un túnel de secado.*

---

<sup>50</sup> Se conoce por *rastrajo* a las zonas deforestadas o praderas que son abandonadas, delimitadas y protegidas para que el terreno descanse y el bosque se recupere. Se le llama *rastrajo* durante los primeros tres años, para después denominarse *bosque secundario*. Así, un potrero o bosque tumbado y quemado, si no se interviene, sorprendentemente vuelve a nacer, los árboles comienzan a crecer, las semillas a circular, y la fauna a habitarlo. Como afirma Weisman, “al día siguiente de que desaparezcan los humanos, la naturaleza toma las riendas y de inmediato empieza a limpiar la casa” (2012).

Como se ve, todavía no se ha llegado al punto de una cierta tecnificación que requiere este producto, y que puede limitar las posibilidades de ser vendido a la asociación. En términos generales, los productores ven el producto con una mezcla entre ilusión y desconfianza:

*El sachá... ha sido algo pues durito, porque esto es un producto que está dando a conocer, es muy bueno. Entonces, por la falta de tener un comercio más estable, se ha bregado un poquito hartó, pero ahorita se espera que ya se va a estrenar la planta en San José, y cambiaría un poco esto. Pues la idea es implementar más siempre, sembrar aunque sea unas dos hectáreas... Pero trabajar no lo asegura, porque esto es muy bueno y muy sano. ¿Qué no se puede hacer sachá? Se puede hacer avena, sopa, se puede comer tostado con dulce, con sal, como quiera, es un producto supremamente bueno, pero entonces le hace falta como que lo conozcan más. Ha sido un poquito duro, pero la idea es poder superar eso y que este producto ojalá se comercialice a nivel mundial. Y me parece que lo más duro es la venta, porque esto es muy fácil de trabajar.*

En primer lugar, el productor es consciente de las propiedades alimenticias y *las bondades* del sachá para quien lo consume, de una manera análoga a como también ha demostrado ser consciente de los *daños* que la producción de coca implica en términos de violencia, inseguridad y salud pública. Es decir, los *beneficios* del producto *per se* configuran las apreciaciones y proyecciones simbólicas y morales que se tiene de un producto derivado del trabajo y el uso del terreno propios, revalorizándolos en función del impacto social aguas debajo de la cadena producción-consumo.

En segundo lugar, desde los lugares de producción se muestran sensibles a un *mercado* como un ente etéreo, lejano e incontrolable, que no depende de la producción, sino que resulta que es la producción la que depende de él. Sin embargo, argumento que al producir, al trabajar la cosecha, instalarla, limpiarla, mantenerla, cosecharla, etc., se piensa en la comercialización y el consumo desde el segmento productivo. Este es el rol de las asociaciones de productores: establecer vías de comercialización que absorban la y estimulen la producción del campo, y no que la constriñan o desincentiven.

Desde el inicio de mi relación con Ibáñez, el presidente de ASOPROAGRO, detecté y registré en mi diario cómo *está preocupado por hacer prosperar la iniciativa económica, que funcione y crezca: que se extienda, que sea rentable, y sobre todo, está preocupado por la comercialización*. Las dificultades asociadas a este eterno problema impactan en las motivaciones de los campesinos por unos cultivos cuando los visité: *yo dejé botado este cultivo cuando llegó la pandemia y dejaron de comprar a dos mil pesos la libra, sino que bajó a mil*, se justifica una campesina, mientras me muestra su cultivo de sachá inchi, ciertamente descuidado: los postes en el piso, las semillas podridas por no haberlas recolectado. Sin embargo, continuamos caminando, y los cultivos de chontaduro, plátano, coco, maíz se encuentran en buen estado: *esto sí no han dejado de comprar*. Lo novedoso del sachá en Colombia contrasta con los otros productos.

Otro aspecto importante es, igual que en los ejemplos de productos ya expuestos, la idea de la transformación y el procesamiento en productos no primarios. Durante mi trabajo de campo, a las afueras de San José la mencionada planta de procesamiento de sachá inchi estaba siendo finalizada, la maquinaria adquirida, y, si no fuera por los retrasos, habría sido inaugurada durante 2021. Con ello, no sólo se asegura *entre cinco y diez empleos directos*, sino que el sachá puede derivar en productos que puedan ser vendidos así, lo cual permitirá fijar la demanda de materia prima ante los productores, haciendo más segura la compra y estabilizando precios justos. Pude comprobar cómo, durante los momentos más duros para los



productores de la venta de sachá, el propio líder de la asociación pasaba comprando a título personal la producción a los asociados, en un intento (en parte desesperado) de no perder el impulso del trabajo que venían haciendo por años. La esperanza próxima está depositada en una estrategia comercial (marketing incluido) y el procesamiento en el territorio. ASOPROAGRO ha construido recientemente su marca de producto “Conuco”, como las unidades de producción alimentaria familiar del Llano. Bajo esa marca, buscan comercializar no sólo aceite de sachá e incluso no sólo productos de sachá inchi, y actualmente están pendientes de obtener el código de comercialización que los habilite a vender en el resto del país. En cuanto al procesamiento:

*Tener la planta prácticamente es asegurar la compra a la base social y productiva, es buscar que en el campo no nos quedemos con la producción acumulada, sino que la podamos traer hasta acá y hacer el proceso de transformación. Que los procesos lo llevemos a la transformación y ojalá lo más cercano posible al consumidor para evitar sobre todo la intermediación, que es la que al final se queda con el valor agregado de la producción del campo.*

Mientras tanto, los productores emplean el sachá inchi para alimentarse, una pequeña porción para la venta local en las veredas (cuya población que no lo produce es crecientemente favorable a su consumo, pero todavía de manera marginal), y la mayoría para comercializarlo mediante la asociación.

Otro factor en el cual el sachá muestra ser una buena alternativa, es por el valor agregado que le dan su carácter originario amazónico y la política de la asociación de realizar un *manejo libre* de agroquímicos tóxicos (ver apartado 2.11). Ambas son cualidades que, esperan, redunden en el valor adjudicado a este producto en el país. En efecto, no se está pensando en la comercialización local: *nuestra gente en el Guaviare sigue llevando una dieta de monte, de colono, y no le dan importancia al aceite que usen; yo estoy pensando más es en el consumidor de estrato medio y alto de las ciudades*. Los productores saben que es difícil construir una demanda considerable en el departamento u otras zonas del Llano: ellos mismos llevan una dieta así, con la salvedad de que muchos comienzan a consumir sachá inchi, tostado y salado en sus fincas de manera artesanal.

Un último factor a favor del sachá deriva de observar el comercio de coca: *yo me fijaba en cómo sacaban la pasta base, o el mismo clorhidrato, y me decía “es que eso no ocupa nada, usted puede llevar una libra en el bolso, y además, no se pudre”*. La hoja de coca apenas si se transporta: es voluminosa y se pudre en pocas horas. Por ello, en los *cambullones* es triturada y procesada en bloques de base, compactos, fáciles de transportar, y no perecederos en un tiempo razonable. Algo análogo sucede con el sachá: su semilla se pudre si no es cosechada a tiempo, pero si, una vez cosechada, se deseca y se procesa en unos días, el volumen del producto resultante (aceite, semillas tostadas, etc.) es cómodo de transportar y no perecedero, superando así dos grandes factores que han limitado históricamente la comercialización de productos desde el inicio del proceso de la colonización en Guaviare.

Desde el principio, la iniciativa del sachá fue la que más me llamó la atención de las asociaciones conocidas: por su originalidad, su distribución territorial, su ingenio en pensar una salida económicamente similar a la coca, su condición real de alternativa al cultivo ilícito, la economía que gira alrededor de ella (su horizonte de renta posible), y por su carácter amazónico e intensivo, es decir, no expansivo como otros cultivos o la ganadería, sino que se instala en unidades reducidas de una hectárea de cultivo, lo cual es absolutamente asumible y de bajo impacto para fincas de cientos de hectáreas. Es importante no olvidar que la asociación

está determinada a conseguir *sacar adelante* su producto mediante *la estandarización del producto, la búsqueda de mercados nacionales en sectores que puedan permitirselo o que estén concientizados de su alimentación y salud alimentaria, pero sobre todo de la posibilidad de exportación.*

## 2.9 Vacas, vacas y más vacas

Es un hecho, implacable y cada vez más conocido y difundido en el país y los estados amazónicos: la ganadería extensiva es la norma en el Guaviare y los territorios de frontera agropecuaria. Por definición asociada a la deforestación, en los últimos pocos años el discurso público nacional ha comenzado a levantar las alertas y asociarlo a la producción y el consumo de carne (Pardo, 2021). Durante las primeras semanas, escribí en mi diario de campo:

Vine buscando palma africana<sup>51</sup>, pero no encontré sino vacas: vacas por doquier, vacas omnipresentes, vacas como parte de casi todo paisaje posible (**Imagen 20**). No importa en qué dirección me desplace o qué trocha coja, por donde vaya, hay un grupo de animales (indudablemente tiernos, pero cuyo impacto está cambiando el mundo) que, en el mejor de los casos, pueblan un vacío entre bosques, y en el peor, inmensos potreros que colindan entre sí, separados por una valla artificial (Diario de campo, 30 diciembre 2020).

No es esta una investigación sobre ganaderos ni economías basadas íntegramente en el ganado vacuno y en fincas organizadas en su mayoría en potreros, sino sobre iniciativas económicas que han buscado en lo reciente desligarse de la producción de vacas como fuente principal de ingresos. Pero, me guste o no, el panorama dominante y mayoritario en el departamento es este: la ganadería es, sin lugar a dudas y como ya señalé, la actividad económica más rentable después del cultivo y procesamiento de la hoja de coca: *usted no va a encontrar una mata que le dé igual que la coca, lo único que le va a dar algo parecido son estos animalitos*. Se trata de un comentario omnipresente, una verdad por todos conocida. En efecto, “no hay ningún cultivo que pueda competir por la mano de obra en áreas donde se produce coca” (Sinchi, 2000, págs. 14-15) y es por ello que, ante el abandono de los cultivos de coca, la opción más provechosa en términos de racionalidad económica y *rentabilidad*, es la introducción de *un poco de cabezas de ganado en los rastrojos que quedan de cuando salimos de la coca*. A priori, no es posible pensar los modos de producir desde un territorio sólo desde las alternativas y sin considerar la ganadería, cuando ésta resulta la actividad de facto más *viable y segura*.

*Lo mío era tener ganadería, la coca y por ahí la caña. Pero, entonces, cuando arrancamos los cultivos [de coca], ya todo eso se puso muy verraco para conseguir la plata. Entonces ya la gente le*

---

<sup>51</sup> Mi imagen del Guaviare antes de conocerlo, se basaba en una concepción de la colonización como una empresa que había hecho del territorio amazónico una extensión del llano metense. Influida también por las descripciones del piedemonte llanero, sus sistemas productivos y los paisajes que éstos configuran (descritos por una colega (Díaz, 2015)), imaginaba el paisaje guaviarense similar a las inmensidades de plantaciones de palma africana, intercaladas por interminables fincas ganaderas y algunos cultivos de arroz, que rodean hasta el horizonte la vía a de Granada a San José que recorrí por primera vez, pedal a pedal, palma a palma.

*dice a uno: “haga finca con potreros y yo le doy ganado al aumento”<sup>52</sup>. Entonces ahí sí ya es otra vuelta.*

Se trata además de una actividad productiva hegemónica, en tanto no sólo es la moda y la opción más rápida y fácil en panoramas de deforestación y sustitución de cultivos ilícitos, sino que, a partir de un cierto volumen y extensión, es dominante (del paisaje y del mercado), revierte ingresos altos y está asociada a la actividad económica de grandes terratenientes y procesos de concentración de la tierra.<sup>53</sup> La ganadería, cuando es extensiva y un móvil para la deforestación, se erige como una economía extractiva más, similar a las muchas que llegaron y desolaron el bosque guaviareño desde los inicios de la colonización: caucho, tigrilleo, oro, cultivos de uso ilícito, minería artesanal, etc. En su versión extensiva, se trata de una suerte de bonanza, esta vez, reservada a un cierto grupo social con alto poder adquisitivo.

Asociaciones antiguas, como COAGROGUAVIARE, también tomaban decisiones estratégicas y políticamente situadas, como la búsqueda por *salirse de la coca o de lo ilícito* o emprender la *ganadería en pequeña escala, semi-intensiva o intensiva*, y “no como hacen los latifundistas -poner una vaca a cuidar una o dos hectáreas-, no, señor; hablo de ganado que vaya rotando, con pastos especiales, forrajeras y técnicas de ganadería sostenible que ahí hemos ido aprendiendo” (Salgado, 2018, pág. 119).

La noción del “pequeño ganadero” no existe como tal. Más bien, para los pequeños productores, la ganadería es una salvaguarda en una escala reducida, de generalmente no más de veinte cabezas de ganado, que suele combinar con algunas otras actividades productivas de cría de otros animales y pequeños cultivos de pancoger, venta local y, en ocasiones, comercialización de cultivos. El ganado es, desde un punto de vista económico, un activo o repositorio de capital donde el pequeño productor va depositando el exiguo excedente de sus ganancias derivadas de las actividades productivas (de ahí el nombre de “ganado”<sup>54</sup>) y de las *mejoras* implementadas en la finca tumbada. De hecho, en contextos rurales donde la pobreza era más bien norma entre los campesinos-colonos, la historia sobre los antecedentes a las economías alternativas frecuentemente comenzaba con: *antes yo sólo tenía algo de ganado y por ahí unas matas de coca*. La idea de diversificar y salir de ambas líneas productivas emerge a partir de los conflictos sociopolíticos que la estimulaba la coca, y del impacto ambiental y la dificultad inherente a la ganadería de integrarse con una finca diversa. En definitiva, la ganadería en grandes volúmenes no es una opción productiva al alcance del pequeño productor ni un horizonte de riqueza (la coca tampoco lo fue). Ambas comparten la metáfora de un espejismo.

En su versión lejana a la frontera agrícola, o lo que he denominado la zona de colonización interior estabilizada (cercanías de los cascos urbanos de San José, Retorno y Calamar, o simplemente al interior de

---

<sup>52</sup> El ganado *al aumento* resulta una suerte de rezago del tradicional *endeude*, y consiste en que un campesino le cede a un propietario de ganado, bajo acuerdo mutuo, el uso de una parcela de pastos para que el primero críe los animales del segundo, a cambio de una porción del beneficio derivado del engorde y la reproducción del ganado.

<sup>53</sup> En palabras de Rodrigo Botero, director de FCDS, “no hay justificación alguna para que llenen con vacas las áreas que se han venido deforestando de forma ilegal ni que todo el discurso esté concentrado en los pequeños campesinos y no se mencione la responsabilidad de los grandes ganaderos” (Paz Cardona 2022).

<sup>54</sup> Un dicho regional de los Llanos Orientales se escucha en la frontera agrícola del Guaviare: *el nombre lo lleva: “ganado es ganado, dicen que es el único animal que come para uno*.

la región “intervenida”), la ganadería extensiva es sinónimo de poder financiero y político regional. En cambio, en su versión del frente de la frontera, si bien está asociada al acaparamiento de tierras y concentración de poder, también constituye el móvil principal para el *descumbre* y la deforestación, y funciona a partir de una inversión inicial de capital en pocos animales (sembrando la *semilla*<sup>55</sup> en el potrero) mediante el cual se establece la propiedad fáctica de la tierra en una región dominada por terrenos baldíos (*baldíos de la nación*) no escriturados.

Sólo inversionistas con capitales de un cierto volumen pueden permitirse ya no sólo contar con el ganado para poblar nuevas extensiones de tierra, sino asumir el costo de la deforestación en sí: *el campesino no es el culpable de que estén acabando esta selva, no: son los grandes empresarios y terratenientes los que están acabando con lo poco de selva que queda*. Escucharía este comentario una y otra vez en pequeños propietarios de fincas, lo cual iría dibujando los eslabones de una larga cadena que, de manera análoga a la que une los cultivos de uso ilícito con el consumidor final, relaciona al campesino de frontera con los artífices intelectuales y financistas de semejante (y, en cierto modo, colosal) actividad.

Además, la “praderización” (Sinchi, 2000, pág. 13) no es sólo el proceso casi natural que sigue al empleo de suelos en cultivo de hoja de coca. De una manera más compleja y menos secuencial, estos dos usos productivos del suelo se interrelacionan entre sí también de manera simultánea, y uno puede ser la causa del otro: la ganadería permite financiar la implementación y el manejo de un lote de hoja de coca (usualmente, en los márgenes de los potreros o las zonas de *rastrajo*), mientras que los ingresos que genera la hoja de coca son frecuentemente invertidos en la adquisición de tierra, su tumba y quema para la praderización, y la adquisición de ganado, depositando en éste las ganancias de la coca. En efecto, al implementarse el PNIS, los proyectos productivos deseados y seleccionados por las familias como sustitución de cultivo, fueron principalmente los *potreros para meter ganado*, aumentando una población vacuna que en las fincas. También, el establecimiento de potreros a partir de la tala resulta una estrategia para acceder a la titulación de tierras y, con ello, a su acaparamiento y su concentración.

Por otro lado, visto con perspectiva, las comunidades campesinas tienen, en cualquier lugar de Colombia (y del mundo), numerosas y fuertes razones por las que invertir en la ganadería como actividad productiva: resulta un activo estable, no requiere demasiado trabajo (o se puede delegar en un empleado), se deposita en un terreno y permanece (si descontamos las enfermedades y los robos), supone un depósito de valor que configura lo que Eric Wolf denomina el “fondo de renta” y “distingue al campesino del agricultor primitivo” (1971); es una fuente de alimentación segura, su venta es fácil e inmediata a nivel local o regional (*usted siembra aquí un cultivo de pancoger y nadie lo compra, en cambio, donde usted tenga ganado...*); y, si bien lento, su transporte puede ser económico: el propio caminar del animal.

Pero los impactos de la ganadería son de sobra conocidos a nivel ambiental y global: aparte de motivar la deforestación, su consumo de agua es muy alto, requiere de otros cultivos (pasto, soya) para alimentarlos,

---

<sup>55</sup> La idea de *semilla* en la ganadería refiere a la inserción inicial de un toro y algunas vacas en un potrero, de manera que *se siembra el ganado* a la espera de que se reproduzca y crezca en número. De este modo, podemos entender el ganado como una *inversión* inicial de activos en el terreno, de manera análoga al dinero en un banco, pero donde la tasa de interés equivalente resulta altísima por la velocidad de reproducción de los animales. Así, en la ganadería el tiempo se vuelve un “valor” financiero y *el potrero con cabezas de ganado* resulta condensar las “tres mercancías ficticias” de Polanyi : tierra, dinero y trabajo.

degrada y contamina suelos y recursos hídricos, produce desechos orgánicos y emite metano y dióxido de carbono. Además, la mayoría de los proyectos productivos que incluyen ganadería tienden a basarse principalmente en ella y a no promover la diversidad en la producción, con lo que en la práctica inhibe la implementación de fincas diversas e iniciativas productivas alternativas. En concreto, la ganadería, al crecer en número y suponer una inversión de capital, no sólo resulta un incentivo para aumentar la superficie de pradera, sino que también puede impactar directamente en los ecosistemas locales, principalmente, los suelos, los recursos hídricos y algunas especies arbóreas.

*Nosotros no estamos en contra del ganado, pero pensamos que el ganado debería poder sostenerse, porque ellos siempre están pasando por encima del camino, dañan todo. Luego van al caño y matan la vida allá, se orinan y poposean en el caño. Y luego lo de la capa de ozono...*

Como se observa, los campesinos que están implementando alternativas productivas, conciben y entienden los impactos ecosistémicos (locales y globales) de la ganadería a gran escala. Ante ello, la noción de *ganadería sostenible* implica una discusión sobre su esencia contradictoria, para unos, y su viabilidad y urgencia, para otros. Resulta contradictorio que este proyecto entendido como “sostenible”, frecuentemente se entiende como el único productivo de la finca o unidad familiar, y se excluye su combinación con otros proyectos productivos. Ante ello, las reacciones tienden a clamar por la *diversidad* en la finca:

*La cosa es tener uno diferentes varias cositas, que usted no dependa solamente de unas vacas: que de pronto se le enfermó el ganado y usted quedó sin nada, como sucedió por allá en mi tierra, una vez que la enfermedad del ganado llegó, y tuvieron que empezar a matar. Al mismo gobierno le toca, lo mata y la gente queda arruinada. Si la gente hubiera pensado en tener otros cultivos adicionales...*

De modo que las prácticas productivas deberían, en pro de la seguridad alimentaria y financiera (además de la sostenibilidad ambiental) tender a limitar el volumen de ganado, estabularlo en superficies limitadas, intensificarlo para mitigar su carácter expansivo, reconvertir potreros a sistemas silvopastoriles<sup>56</sup>, y en general, diversificar la producción. Es en este contexto, y con el afán de volver intensiva la actividad ganadera y hacer de ella una actividad integrada en el ecosistema de bosque y otros sistemas de producción, que desde agencias expertas, como Sinchi o CINDAP, se propone la ganadería silvopastoril. Esta actividad, como ganadería semi-intensiva<sup>57</sup>, requiere un manejo especial, la siembra de árboles o

---

<sup>56</sup> Sistema de explotación ganadera no extensiva que consiste en la cría de ganado, generalmente vacuno, en terrenos sólo parcialmente destinados al crecimiento de pastos y con un mínimo de árboles dispersos por unidad de superficie (por ejemplo, por hectárea), de modo que estas fracciones de bosque aportan recuperación al ecosistema, protección al ganado, y se intensifica el uso de la tierra en detrimento de una mayor expansión de los suelos dedicados a ganadería. La productividad, medida en cabezas de ganado por unidad de superficie y de tiempo, resulta sensiblemente mayor. Sólo el 1 por ciento del Guaviare (50.153 hectáreas) es apto para el desarrollo silvopastoril, un combinación entre árboles y pastos para el ganado; el IGAC recomienda mezclar especies arbóreas como cedro, caoba y abarco, con pastos mulatos y brachiarias (IGAC, 2016).

<sup>57</sup> Jiménez (2017) reporta la reciente incursión en la región de la FAO a través de proyectos de ganadería intensiva, a los cuales “los campesinos han decidido unirse o no” (pág. 55). Conuerdo con él al constatar que “no todos los asociados participan de los proyectos de ganadería intensiva”.

conservación de los ya existentes (un número mínimo de árboles por hectárea), y estabular en pequeñas divisiones a través de las cuales debe hacerse circular el ganado cada día, permitiendo la recuperación de pastos y, sobre todo, delimitando el pisado del ganado, de modo que los suelos no continúen su proceso de empobrecimiento, agotamiento, erosión, y contaminación.

En la práctica, fue realmente infrecuente encontrar sistemas silvopastoriles en las fincas, y pareciera que muchos campesinos le huyen a la propuesta por considerarla demasiado *esclava*, es decir, por requerir mucha dedicación e incluso inversión de dinero. Un campesino que estaba iniciando esta práctica me compartía su sentir:

*Yo me levanto a las 5 de la mañana, ordeño, desayuno, voy guadaño el pasto, luego me pego a la caña, almuerzo, después encorralo un rato y vuelvo y sigo con el oficio aquí en este potrero. Eso cualquiera no lo hace, créame (Imagen 21).*

La realidad es que los productores todavía no han visto los beneficios directos en términos de rentabilidad por implementar sistemas silvopastoriles, a pesar de que para el conjunto de la finca son notorios: diversidad, cuencas hídricas, sombra para el ganado, regeneración de pastos y menor degradación de los suelos. El sistema silvopastoril se opone al modelo de ganadería extensiva, y refleja un sentido de cuidado, conciencia ecológica, visión holística de la finca y una reafirmación de la identidad campesina como parte de su territorio: *yo les digo a mis vecinos “tengan su ganadería”. Pero ténganla de una manera bien, arregle lo que tienen, póngale arbolitos al potrero, respete el límite de las cuencas hídricas... Todo eso.*

En definitiva, la actividad ganadera puede dividirse en aquella que es predominante o exclusiva en una propiedad, o bien aquella complementaria e integrada en un sistema productivo diverso, como se verá más adelante. En el primer caso, el de los ganaderos “puros”, es un hecho que, a partir de cierto volumen, esta actividad asegura un nivel alto de ingresos y un ascenso en la escala socioeconómica regional, promocionando así valores crecientemente individuales, comportamientos ostentosos y lógicas de inversión y consumo propias de la clase con relativo alto valor adquisitivo. Considero que puede hablarse de un “habitus” (Bourdieu P. , 2007) ganadero, justificado por un despliegue de prácticas sociales, performatividades, percepciones y modos de ver el mundo propias de un grupo social en relación a los otros, basadas en el “estatus”. Este habitus tiene la cualidad de “esquema generativo”, capaz de estructurar otras “estructuras estructuradas” en el grupo social propio e incluso en otros considerados exógenos por oposición, lo cual redundaría en la reproducción social de “los ganaderos” como grupo y en sus discursos y prácticas. Ser un *gran ganadero* (léase, propietario de tierras y ganado) constituye, también en el Guaviare, una identidad que se reconoce a sí misma y se asocia a cada vez más a grupos de poder y “alto estatus regional”. No fueron pocas las fincas cuasi-palaciegas que encontré *trocheando* por las vías del interior del Guaviare, potreros a ambos lados, a imagen y semejanza de las haciendas ganaderas en el interior del país, con rasgos, distribuciones y disposiciones similares. A la entrada de las fincas ganaderas, se encuentran invariablemente unos establos cada vez más característicos de la agroindustria que ya es incipiente en el departamento. Se trata de un modelo vuelto paradigma hegemónico. Como me compartía de manera implacable un campesino del municipio El Retorno, conocido entre sus vecinos por ser “el único que tiene bosque en su finca” del todo el corregimiento:

---

*El ganado lo que tiene es que, aunque genera mucha plata, vuelve a la gente muy independiente. El ganado divide a la gente. O sea, que genera optimismo, plata. Es la economía que sostiene este departamento hasta este momento, después de la coca.*

En cualquier caso, como se verá en el siguiente capítulo (3.5), el ganado resulta uno de los encuentros más evidentes que se dan entre el campesino y los otros seres no-humanos, dentro del conglomerado de redes ecológicas, en las que se establece una relación que acerca al campesino a un “otro” y canaliza sensibilidades ecosistémicas que lo vinculan a un modo de vida determinado y a un territorio nutrido de múltiples presencias.

## 2.10 La propuesta de *finca integral*

Al llegar a la finca de doña Isabel, sus nietos me guían y me muestran entusiasmados los frutales alrededor de la casa. “¿Sí miró el arazá? Ahí está la pepa, todavía está verde. Aquella es la badea. Allá el cacao, ese es el chocolate de nosotros. Y también, mire, zapote, el coco, el borojó. Venga bajamos un coco. Ese cafecito ya está pa’ bajar también” (Diario de campo, 3 diciembre 2021).

Durante mi trabajo de campo, fui discurriendo desde una búsqueda y análisis hacia las diferentes emergencias económicas que detectaba, hasta comenzar a entender cómo unas no podían entenderse separadas de las demás. Entre el abanico de posibilidades para implementar en la finca, importa no sólo la decisión del campesino sobre cuáles producir, sino también de qué manera todas ellas interactúan entre sí y qué componen en conjunto para su apuesta de vida y la intervención territorial que una finca supone. Esto es, comprendí que las actividades productivas, núcleo de la praxis cotidiana y la relación con el mundo del campesino, constituyen un sistema en el que se condensan experiencias y conocimientos previos, estrategias, percepciones del territorio, relaciones y flujos ecológicos, la alimentación, la gestión financiera del núcleo humano que vive de la finca, y aspiraciones de futuro. En favor de este enfoque holístico, desde la antropología económica aplicada a la casa campesina en Colombia, Stephen Gudeman y Alberto Rivera (1990) proponen que ningún sistema productivo es “autárquico”, sino que su economía se plantea como un “conjunto conversacional” entre sistemas productivos, de manera que algunas prácticas son de más largo alcance y más antiguos que otros, pero en todo caso se complementan. Es esta interacción o “conversación” lo que nutre la propuesta de finca integral que proponen en este rincón del Guaviare, haciendo de ellas una virtud y una opción viable y *sostenible* en términos de *rentabilidad* y *conservación* (discusión que abordo más adelante en 3.1).

La relevancia de esta integración entre actividades productivas toma forma en la propuesta de *finca* (o *granja*<sup>58</sup>) *integral*, fundada en los principios de la agroecología y la agricultura holística, y proveniente de otras experiencias del sur de Asia, Norteamérica e incluso los Andes. De la mano del liderazgo social y a

---

<sup>58</sup> La noción de *granja* tiende a priorizar la producción animal o pecuaria, en ocasiones dejando de lado todos los cultivos agrícolas, a excepción del pasto para las vacas (que es en sí mismo un cultivo). La noción de *finca* lleva implícito un amplio abanico de las actividades productivas, no excluye la producción animal y, en cambio, desde ella se pueden poner en discusión la pertinencia y sostenibilidad de las iniciativas animales dentro de unos límites.

partir de las experiencias concretas del Guaviare (monocultivos, extractivismo, deforestación, uso de agroquímicos, cultura económica de la coca -escasez o abundancia e inmediatez, según el momento-, y ganadería extensiva), la reflexividad de campesinos y asociaciones se materializa en un intento incipiente y reciente de reconfigurar algunas fincas bajo el principio de *integralidad: la visión nuestra es la finca integral, un modelo productivo de generación de ingresos y lo que le produce al campesino, disponible para personas y animales*. Aparecen aquí las dos economías: la producción para la venta local o la comercialización, y el consumo. En mi trabajo de campo, fue entre los asociados de ASOPROAGRO con quienes pude encontrar modificaciones en los modelos productivos encaminados hacia la finca integral, propuesta que además unió a este conjunto de campesinos alrededor de una idea común a pesar de que las iniciativas se implementan de manera individual, a nivel finca o unidad familiar.

En otras veredas del Guaviare ya ha venido surgiendo la misma noción de la asociación entre diversidad productiva y manejo sostenible y respetuoso con el medio ambiente, en ocasiones asociados a los PDET, como recientemente reporta Melo (2018):

Crear pequeñas unidades de producción que se relacionan y complementan entre sí, por ejemplo, determinar media hectárea para yuca, media hectárea para maíz, etc. y manejar adecuadamente los desechos orgánicos para reducir la contaminación producto de la cría de ganado o de los cultivos (pág. 27).

Como se va dejando ver, la *diversidad* es el primer principio que subyace a esta propuesta:

*La finca integral es que usted tenga de todo un poquito: que tenga chocolate, que tenga plátano, yuca, que tenga sachá, que tenga caña. Tener aquí el sachá que uno lo pueda producir, que tenga uno la miel para venderla a los vecinos ... También tengo unas vaquitas fuera y que las estoy bregando... Pero tener uno diferentes, varias cositas, que usted no dependa solamente de unas vacas: que de pronto se enfermó el ganado y usted quedó sin nada. Que si una cosa falla, que imposible todas van a fallar, tiene que haber alguna que genere plata. O que si una cosa no la están comprando o no vale, pues uno tiene otra cosita por ahí para vender. O sea, tener la rentabilidad para vivir bien, tranquilo.*

La diversidad, en términos de rentabilidad monetaria, aporta robustez, esto es, tolerancia al fallo en el sistema productivo. El campesino busca salvaguardar el sustento y la rentabilidad mediante la recurrencia y frecuencia de producción: *que usted esté sacando algo cada poco tiempo*. Esta recurrencia permite replicar, en cierto modo, los frecuentes y constantes ingresos de un modo similar al que proveía el cultivo de coca, pero evitando los riesgos de lo ilícito, el monocultivo y las vicisitudes de un solo mercado. Así, esta *diversidad* opera, en primer lugar, como una salvaguarda o seguro ante caídas de precio o de demanda, y otros riesgos o daños posibles en el cultivo o la cosecha: incendios (*mi vecino se puso a quemar y se me pasó el fuego, me dañó cuatro hectáreas, incluidos estos palos de copoazú que tenían ya cinco años*), sequías, inundaciones, plagas, enfermedades, imposibilidad de fertilizar, falta de tiempo, mano de obra o acceso a maquinaria, etc. Otra ventaja es que en la finca integral se implementan cultivos asociados (en oposición a los monocultivos), que se benefician entre sí en términos de fijación de nutrientes, sombrero o resistencia a plagas.



Por otro lado, la diversidad establece producciones menores de cada cosa, permitiendo que sean manejables por el campesino sin tener que recurrir a contrataciones de mano de obra externa sino, más bien, a solicitudes puntuales de apoyo a vecinos o amigos, para *guadañar, desenrastrar, emplatar, abonar, fumigar...* Es decir, la finca integral incentiva mayores cuotas de apoyo e interacción entre vecinos y amigos campesinos, volcados parte y parte en una diversidad de actividades, apuestas y conocimientos.

En tercer lugar, con la finca integral, el campesino se construye para sí una actividad cotidiana igualmente diversificada: *jyo no me aburro! Yo un día estoy con la caña, y en la tarde arreglo el plátano y el cacao, al otro día voy y siembro unos árboles, o cosecho el sacha si ya está para coger, también preparo los abonos para la huerta. Esto es diferente cada día...* No se trata de un argumento menor, pues los campesinos valoran la amenidad de la actividad y acusan el tedio que provocan los monocultivos o la ganadería exclusiva. De este modo, no sólo emergen novedosos modos de producir en el territorio guaviarense, acostumbrado a los monocultivos, los cultivos de subsistencia y las temporales bonanzas, todos ellos estandartes de diferentes olas de colonización. Sino que, también, se experimenta un goce en el quehacer variado, en la ruptura de la monotonía, en el orgullo de producir diverso, en el placer de consumir diverso, y en la contemplación de las innumerables especies vegetales y las muchas posibilidades en este territorio amazónico, porque *esta tierra es una dicha, acá sí se da de todo*. En cada visita a una finca integral, tuve la oportunidad de caminar junto a mis interlocutores, discurrendo entre cultivos cambiantes, y la vista de ambos se nutre de multitud de paisajes, microentornos, colores, formas, olores, texturas. La diversidad es un goce y un modo de entender el territorio y todo su potencial, *todo lo que aquí se puede dar*.

La gradualidad se convierte en otro valor que contrasta con la lógicas económicas más tradicionales de este territorio, y que se vuelve una estrategia para permitir la viabilidad de la finca integral, implementar cultivos *rentables* que vayan aportando en diferente escala temporal, mientras se asegura el alimento.

*El modelo nos permite un escalonamiento en el producto. El primer producto que empieza a producir es el plátano, que nos da seguridad alimentaria. Igual que el copoazú, nos da alimento, sombrío y ganancias. Y el segundo elemento productivo es el sacha inchi: es el producto jalonador y articulador del sistema. O sea, es la "vaquita de leche" que nos va a permitir sostener los demás elementos de la granja. Ya después a los tres años, el copoazú empieza a generar, tiene dos cosechas al año, y nos permite un ingreso adicional en el bolsillo al productor. Y el tercer y cuarto elemento o producto son los árboles: el inchi cacay, que produce al sexto año, y el abarco u otro maderable que queramos incluir en el modelo. Con el árbol ya estamos pensando en casi que la pensión, ya para los quince o veinte años de sembrado. Este es el modelo pensado desde lo social, desde lo productivo y lo ambiental.*

Con ello, no se piensa sólo en producir para vender o para alimentarse, sino que los campesinos que transformaban sus fincas hacia este modelo, lo entendían como una apuesta de vida a corto y largo plazo, una construcción de mayores certidumbres en un contexto de incertidumbre y precariedad, y un cuidado del espacio construido en mayor diálogo con el territorio y sus posibilidades productivas. La finca integral se concibe como un modelo productivo *pa' que de todo haiga un poquito: pa' el sustento de uno y de pronto para la venta*, asegurando el alimento del campesino, y reduciendo al mínimo la dependencia de la compra de alimentos, especialmente los foráneos.

Isabel sale de la cocina mostrando unas pocas cebollas largas que ha cosechado tras intentar cultivar en estos suelos de la frontera agrícola. Son pequeñas, cortas. Las muestra con orgullo. José me aclara que la huerta viene incluida en el programa de adopción de sacha inchi y otros cultivos asociados. En ella hay cebolla, pimentón, pepino, sandía, ahuyama... (Imagen 22). La propuesta de asociación se basa en estos elementos realmente sustanciales: no son complementarios (Diario de campo, 22 agosto 2021).

Desde los almorzaderos de San José hasta los desayunos y almuerzos en las fincas que visité, la alimentación de la gran mayoría de los campesinos-colonos sigue basándose en productos que provienen de los centros de acopio de las grandes ciudades, especialmente, Corabastos, en Bogotá<sup>59</sup>. Pocas fincas cocinaban con su propia cebolla, pimentón o arroz, productos que se producen en pequeña escala en sólo algunas de las que visité. Legumbres, tomate, aguacate, cebolla, zanahoria... Son productos que se transportan desde el mercado de San José hasta las veredas y caseríos más recónditos del departamento, a horas de trocha de la capital guaviareense.

ASOPROAGRO incluyó desde el principio la *huerta* en los modelos para adoptar por asociados, como parte del componente seguridad alimentaria, junto con pequeños elementos de granja o producción animal. Esto último, en cualquier caso, resulta una constante en la mayoría de las fincas: las gallinas, los patos en el patio de la casa, algunos pollos o cerdos en el corral, etc. El líder de la asociación me comentaba en las salidas de campo:

*Nosotros apostamos a que no sea sólo sacha inchi, no se trata del sacha inchi porque sí. Y la huerta es la base, porque el tema es la promoción del autoconsumo de un producto limpio. Por ejemplo, esa gallina que se comió ahorita, no la encuentra en cualquier lugar.*

Por otro lado, la finca integral *siempre debe tener el componente árbol en la producción*, es decir, debe incorporar los sistemas agroforestales. Esto provee sombra para otros cultivos y animales, biodiversidad, fijación de nutrientes e integración con el ecosistema de bosque amazónico, con la cual el campesino-colono pasa a incorporar reflexivamente elementos propios del territorio que lo recibió décadas atrás. Sin embargo, se trata de un proceso proyectado a medio plazo, confrontando la economía moral de las bonanzas (caracterizada por la inmediatez y el derroche) a cambio de otros beneficios: *en términos financieros, en los primeros tres años no va a ser significativo, pero luego se estabiliza la producción. Así, adaptamos el modelo agroforestal para la Amazonía colombiana.*

---

<sup>59</sup> Mientras realizaba mi trabajo de campo estalló el Paro Nacional, en mayo de 2021. Durante semanas, los movimientos sociales obstruyeron diferentes puntos de la larga carretera que inicia en Bogotá-Villavicencio y termina en San José. Los alimentos del interior del país llegaron con cuentagotas por semanas, y pudimos entonces constatar que el Guaviare no produce para alimentarse, sino que guarda una alta dependencia del interior del país, a pesar de todo su potencial. Adicionalmente, la gasolina tampoco llegaba, por lo que el Guaviare se detuvo: casi no circulaban vehículos de combustible fósil, y los campesinos no podían traer sus productos básicos a los cascos urbanos (yuca, plátano, huevos, leche, carne). Durante semanas, nuestra alimentación se volvió aburrida, poco nutritiva y en absoluto diversa.

Otro criterio es que la finca integral debe dar cabida a la producción de especies y productos amazónicos: *sacha inchi, inchi cacay, copoazú, arazá, cocona, borojó, chontaduro*<sup>60</sup>, *todos los frutales que usted pueda imaginar...* Me sorprendió cómo, en las fincas integrales más avanzadas, comenzaban a instalar pequeños viveros de árboles amazónicos, colecciones de semillas que sembraban cada semana y trasplantaban al interior de los cultivos o al frente de bosque cada cierto tiempo.

Como es de esperar, la ganadería extensiva no tiene cabida, menos aún como una opción productiva única en la finca. Así, la actividad ganadera se resignifica y delimita, si no en un sistema silvopastoril, al menos a *un lugar que usted ya tenga descumbrado*, permitiendo que otros sectores de la finca se recuperen, es decir, *dejarlo enrastrajar, que el bosque vuelva a nacer*. En la finca integral, la producción de ganado se limita a menos de veinte animales, lo cual requiere una dedicación sensata, tiene un impacto reducido, y ofrece, junto con los demás, un producto más, es decir, seguridad financiera y alimentaria.

La delimitación del ganado en superficie dedicada es la puerta de entrada a la delimitación de todo lo demás, promoviendo el uso intensivo pero sostenible de los suelos, la recuperación del bosque (y de los suelos, tras el cultivo) y la integración entre cultivos. El modelo contrasta y choca, casi incomoda, con las tendencias tradicionales de la colonización. Un campesino de la frontera agrícola es mirado con extrañeza por sus vecinos:

*A mí la gente acá en la vereda me ha dicho “oiga hermano, y usted con esas 18 ha. no más, ¿usted qué va a hacer, hombre? Es que eso no es tierra pa’ uno”. Porque la gente, su película es: “Si la finca mía es de doscientas hectáreas de selva, doscientas hectáreas tumbo”. Entonces yo le he dicho a la gente “usted no necesita tener todo eso”. También uno puede implementar algo, sin necesidad de tener tanto descubre pa’ uno poder trabajar. [...] Más bien tener buen pasto y tener ganado en poquita extensión.*

La propuesta de finca integral representa también una oportunidad para que una distribución de la tierra más justa sea posible, devolviendo la dignidad a los minifundistas al hacer viables los modos de vida sostenibles y más democráticos en la ruralidad guaviarensis. Estas experiencias, todavía emergentes, están comenzando a demostrar cómo en una pequeña escala de finca, delimitando *lo descumbrado* y conservando bosque, se puede producir para vivir, tener ingresos, alimentarse, e intercambiar en la red social, promoviendo la finca *chiquita pero diversa, sostenible, rentable, ¡buena!*

*Que sea gradual, y que usted pueda decir “oiga, ya he trabajado bastante, y ya tengo unos árboles que posteriormente los puedo aprovechar”. Y mientras, tengo lo suficiente para vivir bien.*

En el capítulo 4 profundizo sobre estos elementos que remiten al Buen Vivir como emergencia de posibles horizontes de cambio para la vida en el Guaviare. A ello, pueden añadirse elementos propios de la agroecología (sobre lo que profundizaré en el siguiente capítulo, 3), como el cuidado de las fuentes hídricas (*aquí en esta parte me quiero hacer un pozo reservorio para poder abastecer todo lo del agua*), la

---

<sup>60</sup> Especies como el borojó y el chontaduro no son originarias de la Amazonia. Sin embargo, han demostrado tener buena adaptación a las condiciones ambientales de esta región: alta humedad, resistencia a la agresividad de plagas, ciclos rápidos. De hecho, el chontaduro constituyó, hace dos décadas, una de las alternativas productivas para la región de frontera agraria en Colombia, generalmente como monocultivo y asociada a capitales grandes o medianos con altos costos de implementación inicial y mantenimiento (similar al caucho).

producción y reutilización de materia orgánica (*limpias* del cultivo con la guadaña y sin herbicidas, *compostaje y producción de fertilizantes propios* a partir de cáscara de sachá inchi u otros triturada, estiércol, cultivos bacterianos o desperdicios de frutales en descomposición) o la mencionada producción de semillas y diversidad botánica.<sup>61</sup> En el futuro próximo, los campesinos que están apostándole a este modelo son conscientes de que pueden apuntarle a la *certificación orgánica*, de modo que, de cara a la comercialización, les aporte un valor agregado y un certificado a sus productos.

En última instancia, la finca integral (**Imagen 23**) está materializando y fortaleciendo lazos entre campesinos que visualizan su espacio de vida de una manera diferente, mostrando divergencias respecto de las dinámicas tradicionales de ocupación del territorio guaviareño, que permitan la vida en él, y que los posicionen como ejemplo y como agentes de cambio y detención de la frontera agrícola. La asociatividad y vinculación entre habitantes rurales de la frontera agraria es tanto un medio como un resultado de las decisiones individuales pero agregadas de campesinos desde cada uno de sus lugares de producción, ilustradas en el relato de Ibáñez cuando buscaba asociados para su actual apuesta: *yo les dije, uno a uno, “venga muchachos, hagámosle por aquí”... Entonces ya empezamos la película de que esto hay que tener varias cosas. Esto no puede ser solo vacas, sino otras cositas, y debemos estar juntos.*

Con todo, la finca integral responde al modelo de *finca ideal* (**Imagen 25**) desarrollada por instituciones expertas. Este modelo, en contraste con la finca actual predominante (**Imagen 24**), que está cargada de afecciones ecosistémicas, malas prácticas y fragilidades financieras, aglutina e integra iniciativas productivas, y abre la puerta a nuevas relaciones ecológicas entendidas en un sentido amplio, sobre las que trato en el siguiente capítulo. Aquello que *cada quien tiene en su finca* está cargado de una red de significados que, como se ha visto, se vinculan a decisiones, estrategias, saberes y experiencias de vida. En el territorio de frontera, donde la población adulta es casi en su totalidad proveniente de otras regiones del país, el origen, la experiencia y los conocimientos de vida juegan un papel importante, conformando la identidad caleidoscópica del campesino guaviareño actual a partir de los modos de producir de este territorio:

*Mi papá era un man que tenía de todo en su finca [Cundinamarca]: tenía la arracacha, la caña, las frutas... Tenía de todo. Y un día ya cuando llegamos, hablando con mi esposa, nos decíamos “nosotros aquí tenemos que hacer producir varias cosas”.*

## 2.11 Valores agregados: amazónico, artesanal, ecológico

La excepcionalidad del territorio amazónico se deja ver en sus ecosistemas y sus formas de vida. De ahí provienen los alimentos y otros productos que se cultivan en esta región (muchos de ellos, originarios) y que gozan de un alto valor para humanos dentro y fuera del Guaviare.

---

<sup>61</sup> La gestión de residuos inorgánicos no tiene solución cercana y es todavía un reto importante en la ruralidad guaviareña, donde invariablemente se queman plásticos y recipientes cuando no se reutilizan o reciclan. En el casco urbano de San José, se cuenta con un relleno sanitario en la salida, pero no hay separación ni tratamiento de estos residuos.

En primer lugar, cuentan con ricas propiedades nutricionales o bioquímicas, como frutos, semillas o aceites. También existen varios productos considerados superalimentos en muchas partes del mundo, como los casos del asaí o el sacha inchi. Por otro lado, su “exotismo” es a día de hoy aprovechado para campañas de mercadeo que faciliten y promuevan la comercialización fuera del departamento, ya que comienza a observarse una demanda creciente por parte de una población del interior del país (digamos, nacional o mayoritaria, y no solamente urbana) que busca consumir productos de mayor calidad, habida cuenta de la creciente importancia que se le da a la alimentación en algunos entornos y urbanos, y especialmente para estratos socioeconómicos medios o acomodados. Las asociaciones de productores son parcialmente conscientes de esto y resulta interesante que muchos productores piensan en el tipo de consumidor final, anhelando que la comercialización sea, de una vez por todas, viable y rentable, de modo que se asoman al mundo fuera del Guaviare y en ocasiones exploran por su cuenta, como pequeños “estudios de mercado” a título personal”, qué posibilidades puede tener apostarle a la producción de uno u otro producto: *yo creo que esto lo van a querer mucho por allá en Bogotá, Villavicencio, Medellín... ¿Cómo no van a quererlo, si esto es muy bueno?!* Los anhelos de los campesinos toman cuerpo en sus acciones cotidianas y en el producto de su trabajo, esperando no sólo alimentar a la familia y la vecindad, sino también encontrar un lejano y anónimo comprador que valore su trabajo y el territorio desde donde se produce.

Algunas asociaciones de productores en la actualidad realizan ferias<sup>62</sup>, demostraciones y sesiones de cocina amazónica para incentivar el empleo de ingredientes y alimentos locales. También acuden a ferias de productos en otras partes del país. Recientemente comenzó a circular por el Guaviare la etiqueta o *hashtag #yocomprolocal* en las redes sociales y los eventos virtuales del departamento... Se trata de estrategias con cierto apoyo institucional a las asociaciones, sea de entidades públicas o privadas, denotando un esfuerzo conjunto por promover el consumo de productos guaviarenses dentro y fuera del departamento<sup>63</sup>. También reciben capacitaciones para procesar nuevos derivados de las materias primas: vinos, cremas o granolas de asaí o moriche, snacks de semillas, pulpas o helados de frutales y un largo etcétera dentro de las grandes posibilidades.

El valor de lo amazónico va progresivamente cobrando relevancia para los productores y sus asociaciones, que lo toman como una oportunidad y un significado vinculado a todo el conjunto del sistema productivo:

*Nosotros no podemos desconocer la vocación de territorio... Ese es uno de los errores que se ha tenido toda la bendita vida en el Guaviare. Nosotros lo entendimos desde que comenzamos a trabajar con el instituto Sinchi. Y hoy estoy entendiendo a la perfección por qué ellos insisten tanto en la producción, primero, bajo sistemas agroforestales, y segundo, de la línea amazónica de productos.*

Mientras que los productores asociados a las diferentes asociaciones, si bien son pequeños productores, tienden a producir cierto volumen de uno o varios productos para la comercialización, existen también

---

<sup>62</sup> Por ejemplo, durante el trabajo de campo pude asistir a la Feria de Emprendimiento Juvenil en junio, y en diciembre tuvo lugar Expo Guaviare (**Imagen 26**).

<sup>63</sup> Consideré interesante y estimulante llevar a cabo una etnografía multilocal (Marcus, 2001) en la que, de manera más sistemática, “se siguieran objetos”: productos, alimentos, los trazos que dejan, y las vidas, representaciones y redes de significaciones que se entrelazan en su recorrido.

tendencias de fincas recuperadas y reforestadas, como el Diamante de las Aguas en la Serranía de La Lindosa, cuyos propietarios, Piedad y Jairo, tras abandonar el ganado y los monocultivos por completo, dejaron de enfocarse en productos *convencionales*. Comenzaron a elaborar una línea de productos orgánicos, libres de agroquímicos y prácticas dañinas para los suelos y el ecosistema, y adaptados al entorno amazónico. Así, idearon ajíes ahumados, artesanías, semillas ornamentales (**Imagen 27**), repelentes ecológicos de insectos, jengibre y cúrcuma (**Imagen 28**), obsequios a partir de especies forestales (**Imagen 29**), y otros productos conscientes libres de agroquímicos y producidos bajo principios agroecológicos. Actualmente los venden tanto a visitantes como a encargos dentro y fuera del Guaviare, y van ganando simpatías, compradores y adeptos que apoyan su emprendimiento y, con ello, modos de producir que revierten en la sostenibilidad de los ecosistemas y generan productos saludables.

Estas experiencias dan cuenta de los esfuerzos por desarrollar modos de producir que den lugar a productos “alternativos”, en tanto se desmarcan de otros producidos en masa o bajo principios extractivistas o de maximización de beneficios, basados en la explotación de los suelos y los recursos, la aplicación de agroquímicos y la dependencia de fertilizantes industriales. *Lo amazónico y lo artesanal* constituyen dos símbolos que resignifican y revalorizan los productos guaviarenses, antes denostados por su baja competitividad en los mercados o por su dificultad de comercialización. Para sus productores, estos productos ofrecidos son el resultado del trabajo cotidiano y de una apuesta estratégica nada libre de riesgos. Sobre estos productos del trabajo es que recaen las aspiraciones y proyecciones por una vida digna que haga justicia a su trabajo y a la excepcionalidad del territorio y sus posibilidades (**Imagen 6**).

## 2.12 Conclusión: horizontes productivos y sustentos

Como se ha mostrado, en diferentes ejes de colonización del Guaviare se están dando transformaciones recientes en las dinámicas de producción y las diferentes iniciativas productivas. La noción de alternativa o solución emerge como oposición ante conflictos inherentes a los cultivos ilícitos, los monocultivos y la ganadería extensiva: tres tendencias hoy activas, asociadas a diferentes fases de la colonización, y caracterizadas por el riesgo, la injusticia social, el extractivismo depredador y la destrucción de ecosistemas. Dichas alternativas productivas están hoy representando, en mayor o menor medida, opciones viables para la estabilización de la frontera agropecuaria. En relación a la cultura económica de la coca, latente y parcialmente activa, los productores proyectan algunos de los beneficios de esta sobre los productos innovadores que emprenden. Sin embargo, ciertas prácticas confrontan, no sin resistencia, las lógicas de la bonanza cocalera y proponen un nivel de ingresos más pautado y gradual que desbordante.

La mencionada noción de alternativa no se puede reducir a una única práctica productiva, sino que requiere de una combinación diversa de ellas, que redunde en los diferentes flujos de la producción e intercambio: el autoconsumo, la venta local o la comercialización. Esta diversidad aporta a los productores mayor seguridad e ingresos más frecuentes, valor agregado a los productos, y gradualidad en la producción y la venta. Las iniciativas productivas suelen venir acompañadas por asociaciones de productores y potencian valores de liderazgo que impulsan a los productores a reconfigurar sus prácticas y sus fincas. Junto a la comercialización de ciertos productos, preferiblemente procesados, la propuesta de mercados campesinos

---

habilita la venta local y segura, reduce la dependencia de transporte e intermediarios, favorece otras redes de intercambio y flujo de los bienes, y fortalece lazos sociales y pertenencia territorial.

De la mano de algunas prácticas productivas, como la apicultura, los frutos de palma y los cultivos agroforestales, los campesinos-colonos resignifican el bosque y reconfiguran la relación con él. Otras propuestas, como el caucho o el aprovechamiento del bosque, previenen la ampliación de zonas intervenidas, aportan servicios ambientales y proveen de ciertos ingresos a los productores. En general las alternativas productivas suponen una ventana a la democratización de la actividad productiva, el acceso a los recursos y la propiedad igualitaria de la tierra, en contraposición a la concentración de la tierra y el acaparamiento de recursos que caracterizan a los monocultivos y la ganadería extensiva. Además, la producción de ciertas alternativas le aporta valores agregados a los productos (denominaciones de “amazónicas” y “ecológicas”) y posibilita el aprovechamiento de la biodiversidad y el disfrute de la gran variedad de posibilidades productivas que este territorio ofrece para el cultivo de especies, tanto autóctonas como introducidas.

De manera deliberada, no he tratado aquí el turismo, que en efecto supone una actividad económica en actual eclosión y de importancia creciente, desde poco antes de la pandemia covid-19. El Guaviare está, indudablemente, emergiendo como destino eco-etnoturístico. Las implicaciones y potencialidades de esta actividad, cada vez más presente en las visiones de futuro de los propietarios de fincas rurales, pueden reconfigurar el panorama y los flujos económicos con el resto del país. Sin embargo, favorecen nuevas lógicas de exotización y explotación de la alteridad representada por los pueblos originarios de la región (Nukak, Jiw, Sikuaní) y otros desplazados a ella desde el Vaupés, en su mayoría, pertenecientes a la familia lingüística tucano oriental. Lejos de imbuirme en el turismo como incipiente pero importante actividad económica, decidí abordarlo sólo tangencialmente a lo largo de este trabajo, limitándome a la información levantada en el trabajo de campo, es decir, en los significados y oportunidades que el turismo supone para los actores involucrados en este estudio, los campesinos-colonos, como parte de su quehacer productivo.

La propuesta de finca integral incorpora múltiples alternativas productivas, y se caracteriza por la diversidad, la gradualidad, la seguridad alimentaria y la robustez o resistencia a fallos. La finca integral requiere trabajo, dedicación, asociatividad, entusiasmo y tiempo para dar resultados, de modo que es un proceso que poco a poco algunos productores guaviarenses van encontrándole sentido. En el Guaviare, esta propuesta no es sólo viable, sino que comienza a ser un hecho, en los casos de quienes incursionan en ella. Además, con la finca integral se abre la puerta a principios de la agroecología (ver capítulo siguiente), los campesinos se abren a nuevos cultivos adaptados al medio. Desde la perspectiva del postdesarrollo, la finca integral representa una ontología relacional, en tanto apunta una forma de cultivo diverso e integral propia de la agroecología, válidos para “sistemas de finca campesinos o indígenas” (Escobar, 2014, pág. 58).

Las alternativas a la deforestación configuran un paisaje productivo en el que la finca amazónica ideal presentaría una pequeña porción de zona intervenida y una superficie más amplia, mayoritaria, de bosque que crece mediante la producción de rastrojos. El bosque pasa entonces a integrarse a la producción, y va dejando de ser un impedimento a la rentabilidad y el bienestar campesino. Con ello, se puede hablar de producción amazónica sin expandir necesariamente la frontera agrícola. Las lógicas de la producción tratan de compatibilizarse así con la conservación, bajo crecientes constricciones legales, y donde la agencia y la

reflexividad de los productores cobra un papel central, ante lo cual las propuestas, los apoyos técnicos y comerciales de las asociaciones y algunas instituciones, resultan un aliciente, en ocasiones, necesario.

La ganadería en particular, como actividad productiva, si bien resulta la fase siguiente a la producción de coca y aporta seguridad financiera al pequeño productor, hoy constituye en su versión extensiva el principal causante del avance de la frontera agropecuaria y la deforestación. La ganadería extensiva está asociada al acaparamiento de tierras por parte de grandes capitales y proyectos inversionistas, que están poniendo en jaque las regulaciones ambientales en una zona con todavía baja presencia del Estado. Como actividad productiva, la ganadería extensiva en grandes volúmenes no está al alcance del pequeño productor, quien le da a la cría de animales otros significados. Mientras redundante en su estabilidad financiera y su seguridad alimentaria, la actividad ganadera dentro de unos límites y bajo ciertos estándares (semi-intensiva, silvopastoril) puede ser una opción compatible con otras iniciativas productivas y la propuesta de finca integral.

Actualmente, el Guaviare como territorio se debate entre la vocación conservacionista y la extractivista. *Antes se talaba por hambre, ahora, por negocio.* La emergencia de alternativas estudiada permite pensar en escenarios donde el Guaviare se reubique en el imaginario nacional como un territorio de paz, prosperidad y responsabilidad ecológica. Sin embargo, esta es también una región donde se padecen de manera directa el conflicto armado, la violencia sistémica y estructural, y la destrucción de los sistemas de vida. Sobre el territorio pesan fuerzas políticas y económicas que perpetúan su concepción como repositorio de recursos naturales (*baldíos de la nación*) y destino de los grandes emporios agroindustriales, energéticos y mineros. Estas tendencias perpetúan la producción de naturalezas mercantilizadas y son incompatibles con un paradigma conservacionista y de cuidado de los ecosistemas indispensables para la vida en el futuro próximo.

Junto a todo lo anterior, resulta esencial transformar nuestra mirada sobre el campesino guaviarense, descargándolo del carácter unilateral productivo o comercial. Los campesinos no son únicamente agentes económicos, sino que su cualidad de agencia les permite desplegar rumbos de acción, decisiones e interacciones que dan cuenta de su reflexividad y su evaluación de las circunstancias, limitaciones y oportunidades que el entorno y la coyuntura les plantean. Los campesinos productores conciben el valor que sus los productos novedosos tienen para los consumidores, sean lejanos o no, porque quienes producen, también consumen. Emerge en ellos una unión con los compradores y comparten la vocación por una alimentación saludable. Piensan en la gente de la ciudad: no quieren que pasen hambre, son conscientes del rol que cumplen, saben que los alimentan. Esta reflexividad y la agencia se nutren de la subjetividad ambiental, los modos de habitar el territorio y relacionarse con él, y los horizontes de vida, de lo cual trato en los próximos dos capítulos.





*Imagen 6 Isabel muestra el cacao que masticamos recorriendo los cultivos de su finca; las pepas se las vende a un vecino que produce chocolate. Fotografía: Paula Vivas.*



## 3. Habitar

¿Qué sería del ambiente humano, de una casa o de una ciudad sin el paisaje, sin las montañas, sin el cielo azul de día y el estrellado de noche, sin los vientos, las nubes y las lluvias, sin los relámpagos y las tormentas, sin el sol y la luna, sin la mancha verde, sin los ríos y arroyos, sin la tierra bajo nuestros pies, sin el olor del terreno tras la lluvia, sin el rocío, sin las plantas y flores, sin los animales y las aves?  
(Boff, 1996, pág. 171)

En este capítulo, busco describir y comprender las relaciones ecológicas de los campesinos-colonos: cómo se derivan de las prácticas productivas o qué relación guardan con ellas, qué otros orígenes tienen, cómo impactan en sus concepciones del entorno ecológico y en posibles prácticas novedosas motivadas por esta interacción.

Para ello, me valgo de un relato etnográfico elaborado a partir de la experiencia de campo. Trato de describir las relaciones ecológicas entendidas en un sentido amplio, analizando cómo se vinculan a las experiencias de vida, los quehaceres cotidianos, las percepciones de los ecosistemas locales y globales, la reflexividad y la subjetividad de los agentes, las redes de saberes de este grupo social y la construcción de identidad a partir de estos elementos situados en un territorio concreto.

Recurro a referentes teóricos que sitúan la noción de ecología desde diferentes perspectivas, como Leonardo Boff, Arturo Escobar y Tim Ingold. También sitúo algunos principios de la agroecología a partir de Boff y Escobar, y de este último tomo elementos conceptuales de las teorías del pluriverso y los discursos de postdesarrollo. Finalmente, apoyándome en los aportes de Ingold, discuto los imaginarios posibles sobre las formas de habitar el ecosistema y producir con él, y sitúo conceptualmente la noción de ecología y conciencia ecológica analizada a lo largo del capítulo.

### 3.1 *Así es que se produce sin deforestar*: la articulación entre rentabilidad y conservación

Como mostré en el capítulo anterior, las emergencias productivas alternativas constituyen unas iniciativas, algunas más novedosas que otras, que consideran juntas las condiciones de producción particulares del Guaviare como territorio de colonización, y las lógicas propias del entorno amazónico: el ecosistema de bosque húmedo tropical, las condiciones climáticas, los suelos, los recursos hídricos y la biodiversidad

regional. Estas emergencias abren la puerta a que la actividad productiva dialogue con el entorno y reconfigure prácticas y decisiones estratégicas en las que la producción se articula con el ecosistema local.

La lógica histórica de la deforestación<sup>64</sup>, sustrato del avance de la frontera agropecuaria en el NOA colombiano, ha venido siempre impulsada por mecanismos socioeconómicos como el acaparamiento de tierra o el mencionado *endeude*, sumado a la *falta de opciones*, es decir, la imposibilidad de generar *rentabilidad* en su producción si no es expandiendo su área de ocupación (Fajardo, 1993), sea por la rotación de cultivos, por la devaluación de su producción o por el crecimiento de la población de ganado (Molano, 1992, págs. 52-55). Esta reivindicación por *la falta de opciones* permanece en la actualidad y, aunque de otra manera, es frecuente escucharla entre los actores sociales de la frontera. Por momentos, mientras realizaba trabajo de campo, tenía la sensación de estar viajando en el tiempo, o de que el tiempo no hubiera pasado, por encontrarme ante los mismos lamentos que los que encontré en interminables lecturas y consultas de fuentes secundarias. En esencia, los propios campesinos, presionados entre dos lógicas (la de producir y la de no deforestar o, de manera más genérica, degradar los ecosistemas) no dudan en distinguir *la parte económica de la parte ambiental: el tema de la conservación tiene que ver con el bolsillo, si no hacemos que esto sea rentable, la gente nunca lo va a ver como una opción de vida*. En esta expresión se condensan las dos categorías que aparentemente figuran opuestas en el universo del campesino-colono guaviareño: la rentabilidad y la conservación.

La primera se vincula a las aspiraciones de ingresos económicos que los habitantes rurales tienen, fundamentados en la necesidad de adquirir algunos (quien más, quien menos) alimentos externos, y numerosos insumos para el trabajo, el mantenimiento de cultivos, el ganado, la casa y la finca en general. Nunca olvidaré las primeras conversaciones sobre el volumen monetario de gastos que los campesinos tienen en el Guaviare, considerando que muchas fincas están, si no iniciando, al menos sí con mucho por realizar e invertir (y, cuanto más *metidas* hacia la frontera agrícola, más recientemente *fundadas* son, y menos trabajadas suelen estar). También recuerdo mis reflexiones cada vez que acudía al centro de San José o El Retorno, y me sorprendían las numerosas ferreterías y tiendas de ganaderos que llenan el casco urbano, algunas relativamente grandes, y que comercializan insumos desde el interior del país y nutren el campo guaviareño.<sup>65</sup> Como ya mencioné, el hecho de que la actividad permita un cierto volumen de ingresos monetarios es una aspiración del campesino, azuzada en parte por la economía moral de la coca.

En ese sentido, la recolección de frutas y semillas del bosque supone una posibilidad que no sólo los asociados de ASOPROEGUA están aprovechando. Esta asociación se centra en los frutos de palma amazónica y otros frutales: los primeros, con frecuencia, son vendidos a la asociación para procesar en la planta de acopio y comercializar al interior del país; los segundos, en el momento no están siendo procesados sino que la extracción ha tendido en lo reciente al autoconsumo y a la venta local. Sin embargo,

---

<sup>64</sup> Muchos autores han descrito este proceso, entre otros: Molano (1992), Mora (1992) y Acero (1992). La necesidad de expandir las tierras se debe a la rotación de cultivos motivada por la pobreza de los suelos, el aporte nutricional a éste que supone la tumba y la quema, el carácter extensivo de la ganadería y la baja opción de comercialización que tienen los productos en los mercados, por lo que se tiende a aumentar el volumen de producción mientras que la productividad de los suelos se mantiene baja.

<sup>65</sup> No puede ignorarse el hecho de que muchos de los insumos de la ferretería se venden indistintamente para el mantenimiento de fincas o para el procesamiento de pasta base y clorhidrato de cocaína.

el aprendizaje aquí es que se pueden incorporar *especies productoras* al interior del bosque o al frente de bosque, la frontera entre la zona de bosque y la *intervenida*.

Por su parte, asociaciones como ASOPROAGRO proponen incrementar una combinación entre *especies forestales protectoras* y *especies forestales productoras*. Entre las primeras, están el moriche y otras palmas similares, originarias de humedales amazónicos y de sabana (Sinchi, 2016, pág. 13), y las cuales son protectoras de agua. Incluso algunos maderables o el mismo abarco (no autóctono de la Amazonia) establecen intercambios con el ecosistema local, protegiendo suelos y reteniendo recursos hídricos.

*Y entonces lo que hacemos es combinar estas especies forestales protectoras con las productoras: el copoazú, el inchi cacay, el coco, el asaí... Algunas que producen frutos, otras producen madera y nos permiten tener un pequeño recurso maderable para no tumbar el resto del bosque.*

Como se aprecia, la propuesta para fincas de frontera agrícola condensa el aprovechamiento de recursos útiles del bosque, la producción de especies autóctonas y adaptadas para autoconsumo, venta local e incluso comercialización, y la protección del ecosistema de bosque combinada con la recuperación progresiva de zonas intervenidas mediante la producción de *rastrajos*. El resultado, en el momento incipiente, permite trascender la contraposición entre *ingresos* y *conservación*, ya no clásica de la colonización, sino tendencia actual tanto en la frontera agrícola como en la región intervenida de este y otros departamentos amazónicos o de ecosistemas afectados (como el caso del Chocó y sus selvas del Pacífico). *Realmente a eso es a lo que le apostamos, a que no solamente estemos promoviendo árboles, sino que al final les esté generando rentabilidad a las familias*. Dicha lógica, si bien viene de la mano de la mencionada propuesta de finca integral, abre horizontes posibles a modos de producir con y desde el bosque, en interacción con él.

Aquí subyace la relación entre crisis climática y los sistemas productivos, entre la *sustentabilidad* (o sostenibilidad) de los ecosistemas y la de los modos de vida humanos, que incluye la seguridad alimentaria y la obtención de ingresos suficientes dentro de la lógica de mercado imperante. Escobar (2014, pág. 46) habla entonces de la emergencia de “redes agroecológicas”, como la vía para que la producción de alimentos “localizados” dentro de sistemas agroecológicos aplaque simultáneamente “la crisis climática y alimentaria” en que nos encontramos. La “ecoagricultura” o agroecología tiene por objetivo “sacar el máximo provecho humano de las potencialidades que presenta el ecosistema. Su objetivo es crear más vida, más fertilidad del suelo y más sustentabilidad del ambiente existente” (Hyams, 1980) (citado en Boff (1996, pág. 173)). Así, la agroecología se aleja de los enfoques productivistas cuya prioridad es maximizar el nivel de producción e ingresos derivados. Pero, de manera más incidente, la agroecología confronta la visión extractivista de una naturaleza exógena a los humanos y que se puede explotar para extraer de ella recursos de manera ilimitada en pro del beneficio exclusivamente antropocéntrico. Así, los emprendimientos productivos comienzan a fundirse de nuevo con la reproducción de ecosistemas de vida.

*Para mí el sacha inchi no es el fin, es el medio para lograr la finca integral y un elemento articulador de cambio social y ambiental. Lo que buscamos es recuperar la biodiversidad, impulsar la reforestación, recuperar suelos y mejorar la capacidad productiva, tener cercas vivas... Mi finca la estoy orientando hacia eso, pero es costoso.*

Es importante considerar que, en la práctica, la implementación de estos modelos agroecológicos, que es reciente, implica recursos monetarios, inversión y varios años para prosperar, en tanto requiere disponibilidad de capital y depende de los ciclos y tiempos de vida de las especies mencionadas y los

ecosistemas de bosque, así como también está expuesta a eventualidades ecosistémicas (sequías, incendios, enfermedades) o sociales (quemadas, abandono del modelo, la asociación o la finca por parte del núcleo campesino, etc.).

Tuve la oportunidad de visitar amigos campesinos en sus lejanas fincas, en varios momentos y con algunos meses de diferencia. En mi última visita al hogar de Raúl, habían pasado cinco meses desde la anterior visita. Me recibió con alegría y me compartió con orgullo sus avances: *vea Alejo, vea cómo están creciendo los árboles que sembré: ahí están las maticas de asaí, de copoazú... Ahora ya tengo uva caimarona, anón, guanábana, algarrobo... Una belleza.*

Regresar a la finca de un amigo campesino resulta otro viaje en el tiempo, porque siempre encuentro contrastes: cambios, algunos grandes, otros sutiles, en los proyectos, los arreglos, el bosque y los paisajes. La temporada de lluvias o *invierno* está dando paso a la temporada seca o *verano*, y los diferentes árboles y plantas van aportando sus frutos... Todo ello me hace entender que la finca, como parte del ecosistema, resulta un entorno dinámico y cambiante, del mismo modo que las diferentes especies tienen ciclos de vida reducidos o largos: ninguna planta es la misma meses después, y esto resulta una suerte de reloj, un contador ecológico del paso del tiempo (Diario de campo, 22 noviembre 2021).

También puedo encontrar, en ocasiones, nuevas zonas tumbadas (generalmente acompañadas de una justificación por parte de campesino) o rastrojos que crecen, se enmarañan y cuyo volumen aumenta materializando poco a poco la promesa de un nuevo bosque en los próximos años.

En cuanto a la noción de conservación, resulta difícil aceptar la idea en su versión purista, en tanto lleva a la falacia de que otras formas de vida humana son posibles en la selva sin impacto alguno en ella. El imaginario de una selva habitada por grupos indígenas que sólo la conservan sin intervenirla no sólo es irreal, sino que exotiza a otros grupos humanos, mitifica un pasado etéreo y lejano, y potencia el mito del *buen salvaje*, tan cuestionado desde la antropología. En efecto, dicho imaginario, adoptado por el campesino-colono y la sociedad urbana mayoritaria, cae en la dicotomía de que el bosque, o bien se conserva, o bien, en su defecto o ante la ausencia de opciones, se destruye. Dejando de lado las dinámicas violentas de la colonización, esta disyuntiva ha sido el motor del avance de la frontera agrícola y el *desmonte*. Es a partir de esta dialéctica que emerge la noción de *aprovechamiento del bosque*:

*La idea del bosque es aprovecharlo, no explotarlo, que es muy diferente. Explotarlo es acabar con todo, extraerle todo. Aprovecharlo es coger un poco para las necesidades básicas, y dejarle el resto al bosque, a los peces, los micos, los pájaros.*

Además de la mencionada actividad de extraer frutos de palma amazónica<sup>66</sup>, el bosque ofrece innumerables bienes (denominados *servicios ecosistémicos* por el discurso técnico experto de la institucionalidad incipiente en la región amazónica) que describo a lo largo de este capítulo, y que redimensionan las posibilidades del campesino en su finca y abren la puerta a nuevos saberes, sensibilidades y relaciones con el entorno por parte de los habitantes rurales, a partir de los cuales se abren

---

<sup>66</sup> Durante el campo escuché reiteradas acusaciones a la asociación ASOPROCEGUA, sintetizadas en la siguiente narrativa: *ellos solamente han dejado de tumbiar, y no hacen más que cosechar. Sí hacen aprovechamiento del bosque, pero siempre en la lógica de generar más ingresos al mínimo esfuerzo. ¡No han sembrado nunca nada! El suyo no es un sistema agroecológico.*

horizontes posibles para trascender la dualidad rentabilidad-conservación hacia la ontología relacional resultante de la experiencia novedosa de la *finca con bosque*.

En primer lugar, la noción de *aprovechamiento del bosque* permite obtener leña de los rastrojos o palos muertos seleccionados como fuente de energía, y reconsiderar la extensión de vida útil de los árboles maderables. Así, sólo cuando un árbol ha *cumplido su ciclo de vida y está a punto de caerse, mejor tumbarlo uno para que no sea un peligro y no lleve por delante a otros que quieren vivir*.

También existen eventualidades (enfermedades o tormentas) que tumban los grandes árboles:

*Vea este árbol que tenemos bajo nuestros pies: un tres tablas hermoso, muy bueno para la madera y con buen diámetro. Cayó en una tempestad que hubo hace aproximadamente seis meses, y aquí sigue, intacto. Y esta es la forma en que se puede recuperar sin talar. Porque aquí en la finca sí habían talado anteriormente, se taló mucho antes de que yo la recibiera. Y eso era normal. Hoy en día, no, hoy en día don Juan y mi persona, que cuidamos este sector, tratamos de recuperar. ¿Sí ve? No necesitamos talar, sino que vamos y recuperamos lo que hay en el bosque y lo utilizamos de la manera más posible, tratando de utilizar lo máximo, y así evitamos tumbar un árbol. También los vecinos me piden a veces que si se pueden llevar un palito para hacer el corral de la casa, porque ellos ya no tienen madera.*

Pude comprobar, sorprendido, cómo algunos árboles, una vez tumbados, se conservan sin pudrirse en su interior, porque la corteza exterior los protege, conformando así un reservorio de madera que puede durar años sin degradarse, para que el campesino la extraiga en el momento que lo requiera y, aunque a veces existen tiempos de pudrición asociados, estos suelen ser de varios años.

*Todavía no he venido por él por falta de tiempo, porque me cobran 300 mil pesos por despiezarlo, y porque todavía tengo que preparar el terreno: con este vamos a construir la casita de mi hija cerquita de la nuestra, y por ahí podemos arreglar la nuestra. ¿Sí ve? Esta es forma en que se puede recuperar sin talar. No necesitamos talarlos (Imagen 30).*

En definitiva, la posibilidad de que existan no sólo fuentes de ingresos sino recursos aprovechables del bosque o de sistemas agroforestales integrados con éste, abre la puerta a un nuevo relacionamiento con el bosque dentro de la lógica de *obtener lo necesario para vivir mientras producimos en la finca*, conformando así un paisaje mixto para cada finca que incluye un área *intervenida* y otra de bosque. Habida cuenta de la gran superficie promedio de muchas fincas (más de cien hectáreas), la propuesta tanto desde sectores asesores institucionales (principalmente, el instituto Sinchi) como desde asociaciones como ASOPROAGRO, es *delimitar y reducir el área deforestada productiva mediante un uso intensivo y asociado de cultivos*, mientras que se amplían las zonas en recuperación de bosque, integrando las especies forestales *productoras y protectoras* y, ante todo, se mantiene intactas las áreas forestales conservadas hasta el momento: *deje usted quieto el bosque, tenga los cultivos cuidados, y verá que con unas veinte hectáreas puede producir lo que quiera. No tiene necesidad de tumbar más*.

La experiencia de “producir con el bosque” resquebraja la dualidad sujeto-objeto, en tanto el sujeto *productor* deja de ser enteramente una entidad adjudicable sólo al campesino: es el bosque el que “produce con” el campesino, de la misma manera que el campesino produce con el bosque, o con la tierra. También cuestiona la idea de la baja productividad en la integración cultivo-bosque.

El trabajo del antropólogo y etnobiólogo Darrel Posey (1995), entre los kayapó de la cuenca amazónica, arroja luces para trascender esta cuestión. Su caso de estudio muestra que el bosque amazónico puede ser considerado una “isla de recursos” (análoga a nuestra Casa Grande, el planeta Tierra) cuyo manejo es sostenible en el tiempo. Para ello, las intervenciones de la población nativa sobre la selva, en vez de degradarla, lo que hacen es enriquecerla, con base en conocimientos profundos acerca de su funcionamiento. De este modo, la reproducción del ciclo de vida en el bosque nutre a los humanos y estos lo nutren a él, difuminándose las fronteras entre naturaleza y humanos/cultura.

Leonardo Boff ya afirmaba en los años noventa que las prácticas agroecológicas de por sí no sólo son sustentables sino que, producir “dentro y bajo la misma selva, respetando la sucesión natural, las combinaciones de sombra y luz, y la cadena de asociaciones” de hecho puede llegar a ser más productivo (1996, pág. 165). Por su parte, Ingold se pregunta “si las personas producen sobre la tierra o sólo asisten en la cosecha de lo que la tierra misma ha producido” (2018, pág. 216). En su “economía de las líneas, [...] la producción no está ni en el lado de los humanos ni en el de la tierra; es más bien una correspondencia de sometimientos terrestres y haceres humanos”. Es en esta correspondencia entre seres y sus haceres que la vida emerge y unos seres, humanos y no-humanos, toman en favor de la vida de otros seres, de ese sujeto vivo que es “la tierra”. La tierra y los humanos, lejos de estar confrontados por las dualidades sujeto-objeto o naturaleza-cultura, se transforman mutuamente en el proceso de *producción*: “los humanos no son solamente productores de objetos para consumir. Ellos también son transformados en el proceso, lo que logran es logrado en ellos” (2018, pág. 216). Así pues, la producción está íntimamente vinculada al bosque como ecosistema en que se integra la finca o *unidad productiva*. El relacionamiento con el entorno parte de una reflexión y resignificación de las experiencias y tendencias a *tumbar la selva*.

### 3.2 *El daño ya lo hicimos: la tumba y sus efectos*

*Las quemas, la fumigación y el ganado: jese es el flagelo!*

La deforestación es la norma actual en buena parte del Guaviare. Es omnipresente. Hace parte de casi cualquier trocha o paisaje que uno pueda recorrer (**Imagen 31**). Está en boca de todos: radio, conversaciones informales, cartelería, propaganda política, y por supuesto, en las visitas y los caminares a través de las fincas que pude conocer. Pero no se trata únicamente de la deforestación o de la crisis ecológica, sino, más allá, del entendimiento y los significados que la deforestación tiene para los recientes habitantes rurales guaviarenses. El hacha con que los clásicos colonos del Guaviare comenzaron a derribar la selva para contar con una tierra donde fundarse, trabajar y volverla suya, derivó con las décadas en la motosierra. La clásica *tumba y quema* con que se despejaba el terreno hace parte de las dinámicas actuales de intervención de las fincas, pero en su versión moderna más sofisticada y destructiva, potenciada por la motosierra y el combustible (que alimenta la primera para luego catalizar las llamas de la quema).

Se tumba en diferentes escalas, y con diversos fines: ganadería, cultivos (incluidos los de uso ilícito), acaparamiento de tierras... La deforestación de lotes y pequeñas regiones es un proceso lento pero constante tanto en las fincas de la zona intervenida como en la frontera agropecuaria, y se acelera en las temporadas secas (enero-febrero, y en ocasiones, el *veranillo* de agosto). En la actualidad, más que nunca, la tumba está asociada al acaparamiento de tierras e intereses económicos de sectores sociales con cierto



poder, cuya forma de asegurar la posesión de tierras extensas es introduciendo ganado una vez se cumple el ciclo tumba-quema-siembra de pastizales (**Imagen 32**). En la frontera agrícola pueden distinguirse dos “tipos” de campesino-colono, dependiendo del volumen de tierra bajo su propiedad:

*La selva fue muy deteriorada o maltratada con lo de la coca, porque hubo gente que explotó mucho la montaña para eso de trabajar la coca y el uso de muchas tierras. Pero no, ahora es lo de la ganadería, la ganadería extensiva con las personas que tienen ya mucho ganado. Pero pues los que tenemos la finquita pequeña siempre queremos como otro diseño, no tenemos mucho ganado.*

Un campesino de El Retorno nos explicaba con vehemencia:

*La deforestación en sí hay que verla de dos maneras, tiene dos caras. Yo, por ejemplo, no sé echar motosierra ni nada, pero habrá otro que sí, y que está necesitando [ingresos]. Si un finquero, llámese grande o pequeño, quiere tumbar, pues estará el campesino que necesita el trabajo, que necesita levantarse el sustento diario para sus hijos, para él, para sostener la familia. Y entonces le llega a “X” vecino y le dice “bueno, vecino, ¿cuánto vale la taladita de estas dos o tres hectáreas?” Y, si usted necesita y es la única manera, pues hombre, va y le hace al contrato: 300 o 400 mil pesos por hectárea, y se acabó. ¿Quién es el culpable ahí? ¿El que está mandando a talar o el que tala por necesidad? Y el primero está talando para tener más tierra, para más potreros, porque yo no creo que vaya a talar para sembrar yuca o plátano, sabiendo que lo que ese vecino mueve es ganado. No es para eso, es para potreros. Entonces ahí es donde está el detalle. Como siempre, dicen que es el campesino quiere acabar con todo, pero no es que acabe con todo, ¡sí es que no tiene más! No tiene de dónde echar mano para alimentar a su familia. Y le toca pues coger su motosierra, e ir a trabajarle a los demás, y por eso es el que lleva la culpa. Quitémonos esa máscara de que el campesino que acaba el monte lo hace por necesidad, porque de pronto no tiene otra forma de sostenerse. Puede tener plátano o tener yuca, pero eso no es comida, y salir a venderla a dos o tres horas, cuatro horas de camino al pueblo. ¿Y el transporte y las carreteras? Hombre, pues eso no da resultado.*

Se trata de una norma que aplica de manera mayoritaria a los casos de *tumba*. Hoy la deforestación está plenamente asociada a la ganadería: se tumba e invariablemente, meses después, se encuentra ganado entre troncos quemados y restos de ceniza. En su defecto, y en menor extensión, está asociada a los cultivos de hoja de coca, que más adelante serán erradicados (desplazándose más selva adentro), se expandirán en superficie y, como he mostrado antes, según el mencionado ciclo, darán lugar a praderas que, para *ponerlas a producir*, serán sembradas de pastos y se introducirá una *semilla* de ganado para hacerlo crecer.<sup>67</sup> En cualquier caso, la afectación en superficie por cultivos de coca es de uno o dos órdenes de magnitud menor que la dedicada a la ganadería: una hectárea de coca puede proveer los mismos ingresos que aproximadamente cien hectáreas de ganadería extensiva, donde el nivel de aprovechamiento del suelo es bajísimo, del orden de una o dos cabezas de ganado por hectáreas, o incluso menos.

---

<sup>67</sup> A día de hoy, la tumba para cultivos productivos lícitos tiene menor incidencia que la ganadería y la coca, puesto que los productores generalmente ya cuentan con la superficie que necesitan para ellos. La excepción a ello viene dada por el caso de los monocultivos extensivos, que, en el caso del Guaviare, suelen ser algunos semi industriales: los de palma africana y algunos otros, como el chontaduro o la piña. Sin embargo, no pude estudiar este caso en mi trabajo de campo.

Durante mi investigación exploré también las formas que toma la deforestación en las imágenes satelitales disponibles. Siempre había entendido la frontera agropecuaria como una suerte de frente, como una mancha de aceite o un talud que avanza sobre el bosque amazónico de manera más o menos distribuida. Ampliando sobre la imagen satelital (**Imagen 33**) más allá del supuesto frente, comencé a detectar núcleos tumbados, pequeños círculos o cuadriláteros despejados que proliferaban algunos kilómetros selva adentro, más allá del frente de colonización. La capa ráster de la NASA ofrecida en Google Earth es actual, de 2021. "Esto no puede ser ganadería. Yuca, desde luego que tampoco es", me decía a mí mismo. Me atrevía a conjeturar que se trataba de cultivos de coca. Nació así para mí la idea, quizás más antigua de lo que creía, de deforestación por núcleos, contra la noción de un "frente" o "banda" que avanza y que divide la zona intervenida de la zona no intervenida. Entendí entonces que, en algunas partes del departamento, se penetra silenciosamente selva adentro y se tumba lo que en el mapa aparece como "huecos de bosque" que, medidos, cada uno cuenta con entre una y cien hectáreas. A partir de ahí, los núcleos de deforestación van creciendo en número y en extensión, reduciendo las áreas de bosque que los separan entre sí (que pasan a ser minoría), y conformando lotes deforestados mucho más amplios. La frontera agrícola, pues, primero penetra por trochas, nuclea, y de ahí se expande, hasta que finalmente encuentra la conectividad con el frente original que había dejado atrás.

Por otro lado, y como mostraba el testimonio anterior, la *tumba* con frecuencia responde a dinámicas financieras de tercerización: la deforestación se subcontrata, se encarga. Se trata de un trabajo arduo y peligroso, y requiere de cierta técnica, si bien la mayoría de los campesinos-colonos la conocen por experiencia propia. Las veces que visité la frontera agrícola en los últimos meses del invierno, comenzaban las tumbas de bosque, para que el terreno estuviera listo cuando llegara la temporada seca y la quema fuera más sencilla. Para tumbar, se ingresa al bosque y se *limpia*, es decir, se comienza por la vegetación menor, los rastrojos, raíces y bejuco. Cuando la zona queda más despejada, se procede a cortar y derribar los árboles de mayor envergadura, dirigiendo su caída. El paisaje resultante de este procedimiento es un paisaje de restos vegetales, de muerte: los animales más grandes suelen lograr huir a otras zonas de bosque aledañas, si éstas existen y están conectadas, mientras que, poco a poco, los animales más pequeños y los invertebrados, van viendo afectado su ecosistema local, los recursos alimenticios e hídricos, y muriendo. Tras la tumba, sigue la quema, que mata todo lo que sobrevivió en primera instancia.

Existen otras razones por las que se tumba, y que responden a cuestiones de seguridad:

*Nosotros decidimos no tumbar este lado de la selva. Pero al poco comenzó a molestar el ejército, se movían por esta montaña, venían a esconderse, y hacían sus cambuches. Eso podía volverse un campo de batalla en cualquier momento, y entonces nos tocó tumbar ese monte, para prevenir. Tumbamos 55 hectáreas aquella vez, casi todo lo que nos quedaba de bosque.*

También, la deforestación se entrelaza con coyunturas del conflicto armado y se emplea como arma política arrojada, adjudicando responsabilidades a actores armados. El 24 de noviembre de 2021, varias emisoras de radio en San José anunciaban que "los líderes de las disidencias FARC alias Gentil Duarte e Iván Mordisco" eran imputados por primera vez por la Fiscalía como "agentes de deforestación". La guerrilla presente en el Guaviare era mostrada así como "victimaria de la naturaleza", en el momento político y mediático posterior a la cumbre climática mundial COP26 celebrada en Glasgow (Escocia) ese mismo mes. También durante ese mes, la postura del Gobierno nacional proyectada en el panorama internacional

provocó que surgieran varios casos en el Guaviare en los que la CDA<sup>68</sup> “judicializó a campesinos que deforestan” y que eran presentados como victimarios del medio ambiente. Los campesinos replicaban en la radio:

*Si nos apoyaran con recursos, en vez de robarse la plata... Es el mismo Estado que está ahí como pendiente, presionando a hacer el daño. Nosotros no somos los que hacemos el daño. Ahora inclusive nos llaman narcodeforestadores.*

Situaciones como esta responden a la mencionada tercerización o subcontratación de la actividad de la tumba, pero, sobre todo, a que la tumba resulta una actividad que, si bien va contra la legislación actual, su práctica está generalizada y no suele perseguirse de manera eficiente ni uniforme, a pesar de que existe una retórica y una propaganda política que pujan por su prevención (**Imagen 34**). Es por ello que los casos que salieron a la luz, cual puntas de iceberg, probablemente respondían a maniobras políticas en las que la autoridad ambiental buscaba comenzar a aplicar la legislación con mayor dureza, si bien la población no está acostumbrada a ser perseguida por tumbar en buena parte del departamento: *eso tenga por seguro que están cogiendo a uno de cada cien que tumban, no hay modo de controlarlo*, comentan varios campesinos.

En otras ocasiones, la tumba resulta un modo de validación de la propiedad de la tierra, dando certidumbre a habitantes que no han tenido acceso a formalizar su propiedad de la tierra:

*Nosotros compramos unas seis hectáreas de bosque para conservar, pero no lo pudimos escriturar, nos ponían problemas en el registro. No quisimos tumbiar pero no podíamos acceder a usar la finca, nos decían que teníamos que ponerla a producir para poder escriturarla. Finalmente, llegó un funcionario, quién sabe por quién vendría recomendado, y entonces a él sí le vendieron. Él compró la tierra y terminó tumbando todo.*

También es cierto que la mencionada noción de *aprovechamiento del bosque* ha sido y puede ser empleada como un eufemismo que valida el uso indiscriminado de la madera, la tala excesiva de árboles supuestamente viejos y la comercialización de madera para obtener ingresos extra. En varias ocasiones, campesinos me contaban, molestos, acusaciones a vecinos anónimos que hacían *dizque aprovechamiento cuando ese lo que hace es traficar con madera porque acabó de dejar la coca*. Sin embargo, delatar normalmente no es una opción.

*Mi vecino Eduard tumba cada rato. Hasta que hace unos años venía subiendo la policía por la trocha, y nos llegó. Preguntaban por mi vecino, pero entonces yo para no emproblemar me les dije que no conocía tal persona, les dije que mi vecino se llamaba Germán, y se fueron por donde vinieron.*

Las relaciones de vecindad son importantes en contextos de riesgo, amenaza y ausencia general de la autoridad estatal, de modo que es frecuente que campesinos colindantes se cubran entre sí. Con ello, inclinarse por la conservación o la deforestación permanece por ahora en el campo de las decisiones

---

<sup>68</sup> Corporación para el Desarrollo Sostenible del Norte y el Oriente Amazónico CDA, Seccional Guaviare. Dependencia público-administrativa y contralora ambiental (<https://cda.gov.co/>). Entre otras muchas atribuciones, es el organismo encargado de monitorear la deforestación, perseguir la tala ilegal, y autorizar la tala en casos excepcionales.

individuales *porque cada quien es responsable de su pedazo de tierra, yo no molesto a mis vecinos cuando los escucho que prenden la motosierra para meter ganado.*

Existe no obstante un procedimiento legal que permite aplicar el aprovechamiento del bosque para una tala selectiva y puntual de árboles:

*Podemos tener la oportunidad de que, si hacemos el proceso ante las autoridades ambientales para el permiso del aprovechamiento de árboles como estos, que ya los vemos bastante grandes y que ya por su edad adulta tienen un tiempo para ser aprovechados, porque si no se hace, pues sencillamente él se cae por su mismo ciclo de vida y se tiende a perder, y además arrastra y tumba otros árboles a su caída. Si nosotros logramos ese ejercicio de permiso, pues sencillamente yo pudiera tumbarlo, sacarlo y venderlo de manera legal. Si yo lo aprovecho, tendré la responsabilidad de sembrar por lo menos cinco arbolitos para buscar una especie de plan de compensación.*

Sin embargo, en una ocasión, caminando con otro campesino que ha venido reforestando en la Serranía de la Lindosa desde hace quince años, por el bosque de su *reserva*, él me compartía incómodo su impasse burocrático. Visitamos juntos en su bosque un árbol mediano que estaba a punto de caer, quizás enfermo, e iba a arrastrar a otros tantos en su caída. Había comenzado una diligencia con la CDA en la que solicitaba permiso para tumbar el árbol él mismo.

*Hace ya seis meses que les radiqué esa carta, y ¿usted cree que me han dado respuesta? Pero aquí donde uno se ponga con la motosierra los vecinos le echan el chisme y a las autoridades, y ahí sí se emproblema uno. No puedo talarlo pero no puedo evitar el daño de cuando se venga abajo. Sólo es para un ejemplar, y es para no tener que traer madera y poder aprovechar, y así invertirla a la casa, arreglarla, y a los linderos... Pero la CDA sólo sabe reprimir. Aplica la ley al más pendejo. Las leyes son sólo para los que estamos con el cuento ambiental. Para el pendejo. No para los que deforestan... La función de ellos es decirle a la gente cómo es la cosa y capacitar. No sólo reprimir.*

Experiencias como esta no son aisladas y se reportan en otras fuentes, como por ejemplo, el siguiente testimonio: “se persigue a un campesino que tumba un árbol para arreglar su casa, si al mismo tiempo hay quien está tumbando cien o doscientas hectáreas y ahí sí no persiguen a nadie” (García Muñoz, 2019, pág. 7). Mientras que la serranía de La Lindosa es un área protegida y la tala es celosamente vigilada entre sus habitantes (y en ocasiones, por las autoridades ambientales, como la CDA, o la autogestionada Corpolindosa), en otras zonas, como el municipio de El Retorno y, por supuesto, la frontera agrícola de Calamar, pude comprobar cómo la tala está tácitamente permitida entre vecinos: existe tolerancia bajo la lógica de la propiedad (o la ocupación) de la tierra: nadie señala a nadie, los chismes no circulan y, sobre todo, la presencia de Estado y las administraciones ambientales es nula. En cambio, en las cercanías de San José, *donde lo escuchen a usted prender la motosierra, le echan encima a la CDA, o peor, al Plan Artemisa.*<sup>69</sup>

La tumba tiene unos efectos evidentes, perceptibles a simple vista: la cobertura vegetal principal se pierde, quedando restos de rastrojo. Con la quema, la biomasa disponible en el suelo asciende a la atmósfera y se pierde en ella, y sólo una pequeña porción de ceniza permanece como depósito nutricional. La

---

<sup>69</sup> “Plan” u “Operación Artemisa”: Campaña ambiental de naturaleza militar, creada en 2019 durante el actual gobierno Duque (2018-2022), que se presenta oficialmente como estrategia para “la disminución del impacto ambiental” mediante el monitoreo y la persecución de “la deforestación, la producción de narcóticos y la minería ilegal”. (<https://www.cgfm.mil.co/es/tags/operacion-artemisa>)

biodiversidad se pierde completamente con la muerte colectiva de formas de vida bajo las llamas, las altas temperaturas y las cenizas. Tras ello, se procede a la siembra de cultivo, y la ausente cobertura vegetal ya no ofrece protección para los suelos, ni sus raíces retienen nutrientes. La exigua nutrición de unos suelos (ya de por sí pobres en el 95% de la Amazonia), si no se ha ido perdiendo por erosión o escorrentía, es absorbida por el cultivo. En el caso de pastizales, el ganado introducido contamina el suelo con sus excreciones, su pisado provoca compactación del suelo y reducción de la ya delgada capa vegetal a sus mínimos. En su estado más degradado, las praderas, completamente desprotegidas y maltratadas, y ante la erosión y la aridez, comienzan a perder masa de tierra y a abrirse en zanjas características, mientras que los termiteros afloran del interior del terreno para obtener la temperatura que requieren. El resultado a largo plazo es la pérdida de la capacidad de los suelos de alojar vida y producir, de manera que la recuperación del bosque puede llegar a ser imposible en los suelos más degradados.

Como es evidente, ante la ausencia de bosque, el primer recurso que desaparece es la biomasa, específicamente la madera (**Imagen 7**). *Para allá tengo que poner una cerca, pero ya no tengo madera, y está prohibido tumar. Ahora ya no se puede ni cortar madera, porque, lo primero, no hay.* Junto a los otros beneficios del bosque, que describo más adelante, los recursos hídricos son una de las mayores afectaciones: los caños se van secando y medida que se remueven árboles, y finalmente desaparecen. Desde siempre, los campesinos-colonos han empleado el agua más cercana para vivir, y para alimentarse de todo lo que vive del agua de los caños: pescado, animales terrestres, y la vegetación aledaña. *Yo antes venía mucho por estos lados. Era bueno, puro monte. Venía solo, con la escopeta y el anzuelo, me quedaba por ahí una semana echando monte. Se daba buena caza, y unos pescados, usted no se imagina...* Por ello, son testigos en primera persona de estos efectos. Los siguientes relatos dan cuenta de ello, ambos en la frontera agrícola en las cercanías del río Itilla:

*¿No ve que si se la tumba, cada día va uno a ver el caño más pequeño? Porque, cuando yo vine a vivir acá, ese caño era mucho más abundante de agua. Pero igual, como la gente empezó a tumbarle por todas partes, arriba en la cabecera donde nace el caño, le tumbaron mucha selva y lo dejaron pues pelao. Entonces, claro, el agua se mermó, ya el caño bajaba más pequeñito. Y ahora ya llega el verano y él se seca. ¿Y qué hacemos sin agua? Sin agua no somos nada.*

*Si usted sigue talando caño arriba, ahí va a ver que el caño que pasa por acá, aguas abajo, le va a mermar. Eso no se dan cuenta sino hasta que ya es demasiado tarde y ya no tiene agua ni pa' tomar, ni pa' cocinar, ni pescado pa' comer, ni nada. Y claro, los animalitos, los pequeños y los grandes, se van de ahí, porque ya ni agua tienen para tomar, y cogen para otro lado.*

Son los habitantes de las fincas que pude conocer, quienes están entendiendo cómo, año tras año, los caños se secan y el agua deja de ser un recurso disponible, ya no para el consumo humano, sino para las otras formas de vida de las que depende la vida humana, entre ellas, la propia ganadería. Es entonces que las alarmas saltan cuando afectan los modos de producir y ocupar el territorio en como la actividad rural es entendida actualmente desde el modelo hegemónico<sup>70</sup>.

---

<sup>70</sup> Ante el crecimiento de la población mundial a alimentar, la producción de alimentos en las condiciones actuales de explotación de suelos y recursos limitados (fertilizantes, materia orgánica) ha llegado a sus límites en las décadas pasadas. El agua dulce parece ser el siguiente recurso limitado en alcanzar el pico de agotamiento, para lo cual se



**Imagen 7** El río Itilla, afluente del Vaupés y el Amazonas, constituye hoy la frontera agrícola, los límites de la zona intervenida, "lo que se puede tocar", con el PNN Serranía del Chiribiquete. En esta imagen aérea (orientada hacia el sur) se observa la transición de praderas a bosque originario. En septiembre de 2021, un fenómeno de fuertes vientos tumbó muchos árboles del lado protegido, como se observa en la foto. Sin embargo, los habitantes del lugar saben que algunos vecinos "ya están entrando a tumar".

*Cómo le parece, que con tantas noticias y tanto que vemos, de la deforestación, del calentamiento global... Usted prende el televisor y a nivel mundial está la noticia de que estamos acabando con nuestra Madre Tierra, con la naturaleza hermana, nosotros en lugar de conservar, de recuperar, estamos acabando con nuestra selva, con nuestros pulmones.*

Cuando comencé a escuchar narrativas como esta, en primera instancia pensé en una cierta cualidad performativa del discurso, imprimida por las tendencias ecologistas globales y los modos de comunicación también globales por las cuales aquellas circulan. Es fácil mostrarse como un campesino amante de la naturaleza y que no deforesta, especialmente a los visitantes y extranjeros que, se asume, tienen un ojo crítico pero simplista puesto en la deforestación, y no comprenden el territorio al desconocer las dificultades y las diferentes tensiones a que está sometida la población rural. Estas tensiones no pueden desligarse de la esencia productiva del habitante rural, especialmente en una región cuya mayoría poblacional lo es: los campesinos con quienes realicé esta etnografía trabajan la tierra y producen el alimento. De modo que, a medida que pasaban los meses de mi trabajo de campo, y cuantas más fincas (con más o menos bosque) visitaba, me invadía una sensación de que discursos como el anterior eran una creciente tendencia en proceso, si bien no generalizada, sí proliferando en cada vez más sectores campesinos del departamento. Dentro de esa tendencia, está el cambio socioecológico en actual proceso, donde campesinos están dejando descansar la tierra, recuperando bosque en áreas intervenidas, y protegiendo otras intactas. La reforestación y la recuperación de áreas de bosque, siempre gradual, es uno

---

requieren soluciones novedosas, inteligentes y sostenibles que reduzcan desperdicio y gestionen con mayor eficiencia este recurso precioso cuyo 70% del total se destina para la producción de alimentos (Montesinos, 2021).

de los pasos que siguen a la percepción de los efectos ecosistémicos de la *tumba*, los cultivos comerciales con empleo de agroquímicos y el uso indiscriminado de suelos para ganadería extensiva.

*Si yo vivo en este sector, y yo estoy concientizado de esa cuestión, entonces, si nosotros todos los finqueros nos concientizáramos de esa manera... Porque, ya el daño está hecho, pero vamos a pensar en mejorar, en recuperar algo de lo que se ha perdido. Es más bien individual la cuestión.*

### 3.3 *Esto antes era un potrero: recuperar(se) y reforestar*

Terminamos de sembrar con William unos árboles de guamo y manzano, también unas matas de plátano, tomate cherry y cúrcuma. *Ya el otro año no me tengo que preocupar por la comida.* Tras refrescarnos y esperar a que pase el calor más duro de la tarde, decidimos visitar de nuevo la franja de bosque primario que hay junto a su casa. *El día que yo venga a la reserva y no siembre una mata o un árbol nuevo, haga de cuenta que ese día no vine,* me comenta William. Alistamos las plántulas de seje y asaí que le he traído, nos sumergimos en la frescura y la oscuridad del bosque, y comenzamos a caminar. Distinguimos palmas, heliconias, raíces, bejuco. William va nombrando especies, casi con nombre propio, pues diferencia un individuo de otro. Conoce bien su selva y sabe en todo momento dónde estamos ubicados. *Ese palmito está creciendo bueno, las hormigas están acabando este algarrobo, acá esto era un refugio de cajuches pero parece que se volaron.* Pienso que el bosque hay que recorrerlo con frecuencia para conocerlo. Mientras avanzamos juntos, vamos decidiendo dónde sembrar las plántulas de palma amazónica. Despejar el terreno, un agujero con una pica, sembrar la plántula y cubrir con cobertura vegetal (**Imagen 35**). Estos suelos son demasiado pobres... William en ocasiones me corrige: *ahí no va a crecer bien, toca que lo aleje de ese otro árbol.* Alzo la mirada y comienzo a vislumbrar, a proyectar, la trayectoria de crecimiento desde el suelo hacia el escueto claro de luz sobre mi cabeza, de este ser minúsculo que he criado en mi propia casa, y que traigo entre mis manos, pero que con suerte dentro de unos años superará los veinte metros de altura. Se siente extraño y abrumador: cuesta tanto sembrar, toma tanto tiempo en crecer un árbol, y tan poco en ser talado. Dedicamos una hora a caminar y sembrar, mientras en la misma franja de tiempo están tumbando una porción de hectárea en otros lugares. Mi único consuelo es que el bosque se regenera solo, los árboles son generosos y riegan los suelos con abundante materia orgánica y semillas. Pienso: todo crece desde la tierra (**Imagen 36**). Hoy aprendí en qué lugares y condiciones pueden prosperar los árboles que germinan entre la oscuridad del suelo dentro del bosque. (Diario de campo, 12 septiembre 2021).

Ante un entorno de zonas intervenidas y los mencionados efectos múltiples de la deforestación, muchos campesinos han emprendido acciones. Algunas, tímidas y que incluso priorizan la rentabilidad inmediata a corto plazo, concebida con perspectiva temporal y de integración con el sistema ecológico más allá de sus linderos. Otras, más radicales, tales como abandonar por completo el ganado y dejar en recuperación áreas antes dedicadas a la ganadería, y antes de eso, a la coca.

Las acciones más tímidas e incipientes se enmarcan en la estabulación del ganado, limitando la superficie que ocupa, y dedicándose a rotarlo cada uno o varios días, obligando también a que descanse en un establo (**Imagen 37**). Esto sólo es viable si el volumen de ganado es limitado. Se trata de una *ganadería semi-*

*intensiva*. Ello abre la puerta a que sectores de pradera degradados comiencen a *enrastrajarse* y, más adelante, cuando adquieren densidad y altura, pasan a ser considerados bosques secundarios. La siembra de árboles también es una acción de recuperación: pueden sembrarse árboles en superficies dañadas (una vez delimitada la zona de cultivo, y sobre todo, el ganado) y también establecer “cercas vivas”:

*Yo iba por la carretera antes y realmente ahora se ve que llegó la siembra de árboles, y por todas partes le sembraron. La idea es por los linderos, por las divisiones de las cercas, hacerles arbolitos, ahí se mira más bonito el lindero. No es por dármelas, pero aquí siempre nos ha gustado sembrar árboles y cuidar del agua, de la cercas, sembrar así los arbolitos.*

La reforestación artificial puede darse en siembras colectivas o *sembratones*, donde se lanza un llamado a la comunidad para sembrar en masa y recuperar una parte de pradera, buscando el avance de los frentes de bosque y, a más largo plazo, la conectividad entre relictos. No es infrecuente encontrar que los mismos ganaderos en los municipios de Retorno y Calamar son convocados a *sembratones*. Sin embargo, estas actividades corren el riesgo de convertirse en un lavado de rostro a actividades deforestadoras paralelas. *El daño de tumbar una hectárea sólo se recupera sembrando otras cien*, escuché en varias ocasiones.

Eyder acosta, líder social y fundador de APIMEGUA, en su capacitación para apicultura y otras alternativas productivas, insiste a los campesinos emprendedores:

*Yo les digo: “si tienen que tocar un palo, arranquen una rama de palma y la usan. Pero, por cada hoja de palma que arranquen, van y plantan cincuenta palmas más. Para compensar. ¿Para compensar a quién? A la naturaleza, para reponer, para ayudar, para devolver y dejarla mejor. Porque es importante devolverle, devolverle más de lo que nos da.*

En este y otros discursos emerge constantemente la *naturaleza* o el *medio ambiente* como sujeto externo y en oposición a los humanos, perpetuando la dualidad naturaleza-cultura aun si este imaginario dual demuestra que se despliegan llamamientos, reflexiones e iniciativas que replanteen los modos de producir y habitar en aras de permitir la sostenibilidad de los ecosistemas en que habitan los campesinos.

Lejos de la frontera agrícola, en la serranía de La Lindosa, intervenida desde los inicios de la colonización, dos iniciativas se han dedicado de manera contundente e incluso radical a reforestar y recuperar el bosque, hasta el punto de autodenominarse *reservas*, dejando a un lado el nombre de *finca* y su carga semántica y simbólica asociada a un dedicación principal a la producción, con su connotación extractivista. Las Reservas “Diamante de Las Aguas” y “La Pedregosa”. La primera está en recuperación de bosque en su práctica totalidad, donde el ecosistema de estepa propio de la Serranía de La Lindosa hace más de quince años que comenzó a repoblar el predio. Piedad y Jairo repiten que *este lugar pasó de ser un emporio de la ganadería a un templo de la conservación*. Jairo relata:

*Todo lo que se ve en bosque, antes era potrero. Nos mamamos de tanto ganado, de todo ese trabajo, era una esclavitud. Mirábamos este terreno y veíamos que todo estaba destruido, eso era mucho pesar. Fuimos acabando el ganado de a poco, pero al final fue de golpe. Hace ocho años enterramos los documentos de ganaderos.*

Caminando por el Diamante de las Aguas con sus propietarios, también guardabosques y guías, discurrimos entre camas de cultivo de la huerta, bancos de materia orgánica y compost, todo rodeado de árboles, algunos altos y más antiguos, otros de mi altura y comenzando su vida: Jairo se acerca a un joven árbol de



menos de dos metros, lo acaricia en toda su verticalidad, y me exclama: *¡esto va es para arriba!* Esta zona hace diez años era un *peladero para las vacas y los puercos*.

Por su parte, William, propietario y guardián de la Reserva La Pedregosa, ha buscado reducir ganado, y limitar cada vez más su extensión, mientras ve cómo *mejora el terreno*:

*Cuando compré eran 91 ha. en total. Entonces yo tenía 35 ha. de ganado, y le he ido bajando de a poquito, ya voy por 18. Y ahora ya van 65 en bosque, y 6 en recuperación. ¡Si es que aquí en estos bosques hay mucha fauna, mano! (Imagen 38).*

Caminé en varias ocasiones con William para ingresar a su *reserva* desde la escueta trocha a la que llega la moto. Toma quince minutos atravesar una intermitencia de selva y potreros hasta llegar a la casa (Imagen 39). El camino está repleto de árboles frutales y pisado por las siete vacas que conserva, que han ido dañando especialmente el tramo de selva. Exasperado, exclama: *Mire cómo están estos pasos, estos caños, ¡vueltos nada! ¡Reventados y poposeados! ¡Ya estoy mamado de este ganado, estoy que lo vendo todo y me salgo de esto...! [...] Pero es que por el momento estoy manteniendo esto con la leche. Mientras tanto, no tengo de otra, y me toca pasar el ganado todos los días por el monte, para sacarlos a ordeñar junto a la trocha*. Nos quedamos discutiendo y pensando juntos maneras de darle una solución al poco ganado que conservaba, de modo que no tuviera que hacerlo pasar por el bosque todos los días. El campesino reflexiona constantemente sobre soluciones posibles y decisiones que tiene que tomar sobre su terreno y sus usos. Días más tarde hablaríamos por teléfono, y William me comunicaría ilusionado que había encontrado una posible la solución al problema: trasladar el lugar de ordeñar y transportar la leche en su yegua Magola. Su visión de finca, actualmente, es la de producir para el consumo en la huerta cercana a la casa, resembrar bosque, extraer frutales de él, conservar un volumen reducido de ganado (menos de veinte ejemplares), ofrecer la posibilidad de visitas ecoturísticas y continuar con monitoreo de fauna y como aula verde de instituciones educativas. Sus iniciativas combinan actividades clásicas, excluyendo los monocultivos y la ganadería extensiva. También espera solicitar ayudas y acceder a los pagos por servicios ambientales.

*Yo lo que quiero ahora es plantear una proyecto desde nosotros, en que nosotros nos comprometemos, comenzando con reforestar, y luego, ahí sí, proponer y pedir recursos y proponer proyectos. Antes de pedir, hay que dar. Entonces tenemos que comenzar por nosotros, por preparar árboles para sembrar. Y no traer especies de afuera, que no son originarias. Y además, un poco de tierra... ¿Dígame qué sentido tiene traer tierra a la finca de uno?*

William se refiere a las múltiples campañas de arborización que han tenido lugar en el Guaviare (y otras partes del país) donde la solución técnica ha venido dada por siembra de especies no originarias, especialmente el abarco, un maderable proveniente de otras partes de Sudamérica y Colombia, pero bien adaptado al clima de bosque húmedo tropical como el de la Amazonia (Sinchi, 2016, pág. 15).

Ambas reservas, tanto el Diamante de las Aguas como La Pedregosa, iniciaron recientemente acuerdos con la facultad de biología de la Universidad del Bosque de Bogotá, y se han convertido en aliados ambientales estratégicos de esta institución, lugares donde investigar fauna y flora, ensayar proyectos de repoblación de fauna, implantar un aula de educación ambiental para colegios y universidades, y un demostrativo de silvicultura. Varias veces al año, reciben estudiantes y docentes de biología y botánica, para el estudio de reptiles, aves y especies florales nativas. Durante mi estancia en campo, la familia Sedano del Diamante de las Aguas estaba implementando junto a esta universidad un proyecto de mariposario para la cría,

reproducción y liberación de mariposas amazónicas. Estas alianzas revalorizan e impulsan las iniciativas de recuperación y conservación del bosque, y su integración con otros usos.

De manera llamativa, los propietarios de estas dos reservas están estudiando un Diplomado de *Gestores Comunitarios de Selvas (Imagen 40)*. Se trata de una iniciativa del programa Visión Amazonia, en la que participan 600 estudiantes en toda la Amazonia colombiana. Entre ellos, hay diecisiete estudiantes en Guaviare, entre los que están William, Piedad y Jairo. El Diplomado cuenta con diez módulos y reúne grupos organizados de estudiantes de todos los departamentos amazónicos, interconectados y con actividades de discusión y encuentros sobre la gestión comunitaria de los bosques. Iniciativas como esta imprimen un nuevo carácter a los pobladores guaviarenses y permiten que este territorio recupere su vocación y esencia amazónicas.

Otros campesinos han cuestionado también las lógicas de las campañas de reforestación a partir de la arborización artificial y los planteamientos insistentemente extractivistas que privilegian una especie a otras.

*Hasta ahora vamos a comenzar a construir, a construir futuro. A la vuelta de cinco o seis añitos, que yo tenga aliento de ir haciendo las cosas, lentamente, le voy a mostrar un bosque comestible donde ustedes van a encontrar treinta o cuarenta especies de aves, y el doble de población, porque va a tener comida. ¿Entiende? Porque hay que reforestar es con árboles que le produzcan alimentación a los animales, no con, digamos, abarcos. Dígame, ¿qué animal se alimenta el abarco? El único animal que se alimenta del abarco es el ser humano, que lo produce, va, lo siembra, lo tala y lo vende. Estamos sembrando es negocio. Yo no pienso de esa manera.*

Así pues, la recuperación de bosques resulta para muchos de ellos indisoluble de la generación de oportunidades de vida para otros seres y de recuperación de otros recursos de la biosfera, especialmente el agua, la cobertura vegetal y las propiedades del suelo. En última instancia, elemento cúlmine de esta cadena de intercambios ecosistémicos, el mayor indicador de recuperación es la fauna, cuya relación con la población campesino-colona analizo más adelante.

Otros campesinos insisten con sus narrativas en la importancia de la variedad y el sentido mismo de la reforestación:

*Si vamos a pensar en reforestar, pensémoslo con algo que sea para mucho tiempo y que sea productivo y beneficioso para la flora y la fauna. Démosles de comer bien. Los animalitos están buscando para el pueblo [San José, Retorno] ¿Y por qué? Porque no hay, no tienen, no encuentran comida. Hemos acabado con lo poquito que tienen. Sembremos, sí, pero, en lugar de meter de a cuatrocientos abarcos, hombre, metan doscientos abarcos, y doscientos de comida para los animales. Hay muchas clases, mucha especie nativa. Estas campañas están equivocadas en esto de reforestar, creen que reforestar es meter abarcos, y a veces se olvidan de los nativos: el cedro achapo, el cedro amargo, el kuyubí, que dura miles de años ¡Hay muchísimos!*

*Eso de regalar árboles para sembrar, no tiene sentido. Porque entonces el campesino tiene que trabajarle cada veinte días a un poco de árboles y eso es mucho trabajo, y de igual manera son especies introducidas de afuera o son siempre las mismas (abarco, achapo, etc.). No hay variedad. Hay es que dejar descansar el terreno, dejarlo enrastrajar, jugar con eso, con los árboles y el ganado.*

*Eso de sólo pasto no. Es mejor entrar en ganado cada tanto y dejar que limpie pasto, así se enrastra. La idea es que no sólo haya pasto, sino aislar de ganado, dejar enrastrar, y dejar entrar al ganado esporádicamente, a limpiar el pasto. Porque si no, ese terreno no queda bueno para que vuelva y crezca montaña.*

Como se muestra, campesinos-colonos están contestando y replanteando algunos de los modelos e iniciativas de reforestación, bajo los criterios de biodiversidad, recuperación natural, repoblación de fauna y recuperación integral del ecosistema de bosque. Incluso, el ganado puede jugar un rol en la recuperación de bosques, removiendo el pasto y limpiando zonas previas a enrastrar. Por otro lado, la vida en la finca y las decisiones que sobre ella se toman no puede desligarse de las relaciones sociales entre vecinos, a través de las cuales fluyen reflexiones, impresiones y posicionamientos (incluso confrontaciones) ideológicos en relación a aspectos como los modos de reforestar, su necesidad y las razones para ello. En la frontera agrícola, una campesina-colona que delimitó estrictamente su área intervenida a la *necesaria*, ha detenido prácticamente la tumba y establecido áreas en recuperación colindando con cultivos de caña, sachá inchi y plátano, junto con la huerta.

*Los vecinos dicen que para qué perder el tiempo, para qué tener un poco de palos ahí parados, que no sirven de nada. Ellos lo que piensan es que, tumbando toda la selva y haciendo potreros, los ojos de agua y los nacimientos no se van a secar. Uno les dice que no es así, pero ellos no toman en cuenta eso, sólo piensan en hacer potreros y ya no piensan en tener algún otro producto alternativo. Pero ellos se están quedando sin agua para el ganado... Si llegara a pasar algo así, por aquí a la gente le tocaba ir pa' donde el vecino a trabajar, donde tienen productos alternativos, como nosotros. Nosotros nos sentimos bien, así no sean muchas las personas que piensan en la conservación y que también los animales tienen derecho a tener su hábitat.*

Con ello, se aprecia de qué manera existe una integración entre las iniciativas productivas, la gestión de las áreas de cultivo y las de bosque, el cuidado a largo plazo por los recursos hídricos y la conservación por la biodiversidad en el ecosistema en que se integra la finca.

Actualmente, la CDA centraliza los recursos de cooperación internacional por la reforestación y el control de la deforestación. Algunos campesinos han podido acceder a programas de incentivos por conservación o *pago por servicios ambientales* como alternativa a la tumba de bosque para ganadería o agricultura. El pago por servicios ambientales se plantea como un ingreso con base en la conservación y recuperación del bosque, y la no deforestación, de modo que la producción agropecuaria está limitada a una cierta área intervenida, y los ingresos de la unidad productiva pasan a ser mixtos.

*Con el apoyo a la institucionalidad se vienen implementando algunas figuras legales, como es, por ejemplo, los contratos de uso de suelos, como son los acuerdos de conservación voluntarios. Yo estoy dentro de esos acuerdos de conservación. [...] Usted debe conservar, como mínimo, el setenta por ciento de la finca en monte, sin tocarla. Además, de todo ese monte debe haber un mínimo de diez hectáreas de bosque virgen natural, es decir, que usted nunca lo tocó y lo dejó ahí quieto. Si usted llegó y tumbó todo, ni modos, no puede acceder al pago. Y entonces, si usted lo tiene así, le están pagando de a trescientos mil pesos mensuales, pero los pagos son cada tres meses, ¡de a tres meses!. Y mire, eso es muy poquito para todo lo que estamos cuidando, muy poquito...*

La percepción de los ingresos requeridos como incentivo y condicionante a la no deforestación se mostró insuficiente en todos los casos que conocí, de modo que existe un desajuste entre expectativas y los aportes

ofrecidos desde la institucionalidad y los fondos de cooperación a la conservación, de modo que pude escuchar de numerosos casos que abandonaron el pago por servicios ambientales “porque no les salía a cuenta”. Se detecta aquí no sólo la dificultad generalizada de percibir ingresos seguros, sino también la lentitud de la implementación o adopción de alternativas productivas y, también, los rezagos de la economía moral de la coca, caracterizada por los altos ingresos, la frecuente recursividad y el comprador seguro.

Por otro lado, existen iniciativas en curso como el proyecto *Corredor del Jaguar*, que está estudiando la posibilidad de restaurar corredores ambientales por los cuales pueda transitar el felino amazónico. Ello implica un estudio geográfico de los relictos de bosque existentes y la viabilidad de diseñar la recuperación de la conectividad entre ellos, incluyendo factores sociales y de tenencia de la tierra. Junto al proyecto de restauración forestal, que se diseña considerando no sólo bosque sino caños y cuerpos de agua, sigue una línea de monitoreo basada en sensores o cámaras trampa que permitan confirmar el paso del animal. Todo esto implica un análisis de dónde están los bebederos y las cadenas de fauna presa del jaguar, las cuales motiven y permitan su establecimiento o discurrir por los corredores. El sentido de este proyecto es buscar la convivencia entre el jaguar y los habitantes de los predios ya deforestados, no sólo en términos de convivencia pacífica entre individuos humanos y animales, sino también de convivencia entre los ecosistemas de cada uno. Este proyecto puede ofrecer en el futuro oportunidades y propuestas para que los habitantes de las fincas en los corredores propuestos cuenten con incentivos no sólo económicos para recuperar relictos y reconectarlos entre sí, sino también morales y simbólicos que revaloricen el esfuerzo que supone reforestar o *dejar la selva quieta*, mientras que comprueban los beneficios ecosistémicos a medio y largo plazo.

Los campesinos-colonos guaviarenses son testigos absolutamente directos y primarios del proceso de crisis y destrucción ambiental, global y local. Más allá de la compleja discusión sobre su cualidad de victimarios del ecosistema amazónico y el medio ambiente, son también quienes sufren las consecuencias de la afectación conjunta que protagonizan (sumadas a efectos globales de cambio climático): los caños se secan, los suelos se degradan, la biomasa y la biodiversidad se pierden, las sequías y las inundaciones son más severas... Es el atestiguamiento y sufrimiento de las consecuencias de estos impactos que invocan una reflexividad en estos agentes protagónicos y los llevan a replantear parcialmente sus prácticas en sus entornos de acción posible, dentro de un conglomerado de restricciones y condicionantes propias de la coyuntura política, las necesidades y aspiraciones económicas, la integración en el sistema mercado y las prácticas individuales que derivan de éste.

Bajo estas limitantes, emergen posibles nuevas formas relacionales, y campesinos-colonos emprenden acciones reparadoras e incluso creadoras del ecosistema que los erigen como partes constituyentes de dicho sistema, abriendo nuevamente la puerta a concepciones más allá de las dualidades naturaleza-cultura y sujeto-objeto. Escobar está en lo cierto cuando avisa que, “en la medida en que las fisuras en el entramado individuo-mercado-ciencia se hagan más palpables en los momentos más álgidos de las crisis ambiental y social, en esa medida se podrán percibir las formas relacionales” (Escobar, 2014, pág. 60). Por ello, los sujetos de frontera guaviarenses figuran no sólo como simples testigos de la mencionada crisis, sino como agentes reflexivos y sintientes de las cada vez más acuciantes relaciones entre la lógica extractiva (el bosque está para sustraerlo, talarlo y hacer uso del suelo, generalmente con la ganadería), mercantil (lo que produzco debo comercializarlo independiente de las relaciones de vecindad o intercambio comunales,

sino bajo lógicas de acumulación e intercambio de capital) y acumulativa (puedo acumular capital, propiedades y tierra de forma ilimitada) propias del sistema socioeconómico basado en el capital.

Ante ello, algunos campesinos de la colonización asentada inician así una (re)acción sentipensante que no se puede reducir ni a teoría (reflexiones o narrativas) ni a praxis (emprendimientos o decisiones que devengan en hechos e intercambios), sino que más bien responde una experiencia integral de vida, significativa y en contacto estrecho con el conjunto del sistema ecológico, y a la apertura, lenta pero posible, a nuevas sensibilidades.

El bosque amazónico existente en muchas fincas y propiedades del Guaviare, cobra otro sentido ontológico y se revaloriza a partir de la experiencia con él. Esto que denomino “la experiencia del bosque” abre nuevos modos de relacionamiento con él, le aporta nuevos valores y da lugar a nuevas sensibilidades y conocimientos del medio local de llegada, como muestro a continuación.

### 3.4 *El monte es más sabroso: la experiencia del bosque y sus beneficios*

Si en los últimos siglos hemos sido víctimas de un modelo de civilización que implicó sistemáticamente la agresión a la Tierra, que lo llevó a cerrar los oídos a la musicalidad de los seres y a dar las espaldas a la grandiosidad del cielo estrellado, fue porque se perdió la experiencia de lo sagrado del universo (Boff, 1996, pág. 150).

El bosque, *la montaña, el monte, la selva*, desde siempre estuvo presente en el paisaje de la colonización. En su lógica civilizatoria y extractivista más clásica, el monte constituyó siempre un inconveniente, una barrera contra el progreso y los proyectos personales, incluso contra la supervivencia de quienes llegaron huyendo de la pobreza y la violencia. El paisaje guaviareño, ahora plenamente intervenido en una porción significativa, conserva en ocasiones relictos de bosque que hacen parte de las fincas. Además, en la frontera, el bosque representa también lo que hay *más allá*: del Itilla, al sur, del Guayabero, al noroccidente, de las sabanas, al oriente.

Tanto las nuevas tendencias globales ecológicas o “amigables con el medio ambiente”, hijas de la modernidad, como la proliferación de una nueva perspectiva a nivel regional, donde el colono ya no es el sujeto ensalzado por civilizador sino victimario de la selva amazónica, han calado en sectores de la población rural. Indudablemente, las regiones boscosas del mundo no sólo tienen *beneficios* a nivel macro o global, sino que está demostrado que son necesarias para la supervivencia de la mayor parte de vida que existe en el planeta, dentro y fuera de estos bosques. Para muchos de estos sujetos, el bosque más cercano e inmediato ha venido configurándose como una responsabilidad bajo la mencionada lógica de la propiedad privada, es decir, *yo cuido lo que es mío*. Pero, por otro lado, destacan narrativas en campo que insisten en la idea de que *el bosque es de todos y por eso debemos conservarlo, es un beneficio para todos en el sector*, sobre lo cual se vislumbran modos de relacionamiento entre vecinos, vehiculados por un paisaje que, si bien dividido en lotes privados mediante linderos, emerge como una entidad colectiva con la que todos se interrelacionan y a la que todos pueden afectar con sus acciones.

El bosque todavía en pie presenta así una suerte de ambigüedad ontológica a partir de la cual las afectaciones al mismo tienen un responsable pero muchos afectados: *todos estamos en este cuento, a todos nos está tocando*. Ello redundante en la conciencia socioecológica de los habitantes rurales, de modo que emerge una responsabilidad moral que trasciende y se suma a las obligaciones y restricciones legales existentes, principalmente, la mencionada Ley Segunda de 1959.

*Estamos haciendo un ejercicio del tránsito, estamos empezando a llegar al punto de la legalidad. Y a pesar de que seguimos en zonas de reserva forestal Ley Segunda, ya el mismo gobierno estableció una ruta o un camino, y es los contratos de uso de suelo que prácticamente debe validarlos la Junta de Acción Comunal.*

La figura legal de contratos por uso de suelos es una iniciativa administrativa y le abre la puerta a que se formalice la residencia y la propiedad de una parte de los habitantes rurales del Guaviare: aquellos asentados más allá de la ZR (pero excluyendo las Áreas Protegidas del SINAP: PNN, reservas, santuarios de flora y fauna, etc.). Para ello, se combina con la figura de pagos por servicios ambientales, condicionados a la conservación de ecosistemas de bosque y la no deforestación.

En cualquier caso, el bosque tiene innumerables beneficios que han venido calando en los habitantes de la colonización asentada en el Guaviare, a partir la experiencia cotidiana y micro del entorno más inmediato. En mi diario escribía:

Son las primeras veces que me sumerjo en una densa maraña de selva junto con su protector. Mi vista se nubla de verdes, ocres, amarillos y rojos, de información en cualquier dirección que uno dirija la mirada. La humedad aplasta el cuerpo, pero la frescura la aplaca. Mi piel respiraba el doble. Los sonidos se multiplicaban en tonos, intensidades y timbres, y existe cierta interacción entre ellos, donde unos seres anónimos preguntan, y otros responden. Al caminar junto a una planta u otra, o levantar hojarasca con las botas, olores desconocidos, frescos y penetrantes salen a mi paso. Mis sentidos se encuentran sobreestimulados desde que ingreso en el monte, y mi cerebro no alcanza a procesarlos ni entenderlos todos. Cuesta caminar, los pies se enredan en raíces y lianas, o bien se tropiezan con nidos o troncos nacientes, de modo que me cuesta seguirle el ritmo a mi guía, a veces perdiéndolo de vista y requiriendo llamarlo para volver a encontrarlo momentos después. La desorientación es total: mire adonde mire, el sol no penetra en el bosque, y carezco de referencias cardinales (hoy olvidé mi brújula en casa). No sabría salir de ahí solo. Por si fuera poca toda esta información, mientras tanto, mi guía se detiene en un árbol y otro, en una madriguera, un nido, una raíz o un tronco tumbado, llenándome de nombres y explicaciones. Me siento desbordado. Un amigo colono me comparte su experiencia y su saber sobre el bosque, y yo comienzo a entender. A entender este bosque complejo, y a vislumbrar cómo estos habitantes se relacionan con estos espacios de los que antes eran victimarios (Diario de campo, 25 mayo 2021).

Fue a partir de mi propia experiencia sensible, perceptiva y contemplativa dentro del bosque que pude comenzar a vislumbrar qué sentido, beneficio y disfrute podía suponer para sus habitantes progresivamente se estén convirtiendo en sus guardianes, y en particular, en guardianes del patrimonio natural y arqueológico que existe (**Imagen 41**). Con ello, las diferentes conversaciones se apartaban de la finca como sinónimo exclusivo de producción, y transitaban a respuestas más amplias a la pregunta “¿Por qué tener bosque en la finca?”:

*Pues para mí realmente el tener bosque en la finca es contar con los servicios que nos presta él. Es precisamente la frescura que en estos momento estamos teniendo. Es un contraste bastante grande entre venir de la parte descubierta, donde hay sol directo, a estar en este bosque, donde vamos a tener mayor frescura. Por otro lado, es la materia orgánica o la biodiversidad que podemos mantener en esta pequeña área, todos los microorganismos que podemos tener vivos en el suelo, producto de todo, de la materia orgánica o la hoja que cae de los árboles. Luego está el tema de poder asegurar el agua. Definitivamente los bosques son los hospederos de agua, los cultivos de agua se dan a través de los bosques. Entonces son cosas que muchas veces no se valoran, pero sin ellos no se puede vivir.*

*Cuando estaba pipiolo estuve trabajando en arborizaciones por allá en una empresa de mi pueblo en el piedemonte. Allá sembramos árboles, como unos 30 mil, y de eso pues ahí yo aprendí a estimar los árboles. Yo no acabé mi selva del todo cuando llegué, yo sabía que necesitaba unos árboles, porque en la selva hay comida para cualquiera que la conoce: hay pa' los animales, como hay para uno también. Para uno hay mucha fruta y semillas, para hacer jugos, palmas que dan fruto: la patabá, el moriche, el cumare...*

*Nosotros donde vivíamos allá por Cundinamarca, teníamos muchas matas acá no se dan, como en la arracacha, pero lo que son todas las plantas plátano, yuca y así, esas maticas se dan han acá. Y eso le recuerda a uno, lo lleva en el tiempo es a esa época. Por eso me gusta sembrar muchos palitos, matas, porque eso me recuerda que mi papá tenía con nosotros una casa con hartas maticas, y acá, pues tenemos un buen bosque.*

Es por ello que existe una recomendación técnica según la cual los sistemas de ganado deben mantenerse a mínimo treinta metros de lado y lado de los caños, y, en dicha franja de separación, debe conservarse bosque (**Imagen 42**). En general, muchos campesinos con los que recorrí la finca debían atravesar pedazos de bosque entre su casa y los cultivos: *fijese que aquí hay una frescura, se siente uno tan rico la frescura...* La *frescura* emerge como un valor funcional y simbólico en un clima en que por, momentos del día y del año, resulta tórrido y sofocante desarrollar actividades o simplemente pacer, especialmente para muchos colonos que llegaron de otras partes del país más frías o templadas. *Y vea que las aguas son abundantes, como más purificadas por acá.* Junto a la frescura, el agua resulta un beneficio de mayor importancia: en los bosques se encuentran los nacederos de agua que, captada y retenida por lo árboles, emerge desde el subsuelo, generalmente pura y apta para el consumo humano.

Evidentemente, el agua supone un valor extraordinario para todo sistema de vida, a lo cual los habitantes de fincas con bosque llegan a partir del conocimiento de los rincones donde el agua emerge. La importancia del agua es entendida, en primer lugar, en su cualidad de campesinos: *yo necesito agua para vivir y puedo necesitarla para producir.* También, por herencias y orígenes identitarios, que contrastan con la imagen esencialmente depredadora del colono: *mi padre me enseñó desde niño, allá en mi tierra, la importancia del agua.* Para quienes el agua como recurso y como símbolo supone *algo que no se puede comprar*, el cuidado del bosque produce un orgullo palpable en las narrativas de estos campesinos: *yo puedo decir que en mi predio tengo veintidós nacederos veraniegos* [que no se secan durante el verano]. Además, las caídas de agua, las cascadas y las pequeñas lagunas o caños suponen espacios de recreación e incluso potencial visita turística o de vecinos. En fincas así, las porciones de bosque conservadas suscitan en vecinos que no cuentan con ellas una creciente atracción por *el monte* antes tumbado por inservible:

*A la gente le gusta venir a pasear, a darse cuenta de los árboles tan grandes (Imagen 43). Tener esta biodiversidad es una bendición. En ese sector casi nadie lo tiene. Por lo general estamos rodeados de mucho potrero, entonces a los vecinos les gusta venir y divertirse un rato y hasta pescar, porque ya podemos ver el caño con muy buena calidad de pescado: yamú, yamuceta, nicuro... ¡Pa' su almuercito, chévere!*

De modo que la existencia de bosque en la finca despliega posibilidades de interacción e intercambios entre vecinos, y activan una incipiente conciencia ambiental entre quienes tienen *puro potrero en su finca*. Cuando los caños son suficientemente grandes y poblados, perfectamente soportan la extracción de pescado para un núcleo familiar. Sin embargo, existen pescadores, igual que cazadores, que penetran de manera furtiva en los caños de fincas ajenas, en detrimento de la población animal, con lo cual resulta difícil controlar un nivel de consumo en el que un caño sólo es afectado por la familia propietaria.

En última instancia, no sólo en la ruralidad, lejos de las ciudades, sino también entre zonas de bosque, la disponibilidad biológica provee al campesino de una calidad de vida que, a partir de la recuperación del bosque, cobra mayor valor y relevancia para ellos. La última de las ventajas de contar con bosque emerge de manera recurrente en su virtud para la salud:

*Y el oxígeno, eso es muy bueno. Uno por acá casi no se enferma. Es algo muy saludable estar alrededor de la selva. Por dentro de la selva se siente un frío, se está mejor, como que los pulmones se le cargan a uno otra vez.*

En definitiva, el bosque ofrece una experiencia de bienestar, ocio, alimentación: fresca, materia orgánica, biodiversidad, agua, aprovechamiento no maderable e incluso maderable... Ello está resignificando la noción de bosque, reportándole valores novedosos, y transformando las relaciones ecológicas entre campesinos-colonos y su entorno. Curiosamente, muchos campesinos se refieren a estos *beneficios* como *servicios*, lo cual refuerza una concepción sujeto-objeto y todavía muestra rezagos de una lógica extractivista imperante en el mundo y específicamente en el proceso de colonización.

El propio Leonardo Boff (1996, pág. 172) afirma que estos servicios económicos incluyen la pureza del aire y el agua, la conservación del suelo, un clima y un paisaje más saludables que redundan en el "equilibrio humano" y el recreo. El último "servicio" citado refiere a la biodiversidad, entendida como la multiplicidad de seres que conviven: virus, bacterias, hongos, plantas, animales... Algunos campesinos incluso proyectan esta visión biologicista sobre su entorno: *en el bosque, los suelos y sus árboles, usted encuentra un edén, un arca de Noé*. El bosque sirve de hábitat para otros seres. Entre estos seres vivos figuran los animales, esos otros no-humanos esenciales en la experiencia y concepción ontológica del bosque, los seres que lo habitan, y los sujetos humanos protagonistas de esta investigación.

### **3.5 *Somos nosotros quienes estamos invadiendo: las relaciones con los otros no-humanos***

A los que dejamos la siringa nos dio por el tigrilleo. Nos dio no, tocaba. Se tigrillaba tigrillo o canaguaro, tigre mariposo, león-pantera que es un tigre sin manchas, y perro de agua. [...] A lo que más le tiraba uno era al perro de agua, porque era la piel más cara y era el animal más fácil. [...]



Había que matarlos a garrote. De un solo golpe. [...] El tigre era más jodido. Primero se mataba un [mico] churuco, se le abría por las patas y por la cabeza para que echara harta sangre. [...] Matar churucos hace daño, sobre todo si el churuco es joven. Dan gritos y gritos. Eso es bueno porque llaman al tigre, pero es feo. Cuando uno les dispara, se miran la sangre, se meten la mano por el agujero tratando de pararla, la huelen y se les nota el afán de la muerte. A mí no me gustaba matar churucos, lo hacía porque tocaba, pero eso parecen cristianos (Molano, 1991, pág. 188).

Las “selvas del Guaviare” fueron durante mucho tiempo vistas como entornos deshabitados e inhóspitos, a la vez que tierra de oportunidades y bonanzas, entre las que figuró la caza de varios animales, no sólo los felinos que bautizan la práctica del tigrilleo. La colonización resultó un proceso de innumerables encuentros con “otros”: personas indígenas y no-humanos igualmente pobladores de la selvas. Esta relación de alteridad ha sido desde sus inicios indudablemente conflictiva, violenta y estructurada por las diferencias de poder y los usos de la fuerza o la propiedad como modo de asentamiento de los colonos, y, en definitiva, la violencia política, estructural y militar, que los expulsó de sus tierras. Sin embargo, dicha relación no ha permanecido con una misma forma, sino que denota cambios en los modos de relacionamiento a partir de las experiencias de vida de la población campesino-colona.

Si bien es cierto que la colonización no es un sistema aislado y siempre encontró la alteridad más inmediata en los pueblos originarios indígenas de la Amazonia, en mi trabajo de campo, uno de los puntos de contraste más llamativos que encontré en las redes ecológicas y los modos de relacionamiento con el entorno fue la emergencia de ontologías relacionales entre humanos y no-humanos en tanto pobladores de un mismo territorio. Los grupos étnicos nativos, especialmente los nómadas nukak, no tenían presencia en las zonas donde realicé mi investigación ni contacto actual con mis interlocutores; y, aunque las referencias a ellos aparecían en algunas expresiones equivalentes tales, como *nosotros llegamos fue a invadirlos*, su influencia en este análisis es limitada y excede el objeto de mi investigación.

Cualquier habitante rural, en cualquier parte del mundo, está en estrecha relación con multitud de animales. De hecho, las experiencias de los colonos, cuyos orígenes son también rurales por haber sido campesinos en otra tierra, conforman su modo de interacción y concepción de animales que, con frecuencia, son diferentes de los de su lugar de origen. Pero, más allá de la coincidencia o no entre seres amazónicos y otros, la relación con ellos hace parte de los modos de concebir el entorno y territorio del que los campesinos-colonos se sienten habitantes.

Esta ventana a nuevos relacionamientos con los animales parte de la experiencia vital, la observación y el reconocimiento del ecosistema altamente biodiverso e interconectado de la Amazonia, el cual vio llegar a los nuevos pobladores colonos de manera más contundente desde el segundo tercio del siglo XX. En este tiempo, la experiencia de vida en el campo, en la *finca*, aporta situaciones constantes de aprendizaje que construyen progresivos saberes acerca de la particularidad de este medio y sus otros habitantes. También para mí, como nuevo residente en el Guaviare, descubrir la existencia de innumerables animales bajo mis pies, entre los árboles y en el cielo, resultó una experiencia tan fascinante como abrumadora en lo que refiere a la cantidad de información, la intensidad de experiencias sensoriales y las formas sensibles y (para mí) novedosas de interacción con ellos. Nunca imaginé que esta experiencia matizara mi trabajo de campo hasta el punto de ser indisociable de él y establecer una dimensión del relacionamiento con el entorno de mis interlocutores que yo estudiaba.

En este recorrido de compartir y caminar con campesinos en sus fincas, dentro y fuera de la selva, algo comenzó a hacer “clic”. Caminaba un día con William dentro de su reserva hacia la casa, cuando comenzaron a sobrevolarnos unas pocas aves, con un vuelo y unas formas bellas e irreconocibles para mí. Tras yo tratar torpemente de adivinar su nombre, William, que permanecía detenido y en silencio, observándolas, terminó por sentenciar: *¡Son tángaras!* Desde entonces, no sólo dejé de intentar adivinar nombres cual turista trasnochado, sino que comencé a escuchar, observar e incluso participar en este encuentro entre las personas que acompañé en mi trabajo de campo y esos otros no-humanos.

Varios campesinos me informaban de lo mismo al poco de llegar a su finca: *dese cuenta de que tenemos montaña, tenemos una buena cantidad de selva aquí, y viven muchas especies de toda clase.* Una brevísima muestra, cual punta de iceberg, de los innumerables animales que observé en las fincas con bosque, identificados y anunciados por los campesinos: culebras (*el güío<sup>71</sup> perdiguero, el güío negro, la cuatro narices, la mapaná...*), los micos (*maiceros, tití, araña, lanudo, aullador...*) o aves (*tángaras, carpinteros, garzas, halcones, búhos, gallito de roca - Imagen 44*). La selva o la montaña, al interior de la finca, se erige como un espacio de vida y hábitat para otros seres: *este charco es grande y en el verano no se seca, pero como el resto de los caños sí se secan, acá es donde vienen los animales a tomar agua en verano.* Su importancia radica en su existencia como sistema de soporte vida que los humanos compartimos con los otros seres.

En el caso de Eyder Acosta, por su parte, él fue entendiendo la abeja local: *hay meliponas y ellas son originarias, entonces ¿qué voy a llegar yo a poner apis<sup>72</sup>? Mi ética ambiental no me lo permite. Porque no busco desplazar, no puedo desplazar a las locales.* Y así, diversificó su cría de abejas, delimitando las apis a ciertas sabanas y potenciando la cría de meliponas. Incluso las hormigas o las termitas de la Amazonía, más voraces que en otras regiones y una amenaza para algunos cultivos, son sujetos observados. Isabel, me explicaba, resignada, mientras las hormigas le devoraban fatalmente varios árboles que había sembrado:

*Yo las veo que ellas se dividen como en tres grupos, porque cuando llegan a un árbol, unas cortan las hojas, las botan al piso; las otras recogen y pican, y las otras cargan y llevan. Luego hay como otro grupito que para mí que ellas andan ahí como vigilando, no cargan ni hacen nada, como los zánganos que no trabajan.*

Entender los animales requiere de experiencia continuada e intención de observación, no sólo cotidianidad. Ello deriva en saberes que trascienden el conocimiento de uno u otro animal, sino sobre el carácter ecosistémico que unos seres tienen con otros y los principios que los subyacen:

*Me gusta mucho aprender de lo que observo. Cuando voy al monte, me quedo buen rato mirando, observando, y voy pillando las cadenas que hay en el bosque. Miro los árboles y observo a los micos, que son una cadena, que se están comiendo la pulpa de los frutos, entonces dejan la semilla y la*

---

<sup>71</sup> Boa constrictor, serpiente no venenosa de gran envergadura. Alcanzan un tamaño de hasta diez metros de longitud, siendo probablemente la serpiente más grande de mundo.

<sup>72</sup> Se refiere a la especie convencional de abeja con agujón, *apis mellifera*, de origen italiano, pero cuya variedad *africanizada* fue introducida en Sudamérica por el Brasil en los años cincuenta, desde donde se expandió al resto del continente y se adaptó al ecosistema de tierras bajas tropicales, desarrollando unas cualidades biológicas diferentes a las de las *apis* originales. Esta especie puede desplazar a las *meliponas* originarias de su nicho ecológico.

*cáscara, y abajo está el saíno<sup>73</sup> que recibe los restos, y entonces abajo hay otra cadena, que además esparce nutrientes y semillas. Yo me fijo en esas cosas y aprendo del bosque... Resulta que estoy caminando y buscando a los micos arriba cuando, ¡pam!, de repente me tropiezo con los saínos abajo. Entonces hay cadenas, cadenas que se conectan entre sí.*

Todas estas interrelaciones o *cadena*s denotan una aprendizaje sobre las complejas conexiones biológicas, químicas, de nutrientes entre los diferentes elementos vivos e inertes del bosque. Pero la importancia de la experiencia del bosque no sólo radica en la comprensión, sino también en la contemplación y el goce. En la frontera, los campesinos-colonos que recientemente buscaron la manera de dejar de tumbar, insisten en testimonios como este: *acá en esta finca es muy bonito, porque mira uno los micos, los pájaros, diferentes clases de micos, de aves, las guacamayas, los loros, los tucanes... ¡Se entretiene uno mirando tantos animales!* Emerge entonces un sentimiento de privilegio que acompaña al campesino-colono en sus quehaceres diarios y revaloriza el espacio propio frente a los *potreros pelados de los vecinos*

No obstante, esta relación con animales está lejos de ser siempre armoniosa o libre de conflicto: en la ruralidad, las fronteras territoriales y ecológicas entre humanos y no-humanos, están fuertemente solapadas, especialmente en el contexto de la colonización sobre el bosque. El campesino-colono, similar a casi cualquier campesino en Colombia, es también victimario de algunas especies en su versión de cazador, y, a su vez, encuentra a su paso animales peligrosos para él. *¡Ayer matamos una culebra que era siempre grande!* Es frecuente que los animales que suponen una amenaza sean perseguidos. Sin embargo, casos como el de Jairo Sedano y el Diamante de las Aguas muestran que es posible delimitar bien el espacio de ocupación humana: los caminos están bien demarcados, y el área de habitación despejado, el resto es monte en recuperación. Cuando una culebra penetra en el espacio humano (en las noches *siempre hay que ir con linterna y mirando dónde pisa uno*), lejos de machetearla, Jairo emplea un dispositivo que inventó. Se trata de un largo bastón, de uno metro y medio, que tiene una pinza en un extremo, controlada por un freno de bicicleta en el otro extremo. Con él, Jairo manipula a una distancia prudente las serpientes, las lleva hasta el bosque y las libera. *Ellas van entendiendo que no pueden estar aquí, de a pocos van viniendo menos, se quedan en su sitio... Estaría buscando un ratón porque a veces pasan hambre.*

En mi propia experiencia en otra finca, a insistencia de mis anfitriones, tuve que manipular solo un güío y devolverlo al monte, puesto que no consideraban la opción del machete. Entonces entendí que, aunque el riesgo es real, existen modos de acomodar el terreno y manipular las serpientes sin eliminarlas sistemáticamente.

La caza sigue siendo norma en el Guaviare, y el bosque es considerado también un repositorio de alimento de origen animal. La mayoría de los campesinos-colonos cazan o *marisquean*: *saínos* o *cajuches*, *gurre*s<sup>74</sup>, *lapas*<sup>75</sup>... En más de una ocasión me crucé con cazadores furtivos en el bosque, fuera en la serranía de La Lindosa o la frontera agrícola. El gurre, por ejemplo, es considerado *plaga*, *eso hay por todo lado: él mantiene ahí, y cuando dan ganas de comer, cojo uno*. En otras fincas, sin embargo, dudan de que realmente cuente con una población tan numerosa, y no lo cazan. No hay acuerdo al respecto, y ello puede responder también a diferentes usos y costumbres, intereses de explotación y subjetividades ambientales,

---

<sup>73</sup> *Marrano de bosque.*

<sup>74</sup> Armadillo

<sup>75</sup> Roedor amazónico

pero también a conveniencias que condicionan la percepción y promueven acciones (caza) e inacciones (*dejarlo estar*).

Pero la principal afección de los animales hacia los campesinos, aparte de amenazas directas a la vida humana, es hacia los cultivos: el autoconsumo y la producción. El alimento sembrado resulta una fácil oferta a la mano de los animales, denotando este solapamiento ecológico. El mismo gurre protagoniza estos desperfectos a los apicultores:

*Ese animal vuelve nada las colmenas. Uno regresa y se las encuentra botadas, desbaratadas. Les entra y se come las abejas que puede, pero sobre todo las larvas y la miel. Y claro, como es puro caparazón, no le pasa nada. Y las abejas se mueren, o se terminan yendo. Pero yo cuando veo un armadillo, no lo cazo, no. ¿Cazarlo? ¿Matarlo? ¡No, yo eso no! Lo agarro y lo llevo para otro lado, para no afectar. Así ayudo a que le vaya bien a la naturaleza, pero sin impactar. Porque las abejas sufren también. Acá no es como en otras partes del país, acá los cajones se pudren por la humedad, o se los devoran las termitas, o las hormigas dispersan la colmena con el ácido fórmico, ¡inclusive los micos o los osos abren esos cajones y los desbaratan!*

Los animales verdaderamente afectan la producción de los cultivos, incluidos los de *pancoger*. Son constantes las narrativas sobre esta afección, que despliegan disposiciones diversas entre quienes las padecen:

*Durante la pandemia sembramos maíz, pero nos tocó compartirlo con los micos, las aves, los chigüiros. Y un día llegamos y vimos unos veinte animalitos comiendo nuestra cosecha ¿y qué hicimos? Pues ponernos a mirar, porque, ¿qué más podíamos hacer? Ponernos a reír, hacerles fotos y contemplarlos, porque en verdad se miran bonitos. Y porque los invasores somos nosotros. Y hay que respetar, acá en Guaviare tenemos es que conservar... Ellos estaban primero.*

*Vea Alejo el problema tan grande que tengo yo con los benditos micos... Pero ellos no tienen la culpa. Es que todos mis vecinos han deforestado alrededor. Los micos sencillamente se han hospedado en el área de bosque que yo tengo y para ellos un área de bosque como estas no produce suficiente comida, y ellos buscan alrededor de su bosque donde hay comida, y me entran al cultivo. Pero... Mal haría yo también en decir "los voy a acabar". No... Es ver cómo yo logro el punto de equilibrio en que una parte sea para ellos y otra para mí. Entonces vea que sí hay alternativas y sí hay maneras de lograr ese punto ideal, ese estado ideal amazónico que es al que mucho le estamos jugando.*

El solapamiento de ecosistemas disponibles para los animales, agravado a su vez por presiones directamente derivadas de la deforestación, hacen aún más difícil el ejercicio de producción del campesino-colono en Guaviare. Así, la resignación, la comprensión de la interrelación entre ellos y su entorno, la concepción del territorio de llegada, y la resignificación de las lógicas de producción, se condensan todas ellas en percepciones ambientales y estrategias o decisiones que las percepciones motivan. Así es como emerge la estrategia de *dejarle algo a ellos*:

*Acá sembramos un pequeño cultivo de amortiguamiento, para que los animales del bosque se acerquen y coman sin acabarnos todo.*

*Yo le pongo una bolsa al chontaduro y les siembro unas papayas cerca. Pa' que las loras no arrimen a comer todo el cultivo.*

*Déjeles algún arbolito para que ellos pueden bajar a comer y tomar agua, y no dañen el resto de los árboles que uno siembra.*

*Mañana debo sembrar unos manzanos allá abajo... Pa' los micos aunque sea, o pa' que las aves tengan de comer, porque para mí poco va a quedar.*

*Mire ese racimo de seje, ya casi está. Aquel ya se cayó todo, se lo comió la lapa. Ahí está el comedero, esa es la comida de los animales acá.*

*Yo cultivo micos. Supuestamente produzco frutales y cacao, pero la verdad es que los micos no me dejan ni los restos, así que yo cultivo es micos.*

Más allá de la metáfora de “cultivar animales” del bosque, la *producción* cobra sentidos diversos, se desliga de lógicas racionales productivistas donde la cosecha servirá únicamente para comercializar o alimentar humanos, y el alimento se comparte parcialmente, en aras no sólo de coexistir con otros no-humanos, sino de convivir con ellos, establecer momentos de encuentro e interacción interespecie, y cuidar de ellos de manera análoga a como se cuida de un bosque o como esos otros también lo cuidan en tanto lo habitan y hacen parte del sistema ecológico. Una nueva sensibilidad y conciencia ambiental se cimienta en entenderse un habitante más del sistema ecológico. Nunca olvidaré, poco después de llegar al Guaviare y conocer las primeras fincas, cuando Wilson me mostró los videos en su celular que le había tomado días atrás a los *vecinos* que habitan el bosque primario que nunca tumbó. *¡Habemos seis dantas<sup>76</sup> que mantienen en este bosque!*, sonreía orgulloso. La acción de mantener y cuidar el bosque revierte en experiencias cargadas de significado social y valores simbólicos relevantes para algunos campesinos-colonos.

Por otro lado, en general, los campesinos nunca están solos en la práctica. Estos seres otros encarnan presencias y pasan a conformar una suerte de comunidad diversa habitante del espacio compartido. Cuando pregunté a campesinos en la frontera agrícola por sus mascotas (refiriéndome a los animales que cuidaba dentro de su casa y en su patio) la respuesta fue extensiva a otros:

*Pues yo tengo perros, tengo un gatico, los pollos, las gallinas, y las aves que llegan a acompañar y se hacen por acá. Porque ellos llegan y por la mañana cantan, vuelan por un lado y yo salgo por ahí, los veo. Ellos no se van lejos, me esperan...y se alimentan de mis árboles, de la comida que uno deja por ahí.*

La finca, especialmente la propuesta de finca integral, pasa entonces a ser concebida como espacio compartido de vida, de cohabitación en un sistema, y por ello, su diseño y las decisiones de manejo responden a la búsqueda de beneficios para todos los seres que en ella habitan, incluyendo los humanos para quienes el aumento de posibilidades de vida de otros no-humanos constituye una mejora en sus condiciones de vida.

*Si vamos a pensar en reforestar, pensémoslo en algo que sea para mucho tiempo y que sea productivo y beneficioso para la flora y para la fauna. Démosles de comer bien. Los animalitos están buscando [yéndose] para el pueblo. ¿Y por qué? Porque no hay, no tienen, no encuentran comida.*

---

<sup>76</sup> Danta o tapir, mamífero grande vegetariano, originario de la Amazonia. Son animales indicadores de la salud del bosque, diseminador de semillas y cargado de valor simbólico para los pueblos originarios amazónicos. Están representados en las pinturas rupestres del Guaviare.

*Hemos acabado con lo poquito que tienen. Sembremos, sembremos también para ellos. [...] Es duro, porque cuidar y mantener los árboles limpios siempre lleva su tiempo... y los pajaritos van comiendo, los micos van comiendo. Pero yo sé que ahora llegan a desayunar, a comer pepas, qué bonitos se miran.*

Más allá del cuidado y embellecimiento del espacio, lo cual analizo más adelante, los campesinos comienzan entonces a responsabilizarse del cuidado de estos animales, sea por acción (manejo de finca, arreglo de espacios, siembra de alimentos) u omisión (de caza, tumba o deshechos). La finca se embellece y revaloriza, de modo que el cuidado de lo propio aquí también da cuenta de aspiraciones de vida estabilizadas, distantes de las dinámicas en plena ola de colonización, cuando la finca trabajada por algunos años fácilmente podía ser abandonada al ser comprada por un terrateniente, o a ser amenazado o perseguido, o cuando bonanzas y tierras prometidas *más adentro* emergían cual espejismos en los imaginarios y anhelos de los colonos.

Adicionalmente, el horizonte del turismo de naturaleza representa una posibilidad a futuro, una alternativa de ingresos, un móvil para la inversión en el espacio cohabitado y, quizás también, un espejismo:

*Yo discutía con don Gonzalo [vecino], porque él perseguía a los chigüiros... Pero lo convencí de que a los chigüiros no debe rechazarlos, sino que debe protegerlos, aunque le coman el pasto y se lo quiten al ganado que él tiene. Le dije: mi hermano, ¿no ve que estos chigüiros le representan a usted más plata que ese ganado? Usted puede ofrecerles a visitantes que vayan a echarle fotos, puede vender comida, cerveza... La plata está ahí, son los chigüiros.*

*Por eso es que yo quiero unos árboles de esos otros, guamos y así: para atraer fauna. Yo quiero atraer fauna, aves, micos. Para que haya vida aquí, y algún día que la gente pueda visitar y hacer una ruta de micos y ecológica, de naturaleza.*

El constante anhelo por buscar diferentes fuentes de ingresos se confunde con las aspiraciones de conservación y cuidado del entorno y el espacio propio. Son dos caras de una misma moneda: los campesinos-colonos siempre han buscado modos de ingreso monetario como parte de su rol en el sistema de mercado. Buscar vender o, al menos, ofrecer “algo producido en el campo” hace parte de su esencia, y ello es acrecentado por el expediente de bonanzas que ha vivido el Guaviare, especialmente la de los cultivos de uso ilícito: la marimba y la coca. La cultura económica propia de estas actividades permanece en el territorio.

Por otro lado, me confronta pensar en una suerte de histeria por vender o producir a costa del entorno, insistiendo en lógicas extractivistas que por demás son omnipresentes en el mundo, pero también me contraría imponer, desde fuera y como siempre se ha hecho, un sistema en que los campesinos están abocados a sus cultivos, a la suerte que estos corran, a las vicisitudes del transporte, la venta y la comercialización. Pero ante todo, porque es necesario considerar que el campesino guaviarense se sitúa en un contexto de abandono estatal (que apenas hace pocos años, desde la firma de los Acuerdos de Paz, comienza a repararse), y está insertado en las lógicas de la oferta y la demanda que aplican a la producción de alimentos del mismo modo que a la adquisición de un celular o un crucero con todo incluido. La realidad es que el turismo “de naturaleza” es un horizonte de posibilidades que podría absorber pronto presiones de consumo propias del mercado global de corte urbanita y basado en el consumo, lo cual hace al bosque ser considerado, junto con sus otros habitantes, como una oportunidad de acción y reproducción social.

*Entonces sí se puede vivir del bosque de muchas maneras, y sin talar. Se puede alimentar uno, y se pueden vender paquetes turísticos. Mire lo que estamos haciendo en esta parte en recuperación, un recorrido tan hermoso. Hay gente que lo quiere hacer y paga por ver. Aquí se pueden hacer avistamientos tanto de aves como de primates.*

No obstante, que exista la posibilidad de conocer, entender y contemplar escenarios tan sobrecogedores y vivos como estos, en un contexto de paz y relativa prosperidad, se presenta para potenciales visitantes también como una forma de demostrarle al mundo, a los visitantes del Guaviare, no sólo que esta es *tierra de paz y esperanza*, largamente anheladas por sus recientes habitantes, sino que nuevos modos de relación con el entorno son posibles y necesarios. El actual e incipiente boom del turismo supone otro horizonte de posibilidades, sin dejar de ser otra arma de doble filo en tanto actividad susceptible de devenir depredadora, extractivista y destructiva.

Finalmente, algunos campesinos-colonos han recurrido al monitoreo de los animales, como indicadores de la salud del ecosistema. Además de la observación, existe una tendencia en algunos habitantes de La Lindosa de instalar *cámaras trampa*, sensores pasivos que se activan mediante un sensor al detectar el paso de fauna, especialmente la más difícil de ver o la nocturna.

*Usted y cualquier visitante puede tener acceso a imágenes de la fauna que se mueve en estos bosques, mediante un registro de foto trapeo que tenemos. Podemos ver armadillos, lapas, chaquetos, saínos, cajuches, ¡incluso el jaguar, los pumas! Algunas de estas especies son especies sombrilla, que hacen control de otras especies. Por ese motivo, algunas especies no se nos convierten en plaga. Con esto sabemos que el bosque está bien de salud.*

Se trata de iniciativas conservacionistas que pasan a un siguiente nivel y denotan un apropiamiento del territorio, un entendimiento de las relaciones ecológicas, una forma e intención de conocer y cuidar. Todas estas estrategias, junto con las experiencias sensibles del bosque o la interacción con los otros no-humanos, se condensan en unas redes de saberes situados que han ido conformando la identidad y la trayectoria vital de los campesinos-colonos, erigiéndose así como pobladores auténticos del territorio.

### **3.6 *Recuerdo cuando comencé a entender el Guaviare: las redes de saberes de la colonización asentada***

*Yo creo que aquí un muchacho puede ser profesional, y puede llegar también a vivir en el campo con conocimiento. Que trabaje, pero que tenga conocimiento, que sea un campesino con conocimientos y con estudios, no un campesino común, como siempre ha sucedido. Aquí se conoce al campesino porque es analfabeto, que porque es bruto, que porque todo eso. Entonces, esto es gravísimo. Porque para vivir aquí hay que saber mucho, muchísimo.*

En mi experiencia de campo, con frecuencia regresaba a mi hogar en San José, al escritorio, abrumado de información etnográfica entremezclada con un exceso de información sobre conocimientos situados, cuya sola existencia era desconocida para mí. En las notas de campo o en mi diario, trataba desesperadamente de retener multitud de nombres, acciones, detalles, habilidades, apreciaciones, decisiones, inventos, soluciones, éxitos e incluso fracasos en iniciativas, todos ellos aspectos que observaba en mis

interlocutores, quienes me mostraban intencionalmente o no, o que generosamente me explicaban, con el ánimo de compartir su saber, respondiendo a la intención que yo les mostraba por entender su cotidianidad, sus prácticas productivas, el funcionamiento de su finca o las lógicas de ese ecosistema vivo que es el bosque.

Tiene demasiado que contar, sabe de muchísimos temas, y sus discursos y experiencias no sólo aportan a la construcción de una historia oral del Guaviare, que desearía aportar a construir, sino que responden a muchas de las preguntas que me vengo haciendo, algunas redactadas, otras más internas. Realmente, me tomaría tiempo aprender todo lo que necesito para poder habitar una finca (Diario de campo, 22 julio 2021).

Compartir tiempo y espacios de trabajo y esparcimiento en la finca supone para ellos una oportunidad de mostrar mundos, de construir diferencia en relación al otro que yo soy, y una sutil forma de resistencia ante la violencia simbólica que establece el encuentro etnográfico, especialmente en mi calidad de extranjero o académico, identificado como habitante urbano proveniente de Bogotá o incluso turista. No obstante, mi interés por saber y entender el mundo rural guaviarense, que considero siempre fue genuino, y que trascendía el objeto de esta investigación, era vislumbrado y detectado por mis interlocutores. Lo más importante y sincero en la construcción de relación con ellos consistió en los puntos de encuentro y acuerdo, e incluso de discrepancia, que íbamos descubriendo mutuamente, dando cuenta de las cualidades de agencia de ambas partes, y del carácter intersubjetivo de la construcción de conocimiento en el encuentro etnográfico. Estos puntos en común referían a una visión de mundo basada no en la idea de *conservación*, sino en una consideración y sensibilidad compartidas acerca de la compleja interrelación entre los modos de producir y habitar en el territorio, y que ambos fueran viables para todos a largo plazo. Los influjos de la tendencia ecologista global hace tiempo llegaron a las percepciones de los campesinos-colonos, actualmente en una búsqueda por desmarcarse de la carga negativa con que se conoce al colono: depredador, destructor, e incluso, productor de drogas ilícitas. Los ojos están puestos sobre el Guaviare y el frente de deforestación y otros proyectos destructivos, como la minería a cielo abierto, y los habitantes son conscientes de ello. Creo que fue en este encuentro de perspectivas problematizadoras pero respetuosas hacia la identidad del campesino-colono (inmerso en una ambigüedad moral y un crisol de limitantes) que las inmensidad de saberes situados cobró sentido y valor para mí, zambulléndome en un proceso vital de aprendizaje desbordante y sin precedentes. A mitad del camino que fue la experiencia de campo, otra pregunta afloraba insistentemente y sin respuesta inmediata: ¿qué estarán aprendiendo ellos de mí?

Pero, antes de esto, ¿qué necesita saber un habitante rural guaviarense? En tiempos de la colonización, el recién llegado debía entender rápido el lugar al que llegaba: los riesgos y amenazas, la tumba y la quema, el clima, las temporadas, la fauna, los cultivos viables, el acceso a insumos y a la venta de la cosecha, las reglas del relacionamiento con el Ejército, el Estado, actores armados, narcotraficantes, y una infinidad de aprendizajes rápidos, cuando no un ajuste de aquellos con los que contaban por su experiencia de origen. Las transformaciones históricas en los modos de producir y relacionarse con el entorno se reflejan en los saberes situados y las redes por las que discurren, en la reproducción social de la vida cotidiana y nuevamente en la interacción con el entorno ecológico, entendido este como el conjunto de seres otros, materialidades, dones, ideologías y significados.

*Acá en Guaviare es importante entender el clima, el entorno. Fijarse en los ciclos, y cómo responden los árboles, los animales. Yo me voy fijando. Yo estoy viendo por ejemplo que esos árboles sirven*



*más para propóleo que para miel. Y los algarrobos, que florecen cada año, ahora están floreciendo es cada año y medio. Y ahora ya florecen en agosto y eso es temprano... Y eso a mí me está preocupando bastante. Eso es cambio climático. Hay otros árboles que se están quemando con tanta lluvia y luego tanto sol. Les viene el aguacero, la inundación, y luego ese sol, y se secan.*

La vida en el Guaviare, como territorio de frontera con una historia social tan particular, sigue requiriendo un inmenso crisol de saberes integrados, incorporados al bagaje de cada individuo mediante la praxis, la experiencia vital y, sobre todo, la socialización e interacción con otros. Algunos, coinciden con los clásicos de la colonización:

*Yo me siento seguro en el monte, porque he andado mucho, y como conozco la hiel de la lapa, eso con el aguardiente se toma y mata la enfermedad si lo muerde la serpiente. Yo tengo un libro de medicina y hay muchas. Yo no sé leer, muy poco. Pero conozco las plantas y si me duele un diente o la panza, ya sé qué planta debo coger o tomarle el agua.*

Los saberes sobre los remedios y curas aparecían de manera abundante y frecuente en el campo, y demuestran ser un resultado de la historia de la colonización y el asentamiento de nuevos habitantes, de su exploración y apropiación del territorio de acogida<sup>77</sup>.

Ya mostré también, en este mismo capítulo, qué conjunto de saberes se despliegan y desarrollan ante la experiencia del bosque, la deforestación y la recuperación, y las posibilidades de producción con y junto al bosque. Específicamente, el conocimiento botánico resulta uno de los más amplios que se encuentran entre los campesinos-colonos, y combinan el de los cultivos con el de las especies del bosque. La reconsideración de las actividades productivas representa un posible punto de partida, especialmente en el caso de la ganadería: *porque, si meto ganado, yo estoy introduciendo una especie que no es de acá [pasto], y a la larga se daña, eso acá no funciona*. Este razonamiento va más allá, cuando se rechazan ciertas especies introducidas en las estrategias de reforestación que ya mencioné, igual que se plantea limitar el espacio para vacas, chivos, cerdos, perros, y otros animales no originarios. Las especies forestales resultan innumerables en la Amazonia. Antes de que el Instituto Sinchi sistematizara en un catálogo técnico aquellas susceptibles de “uso forestal y agroforestal” (Sinchi, 2016), la experiencia de algunos de estos campesinos-colonos, y la circulación de saberes entre ellos, denotaba un conocimiento llamativo de nombres comunes (algunos, múltiples para una sola especie) con los que denominaban los árboles a nuestro paso por su finca, los potreros y el interior del bosque.

*Tenemos ahí, a la orilla del caño, un manilo, y aquel, un resbalamono o guayabeto, también lo llaman “indio en peloto” (Imagen 46). Este es un cabo de hacha (Imagen 45), y aquel un mamito. Más adentro hay muchas palmas de seje, allá un mortiño, que le llaman, muy apetecido por los roedores, por la lapa.*

El aprovechamiento del bosque que analicé más arriba también requiere de saberes botánicos, sea en la formación de rastrojos, la recuperación de suelos, la producción de materia orgánica, la extracción de

---

<sup>77</sup> La antropóloga Patricia Melo (2018) elaboró recientemente un magnífico trabajo de registro e interpretación de los saberes sobre enfermedades en La Lindosa, y sus curas y remedios locales, fuertemente cargados de significados, creencias, prácticas, e interacciones con el entorno.

semillas o frutas originarias, e incluso la tala selectiva de árboles, incluyendo los criterios para la detección de la edad, el estado de salud y la trayectoria de caída:

*Maderables, en este bosque habemos como unas 10 especies de árboles buenas: el majaguo, el tres tablas, el amarillo, el guayabeto, el cedro achapo, el cedro amargo... Este majaguo está pequeñito todavía, de unos ciento y algo de años. Este es un tres tablas, de una forma irregular, pero muy elegante. Se ve muy bonito, cuando envejezca, servirá para una casita o para hacerse unos muebles bacanos. Y allí tenemos el famoso majaguo, póngale 150 años, aproximadamente una altura de 30 metros.*

No se puede dejar de lado que la experiencia de la bonanza cocalera trajo numerosos saberes y aprendizajes que resultaron clave para que este cultivo emprendiera su revolución en el territorio y otras partes del mundo, trayendo transformaciones profundas a nivel mundial (Gootenberg & Dávalos, 2018). Los campesinos-colonos con quienes me relacioné, en su gran mayoría, habían trabajado la coca como raspachines, procesadores e incluso chichipatos o traficantes, en ocasiones hasta hacía muy pocos años. El proceso desde el adecuamiento del terreno y la siembra, hasta el procesamiento de la pasta base y la química del alcaloide, pasando por el manejo del cultivo y su cosecha, y sin olvidar las lógicas no convencionales, los códigos y modos de relacionamiento a partir de la comercialización de un producto ilícito, representan el mejor ejemplo de la versatilidad y capacidad de apropiamiento de conocimientos por parte de los campesinos-colonos.

*Yo sí trabajé harto en la coca y yo sé sacar la harina de esa cosa, porque yo siempre sembré y ayudé a sembrar en muchas partes. En el día raspaba por la mañanita hasta las tres o cuatro de la tarde que tenía que picar con pala en un tambor. Me estaba ganando 20 centavos por arroba, y para levantarme yo 150 mil pesos. Dígame, ¿cuánto tiempo no duraría yo trabajando en la coca?*

Más allá de la experiencia cocalera, que da forma a un saber del repositorio del campesino, disponible para ser usado si fuera necesario, otros saberes sitúan al campesino-colono como habitante del Guaviare. Conversando en la frontera del Itilla, a las puertas del Chiribiquete, con uno de los campesinos-colonos que más habían practicado la caza o tigrilleo desde su llegada en los ochenta, comprendí que el bosque formaba parte de la experiencia del primer colono con mayor intensidad que las décadas siguientes en que la colonización se asentó, y, ya lejos de la frontera, los modos de producir a partir de la finca, el cultivo (especialmente, el de coca) e incluso algunas de las actuales alternativas económicas, opacaron la experiencia del bosque. Pero en aquellos tiempos, el conocimiento del bosque y cómo desenvolverse en él resultaban necesarios. Con la deforestación y la praderización del Guaviare, la escasez de bosques eliminó esta experiencia de los modos de vida.

Uno de los principales saberes que el campesino carga en su bagaje es el conocimiento los suelos, cómo trabajarlos, prepararlos, abonarlos. No obstante, para el campesino-colono agricultor, la cuestión del suelo amazónico supuso uno de los más importantes cambios respecto del territorio de origen. Como una porción importante de los colonos provenía del interior andino colombiano<sup>78</sup>, donde los suelos son ricos en nutrientes y con una espesa capa vegetal, encontraron que, si bien las primeras cosechas eran cuantiosas, la capa de nutrientes se agotaba rápido (especialmente si se realizaban quemadas) por lo cual debían dejar

---

<sup>78</sup> Entre mis interlocutores figuran campesinos de Caldas, Santander, Boyacá, Valle del Cauca, Cundinamarca, Casanare, Arauca y Meta (generalmente, del piedemonte llanero).

descansar el suelo y seguir tumbando para poder disponer de nuevos terrenos (Molano, 1992). Esto potenció la deforestación y sigue haciéndolo en cierto modo, si no fuera porque los campesinos han entendido con rapidez que la cobertura vegetal, los cultivos de sombrío y la materia orgánica son absolutamente necesarios para que los pobres y arcillosos suelos de la Amazonia se protejan, retengan nutrientes y puedan utilizarse en el siguiente cultivo. Es por ello que se implementa la *recuperación y producción de materia orgánica*, se intenta *guadañar*<sup>79</sup> *cada tres meses*, en vez de aplicar herbicida, se *emplatan*<sup>80</sup> *las matas*, etc. Otras prácticas incluyen hacer pasar al ganado (vacas o *camuros*<sup>81</sup>) por el cultivo de manera controlada, para que consumas las hierbas no deseadas: *así pastan y controlan las malezas en el caucho o el plátano, y comen mejor proteína que el pasto*: Un sistema productivo alimenta al otro.

De manera similar, los ciclos climáticos y su articulación con los ciclos de vida, de cultivo y de las prácticas agronómicas permiten establecer una identidad guaviareense o amazónica, derivada del conocimiento local que difiere en mayor o menor grado de las regiones de origen: *el verano y los caños que se secan hasta febrero* (no todos, algunos caños *veraneros* permanecen con agua), *las primeras lluvias de marzo y abril, el invierno desde mayo y los ríos que suben, las “heladas” del Brasil a mitad de año, el veranillo de agosto, las últimas lluvias de diciembre...* y cómo todo el sistema vivo en que se inserta el discurrir del campesino cobra forma de conocimiento local y condiciona, hasta cierto punto, la vida ecosocial.

Por su parte, la actividad de la apicultura requiere unos saberes ecosistémicos especiales, pues condensa la observación de las condiciones climáticas y territoriales, unos animales salvajes “domesticados”, y la interacción con una gran variedad de otros seres.

*A mí me gusta enfocar el tema por lo ambiental, no por lo económico. Porque, para tener abejas en Guaviare, no es como en otros lugares: hay que entender el clima. Hay que fijarse mucho y entenderlo. Los ciclos, los inviernos, las lluvias, las heladas, las sequías, las flores, los suelos, los bosques, la fauna... ¡todo! Ahora, por ejemplo [julio - agosto] es época de enjambrazón, toca estar encima. Esta semana voy a dividir unas colmenas que están queriendo enjambrar.*

La estrecha relación entre las abejas y las condiciones ecológicas, sumado a los bajos ingresos que por ahora provee la apicultura, derivan en insistir en la mencionada dicotomía *lo económico vs. lo ambiental*, en su cualidad de polos aparentemente contrapuestos que denotan cómo el campesino busca una experiencia como parte del medio en que vive, excluyendo la *rentabilidad* pero sin trascender la “noción de la economía substantiva, esto es, la creencia de que las condiciones materiales de vida (producción, intercambio y consumo) son lógicamente distintas de las políticas y espirituales” (Estoile, 2014, pág. 63).

---

<sup>79</sup> Aplicar la guadaña o cortadora (actualmente a motor) para cortar el pasto y las “malezas” que crecen entre el cultivo y compiten en nutrientes por él. De este modo, la materia orgánica del corte incrementa la cobertura vegetal, cubriendo y protegiendo la tierra, y devuelve nutrientes, estableciendo un flujo circular. Además, evita el uso de agroquímicos y abre la puerta a obtener una certificación de productos agroecológicos.

<sup>80</sup> Emplatar consiste en limpiar el suelo en los alrededores de la planta y acumular cobertura vegetal alrededor del tallo o tronco, para protegerla.

<sup>81</sup> Chivos, cabras.

La pesca también presenta cambios en algunos entornos en la forma de ser entendida que la desligan de las prácticas depredadoras características de la colonización. Por ejemplo, La pesca durante la *subienda*<sup>82</sup>: durante ciertos meses, algunos campesinos dejan de pescar en *mejor dejarles que suba y respetar este tiempo de veda*, permitiendo que se repueblen los ríos de peces y encontrando un equilibrio entre humanos y no-humanos, en el cual se le da paso a la vida de estos otros seres en pro de pensar el sistema como un lugar cohabitado. Las vedas, tanto de pesca como de caza, lejos de ser respetadas de manera unánime, levantan divergencias y fricciones entre campesinos que sí las cumplen y quienes *quieren acabar con todo* o que *no les importa el futuro*.

En la práctica, modificar la conducta, por muy reprochable que para unos sea, de vecinos y coterráneos, no es viable porque se despliegan restricciones y condicionantes sociales y políticos: *no, de decirle yo a mis vecinos que no pueden pescar, no, eso no, se emproblema uno*. Se trata no obstante de condicionantes igualmente ecológicos del entramado de vida de las personas en su medio.

*Aquí es tradición en enero subir a la playa por el río, para recolectar huevos de [tortuga] tereca. Antes yo sacaba de a sesenta, porque uno se encuentra camadas de eso, así, grandes, más de lo que uno pueda necesitar. Después, cuando entendí que la población se mermaba, igual subía a la playa, porque todo el pueblo sube... Pero entonces yo encontraba la camada, cogía por ahí diez, revolvía y cubría todo para que luego los otros que pasaban, vieran que allí ya había recolectado yo, y así ellos seguían derecho.*

Los desacuerdos ante prácticas depredadoras y destructoras de otras especies no se resuelven en el momento, sino que se recurre a estrategias originales como esta para aliviar efectos, a título individual. Sin embargo, la tendencia generalizada en muchas veredas continúa siendo la de extraer sin considerar ciclos ecológicos, por lo que, tensiones sociales aparte, el proceso actual continúa siendo el de degradación del entorno y decaimiento de las poblaciones del ecosistema amazónico.

El bosque amazónico ha sido, desde su ocupación humana, un repositorio de saberes y modos diversos de usar los innumerables “recursos” (en su acepción más amplia y no extractivista) que ofrece. Leonardo Boff reporta que “comunidades indígenas de Brasil y Venezuela revelan que saben aprovechar ecológicamente el 78% de las especies de árboles de sus territorios, teniendo en cuenta que la biodiversidad de la flora es espantosamente grande, del orden de 1.200” (1996, pág. 160). Los saberes constituyen redes y circulan por ellas. Muchos de los saberes de los campesinos-colonos guaviarenses provienen, desde inicios de la colonización, del encuentro y la interacción con personas indígenas, principalmente nukak, jiw y diferentes grupos de la familia tucano oriental. Los saberes de los pueblos originarios de la Amazonia, tan arraigados y adaptados a este territorio, han constituido un valor para los nuevos habitantes del territorio guaviarenses, de modo que, junto con la experiencia, la interacción aportó oportunidades de desarrollar, afianzar y aplicar saberes situados. Resulta frecuente atestiguar saberes muy específicos, algunos aparentemente irrelevantes para un campesino del interior del país, pero los encuentros entre grupos étnicos, al margen de las tensiones, la violencia entre grupos y las diferentes significaciones culturales del territorio, no impiden que se hayan dado encuentros e intercambios: *esto se lo aprendí yo a un nukak que mantenía pasando por mi finca, o yo me críe entre curripacos del Inírida y ahí aprendí todo lo que sé de plantas*. Pude

---

<sup>82</sup> Fenómeno en que los peces, tras reproducirse y cargados de huevos, *suben* los ríos y caños para desovar en sus cabeceras. Si se pescan peces con huevos, no se permite la reproducción de la especie y la población va decayendo, produciendo, entre otros, una carencia de pesca disponible en los meses siguientes.

experimentar cómo algunos de los campesinos guaviarenses con los que conviví desplegaban un crisol de saberes en experiencias diversas, especialmente al atravesar la selva y detenerse en innumerables plantas, madrigueras, raíces, hongos...

Pero la interacción no se limita a la alteridad de grupos étnicos, sino a los semejantes, los vecinos o conocidos también identificados como *campesinos*. Incluso, la organización Dejusticia, reconoce estos saberes en el caso de otros habitantes particulares, y nada recientes, del territorio guaviarense, cuando propone “impulsar programas de reinserción y reparación que aprovechen el especial conocimiento de los excombatientes en áreas de alta biodiversidad” (Rodríguez, Rodríguez y Durán (2017), citado en (García Muñoz, 2019, pág. 28)).

En las visitas y, sobre todo, en algunas reuniones veredales y encuentros que viví con varios campesinos (fuera en un encuentro veredal formal o en una fogata a orillas del río Itilla (**Imagen 47**)) detectaba cómo los puntos de encuentro constituían oportunidades para compartir e intercambiar conocimientos, consejos y experiencias entre sí.

Unos saben lo que otros no, o bien contrastan visiones diversas u opuestas de un mismo fenómeno. En el encuentro circulan experiencias significativas, aportes y anécdotas sobre el quehacer cotidiano, la suerte de las cosechas, vicisitudes del entorno amazónico que todos siguen conociendo, los fenómenos climáticos, las desavenencias y los éxitos de la producción, las decisiones y prácticas que emprenden individual y solitariamente, cada uno en su espacio cotidiano. También discuten experiencias de todo tipo con otras especies animales (Diario de campo, 21 noviembre 2021).

En estos encuentros (**Imagen 48**), algunos también traían pequeñas muestras de producción de frutos desconocidos por los otros, como *coconas* en su versión *cherry*, cúrcuma, marañón, y variedades adaptadas de café o cebolla. Muchos campesinos se sorprenden al descubrir, de la mano de semejantes, especies y productos no sólo viables en la Amazonia sino originarios de ella (**Imagen 49**). En el acto de compartir este conocimiento se plasman saberes situados y con una carga simbólica y política que insiste en las posibilidades de producir las especies locales, con lo cual los campesinos-colonos pasan a reivindicarse como *campesinos amazónicos*, habitantes de este territorio *de pleno derecho*. Además de ello, circulan y se intercambian las semillas de las especies desconocidas por muchos, junto con consejos y recomendaciones, proliferando así una red de saberes compartidos entre una comunidad rural, afianzando vínculos sociales y aportando el sustrato material y simbólico para que la resiembra y producción de estas alternativas locales pueda hacerse realidad experimentada por otros, frente a los cultivos tradicionales de la colonización traídos del interior del país<sup>83</sup>. Estos encuentros tienen una relevancia social importante, y alrededor de ellos se articulan lazos sociales y estrategias comunitarias. En ellos fluyen dones e intercambios, experiencias, apreciaciones, materiales, productos, semillas, ideologías y discursos. Este hecho permite considerarlos “comunidades conversacionistas” (Gudeman & Rivera, 1990) en tanto practican encuentros en un contexto de conversación, y se erigen así como practicantes autónomos de su propia “economía doméstica”, entendida esta como la referida a la *finca* para el caso de los campesinos-colonos del Guaviare.

---

<sup>83</sup> Con la salvedad de la yuca, cuyo origen amazónico o centroafricano es discutido, y la coca, los clásicos alimentos cultivados por los colonos son todos de origen no amazónico sino andinos o externos al continente americano.

Lejos de un enfoque utilitarista, los saberes no se limitan a herramientas adaptativas o productivas, prestas a ser empleadas para la resolución de los problemas de la vida y la reproducción social. Los saberes reflejan la relación con el entorno, dan cuenta de una experiencia de vida y las transformaciones sociales derivadas, en este caso, del desplazamiento a un contexto diferente en circunstancias sociopolíticas específicas propias de la colonización estabilizada, en un universo ecosocial diverso y complejo. Los saberes son formas vivas, establecen una red y constituyen maneras de habitar el mundo, percibir el entorno y relacionarse con él. Siguiendo a Ingold (2002, pág. 230), el conocimiento de este entorno se forja en el propio curso de nuestro movimiento a través de él, en el pasaje de un lugar a otro y los horizontes cambiantes a lo largo del camino. Este movimiento se entrelaza con el de los otros seres que conforman el entorno, y quienes, percibidos como semejantes o no, elaboran adscripciones al territorio, lo configuran y lo cargan de significados, apropiándolo y construyendo identidad con él.

### 3.7 *Somos hijos del Guaviare*

El campesino desde que emprendió su caminar en búsqueda de la tierra prometida por las nuevas legislaciones, nunca dejó de soñar en su futuro. Desde que descuajó el primer árbol con su hacha, el campesino depositó parte de su ser, de sus sueños y esperanzas. En cada trabajo realizado, el campesino estaba labrando su futuro, construyendo su territorio y tejiendo su identidad y pertenencia. Por ello desde su arribo, el campesino se apropiaba del espacio, lo marcaba y lo bautizaba con un nombre que lo identificara en su individualidad y describiera a su vez el nuevo entorno (Salgado, 2012, pág. 39).

“El campesino-colono guaviareño es activo, emprendedor, *hacendoso*, inquieto por definición. Su historia, origen y discurrir por este territorio lo marca” (Diario de campo, 30 octubre 2021). Es esta experiencia de vida y las relaciones ecosociales lo que define la estrecha relación entre identidad y territorio. Para Vasco (2012), el territorio da cuenta del proceso histórico donde sus habitantes se relacionan con él, mientras lo construyen y le imprimen su historicidad. El territorio, en nuestro mundo actual, tiene un carácter habitado que es definitorio y, por ello, “no existe sin la gente que lo hizo y lo habita” (pág. 2).

En su conjunto de relatos “Llegué para quedarme”, Tobón [et al.] cuentan las historias de las personas enterradas en los cementerios de la región, que “se iniciaron con quienes aquí murieron y no pudieron ser trasladados a otro lugar por falta de recursos”. Junto con los “N.N.” o no identificados, víctimas de la violencia derivada de la bonanza cocalera y el conflicto armado, se encuentran sepultados también quienes “se prometieron concluir sus proyectos de vida y quedarse para siempre en esta tierra” (2010, pág. 8). Así, quienes *se fundaron o se amañaron*, se vincularon al territorio mediante su relación con el entorno, por una red de relaciones ecológicas rica, diversa y compleja, basada en intercambios, mediada por proyectos de vida, intereses y construcción de la identidad misma que, aguas abajo de la migración al Guaviare, devino en una naturaleza híbrida, definida por un origen, cambiante de caso a caso, y un pasado reciente, un presente y un destino compartidos entre los habitantes del Guaviare.

En la selva virgen del Gran Vaupés se levanta la neblina mañanera. El trinar de los pájaros y el aullar de los micos forma un coro que eriza los pelos y transmite un temor a los niños que a esa hora toman su baño en el río. [...] Los pocos colonos, a quienes los indígenas llamaban blancos así fueran

de piel negra, levantaban la vista como esperando una señal milagrosa que hiciera aparecer en el firmamento la figura que, para ellos, significaba la llegada de un pedazo de civilización, que los ponía a soñar con los sentimientos y vínculos familiares dejados tiempo atrás cuando, para buscar un futuro, abandonaron sus departamentos de origen (Tobón González & [et al.], 2010, pág. 87).

Esta red de percepciones e intercambios con un entorno novedoso para quienes migraron a esta región dibuja la mismísima cotidianidad de los campesinos guaviarenses y, con ella, la relación con el territorio que ahora conforma su identidad tanto como sus dispares lugares de origen. En el caso de los campesinos-colonos, los modos de entender la vida, la acción social y la cotidianidad, se reflejan en configuraciones territoriales y simbólicas que dan sentido al quehacer social. Estas configuraciones, que Del Cairo denomina “territorialidad”, cobran la forma de *la finca, el caserío, las juntas de acción comunal, las veredas, el parcelamiento de las fincas y potreros, los cultivos*, e incluso *las trochas* por las que inminentemente debe circularse por el Guaviare. Del Cairo insiste en esta importancia para el colono de la *finca* como “metáfora territorial” (1998, pág. 77) por la significación social del mismo territorio, puesto que, más allá de la vida cotidiana, es lo que conforma su propia identidad y su devenir vital.

*La finca* también supone un modo de adscribirse a la propiedad de la tierra ante la incertidumbre de perdurar en ella o poder perderla, en un contexto plagado de antecedentes por desplazamiento. Además, en muchas veredas de la frontera agropecuaria, sea en los confines de la Trocha Ganadera, las cabeceras del río Itilla o el río Guayabero, o los avances sobre la Reserva Nukak, pude comprobar cómo el estatus jurídico de la propiedad de la tierra no es claro. Los campesinos-colonos frecuentemente carecen de escrituras de propiedad y sobre los terrenos ocupados se solapan figuras jurídicas y designaciones territoriales (ZRC, ZRF, RI), de modo que perviven en una ambigüedad jurídica que la ANT no tiene resuelta en muchos casos y ello plantea conflictos en el futuro cercano.

También, *la finca* es el espacio de acción social dentro del cual se construye identidad y arraigo a partir de las prácticas. En la actualidad, algunos de los campesinos que se embarcan en alternativas productivas y desarrollan visiones del entorno novedosas, son de hecho mirados como extraños, excéntricos, “outsiders”, *gente loca que nos llaman por habernos salido de la coca y la ganadería, o estar en este cuento de la conservación*. Estas decisiones de producción y de habitar de un modo u otro el territorio, están íntimamente relacionadas con los orígenes de las personas y sus experiencias de vida. La adopción de ciertas actividades productivas, o la finca integral y su diversificación característica, emanan de una vocación por estar en la tierra, trabajarla, entenderla, cuidarla: *para mí, ser campesino es acordarme de las raíces de lo que nosotros somos*. Construir la identidad remite a la historia de vida, donde los muy diversos orígenes confluyen en el destino común de todos los guaviarenses *por adopción*, quienes, de un modo u otro, se sienten de aquí y, en su aplastante mayoría, aquí se proyectan por el resto de sus días: *dijeron que al que le dieran caldo de morroco<sup>84</sup>, no se iba del Guaviare*.

Pero, la filiación, si bien evoca vínculos definitorios con la ascendencia y el lugar de nacimiento (*mi padre era de Boyacá, mi mamá del Gran Caldas; mis papás eran santandereanos y ahí es que nació yo; mi padre es de Antioquia, mi madre es tucano de Miraflores*) también deviene del territorio, de la relación con un mundo fuertemente cambiante en los veinte, treinta, incluso cincuenta años de residencia, a veces mediados por uno o varios cambios de residencia (primero la casa en el *pueblo* o varias fincas antes de la actual). Además de con el sentimiento de identidad, la filiación emana de escuchar un ecosistema

---

<sup>84</sup> Tortuga morrocoy.

excepcional que, en algún momento, fue novedoso para un conglomerado social de muy dispares orígenes. De este modo, “parentesco” no es estar siempre con el “pariente biológico”, ya que la red familiar, al menos la colateral y la ascendente, se encuentra lejos del Guaviare por haber quedado en los territorios de origen que estos campesinos dejaron atrás al *venir a fundarse*. El parentesco tampoco es una noción que pueda reducirse exclusivamente al intercambio con el exterior (base de las tesis estructuralistas levi-straussianas, donde el intercambio exógeno entre grupos humanos y otras entidades definen las relaciones sociales) ni tampoco, tal como pregonaron los nuevos estudios de parentesco a partir de los años ochenta, a la esfera cotidiana -entendida esta como un espacio o una vida interiores-, o a la sustancia, los cuerpos, los cuidados y los afectos.

En esta perspectiva de intercambios entre un sistema difusamente delimitado y su exterior aproximado, los campesinos guaviarenses sí construyen una familia conformada por los hijos. Las alianzas y la red social más extensa, por su parte, nutren su mundo de relaciones ecológicas basadas en interacciones, intercambios, percepciones y otros flujos que complementan y permiten trascender las fronteras de la familia nuclear así esta esté dispersa en el territorio de cercanía. Esta construcción de parentesco define la identidad y la manera de verse en el mundo: se permean fronteras intrínsecamente cotidianas, sí, pero no exclusivamente “interiores”, al menos no en un universo social donde la exterioridad es casi una constante, donde la vida social se da en los cruces de caminos, en las fincas que miran al *bosque*, al *monte*, al *cultivo* o al *potrero*. Espacios estos, con frecuencia diaria o esporádica, que se recorren, atraviesan y transforman, de hecho, con las mismas prácticas cotidianas. La mayor parte del tiempo sucede fuera de la casa: si no se está trabajando en la finca, se está recorriendo la trocha de una vereda a otra, o quizás yendo al pueblo, o *compartiendo en el caserío* con los vecinos de la vereda *buscando un mercadito* o *los materiales para la finca*, *tomando unas frías* o visitando conocidos en las dos o tres calles que conforman un caserío, a horas de distancia por trocha del *pueblo*, San José.

Esta red de intercambios con el entorno ecológico, está constituida por la producción de alimentos o *lo que da la tierrita*, y su consumo en la familia y por quienes lleguen a la finca a desayunar o almorzar. También, por su *venta* u *obsequio* a los vecinos, o su *comercialización* al *sacar* el producto, con un retorno monetario, lo que se traduce en rentabilidad percibida. La red de intercambios es atravesada por asesorías y apoyos técnicos entre vecinos, líderes sociales y expertos agrónomos o forestales; por el préstamo de herramientas y materiales de construcción o del cultivo; por una amplia gama de favores posibles (*dar un aventón* -llevar a alguien, *hacer un mandado* -llevarle algo a una persona de parte de otra-, *mandar razón*, *prestar minutos*, avisarle, protegerlo o *no sapearlo* -delatarlo-); por el acceso a contactos, recursos o insumos de proyectos...

Los flujos a través de las redes ecológicas toman forma, quizás de manera menos visible pero más profunda, en la red de saberes ya analizada. Este conocimiento o *entendimiento*, a su vez, es el que soporta el sentimiento de pertenecer al territorio, de sentirse Guaviarenses:

*Entender qué es el Guaviare para mí fue haber entendido el gran potencial que tenemos por estar ubicados en un área estratégica para el departamento, para el país y para el mundo. El hecho de estar ubicados en el pulmón del mundo, el hecho de estar parados aquí, colindando con el ingreso a ese pulmón, nos hace especiales. El hecho de entender que estamos en el área más diversa del mundo, oiga, eso genera apropiación y sentido de pertenencia. Y creo que eso es lo que me ha motivado hoy a decir “hermano, yo soy un guaviarenses más”, una persona que siente el territorio, que me duele cuando nos hacen una quema como la que vimos anteriormente, o cuando vemos una tumba significativa. Son cosas que dice uno “hermano, eso no se debería hacer en el Guaviare”.*



La sensibilidad ante las problemáticas locales, ante la degradación de la región y su valioso ecosistema, y el involucramiento en las iniciativas y acciones para buscar *lo mejor* para sus gentes y el resto del ecosistema, alimenta la cualidad identitaria de *ser guaviareense*. Se trata de una categoría poliédrica: identidad reciente y en constante cambio, reelaboración y negociación de ésta atravesada por la ecología política. Las diferentes significaciones de la identidad guaviareense están fuertemente distanciadas entre sí, no sólo por la inmensa diversidad de orígenes (nativos o no) sino también por las prácticas ecosociales, los modos de habitar el territorio, vincularse a él, cuidarlo, intercambiar e interactuar con sus otros seres, colaborar con ellos, *trabajar por el territorio*, proponer estrategias en las mejoras de vida, construir y liderar procesos sociales, desarrollar y apropiarse de saberes, e incluso recorrer la trocha y visitar amigos, conocidos y asociados, para compartir momentos. Estos campesinos, en cierto modo excéntricos, están hoy repensando cómo habitar su territorio de manera digna. Lo llaman *vivir bueno y en armonía con la naturaleza*, y con ésta se refieren a su hogar. Son campesinos guaviareenses. Dicen: *somos hijos del Guaviare*.

En una ocasión, un amigo, hijo de migrantes al Guaviare, me contó la historia real de su nacimiento. Él siempre me había asegurado que *ya era guaviareense porque había nacido en San José*, y yo siempre tomé sus palabras al pie de la letra, puesto que actualmente ya existe una segunda generación nativa de guaviareenses y es frecuente encontrar adultos sobre los treinta o cuarenta años nacidos en el Guaviare. Hijo de una pareja santandereana, sus padres en realidad lo habían *tenido* en Santander, pero al trasladarse poco después a San José, consiguieron registrar su nacimiento en el departamento del Guaviare, de modo que él era *oficialmente nacido en el Guaviare*. Sin entender la necesidad de este trámite administrativo (probablemente engorroso) le pregunté por el sentido de esa obsesión. Su respuesta fue: *mis padres ya se sentían guaviareenses, entonces no les pareció justo quitarle más hijos al Guaviare*.

### 3.8 Conclusión: habitando una nueva ecología de frontera

Como se vio en el primer y segundo capítulo, la colonización que migró al territorio durante las últimas décadas, de corte clásico, está prácticamente asentada. Como norma en la zona estudiada, los campesinos-colonos ya no son expulsados de su tierra como antaño. Hoy, el territorio cuenta con unos pobladores de segunda o tercera generación que habitan sus territorios de producción y reproducción social en contacto estrecho, y desde una nueva relación en construcción, con los ecosistemas locales, reconociendo el entorno como el sistema que sustenta la vida en un sentido amplio, proyectado a futuro, es decir, a la *sustentabilidad* o sostenibilidad de todos los seres que lo habitan. Los sistemas de vida, en palabras de Ingold, se caracterizan por “un acoplamiento de la percepción y la acción que surge dentro de un proceso de desarrollo ontológico” (2011, págs. 64-65). Quienes llegaron, ya fuera sobreviviendo mediante la extracción y comercialización depredadora de recursos, ya deforestando y cultivando coca, emprenden hoy una relectura del entorno, y el vínculo con él se transforma mediado por dicha “percepción” y atravesado por conocimientos, prácticas y cuidados ecosistémicos. Así pues, con el pasar del tiempo, otro sentido ontológico de este entorno se va creando.

Los lineamientos conceptuales que empleo en este capítulo permiten situar las prácticas, las experiencias y las percepciones analizadas dentro de la agroecología. Así, las propuestas encontradas en campo que vibran con esta corriente, o que se oponen a la deforestación mediante la adopción de prácticas novedosas

de uso del entorno, permiten hablar de un rediseño ecológico que campesinos exploran desde su mundo social, sus imaginarios de *progreso*, sus constricciones ecosociales y sus identidades como *campesinos productores*. La consecuencia de esto es una transformación en sus formas de concebirse como seres-con-otros en el mundo. Por tanto, este rediseño ecológico deviene en una suerte de “rediseño ontológico” (Winograd & Flores (1986), citado en Escobar (2016, pág. 27)).

El Guaviare resulta ser un espacio o contexto privilegiado para la reconfiguración de la relacionalidad ecológica, porque los sujetos campesinos atraviesan un proceso de vida por el cual se resitúan como entidades cuya existencia no puede entenderse al margen de las relaciones con el mundo y los demás seres vivos y fenómenos naturales. Entonces, la noción de relacionalidad es esencial a las evidencias de transformaciones que abren la puerta a nuevos modelos ecológicos. El reconocimiento de la “naturaleza” como un “sujeto de derechos”<sup>85</sup>, si bien exógeno, permite esbozar, como ya mencioné, matices que pueden trascender la relación sujeto (humano) – objeto (naturaleza) y comenzar a plantear una relación intersubjetiva, un reflejo entre sistemas vivos que forman una totalidad: “si la montaña es vista como un ser sintiente, el tratamiento que se le da es completamente diferente” (Escobar, 2014, pág. 58). Este planteamiento me lleva a lo que De la Cadena (2015) denomina “seres tierra”, “Tirakuna”, no-humanos o seres de la tierra. Esta autora emplea la noción andina de “ayllu”, la unidad más importante de configuración social de los Andes, para referirse a una “modalidad de relación”, “un colectivo de humanos y otros no humanos”: “the socionatural connected of humans, other-than-human beings, animals, and plants inherently connected to each other in such a way that nobody within it escapes that relation» (pág. 44). A lo largo de este capítulo, mis ejemplos etnográficos que ilustran la relevancia ontológica que diferentes seres tierra (las aves, los micos, los insectos, la montaña, la selva, el caño, el suelo, el rastrojo, etc.) suponen para los nuevos habitantes humanos de la región de frontera, en tanto demuestran de modo experiencial una interconexión necesaria para la pervivencia del todo, lo cual incluye a los humanos.

Vale la pena aquí recordar, con Escobar y también con Quijano (1992, pág. 15), el principio de que “todas las cosas del mundo están hechas de entidades que no preexisten a las relaciones que las constituyen”. Esta preexistencia y preeminencia de la “relación” permite hablar de redes ecológicas; como señalé en la introducción, los campesinos-colonos están inmersos en estas redes, configuradas por las relaciones entre un “entorno” y un “ellos”, entendidos ambos como una sola entidad indivisible (Ingold, 2002, pág. 20). La relación, ahora sujeto-sujeto, que emerge en el reconocimiento del bosque y el resto del ecosistema de *la finca* o *el territorio* como “naturaleza”, resulta ser el centro y el móvil de las prácticas sostenibles en el tiempo para quienes aspiran a habitar en los mismos espacios hoy y en el futuro. No se trata de la conservación del bosque por la sola conservación, del mismo modo que ya no se trata de la conservación de la vida humana a corto plazo a costa de la destrucción de las otras formas de vida a largo plazo. El foco

---

<sup>85</sup> Este reconocimiento formal acerca de la “naturaleza” tiene su origen en Colombia en la Sentencia T-622/2016 de la Corte Constitucional. Este antecedente supone el sustento legal (e ideológico) que deriva en la Sentencia STC-4360/2018, en cuyo artículo 14 se declara: “[...] en aras de proteger ese ecosistema vital para el devenir global, tal como la Corte Constitucional declaró al río Atrato, se reconoce a la Amazonía Colombiana como entidad ‘sujeto de derechos’, titular de la protección, de la conservación, mantenimiento y restauración a cargo del Estado y las entidades territoriales que la integran”. La emergencia de la Amazonía como entidad “sujeto” a partir de un conjunto superior que lo contiene -la “naturaleza”- da cuenta de un sistema ideológico que busca progresivamente acomodo y mayor coherencia dentro de las múltiples dualidades sujeto-objeto que se presentan en los escenarios micro, específicamente en las iniciativas extractivistas y sus recurrentes referencias a un *medio ambiente* exógeno.

está, por el contrario, en la relación preexistente a ambas entidades como trasfondo de la sustentabilidad, la pervivencia y la reproducción de vida en sus diferentes formas.

En realidad, la Amazonia nunca fue, desde que existen poblaciones en ella, un lugar libre del impacto humano, sino todo lo contrario: los ecosistemas sobre los que hoy avanza la colonización y la destrucción del bosque, los suelos, el agua y la vida en todos ellos, en realidad, fueron “profundamente trabajados por el ser humano” (Boff, 1996, pág. 159). Esta intervención, no obstante, procuraba potenciar (el resto de) la naturaleza, hasta el punto de que “no fueron los indígenas los que fundamentalmente se adaptaron a la selva primitiva, fueron ellos los que intencionalmente modificaron el hábitat para estimular el crecimiento de comunidades vegetales y la integración de éstas con comunidades animales y con el ser humano” (pág. 159). Como también dejaron ver los aportes de Posey (1995), las intervenciones en el ecosistema de selva que algunos campesinos comienzan a efectuar permiten estimular y enriquecer esta selva, y así, los entornos colonizados como *fincas* que incluyen bosque son gradualmente enriquecidos por esta selva. Además, los modelos productivos campesinos incorporan principios ya no sólo de la agroecología sino de la agricultura holística que se asemejan a modos relacionales y productivos propios de grupos indígenas de cazadores-recolectores como los kayapó del Brasil o, sin ir tan lejos, los propios nukak de esta región amazónica en Colombia.

La noción de *rentabilidad* establece que los productores campesinos aspiran a participar de las redes de mercado más amplias en pro del sustento monetario y la reproducción social, pero también bajo imaginarios de progreso y acumulación propias de la lógica de la modernidad y el mercado libre. Es decir, los modos de producción y relacionamiento social en campesinos-colonos combinan dos lógicas percibidas como inseparables, una como consecuencia de la otra: rentabilidad-progreso. No puede ignorarse que persisten aquí, como plantea Escobar, algunos de los “dualismos constituyentes de la modernidad (como humano-naturaleza, sociedad/comunidad-individuo) y sus preceptos básicos (el mercado, la propiedad privada, la eficiencia y el extractivismo del entorno)” (Escobar, 2014, pág. 58). La noción de *producción* encuentra entonces sus contradicciones y límites en el quehacer mismo de los campesinos de frontera que emprenden un proceso reflexivo y sensible. Sin embargo, por otro lado, los campesinos-colonos también identifican la *rentabilidad* como un modo de reproducción de vida extensivo a ellos y a los ecosistemas. En otras palabras: si estos actores no encuentran los medios del sustento para *sobrevivir* dentro de las lógicas del intercambio y las redes de mercado, entonces apuntan a la baja rentabilidad como el origen de esta carencia, cuyo mejoramiento requiere, a su vez, de la ampliación de superficies disponibles para cultivos y pasturas (entendidas como prácticas más *productivas*), resultando en la destrucción de los ecosistemas en pro del sustento de la vida en la finca únicamente a corto plazo y a título individual. Es por ello que el modelo emergente en este campo de *articulación entre rentabilidad y conservación* supone una estrategia de acople entre las dos lógicas que los campesinos instrumentalizan para confrontar el objetivo doble de sustento económico y ecológico, evitando que sigan siendo totalmente contrapuestas, pero sin resolver completamente la tensión intrínseca a ellas.

El impacto de las prácticas productivas da forma a la concepción de la biosfera por parte de los campesinos. Esta concepción entra en diálogo con su socialidad, su quehacer cotidiano y sus formas de ver el mundo, abriendo la puerta a posibles nuevos modelos ontológicos relacionales. Las prácticas de recuperación de ecosistemas de vida (condensadas en entidades o “seres tierra” como los rastrojos, los nacederos de agua, la materia orgánica, la hojarasca, la diversidad de especies del bosque, los suelos, la introducción de especies forestales protectoras y productoras) permiten hablar de “transiciones al postextractivismo”

como parte de los “Discursos de Transición”, cargados de “un sentido radical de la política” (Escobar, 2014, pág. 45).

También identifico con Boff (1996) que la noción de ecología es hoy un paradigma nuevo que emerge en experiencias como la de la frontera agropecuaria amazónica, en el caso estudiado del Guaviare. Se trata de una manera de “organizar el conjunto de relaciones de los seres humanos entre sí, con la naturaleza y con su sentido en este universo” (pág. 23). Cuando los campesinos emprenden las prácticas de recuperación, conservación y cuidado del bosque, están inaugurando “una nueva alianza basada en la veneración y la fraternidad”. El reconocimiento del bosque como sistema de vida, integrado a la finca, los paisajes y las redes ecosociales de los campesinos, permite redescubrir algunas de sus “raíces cósmicas” y su “ciudadanía terrestre” (pág. 23).

Otro de los argumentos que sitúan las experiencias y percepciones ambientales de los campesinos dentro de un Discurso de Transición es el reconocimiento de los otros seres no-humanos que se habitan el mismo ecosistema (**Imagen 8**). Descola (2013, pág. 87) ya incidió en la relevancia de las relaciones humanos-no humanos para trascender la dualidad naturaleza-cultura. La relación con estos no-humanos, los animales, dentro de las transformaciones ecológicas estudiadas, denota prácticas de cuidado del entorno, entendido éste nuevamente como una totalidad, un sistema sustento de vida para los campesinos, considerados ahora parte de aquella. El filósofo Gastón Bachelard afirmaba que “habitar” significa “llenarse un lugar, volviéndose parte de él”. Ingold, por su parte, insiste en que, como humanos, nuestra capacidad de entendimiento consiste en poder situar información, “comprenderla con el contexto de un compromiso perceptivo directo con nuestros entornos” (2002, pág. 21). Evidencias en los campesinos-colonos, tales como la interacción con los animales, el cuidado del espacio de vida, la no agresión, la siembra y la procura de alimento para los otros seres no-humanos, el entendimiento y aprovechamiento de sus beneficios ecosistémicos, o la sola contemplación, demuestran que la relación con el entorno deviene un proceso basado en la experiencia, el aprendizaje y la construcción de conocimiento “con” el entorno. Análogamente, Descola plantea que “los unos como los otros tienen entonces una visión integralmente cultural de su medioambiente en razón de una interioridad calcada de la de los humanos” (2013, pág. 90).

Como planteé en el apartado final de este capítulo, la ecología y la experiencia con el entorno, entendido como territorio, establece modos culturalmente configurados de construir identidad. El arraigo de la población rural guaviarensis también es atravesado por las experiencias de cuidado de este entorno del que se hace parte “junto con otros”. También emergen identidades grupales locales en los productores asociados a las asociaciones de productores, o entre *quienes estamos en este cuento de conservar*, o entre los que se adscriben conjuntamente a una iniciativa productiva: *mire que estas matas de sacha inchi, nos están uniendo mucho a un grupo de familias*. Por su parte, las lógicas de cuidado que planteo más arriba también revierten en la concepción de la identidad de estos actores sociales, que se reconocen ahora como *campesinos guaviarenses, guardianes del territorio o productores agroecológicos*, según los casos.

Finalmente, la conciencia ecológica tiene su sustento importante en la experiencia y los saberes que se construyen en ella. Estos elementos permiten redefinir la noción de ecología y aplicarla al caso estudiado. Ingold (2002, pág. 16) concluye que la ecología genuina emana de la experiencia vital sensible, los saberes que se generan en ella, y el compromiso con nuestros entornos. Una “ecología consciente” equivale pues al conocimiento fundamentado en la percepción del entorno.



*Imagen 8* "Los pájaros, ellos llegan y por la mañana cantan, vuelan por un lado y yo salgo por ahí, los veo. Ellos no se van lejos, me esperan... y se alimentan de mis árboles, de la comida que uno deja por ahí." Resto de árbol dentro de una finca con bosque en recuperación, triángulo de amortiguamiento de Chiribiquete.



## 4. Amañarse

Acabamos de recorrer la finca de Rosa y Mario. Una huerta de pancoger, tres hectáreas de caucho establecidas hace cinco años (*todavía les faltan tres, para que comience a dar*), unas cabezas de ganado al fondo. Un pedazo de bosque conservado con un nacedero de agua, un caballo a la entrada, y una bellísima casa de madera en el centro. Un jardín de innumerables flores que ambos se esmeran en sembrar y cuidar día a día. Conocen todos su nombres, orígenes, y cada planta, más soberbia y exótica que la de al lado, lleva asociada una historia que nos es contada con detalle y entusiasmo. Salieron de la coca hace tres años, como beneficiarios del PNIS, y tienen un trabajo en el caserío. Se relacionan con los vecinos de la vereda y de San José constantemente.

Pollos y patos, perros y gatos merodean por el comedero al aire libre mientras terminamos de conversar. Hemos entrado en confianza tras un día agradable de conocer la zona junto a Mario. Tras terminar, cuando se han ido los demás, éste me extiende el teléfono celular, que muestra una fotografía de un montón de arena fina y brillante.

- Usted, que es estudiado y está en la universidad, -me consulta- ¿sabe dónde podríamos mandar a analizar una muestra de esto?

- ¿Qué es esto? ¿Debe de ser...? - Intrigado, trato de adivinar. – No, no lo sé, ni lo uno ni lo otro. ¿Para qué quieren analizar esto?

- Pues sucede que hay un yacimiento por acá cerca, es un caño, donde hay este polvo, y creemos que es titanio. Necesitamos que alguna autoridad nos certifique la composición o algo de eso, para poder comenzar a extraerlo. De ahí nos toca pedirle permiso al grupo [armado] que controla la zona, y ver si es rentable.

Consigo entender lentamente, pero no salgo de mi asombro, y mi rostro me delata. Algo precipitado, expreso lo primero que se me viene a la cabeza:

- La verdad no conozco laboratorios de minerales, pero tampoco quisiera tener que ver con una nueva mina, porque los daños ambientales que...

Embravecido e indignado, mi interlocutor me interrumpe, da una sonora palmada sobre la mesa, y se levanta bruscamente de su silla, espetándome: *¡Pues entonces, sigamos siendo pobres!*

(Diario de Campo, 29 diciembre 2020)

Los campesinos-colonos guaviarenses se encuentran en un territorio excepcional, por sus condiciones ecológicas y sus posibilidades de vida, pero también por la importancia que se le adjudica a esta región desde diversos ángulos: los planes estatales de *desarrollo económico*, los apoyos de diversas instituciones

públicas y privadas y las numerosas acciones y despliegue motivado por la implementación de los Acuerdos de Paz. Esto se suma a los apoyos a los sistemas productivos desde la óptica de la extracción de recursos, e incluso a los planes de reforestación, intentos ya de largo recorrido para detener el avance de la frontera agropecuaria.

En medio de toda esta coyuntura, muy cambiante y dinámica en la actualidad, ¿qué necesitan y esperan estos campesinos guaviarenses que habitan el territorio como parte de la colonización asentada? ¿Qué anhelos y aspiraciones guardan realmente las personas en sus corazones? ¿Cómo conciben una vida digna de ser vivida en la ruralidad del Guaviare? ¿Qué acuerdos, discrepancias, contrastes y tensiones se dan entre dichas concepciones de vida y los planes e iniciativas macro para esta región? En la experiencia de campo, las expectativas y el horizonte de posibilidades en la vida de las personas con quienes me relacioné, demostraron ser ejes indispensables y esenciales en la construcción de una perspectiva etnográfica que aspiraba a entender el mundo ecosocial y las redes de significaciones a través de la mirada y el sentir de los “otros”. Es por ello que planteé un tercer objetivo investigativo, que atiendo en este capítulo, y consiste en explorar de qué manera las transformaciones en las prácticas productivas y las relaciones ecológicas pueden permitir modos de vida válidos para estos nuevos pobladores de la región, que dejen ver elementos propios del Buen Vivir alternativos al discurso del desarrollo.

## 4.1 El Estado y sus agencias: roles, presencias y percepciones

Los campesinos-colonos, desde hace décadas, han recibido y percibido la presencia del Estado de diferentes maneras. Desde los años setenta, éste ha implementado innumerables estrategias e intentos para resolver el problema socioeconómico y político de la colonización, y estabilizar la frontera agropecuaria. Para los modos de vida, las prácticas y las percepciones de los habitantes, ¿en qué se ha transformado este despliegue estatal? ¿Qué significados tiene y qué oportunidades abre?

Los requerimientos históricos de las poblaciones colono-campesinas de frontera agrícola en el Guaviare se centraban generalmente en una serie de elementos que hacían parte de las “listas de mercado” extendidas al Gobierno y las autoridades estatales: “el tema seguía para la mayoría de los campesinos: necesitábamos vías de comunicación, productos rentables y buen mercado, créditos baratos, centros de comercialización y, sobre todo, que discutieran con nosotros las alternativas” (Salgado, 2018, pág. 96). En la actualidad, sin embargo, el departamento cuenta con un abrumador despliegue de entidades, públicas y privadas, nacionales e internacionales, orientadas a apoyar la conservación ambiental, diferentes proyectos productivos y emprendimientos empresariales, y la tecnificación del campo, así como a promover la seguridad alimentaria y monitorear la deforestación y la seguridad en la zona. Además, y como ya describí en parte, de los Acuerdos de Paz se deriva todo un despliegue de estrategias y entidades relacionan la paz y estabilidad en la región con los conflictos de que trato en este trabajo.

Entre programas y entidades, el Guaviare aloja una larga lista, de las cuales algunas tienen décadas de presencia, mientras que otras, pocos años, derivados de la reciente aprobación de los Acuerdos de Paz<sup>86</sup>,

---

<sup>86</sup> El punto 1 del Acuerdo de Paz incluye la formulación de Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET). Los PDET tienen por objetivo “lograr la *transformación estructural* del campo y el ámbito rural, *asegurar el bienestar y el Buen Vivir de la población en zonas rurales*, hacer efectivos sus derechos políticos, económicos, sociales y



en 2016. La lista es larga y no se limita las siguientes: el Programa Visión Amazonía, Caminemos Territorio Sostenible (dependientes de la cooperación europea), la CDA, la UBPD<sup>87</sup>, la JEP<sup>88</sup>, la cooperación europea<sup>89</sup> o estadounidense<sup>90</sup> (ente otras), numerosas ONG como FCDS, Andina, Acción contra el hambre, GEF Corazón Amazonía y otras; varias agencias del sistema de Naciones Unidas (como la Misión de Verificación, PNUD, FAO, ONUDDHH y UNDCP, UNESCO), y las nacionales como el Instituto Sinchi, la ARN o la UPRA<sup>91</sup>. Se trata de un conjunto de organizaciones e instituciones sin precedentes en una región que, hasta hace muy poco, en parte estaba aislada, y en parte, olvidada y despojada del mapa para los colombianos.

Mosse (2005) identifica que entre las leyes producidas desde la centralidad del Estado hasta los actores, existen “cadenas de producción” que establecen rutas entre ambos extremos a través de las cuales fluyen no sólo mercancías y productos, sino ideologías, imaginarios, roles de poder y fuerzas políticas. Esto deja en un extremo de la cadena a la población local, mientras que sobre ella se descargan responsabilidades de manera unilateral. Es por ello que sus percepciones del despliegue estatal (y en general, institucional, sea público o privado) deben también fluir por dichos canales y situar (y delimitar) el rol campesino en los conflictos por la tierra y la sostenibilidad de la vida en la frontera agrícola. Las percepciones son dispares:

*Siempre es el campesino al que le dicen que está molestando o haciendo daños por allá... El campesino solo no puede hacer absolutamente nada. Hace falta que haya organizaciones no gubernamentales, que lo estén apoyando. A uno, que lo protejan, que nos den capacitaciones, enseñarnos a trabajar sin hacer tanto daño, pa' poder seguir... En Colombia ha habido muchos programas buenos, pero mire cómo seguimos.*

*Esa conciencia se gana con apoyo. Si nos apoyaran con recursos, en vez de robarse la plata... El mismo Estado ha estado ahí como pendiente, presionando a hacer el daño. Nosotros no somos los que hacemos el daño.*

*Uno hace con las uñas lo que puede y cuida lo que puede... Hay muchas organizaciones, diferentes, que son de las minorías y que le colaboran a uno, y que están para eso, para proteger... más bien con ellos sí me voy.*

Del otro lado de la “cadena de producción”, se tienen las agencias y los apoyos volcados sobre el territorio. Las percepciones negativas actualmente apuntan a la impotencia, el sentimiento de que los avances son pocos, el abandono, la sensación de inoperatividad, corrupción y desarticulación. No pocos campesinos han recibido apoyos específicos, desde capacitaciones hasta insumos y estímulos económicos para emprendimientos productivos.

---

culturales, revertir los efectos de la miseria y el conflicto, desarrollar la economía campesina y familiar y *promover las formas propias de producción de las comunidades*” (ARN, 2019) (el resaltado es mío). Además, el primer punto del Acuerdo de Paz y el Plan Departamental de Ordenamiento Territorial coinciden en “establecer límites a la frontera agrícola”.

<sup>87</sup> Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas.

<sup>88</sup> Jurisdicción Especial para la Paz.

<sup>89</sup> Agencias como el Fondo Sueco Noruego de Cooperación con la Sociedad Civil Colombiana o la alemana GIZ.

<sup>90</sup> Representada por la USAID.

<sup>91</sup> Unidad de Planificación Regional Agropecuaria.

*Iniciativas anteriores al Acuerdo de paz, como Caminemos territorios sostenible llegaron tratando de concientizar a la gente de volvernos amistosos con el medio ambiente, y no verlo como un enemigo. Esto supuso un primer intento de trabajar los sistemas productivos compatibles con el bosque. Del lado público, las agencias de apoyo como el Sinchi, la ARN o la UPRA nos llevaron a entender que era el Gobierno quien podía apoyarnos en temas de territorio, de ordenamiento, de uso del suelo, porque esto es lo que para muchos de nosotros se convierte en un limitante para la producción.*

En general, una de las principales críticas al sistema de apoyos, cuya conclusión comparto, es que el conjunto abrumador de ayudas y agencias actúan con una notable desarticulación, generalmente independientes y dislocadas unas de otras:

*Por ejemplo, cuando hablamos del PNIS, no coincide con este o aquel proyecto, igual que Visión Amazonía, y otros tantos que ya no recuerdo. No consiguen ningún impacto, pues están desarticulados, y cada uno busca implementar su proyecto, si acaso, pero ante todo, obtener su contrato.*

Todo este despliegue de agencias, apoyos y ayudas permite replantear la pregunta de “¿qué necesita el Guaviare?”. A continuación, desarrollo algunos elementos de reflexión sobre cómo estas propuestas no se limitan a prácticas y desarrollos materiales, sino que también están representando ciertas tendencias del paradigma del desarrollo cargadas de discursos e ideologías que hoy el caso del Guaviare permite cuestionar.

## 4.2 El desarrollo en cuestión

*La buena luz, la buena agua, la buena vida.*

El personaje Armando Montaña Ríos (Salgado, 2018) relata que, durante las primeras décadas de la colonización, el Estado no llegaba nunca a los caseríos del Guaviare. Las vías de acceso y comercialización (caños, ríos y trochas) no eran adecuadas, y el abandono y el desinterés eran notorios. El Estado sólo llegaba cuando iba a reprimir con el ejército. Durante los primeros años de la colonización, las peticiones básicas o “listas de mercado” de los colonos eran ignoradas. La población rural recientemente asentada fue saliendo adelante como pudo... Hasta que llegó la coca, y su nivel de ingresos aumentó. Cada caserío y finca fue obteniendo sus propias plantas generadoras de electricidad y sus motores fuera de borda para las embarcaciones, con los cuales podían sacar la mercancía por vía fluvial. La calidad de vida de los habitantes rurales incrementó. Pero lo más curioso fue que, en esta coyuntura, los colonos dejaron de preocuparse por el estado de las trochas, su arreglo dejó de formar parte de las listas de mercado: las trochas ya no servían para sacar la cosecha sino, más bien, eran la vía por donde llegaba el ejército a fumigar y perseguir los cultivos de coca.

En los diferentes territorios del mundo donde emerge la producción de cultivos ilícitos, se da una serie generalidades, que Windle (2016), a partir de nueve casos de éxito en la erradicación de cultivos de amapola, recoge y sintetiza en cinco factores: la presencia estatal continuada en regiones remotas y/o aisladas; la percepción de la erradicación como un interés real y prioritario; la implementación de medidas

de contención y apoyo, e incentivos a la erradicación que sean justos y percibidos como beneficiosos por la población rural; la capacidad de monitoreo y el refuerzo en la aplicación de la ley.

La situación de abandono a día de hoy ha cambiado hasta cierto punto, y el Estado tiene mayor presencia en una parte del departamento, si bien se trata de un territorio extenso, con difíciles accesos, en su mayoría de bosque, y con presencia de numerosos grupos armados activos. Los Acuerdos de Paz abrieron recientemente un nuevo panorama de posibilidades y normalización del territorio. Sin embargo, algunos problemas estructurales del Guaviare permanecen: la tierra sigue concentrada en grandes superficies (normalmente dedicados a la ganadería extensiva y los monocultivos), el pequeño campesino tiende a seguir tumbando para implementar volúmenes pequeños y medianos de ganado, las vías de acceso siguen siendo arduas para el transporte de mercancías, y los mercados mayoritarios, con la excepción de la carne, no terminan de asegurar la compra de muchas alternativas productivas.

En la actualidad, las aspiraciones del común denominador de los campesinos-colonos son las de *progresar* con base en el acceso a ingresos monetarios y ciertas mejoras materiales y de tecnificación: el acceso al agua, la electricidad, las vías y la conexión telemática. Estas han sido tomadas en cuenta por el Estado y algunas agencias, y en los últimos años las condiciones técnicas han ido implementándose. Un campesino de la Lindosa me compartía la expresión que abre este apartado: *la buena luz, la buena agua, la buena vida*. Se trata de demandas antiguas en el departamento que emanan del tipo de población que migró, de sus necesidades y de las circunstancias particulares de asentamiento.

En efecto, la llegada de la electricidad ha respondido a una de las principales demandas de los pobladores. Hoy en día, esta energía llega mediante cable incluso hasta ciertas zonas de la frontera agrícola (Calamar y Cristalina) y a zonas de la Trocha Ganadera, mientras que, en otras veredas (como La Carpa, a orillas del Guayabero) cuentan con tendido eléctrico aunque todavía no fluye amperaje por él. Mientras no llega tendido eléctrico de la red nacional a las veredas y fincas, estas emplean plantas electrógenas o, en algunos casos, paneles solares con instalación de baterías de bajo voltaje.

El acceso al agua, como mostré antes, se basa en la cercanía de caños, el bombeo de agua o la construcción de un pozo o reservorio para acceder al agua subterránea. Con ello se realizan las tareas de la casa, se alimenta a los animales si no cuentan con bebederos naturales, y, ante todo, se cocina y se toma.

En cuanto a las buenas vías de acceso, en su demanda se condensan, también hoy, los reclamos por el *desarrollo*. El mejor o peor estado de las trochas constituye, para la población de las veredas, el símbolo del nivel de conexión con las demás fincas y los cascos urbanos. De modo que concebir las actividades productivas, ya sean para la venta local o la comercialización, está estrechamente condicionado con *la trocha*. Por la trocha también se visita a familiares y amigos, se pasea de un caserío a otro para atender un mandado, acudir a la escuela o al centro de salud veredales, o jugar unos billares tras la jornada de trabajo o la larga semana.

Algo similar sucede con las conexiones telemáticas: la *señal* de teléfono constituye una medición del nivel de *desarrollo* que tiene un sector, pues facilita muchas operaciones, transacciones y, por supuesto, relaciones sociales de toda índole dentro y fuera del departamento. Una parte nada despreciable de éste cuenta con acceso a señal de teléfono. En muchos caseríos y fincas, se instala un puesto improvisado de escritorio, formado por silla, sombrilla y, en ocasiones, mesa, en el lugar que, de manera empírica, demuestra captar algo de las débiles señales electromagnéticas que llegan.

*Las dificultades aquí son la comunicación, lo que es el Internet, la señal telefónica... Todo eso. Y que el aprendizaje de los muchachos en la escuela o en los colegios que tenemos por acá es más diferente a la de los cascos urbanos. Hay muchos pelaítos en la ciudad que ya saben manejar un computador, que un teléfono, palante y patrás. Y un pelaíto de estos acá no sabe ni prender un computador. Esa es como la diferencia y la dificultad nuestra del campo.*

El acceso a las comunicaciones, los desplazamientos, la energía eléctrica y el agua son ese tipo de mejoras materiales tan reclamadas por la población asentada en los frentes de colonización, y preconizadas por la promesa del desarrollo. Sin embargo, se trata en buena parte de condiciones mínimas para una vida de cierta calidad en el campo: es cuando estas necesidades están cubiertas (o incluso antes) cuando emerge la demanda y el consumo de lo que Escobar denomina la “mercantilización y tecnificación de la sociedad” como característica central de la historia moderna capitalista (2004, págs. 21-24).

Sin embargo, otras demandas básicas de la población<sup>92</sup> son más difíciles de responder. En la actualidad, el acceso a una salud de calidad y con garantías para la población rural está realmente limitado. Existen brigadas de salud que cada mes o varios meses visitan los caseríos y las veredas, permitiendo revisiones básicas, diagnósticos y tratamientos sencillos. Para asuntos mayores, los campesinos deben desplazarse al hospital de San José y, en caso de intervención o gravedad, ser derivados a Villavicencio o Bogotá. Algo similar sucede con el acceso a la educación básica rural: existen escuelas veredales, en algunos casos, hasta nivel once.

El *desarrollo*, en un primer nivel, es visto por la mayoría de los campesinos como sinónimo de progreso, de mejora de sus condiciones materiales de vida. Todos saben que existen una serie de ayudas a las cuales algunos alcanzan a acceder, sea a nivel individual o colectivo. El departamento ha visto pasar innumerables proyectos que traían insumos para apoyar y tecnificar la producción, y que proveían infinidad de materiales, algunos en uso, otros en desuso: maderas, alambre, motobombas, mangueras, tanques, techos, cable, cemento y un largo etcétera. Un campesino me compartía cómo él había ido registrando, con fotos y videos, insumos y materiales en desuso, arrumados bajo techo. Por un lado, se trata de repositorios y fondos de reserva que permiten ser empleados en otro momento y abren posibilidades a nuevas inversiones y arreglos requeridos en la finca. Por otro, estos insumos se van degradando, se dañan, y perpetúan la lógica individual de acumulación de bienes y capital, impidiendo posibles esquemas de comunalidad, azuzados por las largas distancias entre fincas y, en ocasiones también la desconfianza.

Desde las asociaciones de productores, en particular, se accede a ayudas y apoyo de *programas de desarrollo y tecnificación del campo*, actualmente en curso: *buscamos cualquier cosa que nos permita visibilizarnos como alternativa de desarrollo. Posicionar nuestro esfuerzo productivo como una línea más del departamento*. Las asociaciones suelen canalizar deseos y proyectos vinculados al desarrollo de la región, y que dialogan con las propuestas estatales e internacionales, materializadas en instituciones como la CDA y programas como Visión Amazonia<sup>93</sup>.

---

<sup>92</sup> La cuestión del acceso a la salud rural y a la educación y primera infancia rural, excede el alcance de este trabajo.

<sup>93</sup> El pilar 3 de Visión Amazonia es el “Desarrollo agroambiental”, que “promueve prácticas de producción sostenibles y alternativas; fortalece cadenas productivas de carne, leche, caucho, cacao maderables y no maderables; promueve alianzas productivas sostenibles, asiste a los productores en manejo a la finca amazónica, mejora el acceso al crédito con incentivos a la conservación del bosque y posibilita el acceso de los productores a los mercados”.

Por otro lado, como he mencionado, el turismo está configurándose como una suerte de industria regional de grandes posibilidades, que integra crecientemente al departamento con el resto del país en un contexto novedoso de relativa paz. Si se parte de un enfoque verdaderamente ecoturístico, que promueve la conservación de la naturaleza, y comunitario y participativo, que permite la justa distribución económica entre muchas fincas de un sector, este eje de actividad económica puede suponer una opción viable, justa y ecosistémicamente sostenible a futuro. Quisiera no obstante llamar la atención del carácter con frecuencia hegemónico de esta actividad, de nuevo asociada a grandes o medianos capitales, no siempre comunales sino más frecuentemente vinculados a élites locales o nacionales, que responden a nuevas estrategias de mercado bajo la supuesta lógica de *atraer turistas*, pero que tienden a desconfigurar estructuras participativas en veredas y a exotizar la alteridad, sea esta la del “campesino” o el habitante rural, el “colono” o el “indígena”.

Aparte de todo esto, otros frentes del paradigma del desarrollo acompañan la mejora de las condiciones materiales de vida de los campesinos. La salida de la economía de la coca en una parte del departamento del Guaviare, junto con la reciente apertura del departamento al resto del país, hace que nuevas olas extractivistas comiencen a otear este territorio. Una suerte de “cultura” o conjunto de disposiciones ante las bonanzas, los rápidos, cuantiosos y frecuentes ingresos, y la compra segura, ha dejado huella desde los años ochenta, haciendo del territorio y sus pobladores carne de cañón ante la potencial entrada de proyectos de explotación de petróleo, coltán, oro, madera, tierras raras y otros minerales y recursos susceptibles de explotación. Hoy en día, estos proyectos se discuten a nivel nacional y departamental, y a los oídos de los campesinos llegan constantemente rumores de “la siguiente bonanza por venir”, en un panorama de necesidad y *acceso a mayores ingresos* para los pequeños productores:

*Aquí hay personas que, donde les llegue trabajo, donde haiga buen dinero, van a decir que sí. A ellos no les va a importar dejar de ordeñar, de estar madrugando, molestando con el ganado y dele a todo eso... Y aburridos ya de estar en ese trabajo... Donde venga una entidad y les diga “le voy a dar tres millones de pesos cada veinticinco días”, porque eso paga una multinacional, y cualquiera le hace, porque necesitan. Son personas que han sido aporreadas. Para nadie es un secreto que esto fue coquero. La gente está acostumbrada a que la plata llegaba así de rápido. No se sembraba la yuca, traían el plátano del pueblo, pasaban los carros del pueblo para la finca con el plátano y la yuca, porque era más fácil comprarlo allí que producirlo acá, porque no les quedaba tiempo, porque tocaba era producir coca. Hoy en día ya no se ve eso, y como no se ve eso, no hay dinero. Volvimos y ya la gente volvió a sembrar un poco de comida, están los que tienen sus pollos, sus marranitos... Es diferente a la economía que había hace aproximadamente diez años atrás. Pero entonces, ¿qué pasa? Pues ahora, que llegue una oportunidad de una empresa minera, llámese la que sea, con recursos, a darle a usted trabajo, pagándole dos o tres millones de pesos... ¡Hombre, cualquiera lo hace!*

La realidad es que, a la apertura de esta región a *los mercados* y la entrada de instituciones, le sigue la aparición de corporaciones ávidas de acceder a la explotación de recursos naturales. Y es un hecho que estos proyectos extractivos siempre dicen venir acompañados de la mencionada mejora en las condiciones materiales de vida:

*Yo no estaría de acuerdo que entrara ninguna clase de minería, ni siquiera de petrolíferos, ni siquiera de oro... Porque aquí hay oro, hay coltán en la región, más selva adentro, o en la zona del Guayabero*

*o El Capricho. Tenemos la mina de asfalto y, si hay asfalto, hay petróleo. Imagínese usted... ¿Usted cree que es gratis? Las [vías] pavimentadas que vienen no son gratis. Esos no son regalos.*

Si bien la única vía en actual proceso de pavimentación es la del eje San José-Retorno-Calamar<sup>94</sup>, la pavimentación de las trochas y vías secundarias respondería a un reclamo de algunos habitantes rurales del territorio y, por ello, podría erigirse como un argumento para la entrada de actividades extractivas.

El principal conflicto en potencia es la degradación de los ecosistemas, ante lo cual las instituciones justifican su actividad mediante las consabidas *regalías* e inversión local.

*Si en este momento llegara, un ejemplo, Ecopetrol, va a llegar con un proyecto de mejoramiento de vivienda. También hacen proyectos de reforestación, de maderables. Pero cuando nos demos cuenta, ya están explotando, destruyendo por acá todo lo demás. Ese petróleo y el desarrollo no trae riquezas, sino miserias.*

Se trata de un panorama actualmente incierto pero, habida cuenta de los testimonios y la coyuntura actual en el departamento, en gestación también.

Es por ello que urge explorar modos más amigables de habitar el territorio y producir a partir de él. Considero que la etnografía y el encuentro más estrecho con los otros, permiten entender mejor los problemas y los significados asignados a sus necesidades y aspiraciones. Pero además, permite vislumbrar, destacar y revalorizar aspectos de la vida a los cuales sus protagonistas les asignan valor, disfrute y bienestar. Son estas percepciones locales y situadas las que pueden ilustrar, desde la ecología política, modelos de vida alternativos a las lógicas del desarrollo basadas en la modernización, la extracción ilimitada de recursos, el crecimiento, acumulación material y los patrones de consumo descontrolados.

### 4.3 *Por acá es un vividero*

*Y usted Alejo, ¿qué? ¿Ya se amañó por acá? Llegó fue a fundarse...*

La vida en el campo es *sabrosa; dura, pero sabrosa*. Los campesinos-colonos con quienes me relacioné me recibieron más de una vez en sus hogares, sus fincas. Con el tiempo, fui comprendiendo que la migración a cascos urbanos, si no a grandes ciudades, no es su deseo. De hecho, sería un drama, como lo es la realidad de millones de desplazados internos que dejaron el campo para rehacer su vida en la ciudad. La ciudad para ellos, es sinónimos de una peor vida y, añadiré, de pobreza, tristeza y exclusión.

El sentimiento de pertenencia que se ha desarrollado en esta nueva vida de los campesinos-colonos desde su llegada al Guaviare, es más que notorio. Compartir con ellos espacios de convivencia, trabajo, ocio y conversación, me dejó ver el arraigo que en pocas décadas han construido. Esto sustenta parcialmente el argumento de que la colonización está asentada en una parte del Guaviare, pues las personas, como agentes, asumen sus fincas como su centro, sus hogares, y desde allí piensan la vida y despliegan campos

---

<sup>94</sup> Durante mi trabajo de campo, año 2021, pude atestiguar los avances en la pavimentación de esta vía: al iniciar, la pavimentación estaba terminada sólo hasta el kilómetro 5, mientras que, a principios de 2022, la pavimentación ya llegaba a pocos kilómetros del casco urbano de El Retorno.

de acción a lo ancho del territorio. Otros elementos permiten dar cuenta del arraigo identitario y la proyección hacia futuro de sus habitantes más recientes.

El cuidado y mejoramiento de la finca resulta ser el símbolo del apego al territorio y la proyección de vida en él. En la finca se procura el arreglo, el mantenimiento y el embellecimiento de los linderos y la entrada, los senderos, corrales, el patio y el jardín, y por supuesto, la casa (**Imagen 9**). El primer signo de apego a la finca como centro de vida es el cuidado de la casa. Las casas siguen siendo objeto de reparaciones, mejoras y decoraciones. Durante mi estancia en campo, pude visitar hogares en diferentes momentos, y con varios meses de diferencia. Entre una visita y otra, detectaba cambios, pequeñas obras, arreglos: nuevos baños, cambios de cocina, mesas y comedores, mejor iluminación, mejoras en el piso, puertas o ventanas. De modo que los campesinos denotan el deseo de estar cada vez más cómodos en el hogar según unos parámetros de bienestar material, pero también, por el embellecimiento del lugar, procurando una experiencia estética cotidiana amable, bella y armoniosa, de acuerdo con sus gustos. Es por ello que las casas se han venido pintando de colores, incluso con murales y grafitis que evocan la naturaleza de la que se rodean, especialmente sus animales.



**Imagen 9** El cuidado y el embellecimiento. Cocina y jardín de casa, vereda Cerro Azul. Fotografía: Germán González / Alejandro Garcés.

También los jardines y el patio alrededor de la casa son objeto de cuidado y embellecimiento. Los habitantes dedican un tiempo y una energía a recolectar plantas, muchas florales, para disponer alrededor de la casa en el suelo o materas. Al llegar un visitante, a quien generalmente reciben con una *preparada*, los anfitriones dedican unos minutos a mostrar las flores y comentarlas. Para quien visita, la explosión de colores y olores alrededor de la casa hace justicia al trabajo invertido y a la biodiversidad de la región, donde pueden darse infinidad de especies botánicas originarias y tienen cabida otras tantas foráneas (**Imagen 50**).

Estas mejoras, cuidados y embellecimiento del lugar, suponen un contraste con el entorno selvático y el carácter agreste (y ante todo, desolador) de los espacios hasta hace poco recién tumbados e incluso quemados, cuando la casa *antes estaba rodeada de descumbre y uno vivía entre el monte, la coca y el potrero*.

La finca resulta, pues, el primer espacio de vida, de cuidado, de pervivencia y de producción del alimento propio y las relaciones sociales. Abandonarla no es una opción deseada, porque *qué tristeza tener que dejar uno todo lo que ha construido aquí e irse pa' la ciudad a mamar pobreza:*

*Nosotros le hacemos a trabajar para hacer cercas, a limpiar potreros, a sacar madera. Bueno, a lo que sea. Eso ya uno, con un pedacito de tierra, ya uno se dedica a hacer el trabajo de la casa, y ya no se puede uno ir de aquí.*

La finca en el campo ofrece confort y tranquilidad, y los campesinos construyen diferencia y valor respecto de la vida en *el pueblo* con base en elementos de la vida cotidiana:

*Vaya usted al pueblo y fíjese el calor, ¡se asa! A toda hora con ventiladores. Yo aquí no necesito ventiladores, yo me voy con una sillita debajo de un palo o la hamaquita, y ya. Eso no lo hace usted en el pueblo. Son las diferencias de vivir en paz, tranquilo y relajado.*

La tranquilidad también viene asociada a aspectos de la reproducción social y el cuidado del núcleo familiar, que es como suele estar constituida la familia campesina durante la niñez de los hijos:

*Acá es más tranquilo y podemos trabajar y sacar la familia adelante acompañados. No estar como en otras partes, que le toca al padre o a la mamá trabajar, quedan los hijos solos y muchas veces ni los miran en días. Acá es especial, porque yo puedo trabajar con mi familia y estar pendiente también de los hijos. Y entre todos nos ayudamos.*

Y sin embargo, siempre emerge la cuestión de la *dura* actividad agrícola a cambio de evitar los estilos de trabajo urbanos o las lógicas económicas que los cultivos permiten suplantar.

*La tranquilidad del campo. Es una tranquilidad inmensa, porque usted siembra lo que usted quiere cosechar para su consumo. Y la comida es natural. Sí es dura, porque toca trabajar duro para uno poder cultivar, pero acá no hay créditos porque los bancos tienen intereses muy altos, entonces uno para sacar un crédito para cultivar, no, no da. Todo a fuerza bruta, o sea, uno de pobre.*

*Lo importante es que uno pueda desarrollar un proyecto bien, que pueda tenerlo bien cultivado, bien organizado, o que pueda decir "esto me genera ayuda"... Pero también hay que invertirlo, trabajar duro, toca trabajar duro.*

El trabajo resulta un elemento central en la actividad campesina y define decisiones y rumbos de vida. El estilo de vida supone un elemento de contraste profundo entre el otro y el yo en la experiencia inmersiva con estos sujetos, entre nuestras identidades.

*Ya mis hijos son nacidos acá, y como no tengo más pa' donde irme, pues aquí me quedo y es que aquí uno... la persona que esté acostumbrada a trabajar, aquí vive uno sabroso [...] eso sí, el que esté acostumbrado a trabajar, el que no, después de la culminación de la coca, que se acabó la coca se puede decir. El que no está acostumbrado a trabajar es el que se va.*

La vida en el campo guaviarense es impactante. Es dura y es bella a la vez. Los campesinos aquí navegan unas experiencias cotidianas totalmente alejadas de aquellas a las que estoy acostumbrado, incluso de otras experiencias rurales que he tenido en mi recorrido por la Colombia rural profunda. Estas personas no sólo saben mucho, sino que tienen una tenacidad y una fuerza que me impresionan, me desbordan. Me siento débil e inútil a su lado. Ellos me ponen a prueba,



les impresiona mi osadía y mi acercamiento a sus vidas, mi aguante ante ciertas actividades, como el trabajo en el campo, la trocha o el camino. Pero también se ríen de mí, despliegan sutiles estrategias de resistencia y construcción de diferencia, fronteras identitarias. Se desmarcan del débil sujeto urbano y académico. Compartimos algunas preguntas, y eso nos acerca, permite un encuentro y la posible unión de fuerzas entre nosotros. Pero somos diferentes. Ellos están hechos de otro material, forjados entre el yunque de la lejanía y la autonomía, y el martillo del maltrato estatal y estructural. Por eso es que la vida campesina no debe mitificarse ni exotizarse. Estas personas resuelven su incertidumbre con sus propios medios, se alimentan a sí mismos, pero su futuro próximo depende de tantos factores que la incertidumbre a veces resulta una escala o dos por encima de una vida sobre el asfalto. Asomarme a su vida es hacerlo sobre una especie de abismo de la inconmensurabilidad, sobre un libro que no lograré entender desde mi totalidad. (Diario de campo, 15 octubre 2021)

Con el tiempo y la necesidad de encontrar cierta paz vital, comencé a relativizar los valores de la vida urbana y a revalorizar (sin exaltar ni mitificar) la cotidianidad que mis interlocutores tenían. Ante todo, terminé apreciando profundamente el valor que ellos le dan a su cotidianidad (**Imagen 51**). Si la antropología es alcanzar a ver el mundo de los otros (y el propio) a través de sus ojos, entonces considero que la larga estancia en campo me permitió atravesar un verdadero ejercicio antropológico.

*El campo lo quiere a uno y uno quiere el campo. Ya aquí, se muere uno feliz porque, ¿quién lo ofende a uno? Respira aire puro, todo lo que cultiva uno lo come fresco. No tiene ningún inconveniente. Esa gente que está en las ciudades, son los que están sufriendo ahorita. Porque con esta hambruna y no hay quien trabaje el campo, entonces yo pienso que dentro de diez, veinte años... Yo no sé cómo se irá a mantener la gente allá.*

Por último, por las redes sociales desplegadas y construidas entre los habitantes rurales, discurren otros dones no materiales que trascienden la visión clásica de la economía y los sitúan en el ámbito de la economía moral. En el capítulo 2 explicaba que la circulación de productos se da por varios canales, uno de ellos definido por el intercambio en los entornos sociales locales (veredas, caseríos, y especialmente, entre vecinos de la zona). La producción de las alternativas económicas no suple únicamente la necesidad de vender en los mercados locales o comercializar fuera de ellos: existe un intercambio que no tiene una contraparte monetaria, sino que, entre vecinos, se establece un don cuando estos intercambian algunos de estos productos, sean de los cultivos comerciales o de las huertas de pancoger. El don, materializado en frutos y alimentos entre vecinos, debe ser recibido y devuelto (**Imagen 52**). Pero, una vez más, esta devolución no se limita a un equivalente en capital, sino que los dones toman formas sociales de favores, ayudas, herramientas, informaciones, atenciones y trabajo colaborativo. Estos dones forjan complicidades, afectos y solidaridad entre quienes habitan un mismo territorio. Siendo el Guaviare una región que ha vivido el conflicto desde décadas atrás, la tendencia es a la desconfianza entre cercanos y más aún hacia los foráneos. Sin embargo, la lógica territorial de la finca y la propiedad individuada del territorio, en un contexto de búsqueda de paz, da lugar a complicidades más recientes sobre las cuales se construyen canales de dones, que pueden tomar la forma de protegerse entre sí y respetar las diferencias.

*Acá estamos es buscando la reconciliación y la paz, porque ya no queremos más guerra, sino que podamos vivir en armonía: ayudándole al vecino, a la persona que está ahí, que de pronto en su momento hizo daño, pero que ahora la idea es unificar esas fuerzas para poder salir adelante.*

*Yo hago parte de aquí, de la Junta de Acción Comunal de esta vereda. Entonces, yo hago parte del medio ambiente, y en las reuniones, eso es lo que les digo: que dejen de sembrar pensando en negocio. Y si no les gusta, pues ni modos. Pero yo lo hablo desde el punto de vista personal, porque yo respeto lo que hacen los vecinos. Yo respeto que usted sea ganadero. Eso también es hermoso, trabajar en armonía con los vecinos y no pelear con nadie.*

Estas relaciones de complicidad nutren una economía moral en tiempos de incertidumbre tras periodos de conflicto. También, el imaginario de progreso vehicula los anhelos de paz que sustentan la complicidad, los favores, e incluso la gestión responsable o estratégica de los *chismes*. En última instancia, este imaginario, en su versión material y acumulativa, entra en cuestión cuando las relaciones de amistad y complicidad operan, y sobre ellas circulan otros dones. Como me dijo una vez un campesino en su casa: *¿Para qué quiero dinero pudiendo tenerlo a usted de amigo y poder llamarlo cuando necesito algo?* La *amistad* moviliza patrones de solidaridad y complicidad, a través de las redes de la economía moral. Es por ello pertinente preguntarse, con Estoile (2014, pág. 62), si los campesinos de las veredas son actores sociales utilitarios que buscan maximizar los resultados a partir de sus decisiones, criterios y valores adjudicados; o si, por el contrario, en contextos de incertidumbre, hay algo más en juego.

#### **4.4 Que les quede algo a mis hijos**

¿Cómo perciben sus habitantes el futuro próximo del Guaviare? ¿Qué anhelos, expectativas e incertidumbres los atraviesan? Quise cerrar este último capítulo con un análisis de estas percepciones profundas relacionadas con los modos de producir y habitar el territorio.

El futuro del Guaviare es, en algunos aspectos, incierto. Quizás hoy lo es menos que en tiempos primigenios de la colonización, cuando el poblamiento estaba comenzando y la incertidumbre nublaba cualquier expectativa sensata:

El colono es un hombre que busca desesperadamente dejar atrás su pasado, y hay en él una silenciosa conciencia de que sus privaciones serán recompensadas. Vive de esa esperanza. Asume su adversidad cotidiana con la entereza de quien se sabe un pionero. Todo paso que da es siempre una primera piedra (Molano, 1992, pág. 16).

La visión de futuro es omnipresente en la realidad de los campesinos-colonos. Se trata de una fuerza motora que parece inherente, consustancial a quienes buscaron un lugar donde vivir en su discurrir:

El campesino, desde que emprendió su caminar en búsqueda de la tierra prometida por las nuevas legislaciones, nunca dejó de soñar en su futuro. Desde que descuajó el primer árbol con su hacha, el campesino depositó parte de su ser, de sus sueños y sus esperanzas. En cada trabajo realizado, el campesino estaba labrando su futuro, construyendo su territorio y tejiendo su identidad y pertenencia (Salgado, 2012, pág. 39).

En lo más cercano, la finca se erige como un espacio de reproducción social, un foco de cuidado, inversión y dedicación cotidiana, de la cual se espera el mejoramiento de las condiciones de vida, el acceso a productos valiosos (y sanos), y su venta.

*Los que hemos venido haciendo esto [en la finca] es trabajar en lo que ya tenemos descumbrado, tumbado. Tenemos rastrojo entre nosotros, tumbamos de a poquito y sembramos la comida que necesitamos para las gallinas, para unas vaquitas y para nosotros. Y va uno haciendo una escala en el rastrojo para que nunca se acabe, que vaya habiendo dónde sembrar. Y sembrando arbolitos. Esta mañana con los niños sembraron unos naranjos, mangos y maní.*

Este testimonio da cuenta de que la intervención en el bosque no siempre será nula, sino que se articula con espacios intervenidos y en paralelo se trabaja en despejar unas zonas mientras otras se recuperan. Si bien la frontera agropecuaria no debería avanzar bajo estos supuestos, existe el riesgo de que el balance descumbrado-recuperación sea negativo. Además, no comparto en absoluto la idea de una hectárea descumbrada equivale a una hectárea recuperada: el bosque primario tiene muchísimo más valor que el bosque secundario y, por supuesto, que los rastrojos o zonas en recuperación inicial. Además, los daños ambientales por despejar una zona ya recuperada son importantes. Por ello, lo ideal es, en caso de requerir despejar una zona, planificar el conjunto de zonas requeridas para trabajar, y delimitar y cuantificar cuáles serán antes de cualquier intervención destructiva. El equilibrio agregado debe ser favorable y las alternativas productivas planteadas siempre deben explorarse para arrojar alternativas al descumbrado.

En todo caso, la finca es el producto del trabajo que revierte en cuidados al núcleo que lo habita. La *rentabilidad* se perfila, dentro de estos modos de vida campesina, como el elemento que trae estabilidad y bienestar, y prevalece por encima de los demás elementos que sustentan el cuidado y la reproducción social ya mencionados:

*Yo lo que busco es una finca productiva, que produzca, y que me produzca bienestar para mis hijos, o que si yo quisiera tener un carro... Porque la finca me tiene que producir. Es en eso que le pensamos trabajar, para que ella sea así de productiva, porque eso toca no solamente pensarlo, sino que es trabajar.*

En estas aspiraciones, se vincula el bienestar material a la productividad y el esfuerzo, y ambas se asocian al bienestar de la progenie y su futuro. La adquisición de bienes materiales simboliza y evidencian el progreso y la proyección social en los entornos locales.

De manera particular, la *finca integral* ya analizada también aglutina las aspiraciones de *rentabilidad*, *bienestar*, *seguridad alimentaria*, y *sostenibilidad ambiental*, todos ellos vinculados a la noción de “futuro” y “espera”. Estos valores están aquí citados en un orden decreciente de importancia para la colonización más tradicional, de modo que la inclusión de todos ellos en los criterios de bienestar y expectativas de futuro, supone transformaciones en los modos de habitar el territorio. Además, dichas aspiraciones se incorporan a los objetivos a largo plazo de asociaciones como ASOPROAGRO:

*La ruta es clara. Ya sabemos qué debemos hacer. Impulsar estos modelos de desarrollo productivo sostenibles en los que la gente se apropie del territorio, siga viviendo aquí, pero bajo lineamientos de que produzca, pero que produzca amigable con el medio ambiente, sin necesidad de terminar con lo poco que le resta de bosque. Ojalá todos tuvieran o implementaran su finca de manera integral.*

Como se ha visto, la propuesta de finca integral arroja expectativas de futuro para los ecosistemas de bosque y proyecta posibles entornos de vida en los territorios de producción. En esta línea, las mayores

preocupaciones de los pobladores de frontera son la degradación de los suelos y la pérdida de los recursos hídricos, amenazas para todo sistema de vida, incluida la presencia humana y la de los animales de cría.

*El agua es uno de los mayores problemas que a futuro vamos a tener. Debemos recuperar bosques porque lo que se busca fomentar a través de sus proyectos es precisamente que hagamos recuperación de las cuencas hídricas, de los caños, que busquemos implementar árboles en las cercas de los potreros... Porque, ¿sabe qué estoy viendo yo? Que si seguimos así, en unos diez años, le digo, hermano, que ni para las mismas vacas va a haber agua.*

El riesgo a la posibilidad de habitar estas tierras y producir en ellas es real, y cada *verano* se comprueba: más caños se secan, más se agrietan las praderas, más incendios suceden (o se provocan). Otra apuesta a medio plazo es la de incrementar las áreas forestales en las fronteras de bosque, que refuerce los frentes de selva, reproduzca ecosistemas de vida, permita la recuperación de los suelos y aporte materia orgánica a los habitantes en cantidades sostenibles.

En última instancia, los campesinos-colonos resultan ser los guardianes de sus *fincas*, entendidas como pequeños territorios de autonomía y reproducción identitaria, formas de organización territorial y social, dentro de las que tienen cabida relaciones ecológicas ya analizadas. Dentro de la lógica liberal individuada, donde la tierra es una “mercancía ficticia” en términos de Karl Polanyi, de cada *finquero* o productor depende el estado de conservación, integración y producción del conjunto biológico al interior del sector territorial considerado de su *propiedad*. Ante este paradigma que asocia tierra-propiedad-usos, la respuesta de campesinos *que están en este cuento de cuidar el bosque*, proyecta un apropiamiento del futuro de la *naturaleza*, entendido aquel bajo imperativos éticos (podríamos decir, kantianos) que llaman a la práctica y a la toma de posiciones y decisiones:

*Lo que más me gusta de mi bosque son estos hermosos árboles, que van a perdurar por muchos años, porque mientras yo esté en este sector, los voy a cuidar. Lo voy a cuidar hasta donde me dé, hasta donde la salud me aguante. Sí, eso será la herencia para las generaciones que vienen de camino: mis hijas. Y los que vengan a visitarlas. Un hermoso árbol como este ya no se ve casi, y menos en estos sectores. No se ven, no... Estamos a escasos treinta kilómetros del municipio de San José. Y no necesitamos ir a dos, tres, cuatro horas de camino para encontrar árboles tan majestuosos como estos. Eso es una bendición tenerlos (Imagen 53).*

Entre un conjunto de constricciones y disposiciones dadas, los campesinos despliegan una reflexividad enfocada a la praxis y la toma de acción, lo cual da cuenta de la conciencia en términos gramscianos de estos actores sociales dentro de un entramado sociopolítico determinado. También, desde planteamientos de la economía política, los agentes objetivan la naturaleza erigiéndose como sujetos en relación a ella. Incluso, instrumentalizan estratégicamente la noción de “naturaleza sujeto de derechos” a partir de un marco legal<sup>95</sup> disponible.

---

<sup>95</sup> La ley 99 de 1993 crea el Fondo Ambiental de la Amazonía como “mecanismo para la negociación, canalización y distribución de los recursos de la cooperación técnica y financiera internacional destinada a la ejecución de proyectos ambientales en la zona geográfica de la Amazonía”. A ella se acogen algunos campesinos-colonos, así como la Organización de Pueblos Indígenas de la Amazonia Colombiana (OPIAC). La coincidencia en las reivindicaciones legales de población exógena (colona) e indígena (originaria) supone la emergencia de ontologías relacionales en el triángulo de entidades Amazonía-indígenas-colonos.

Por último, las aspiraciones de vida futura de los campesinos-colonos refieren, como era de esperar, a la reproducción social, específicamente a sus hijos, una generación nueva, ya autodesignada plenamente como *guaviarense* y *campesina*. Con el tiempo de estancia en campo, detecté que las aspiraciones de futuro centradas en la descendencia, podían categorizarse en tres ejes conceptuales: la noción local de *progreso*, la construcción de identidad *campesina guaviarense*, y la *protección y conservación* de los ecosistemas.

La percepción del progreso suele venir asociada a una combinación de los saberes sobre el quehacer campesino en la finca y los estudios dentro de la educación formal. Por ejemplo, el hijo de un colono líder social, hoy de dieciséis años y cursando décimo año de colegio, *se amañó tanto con la finca que ahora va rezagado en el colegio*. Su madre comparte: *yo le digo que tiene que estudiar y hacer las dos cosas, que no deje de estudiar por estar molestando con la finca, pero que no pierda eso de campesino, de cuidar la finca*.

Otras fincas basadas en familia nuclear perpetúan la idea de *preparación* con la de los estudios reglados, como herramienta de progreso y bienestar futuro.

*Mis hijos son como algo muy sagrado. Y yo quiero que ellos se preparen, que lleguen a poder estudiar. Y que, desde su propio punto de vista, tomen iniciativas que los beneficie a ellos mismos, pero que nosotros podamos estar vigilando. Hay algo tenaz que hacen los campesinos, de inculcarles a los muchachos: “mire, usted tiene que estudiar, pero usted por aquí tiene es que salirse, porque no hay futuro en este campo”. Y entonces mandan a los muchachos y se van pa’ otras partes, y dejan el campo solos.*

*Pues acá nos vemos trabajando como familia y, en los próximos años, que podamos tener una economía de lo que uno tenga en la finquita, ¿no? Eso es lo que nosotros queremos a futuro, que la finca nos dé pa’ lo que nosotros necesitamos. A mi hijos les gusta mucho el campo, pero... Ahí sí como el cuento: “uno no puede obligarlos a lo que ellos no quieren”. Pero ellos dicen que quieren estudiar y volver al campo para meterle lo que han aprendido al campo. No aprender en una oficina y estar encerrados en la ciudad, sino aprender algo que los traiga de vuelta al campo.*

*El futuro de la región se ve mal. Prácticamente porque ya casi ninguno de los hijos de los campesinos se queda en el campo. Van es a estudiar, pero ya no vuelven. Entonces ya los viejos nos estamos quedando solos en el campo. Mis hijos, ellos ya estudian, y uno está en Bogotá trabajando. Cada año si acaso vienen.*

Los anhelos de las familias que conocí transitan un difícil equilibrio consistente en responder a las expectativas de *formarse* en la educación formal sin abandonar el campo, lo cual suele ser un patrón en contextos rurales en la actualidad. Sin embargo, este fenómeno es novedoso en una región de colonización donde, similar a Putumayo o Caquetá, se está dando una migración inversa hacia el interior del país, esta vez motivada por imaginarios de progreso basados en la educación formalizada cuyo resultado son formaciones y titulaciones que generalmente no se enfocan en el trabajo rural. Por ello, la región del Guaviare enfrenta riesgo de abandono, despoblamiento y consecuente acaparamiento de tierras durante la siguiente generación.

Otros planteamientos sobre el futuro de los hijos refieren a la reproducción y apropiación de la identidad, es decir, se enfatiza la naturaleza campesina del territorio, así como de su habitante, sustentada esta última por quehaceres, disposiciones y modos de producción y reproducción social:

*Que se pregunten desde el campo, para que sepan y valoren lo que es ser un campesino, porque el campo no es la gente de la ciudad. Ellos allí creen que el campo es fácil y el campesino siempre lo miran como por encima del hombro.*

*Si nosotros no le inculcamos a los muchachos desde pequeños que la mejor empresa puede ser en el campo... Que si usted quiere ser esclavo de una empresa, o si prefiere estar tranquilo. Yo no le estoy cumpliendo horarios a nadie. ¿Se da cuenta? Yo me levanto como si estuviera en cualquier empresa, pero estoy en la propia y sé que tengo que ir a cuidar a los pollos, a los patos... Pero son propios. Echarle comidita de gallinas, a los patos... Es propio, y ya terminé y me puedo sentar y me quiero relajar. O bueno, cualquier cosa, hacer otro oficio. Y no estoy pendiente de que me cogió una tarde, de que tengo que ir a otro lado... Ya sabe uno qué es lo que tiene que hacer. ¡Y ya es libre! Y estamos acá en esos paraísos, tan bacanos. Si nosotros desde un comienzo le inculcamos a nuestros hijos, eso es una decisión.*

*A mis nietos les diría que sientan su territorio, que hagan de su territorio el mejor espacio para vivir dignamente.*

Por último, en un tercer eje, el futuro de la descendencia es entendida bajo criterios de protección y conservación, dejando ver la preocupación de la generación colona por el futuro de quienes saben serán herederos de un territorio ahora habitado.

El punto de partida suele ser la constatación de las afecciones realizadas por la generación adulta que migró durante el último tercio del siglo pasado. Empleando un plural inclusivo que se extiende a toda esta ola de colonización, afirman: *nosotros ya lo acabamos todo... ahora toca es hacer una tarea urgente de capacitar jóvenes, que entiendan esto, que sientan este lugar, que se peguen a este cuento en que estamos*. Todos los campesinos insisten, de una u otra manera, en reunir *jóvenes motivados*, que puedan *apropiar esto*, que devengan sujetos de las alternativas productivas y modos emergentes de relacionamiento con el entorno. No obstante, la preocupación por el abandono del campo y la falta de oportunidades en el departamento limita esta propuesta de transferencia generacional entre estos campesinos y la cohorte de sus hijos. De hecho, en la actualidad, muchos jóvenes del entorno rural buscan migrar a los cascos urbanos e incluso estudiar en la educación superior. Sólo San José, con algunas escuelas técnicas, el SENA y la UNAD ofrecen oportunidades para ello. Si bien la oferta no es extremadamente pobre, las tendencias indican que muchos estudios superiores demandados no existen en el Guaviare, por lo que la tendencia es a migrar a ciudades como Villavicencio o Bogotá, cuando esto está dentro de sus posibilidades. Los hijos de mayoría de los campesinos con quienes me relacioné, o bien están estudiando fuera del departamento, o bien desean hacerlo. De modo que, si estas incipientes tendencias de producción y relacionamiento con el entorno se aíslan y no recurren a la asociación o intercambio por red social, corren el riesgo de no contar con relevo en la filiación.

Los niños y jóvenes del Guaviare son los próximos, si no actuales, *guardianes* del territorio, del Chiribiquete, del bosque amazónico (**Imagen 10**). Este discurso se encuentra en algunos movimientos sociales, asociaciones ambientales e incluso en algunos colegios de los cascos urbanos de San José, Retorno y, sobre todo, Calamar. Además, se reproduce el discurso de *ser guardianes* en muchas actividades extraescolares e institucionales, como aquellas guiadas por la red de bibliotecas departamentales en escuelas o zonas veredales.

*La que urge es enseñar a los jóvenes y a los niños, para que ellos se vayan apropiando y encariñando con el bosque. Los viejos ya no van a cambiar nada, porque son tercos y no quieren cambiar sus modos ni aprender nada. Están acomodados.*

*Pues la idea es esa y tratamos de inculcársela, y ellas [las hijas] ayudan, colaboran. La pequeñita es amante a todos los animales y ojalá usted no le golpee uno. Yo les digo: “yo le estoy organizando esto para ustedes, y aprendan para cuando algún día les toque, de pronto se hacen cargo”. Y ellas ya saben qué es lo que hay que hacer, a todo lo que se ha hecho... Usted les pregunta y ellas le responden en todo lo que ve: de cómo germinar, sembrar, mantener, cuidar.*

*Ya es hora de recapacitar. Nosotros debemos de concientizarnos de que tenemos que cuidar nuestro terruño, lo que nos correspondió. Si tenemos un pedacito de tierra y aún nos queda bosque, cuidémoslo: es nuestros pulmones, es el futuro de nuestras familias, de nuestros hijos. Entonces hay que buscar la forma de ir conectando con ello y cuidarlo. Y día tras día ir sembrando. Un arbolito que sembremos al año, uno nomás. Nosotros pues aquí en la finca tenemos la costumbre que cada año digamos para el cumpleaños de alguien se siembra un árbol, porque nosotros estamos conscientes de que tenemos que ir multiplicando el bosque. De eso se trata, de cuidar.*

## 4.5 Conclusión: Guaviare, territorio de frontera, sustento y vida

Como mostré, las agendas de las instituciones públicas evidencian planteamientos y acciones encaminadas hacia objetivos específicos que, si bien se encuentran inevitablemente interrelacionados entre sí, resultan desarticulados y entendidos como un todo, como fines en sí mismos. Puede entenderse que el objetivo general es percibido de manera tácita, si bien no matizada ni menos aun políticamente situada, por las diferentes agencias, programas y organizaciones de presencia creciente, constante o incluso intermitente. Este objetivo global suele sintetizarse en *paz, no violencia, restauración, justicia, conservación* y, muy frecuentemente, *sustentabilidad/ sostenibilidad* asociada al *desarrollo del Guaviare y de Colombia: queremos paz para todos los guaviarenses*. Se constata no obstante la persistencia en la fragmentación (en algunos casos, muy incipiente articulación) de políticas y programas nacionales que vienen llegando a la región con mayor intensidad y presencia desde la firma de los Acuerdos de Paz (García Muñoz, 2019). La articulación más evidente es la concerniente al PDET Sur del Meta-Guaviare, puesto que en él se recogen particularidades del territorio guaviarenses en la línea del *desarrollo*.

Este capítulo iniciaba con una viñeta que daba cuenta de las percepciones de *pobreza* de un campesino-colono y de los imaginarios de progreso materializados en las prácticas que buscan obtener *rentabilidad* y recursos económicos/materiales para el beneficio individual a costa de la destrucción de ecosistemas. Todos estos elementos se enmarcan dentro del paradigma extractivista y las lógicas del desarrollo que Escobar (2004) criticó en su primera versión del posdesarrollo de los años noventa. Sin embargo, en las nuevas experiencias de producción y relacionamiento con el entorno, atravesadas por la cotidianidad y las perspectivas de vida, evidenció que, realmente, muchos de mis interlocutores consideran que la vida que llevan no es pobre, al menos no de la manera en que lo sería en la ciudad, donde los campesinos invariablemente acaban viviendo en pobreza y marginalidad. Guattari incide en la relevancia de la cotidianidad para afirmar que la producción singular de existencia parte del dominio de la ecología mental,

“en el seno de la vida cotidiana individual, doméstica, conyugal, de vecindad, de creación y de ética personal” (1996, pág. 46).

Las propuestas de crecimiento material ilimitado y acumulativo encuentran en las transformaciones productivas y ecológicas que analicé hasta aquí, tendencias y formas locales de superar la visión del discurso del desarrollo. El análisis de la cotidianidad, los modos de vida, los significados y los códigos sociales permiten hablar de una serie de valores locales culturalmente situados que “desafían la ontología moderna del universalismo en favor de una multiplicidad de mundos posibles” (Kothari, Salleh, Escobar, Demaria, & Acosta, 2019, pág. xvii). Es decir, el conjunto de la vida social abre la puerta a una matriz de alternativas ontológicas que evidencian desde este rincón del mundo la transición del universo al pluriverso, un germen para nuevas formas de vida desde lo local. Estas tendencias se basan en propuestas propias del Buen Vivir, los Derechos de la Naturaleza y las alternativas “al” desarrollo (2014), y suponen un cuestionamiento radical al núcleo duro de ideas asociadas con el desarrollo: crecimiento y progreso ilimitados, reformas de mercado, extractivismo, incremento desmedido en el consumo material individual.

En la discusión sobre cuáles son los criterios para calificar la “pobreza” desde el Buen Vivir, podemos tomar aportes como el de Acosta (2016), quien propone, para el caso de los pueblos indígenas de la Amazonia, una serie de “Indicadores de Bienestar Humano Indígena”, respondiendo a las “particularidades culturales y territoriales” de las poblaciones originarias de la cuenca amazónica. Algunos de estos indicadores aportan criterios que pueden extenderse fácilmente a la comprensión del bienestar de los pobladores campesino-colonos del Guaviare, tales como el potencial de las tierras cultivables demandadas por unidades familiares, la participación de la población en prácticas culturales estratégicas, la importancia cultural de los alimentos en la dieta local, o la disponibilidad de semillas locales, endémicas o ancestrales. Se trata de criterios que pueden arrojar luz para entender el bienestar de los campesinos del Guaviare de una manera más amplia que abra el camino a formas emergentes de habitar, producir y, en términos falsbordianos, sentipensar el territorio (Escobar, 2014) (Gudynas, 1999).

El futuro se constituye culturalmente por un horizonte de posibilidades, un espacio de la experiencia proyectada hacia lo que vendrá después en función de las disposiciones, acciones y decisiones en el presente. Las expectativas de futuro de los habitantes rurales guaviarenses que conocí, navegan en incertidumbres y no por ello dejan de centrarse en tres ejes que identifiqué como: la finca / la producción, el entorno natural y los hijos / la descendencia. Estoile (2014) deconstruye la noción de “esperar” a partir de su polisemia en portugués (equivalente a la del castellano), la cual aglutina las tres diferentes acepciones en inglés: “to wait, to hope, to expect”. En contextos inciertos e impredecibles, las personas movilizan relaciones y recursos “para responder a expectativas de futuro, definidas por campos de oportunidad y marcos de referencia” (pág. 62).

Si bien los campesinos-colonos enfrentan un entramado de relativa incertidumbre (motivada por restos de conflicto armado que hoy reviven, el abandono estatal en muchas zonas todavía, o el desamparo ante la suerte de las cosechas, las dificultades de venta, los desastres naturales y las crisis económicas), los campesinos del presente habitan un territorio y practican una vida social buscando paz, dignidad y disfrute. La estabilidad es un deseo largamente perseguido y postergado por los relativamente nuevos habitantes del Guaviare: guardan una orientación y disposición inequívocas hacia el futuro. *Esperan* -debo decir- con inmensa alegría, parsimonia y dignidad, tres grandes maestras para quien se asome a conocer a estos pobladores *sui generis* de la Amazonia. Y, de hecho, el Guaviare es hoy denominado la *capital de la Esperanza*.



---

Las prácticas, relaciones y significados desplegados en la vida cotidiana de las personas dan cuenta no sólo de anhelos y aspiraciones inmóviles o pasivos, sino de iniciativas, decisiones y tomas de posición que como agentes emprenden para elaborar oportunidades que den respuesta a sus necesidades y deseos profundos en su discurrir por la vida.

Considerando esto, la experiencia etnográfica me permitió ver y experimentar, incluso compartir fugazmente, opciones de vida alternativas a ciertas propuestas de la modernidad y el desarrollo, o que, al menos, se desmarcan de éstas y producen, de manera genuina, espontánea y situada, posibles materializaciones de Buen Vivir en el territorio guaviareense. Así pues, a lo largo de este capítulo (y del conjunto de este trabajo) he tratado de establecer un llamado a la *esperanza* y retirar la sombra de la violencia, la miseria y el desaliento de esta región, hasta hace poco fuertemente estigmatizada y asociada a la zozobra, la pobreza, la inseguridad, la marginalidad, la incertidumbre e incluso la supervivencia. En última instancia, mi motivación fue explorar horizontes de posibilidades que apuntalen la validez, la necesidad, la dignidad y la *sabrosura* de la vida en el campo guaviareense. Porque los campesinos se *amañaron en este Guaviare*.



*Imagen 10* Niñas habitantes de la frontera agrícola, en su finca cerca del río Itilla. Vereda San Miguel Alto, municipio de Calamar. Fotografía: Paula Vivas.

## 5. Conclusiones generales

Este trabajo se fundamenta en un ejercicio etnográfico y un análisis realizados sobre una muestra social parcial, identificada durante el trabajo de campo según los criterios ya mencionados, que exploran tendencias que pueden estar dando cuenta de transformaciones socioecológicas. Por lo tanto, se trata de una etnografía de la excepcionalidad (y no de la norma) acerca de emergencias que se desmarcan de las tendencias generalizadas o tradicionales y las imposiciones estructurales. Por ello, las conclusiones que siguen no son siempre generalizables ni aplicables a la totalidad del territorio guaviareño ni a todas las zonas de frontera en la Amazonia colombiana. El sentido etnográfico es el de atravesar y experimentar entornos micro para establecer relaciones significativas entre procesos y fenómenos sociales más amplios. Sin embargo, el Guaviare es una región compleja, altamente dinámica, repleta de flujos, procesos, encuentros, identidades e ideologías. Estas conclusiones, pues, aspiran a mostrar otros mundos posibles y reales, y a inspirar reflexiones, discusiones y acciones que construyan sobre ellos en lo próximo.

### 5.1 Transformaciones en las prácticas productivas

Dentro de la excepcionalidad estudiada, la experiencia de campo y el análisis realizados permiten ver que existe una búsqueda por alternativas en los sistemas productivos. Algunos pequeños productores están emprendiendo alternativas a los cultivos de uso ilícito, los monocultivos y la ganadería extensiva, prácticas estas asociadas al riesgo, el extractivismo depredador, la destrucción de ecosistemas y la perpetuación injusticia social basada en la acumulación de capitales y tierras. Se comprueba con evidencia empírica la existencia de modelos productivos que, a nivel finca y en diferentes proporciones, combinan las estrategias productivas de la tríada sistemas agroforestales - sistemas silvopastoriles - no maderables del bosque.

El territorio amazónico del Guaviare permite pensar en una gran variedad de opciones productivas de alto potencial alimentario y comercial, algunas originarias, otras adaptadas al medio amazónico. El principio de diversidad en la producción propone la combinación de sistemas productivos que aportan una serie de beneficios al pequeño productor guaviareño: seguridad financiera y alimentaria (caracterizada por la gradualidad, la robustez y la frecuencia de ingresos), valor agregado a los productos y dignificación de su trabajo, disfrute y estímulos en la variedad de actividades, además de desmarcarlo de las prácticas tradicionales y sus riesgos múltiples a corto y largo plazo. Algunas de estas cualidades permiten hablar de una ruptura gradual con la cultura económica del cultivo ilícito, si bien esta opción siempre está presente ante diversas presiones sociopolíticas y el posible fracaso de las iniciativas productivas.

Mediante la puesta en práctica de estas alternativas productivas, los actores sociales denotan su agencia al tomar decisiones e iniciativas, con lo que despliegan estrategias en la finca, expectativas de sustento, percepciones sobre los mercados y las posibilidades de compra y consumo, y decisiones de vida y esfuerzos por superar las dificultades históricas de comercialización en el Guaviare: baja productividad, bajo valor de los precios, dificultad de transporte y altos costos asociados, y pérdida de productos.

Los productos de dichas alternativas fluyen a través de un conglomerado de flujos y dones al interior del sistema ecosocial del pequeño productor: la comercialización, la venta local, el intercambio y el autoconsumo. Dentro de este ecosistema de finca sostenible, la ganadería es viable y puede ser necesaria en una pequeña escala, semi-intensiva y en su versión silvopastoril, ofreciendo igualmente un depósito de activos y excedentes, y proveyendo seguridad alimentaria y financiera: carne, leche y lácteos para el consumo básico e intercambiables a nivel local. Junto con la carne, otros productos, como la miel de caña, la panela, la yuca, el plátano o algunos frutales, fortalecen la seguridad alimentaria a nivel comunitario, puesto que estas mercancías fluyen a dentro de la vereda o la vecindad, satisfaciendo la demanda local y proponiendo círculos de producción y consumo autosustentables que de manera decreciente dependen de alimentos externos.

En esta transformación, las asociaciones de productores cumplen el rol de fortalecer lazos sociales y la pertenencia territorial, apoyar el manejo de los sistemas productivos y facilitar la comercialización de productos evitando intermediarios. Así, emergen como instituciones aglutinadoras de actores sociales que recurren a estrategias concretas, tales como el comprador seguro, el acopio colectivo, el procesamiento en origen, la exploración de mercados externos para la comercialización e incluso, en ocasiones, la regulación de precios de compra. Las asociaciones están siendo la punta de lanza de un incipiente desarrollo de pequeña industria local, en aras de abandonar la visión extractivista (y el estigma asociado) según la cual territorios como el Guaviare sólo producen materias primas o naturalezas mercantilizadas.

Esta transición a las alternativas productivas supone un proceso. Por ello, toma tiempo y sucede en paralelo a otros procesos ecosociales del universo campesino guaviarense: organización social, decisiones personales y colectivas, tensiones políticas y económicas, y sobre todo, los procesos naturales del sistema-vida en que se basa la producción agropecuaria. También, trae consigo una reconversión y reconfiguración de las fincas (como unidad territorial definitoria de la colonización campesina), y la delimitación de la extensión productiva, especialmente la del ganado, dando lugar a un paisaje antrópico novedoso.

## 5.2 Nuevas relaciones ecológicas: usos, flujos, experiencias y percepciones

Estas transformaciones en los sistemas productivos abren la puerta a resignificar el bosque y el ecosistema amazónico, antes visto como obstáculo a la subsistencia, la producción y la reproducción social de los colonos. La experiencia del bosque y de la propia deforestación, junto con las restricciones e incentivos de las políticas ambientales, motivan iniciativas de reforestación y recuperación del bosque y de los ecosistemas, que redundan en la conciencia ecológica local y global de esta generación de campesinos-colonos. El resultado es una reconfiguración de la relación con el entorno, el cual es ahora percibido desde la visión conservacionista (también hegemónica o propia del desarrollo) e integrado a la producción bajo

principios de sostenibilidad. El campesino-colono comprueba así una incipiente compatibilidad entre la rentabilidad y la conservación, dando paso a prácticas que responden a principios de la agroecología. También hace aprovechamiento de la biodiversidad y disfruta de una serie de beneficios del bosque basadas en la experiencia cotidiana, el aprovechamiento y la relación con elementos de vida del ecosistema, especialmente los animales.

Esta nueva concepción del colono como habitante que cuida e interactúa con el ecosistema de un modo novedoso, permite descargarlo del carácter unilateral productivo o comercial y de la mala fama que han adquirido en los últimos tiempos bajo el estereotipo de depredadores, actores ilegales o destructores perpetradores de la deforestación. Con ello, la reflexividad y la agencia de estos campesinos resaltan por encima de estas etiquetas, y dejan ver en estos actores la consciencia de los daños al ecosistema local y al planeta, de modo análogo a la conciencia y la ambigüedad moral en la antigua implicación en la cadena productiva de las drogas ilícitas. Esta generación de campesinos está hoy conectada a la red global de las corrientes ecológicas, mediante redes sociales digitales, discusiones en el seno de las comunidades, o programas de TV sobre naturaleza, soluciones agrícolas y agroecología. Todo ello obliga a pensar en una reconceptualización del fenómeno de colonización aplicada a la realidad actual.

### 5.3 Horizontes para el Buen Vivir

La región del Guaviare es hoy observada con mayor atención desde el resto del país y el mundo, por la importancia de su patrimonio arqueológico y ecológico, en un contexto de apertura y esperanza derivado de los Acuerdos de Paz y una mayor apertura de la región al resto del país y el mundo. Hoy se da un despliegue abrumador y sin precedentes de la presencia estatal y numerosas agencias nacionales e internacionales. Con ellas, se están realizando inversiones y apoyos valiosos a la infraestructura de Guaviare, así como también acompañando y potenciando importantes procesos organizativos que aceleran y facilitan procesos económicos y sociales locales. Sin embargo, de la mano de muchas de estas iniciativas, siguen perpetuándose en este territorio prácticas y discurso propios del paradigma del desarrollo. Los imaginarios de progreso, consumo, crecimiento y acumulación ilimitados, el acceso priorizado a soluciones científico-técnicas y la mejora de las condiciones materiales de vida, son elementos apreciados por una buena parte de la población, los cuales también perpetúan dinámicas de exclusión y desigualdad sociales, empobrecimiento y destrucción de los ecosistemas.

Ante esto, la experiencia de campo deja ver que los modos de vida de la colonización campesina asentada, junto con los principios de la agroecología, arrojan elementos propios de las propuestas del postdesarrollo y del Buen Vivir, que hacen válida y deseable la vida rural en esta región intervenida de la Amazonia, a la vez que arrojan experiencias de contraste parcial con los discursos del desarrollo, el crecimiento y el progreso de corte occidental y capitalista. Esta reconfiguración de las prioridades y las expectativas de vida dentro de los imaginarios locales, se contraponen a las propuestas hegemónicas y cumple un rol relevante en las visiones de futuro y los horizontes de posibilidades de vida de los agentes, expresadas en expectativas, anhelos e incertidumbres relacionadas con la cotidianidad, el parentesco, el territorio y los ecosistemas. La vida rural en Guaviare cobra creciente valor y la generación actual de colonos da signos de estar asentada en un territorio que disfruta y considera propio.

## 5.4 La identidad del campesinado guaviareense en construcción

Las transformaciones en las prácticas productivas y las relaciones ecológicas permiten hablar de una nueva identidad que se desmarca de las anteriores generaciones de colonos. Hoy, los habitantes rurales del Guaviare ya no son expulsados ni desplazados de sus territorios, configurados estos simbólicamente en fincas y hogares desde los imaginarios campesinos del interior del país. Se trata de espacios donde tienen lugar la producción y la reproducción social, junto con experiencias ecosociales diversas. Todo ello conforma una experiencia de vida de ya varias décadas, y resulta en un sentimiento de pertenencia y arraigo a los hogares, el territorio, las relaciones ecosociales y los modos de vida.

Los habitantes rurales de esta región, incluidos los de la frontera agrícola, se consideran campesinos, amazónicos y guaviarenses, y desean continuar viviendo en sus territorio y sus fincas. Puede hablarse entonces de una generación de campesinos habitantes del bosque amazónico, que piensa en la sostenibilidad de los sistemas de vida y se concibe como parte de él. Participa de las redes ideológicas de la ecología global, y construye imaginarios sobre la naturaleza que instrumentaliza para incorporar prácticas sostenibles en el tiempo en pro de la vida. También perciben la globalidad del entorno o medioambiente, detectan el calentamiento global y otras manifestaciones del cambio climático.

Esta nueva identidad se deriva de las relaciones ecosociales y los modos de producción como partes de una experiencia vital y una construcción identitaria más amplias, que incluye los saberes, la reflexividad, la agencia y los sentidos. Se trata de una identidad actualmente en construcción: un sentido ontológico se va creando en los colonos con el pasar del tiempo. Quienes llegaron a su actual hogar para sobrevivir, deforestar o sembrar monocultivos o cultivos ilícitos, hicieron una relectura del territorio y con el tiempo transformaron su vínculo con él.

No obstante, aparte de las olas de migración más recientes y en curso, es importante llamar la atención sobre la no uniformidad del campesino-colono actual. En la región se siguen dando versiones (no minoritarias) de la colonización depredadoras, extractivistas y destructoras de ecosistemas de vida, las cuales se engloban dentro de las prácticas y los discursos del desarrollo hegemónico o están asociadas a iniciativas de grandes capitales, el acaparamiento y el apropiamiento de tierras, o la ganadería extensiva. Por ello, en última instancia, la identidad del campesino-colono sigue estando cargada de una ambigüedad moral y ambiental, evidenciada en la valoración actual que de este actor social se tiene en el panorama nacional y global.

Además, y considerando la no uniformidad de las identidades en un territorio absolutamente diverso, al interior del campesinado guaviareense se dan también tensiones y relaciones de oposición identitaria entre quienes deforestan para ganadería (desde pequeños productores hasta grandes ganaderos y terratenientes) y quienes habitan su finca estabilizada, protegiendo y produciendo desde la sostenibilidad, estimulando los ecosistemas y permitiendo que se recuperen.

## 5.5 Trabajo futuro: cuestiones no tratadas y algunas preguntas sin respuesta

¿Puede hablarse realmente de propietarios del territorio? La concepción de la tierra como propiedad es plenamente occidental y hace parte del imaginario del colono llegado al Guaviare. Bajo la lógica territorial y simbólica de la finca, se desdibuja la voz de los indígenas locales, y los espacios se tiñen de una mirada colonialista fundada en el aprovechamiento de la tierra, no tan lejana a la explotación y extracción de recursos. En la experiencia de campo en las fincas y las zonas trabajadas, no registré la presencia de población indígena local: ni física, ni en la mayoría de los discursos. En las cercanías de la frontera agrícola con el PNN Serranía del Chiribiquete, no registré la presencia de grupos nukak que sí se da en otras zonas de los municipios de Retorno y San José, y que en ocasiones genera tensiones cuando los nukak discurren, como nómadas que son, entre bosques y fincas, tomando lo que necesitan de espacios considerados privados por los campesinos-colonos. ¿Qué elementos de tensión o diálogo entre grupos identitarios puede haber al interior de estos ecosistemas de fincas productivas, sostenibles y transformadas? ¿Cómo dialogan las nuevas relaciones ecológicas con la posible presencia de alteridad étnica en un espacio de encuentro como el Guaviare? ¿Puede hablarse de un territorio en disputa? ¿Cuál es el rol de la presencia indígena en el futuro, tanto de su presencia corporal como de los imaginarios y saberes? ¿Puede pensarse en acciones de restitución a estos habitantes (si acaso, dueños) del territorio? ¿Cómo se pueden integrar, desde lo indígena, otras prácticas de cuidado de los sistemas de vida?

Por otro lado, existe una ambigüedad en los discursos locales, y una distancia entre ellos y las prácticas. Esta discrepancia se fundamenta parcialmente en la performatividad estratégica que los actores sociales despliegan ante la degradación simbólica de la identidad colona actual (de carácter deforestador), sobre la cual recae de manera creciente el ojo observador, crítico y preocupado de la sociedad mayoritaria y global. Se trata de estrategias y modos de desligarse de cierta tendencia, más desde la palabra que desde las acciones. Así, muchos campesinos-colonos se muestran como sujetos deseosos de un cambio, pero están constreñidos por las coyunturas locales, las necesidades productivas, la subsistencia y ciertos patrones de violencia y coacción en zonas dominadas por diversos actores armados, las lógicas impositivas y burocráticas (o las ausencias del Estado), y el mandato de los grandes emporios ganaderos. El desenmascaramiento de estas estructuras de poder, capital y violencia, resulta aún más urgente, si cabe, que la provisión de y la asistencia a alternativas productivas para los campesinos de frontera.

Consciente de que la región y la población campesina no constituye un universo ecosocial cerrado ni aislado, no he tratado aquí las continuidades que se dan entre el origen productivo de las mercancías y los modos de distribución, procesamiento y consumo en la sociedad mayoritaria nacional o global. ¿Cómo se puede proceder para que este universo social más amplio tome conciencia de las complejidades productivas y las constricciones políticas y ecológicas a que se enfrentan los campesinos de frontera? ¿Cómo hacer ver con mayor insistencia la estrecha relación entre los patrones de consumo de esta sociedad mayoritaria y las dinámicas en regiones periféricas como el Guaviare? Los actores que conforman la distribución y el consumo son también responsables de los círculos de violencia para con la población humana y el conjunto del ecosistema amazónico. Los campesinos son sólo el extremo de una larga cadena de relaciones ecopolíticas.

En una reciente entrevista en línea, Darío Fajardo vuelve a insistir en que “los campesinos no son los culpables de la expansión de la frontera agrícola, sino que la modalidad de posesión de la tierra por parte de terratenientes, combinada con la ganadería extensiva, favorece el uso insostenible del suelo y la apertura a las corporaciones transnacionales:

Quando [la ley de Reforma Agraria] estuvo lista, los grandes políticos tradicionales y terratenientes se reunieron y opusieron a ella, y lograron hundirla. Y aquí, en vez de tener una Reforma Agraria, lo que tuvimos fue un plan de colonización que empujó al campesinado a los bordes de la frontera agraria, a los lugares donde no iba a llegar el Estado. Y llegaron fueron los agentes del narcotráfico (Fajardo, 2021).

## 5.6 Algunas recomendaciones para el debate

Para realizar unas recomendaciones más profundas, lo ideal habría sido realizar un análisis exhaustivo de antecedentes basado en experiencias, propuestas y resultados pasados, como respaldo empírico. Habría que considerar antecedentes en el NOA tales como la Corporación Araracuara (antecesora del Instituto Sinchi) de la mano de la Misión Holandesa, el SENA (y sus cooperativas campesinas), Acción Comunal (del Ministerio de Interior) y numerosos proyectos desde la cooperación internacional. Todos ellos se enmarcan en un conjunto de propuestas y soluciones ya ensayadas, algunas con cierto éxito, otras fracasadas a pesar de que fueron presentadas en su momento como la panacea o la solución definitiva. Teniendo en cuenta esto, me permito sugerir aquí una serie de recomendaciones desde mi experiencia de campo, mi perspectiva y mi posición en el mundo de hoy, con el fin de dar cuenta de iniciativas incipientes o posibles, y aportar elementos de debate y discusión.

Resulta urgente regularizar y reevaluar los pagos por servicios ambientales, con base a las necesidades reales de los campesinos, y estableciendo un sistema de monitoreo del cumplimiento de los compromisos ambientales. Relacionado con esto está planeando sobre la región la propuesta de participar del mercado del carbono (los bonos de carbono), que tienen el riesgo de mercantilizar las iniciativas de conservación y ocultar la injerencia de futuros proyectos extractivistas detrás de beneficios monetarios o regalías, que de ninguna manera van a paliar los efectos de aquellos.

Las iniciativas de mercados campesinos (veredales o municipales) resultan muy adecuadas para paliar las dificultades históricas de la “salida a los mercados”. Esta es sólo una de las posibilidades de ingresos (o sustento, en un sentido más amplio) para la producción de los campesinos guaviarenses. Los mercados campesinos articulan y fortalecen lazos sociales comunitarios, reducen los costos y las emisiones del transporte, evitan la pérdida o degradación de los productos, permiten una venta generalmente segura, estimulan la diversidad de los cultivos locales, y favorecen el encuentro y el intercambio de ideas, experiencias, semillas y otros dones.

La implementación de viveros de especies originarias y otras productivas adaptadas, supone una oportunidad enriquecedora para la recuperación de los ecosistemas y los flujos de saberes. En particular, se recomiendan los viveros comunitarios, donde se aglutinan fuerzas e inversiones, se dan encuentros alrededor de la idea de recuperación, se perpetúan saberes y se refuerza la identidad campesina amazónica alrededor del cuidado del territorio.



Se sugiere la estimulación de ciertos proyectos de desarrollo de pequeña industria, que permita procesar algunas materias primas, dándoles valor añadido, y aportando a las opciones de vida en la región. Con ello, se comenzaría a retirar el imaginario del Guaviare y su ecosistema como simple repositorio de recursos naturales.

Las aulas verdes en centros educativos son oportunidades de reproducción social de saberes y prácticas, que permiten que la generación más joven acceda a las transformaciones productivas y ecológicas de la generación intermedia de colonización. Esta iniciativa tiene lugar en colegios, veredas y otros centros públicos, así como, de manera relevante, en las visitas a fincas y reservas modelo. Se trata de una situación social importante donde sistematizar las transformaciones y difundir el imaginario campesino guaviarense y amazónico. Asimismo, se recomienda establecer las fincas avanzadas en estas transformaciones como modelos o proyectos piloto, que puedan ser visitados por estas aulas verdes o dados a conocer por otros medios de difusión. La difusión de estas experiencias de finca sostenible y su exploración y apropiamiento por parte de la generación que viene resulta necesaria para estimular el poblamiento del campo en la región amazónica o de frontera como una opción de vida válida, digna, enriquecedora y estimulante.

La sostenibilidad no es igual a la conservación. El imaginario hegemónico del ecologismo globalizado ha perpetuado el carácter conservacionista. Sin embargo, el paisaje habitado es un paisaje antrópico. Esto significa que la presencia humana (intensa o esporádica) tiene efectos directos y palpables en los ecosistemas. El énfasis en la idea reduccionista de conservación, a veces apolítica e ingenua, puede incitar erróneamente a la inacción como forma de mejora de los sistemas de vida: esto no es totalmente cierto bajo las consideraciones de la ecología política. Por ello, el llamado es a considerar todas las prácticas humanas, haciendo de ellas unas intervenciones que sean realmente estimuladoras y reproductoras de los ecosistemas.

La deforestación tiene numerosos efectos, entre otros, la degradación de los suelos y los recursos hídricos, la erosión y el empeoramiento de la calidad del aire. Los efectos a más largo plazo de estas afecciones son las amenazas a la seguridad alimentaria e hídrica, la llegada de nuevas enfermedades (respiratorias y zoonosis). Resulta importante insistir en este argumentario e incorporarlos a las regulaciones, las campañas y las aulas verdes.

La valorización de los saberes indígenas y los campesinos amazónicos debe redundar en la consideración y la autoestima de estos habitantes. En concreto, sus saberes aportan sostenibilidad a la vida, protección de la biodiversidad y la posibilidad de acceder a plantas medicinales ancestrales.

Dada la situación de orden público y la presencia de actores armados, la realidad política en muchos territorios es que el Estado no tiene el monopolio del poder, si acaso está presente. Es por ello que, en estas iniciativas productivas, los campesinos-colonos están en contacto estrecho con estos actores armados. En concreto, la presencia de la disidencia FARC hace que algunas iniciativas tengan posibles conflictos de interés con ella, sobre todo las de origen estatal como el PNIS o la CDA. En cualquier caso, y puesto que la realidad local de muchos campesinos es la autoridad de la guerrilla, esta debe considerarse como un actor importante en el sector, con implicaciones y responsabilidad ambiental, pero que también puede ser un aliado.

Paradójicamente, los pagos por servicios ambientales están siendo instrumentalizados, entre otras cosas, para justificar la deforestación y el acaparamiento de tierras. Grandes capitales hoy destruyen la selva y avanzan la frontera agrícola como manera de marcar el territorio y apropiarlo mediante escrituras.

Irónicamente, en no pocas ocasiones, basta mantener intacta una pequeña fracción del nuevo predio y tumbar la gran mayoría para establecer potreros, de modo que la finca sea considerada productiva y, por ello, reconocida legalmente como propia. Resulta urgente, pues, un ojo crítico, una directriz política y un monitoreo real sobre la aplicación de la regulación ambiental y los servicios ambientales en la práctica.

A medio y largo plazo, la ganadería no debería tener cabida, más allá de la ganadería intensiva o semi-intensiva en muy pequeña escala, como modo de sustento, seguridad alimentaria y fuente de diversidad del pequeño productor. A la vista de las opciones productivas y las posibilidades ecosistémicas, la insistencia en la ganadería responde más a ideologías y procesos geopolíticos que a necesidades productivas o del sustento de la vida en la región amazónica.

# Epílogo

## El Chiribiquete y su poder simbólico

El Parque Nacional Natural Serranía del Chiribiquete viene siendo el protagonista por excelencia de los últimos pocos años, desde que fuera declarado patrimonio de la humanidad por la UNESCO y que Colombia y el mundo pudiera celebrar recurrentes ampliaciones de la extensión protegida (Rodríguez Becerra, 2018)<sup>96</sup>. La Serranía, a medida que ha sido investigada por alrededor de sólo diez expediciones científicas hasta el momento, ha ido incrementando su valorización actual hasta altísimos niveles en la actualidad. (Guhl Nannetti, 2017) da cuenta de la importancia para el mundo de este misterioso enclave en tanto cuenta con una excepcionalidad geológica, alberga numerosas especies endémicas (faunísticas y botánicas) y un patrimonio arqueológico de altísima importancia que puede estar dando cuenta del antiguo proceso de poblamiento humano de la región amazónica, e incluso del continente americano. No menos importante, la Serranía y el bosque son hábitat de grupos humanos indígenas, algunos, pueblos no contactados o en aislamiento voluntario.

La Serranía se erige en el Guaviare no sólo como una joya multidimensional a proteger, sino como un símbolo de la *puerta* a la Panamazonia. Desafortunadamente, esta metáfora tiene un doble sentido: también permite representar el frente de deforestación en el noroeste amazónico, que progresivamente se acerca a la Serranía.

Desde la frontera agrícola, a orillas del Itilla, emerge la sensación de *estar ahí*, de que este lugar místico y mistificado, prohibido, peligroso, delicado, está cerca, se siente cerca, que uno podría no ya tomar un helicóptero, sino caminar en grupo, en expedición quizás, *rumbeando*<sup>97</sup> hasta él. Todo ello me hace sentir sobrecogido, percibo la materialidad y cercanía de este lugar, distante todavía, una y otra vez prohibido, pero presente. Lo estoy viendo (**Imagen 11**). Esa cercanía es emocionante y terrorífica: “ya hemos llegado allí”, podemos decirnos (Diario de campo, 8 diciembre 2021).

---

<sup>96</sup> El PNNSCh pasó a ser el PNN más extenso de Colombia mediante la Resolución 1256 del 2018 Ministerio de Medio Ambiente y Desarrollo Sostenible, cuando el área protegida fue ampliada en más de un millón de hectáreas. Por otro lado, la UNESCO lo declaró, en el mismo año, Patrimonio Cultural y Natural de la Humanidad. Se trata del primer emplazamiento de Colombia que recibe este reconocimiento internacional.

<sup>97</sup> Estableciendo rumbos en la selva, abriendo paso de manera orientada.

Ese plural inclusivo hace referencia ya no al conglomerado de modos de producir y estar en este y otros territorios, sino a la mismísima historia política del país, y de manera más concreta, al aparato estatal del presente. Pocos puntos del frente de deforestación amazónica tienen tanta relevancia y poder de representación como la amenaza de los asentamientos y paisajes humanos que avanzan hacia el Chiribiquete. Por eso también investigué en el sur del Guaviare. Debido a este poder simbólico, el Chiribiquete, como una palabra mágica, está en boca de todos en el Guaviare y en Colombia: radio, campesinos, turistas, trabajadores estatales, reincorporados, cooperantes... En estos momentos, todo lo que suene a Chiribiquete resulta muy sensible sea en el entorno que sea, y su sola mención desencadena reacciones combinadas de interés, preocupación, fascinación y sospecha.



*Imagen 11* Fotografía aérea tomada en dirección sur sobre la frontera agropecuaria, en las cabeceras del río Itilla. Aquí comienza lo que queda de bosque amazónico virgen. En el horizonte se distingue la Serranía del Chiribiquete. Fotografía: Sebastián Arias / Alejandro Garcés.

Si Chiribiquete estuviera *bien metido*, quizás junto a la frontera con Brasil del Vaupés, el Amazonas o el Putumayo, la discusión sería diferente. Pero, la realidad es que, al sur de Calamar, la frontera agropecuaria avanza y la Serranía está en creciente riesgo. Todo el mundo quiere ir, visitarlo, sí. Pero, sobre todo, los potreros siguen avanzando sobre la selva virgen. Hoy, la ganadería extensiva y sus dinámicas amenazan gravemente el Chiribiquete.

Los campesinos-colonos de esta historia son conscientes del lugar en que están, de su alto valor y su fragilidad. Comparten la preocupación por el futuro del Chiribiquete. Sobre ellos, la idea y la cercanía del Chiribiquete levanta las más diversas sensaciones y apreciaciones. Unos despliegan misterio, miedo y distancia: *Yo por ahí nunca he caminado, me da miedo. Ahí se encuentra una al jaguar*. Otros, ante la cercanía, sienten la selva virgen como lugar de recreo posible: *pues yo creo que tenemos que conservar*

*este lugar, incluso para nosotros mismos, para pasear, para hacer almuerzo.* Quienes están comprometidos con procesos sociales e iniciativas productivas que palien la deforestación insisten en que el sur del Guaviare es un *enclave estratégico, aquí tenemos que ponernos pilas para ofrecer soluciones y alternativas al campesino, para que deje de tumbar y proteger Chiribiquete:*

*Donde hoy estamos ubicados, prácticamente inicia el Parque Natural Chiribiquete. Y eso nos hace un territorio especial, nos obliga a producir, pero de una manera conservacionista. Esto con la visión de que a futuro podamos tener un espacio con agua en abundancia, con suelos fértiles pero conservados con bastantes árboles.*

Otros, tras casi toda una vida en el Guaviare, sueñan con conocerlo:

*Yo ya anduve mucho por acá... Pero, ¿cómo le parece, Alejo? ¡No conozco el Chiribiquete! Está prohibido ir. Pero le juro que, si algún día logro ver uno de esos tepuyes, yo ya me puedo morir tranquilo.*

En última instancia el Chiribiquete no sólo es codiciado por algunos campesinos guaviarenses, sino que constituye un poderoso símbolo que representa la importancia del territorio amazónico, aporta a la construcción identitaria regional, cargándola de orgullo y valor, y se erige como horizonte de posibilidades, anhelos y sueños para quienes la vida les ha traído a estas selvas. El Chiribiquete es hoy un símbolo extraordinario y hace parte innegable de la identidad de la población colona guaviarense. El alto valor sociocultural que esto le confiere representa una oportunidad única sobre la cual establecer posturas y acciones políticas que, de manera urgente, insistan en la reconfiguración de las actividades productivas y los modos de relacionamiento con el entorno en el futuro próximo.

## **El avance de la frontera y la degradación de la biosfera: vida, suelo, agua y aire**

A pesar de la baja fertilidad de la mayoría de sus suelos, el Guaviare es, sin duda alguna, una tierra abundante, generosa y próspera. Es *un buen vivero* para sus habitantes y muchos de quienes llegan (llegamos) a habitar en él. Sin embargo, el bosque amazónico se encuentra en pérdida progresiva. Al iniciar esta investigación, el dato para el volumen de deforestación entre el año 2000 y el 2019 en esta región era de más de ochocientas mil hectáreas, en favor del uso de los suelos en agricultura y pastos (Bibo - El Espectador, 2019).

La protección de los ecosistemas amazónicos amenazados, el detenimiento de la frontera agrícola y la recuperación y restauración de las áreas deforestadas de bosque hacen parte de los principales desafíos de las políticas públicas en la actualidad y el futuro próximo. La deforestación, con sus dinámicas y causas sociales, está en boca de todos en el Guaviare: *están quemando todos los días, por allá tumbaron tres hectáreas hace ocho días, mi vecino viene echando motosierra desde el mes pasado*, etc. La *tumba de monte* con el fin de aumentar la superficie de pastizales para ganadería extensiva (en la mayoría de los casos) y de implementar cultivos de hoja de coca (con menor frecuencia en la zona estudiada, pero además, con un menor impacto en volumen de bosque afectado) es definitivamente un secreto a voces.

La frontera avanza en buena parte gracias a las presiones socioeconómicas y directrices del status quo local, una deliberada ausencia de interés político real, y la priorización de intereses particulares, ya sean los de terratenientes, ya los de productores individuales guiados por el mercado local de trabajo que supone la actividad de la tala. *Basta que usted le diga a alguno de sus vecinos en la vereda que le colabore con tal o cual hectárea, y ellos le hacen el trabajo, se toman pocos días por hectárea y en un mes ya puede usted meterle animalitos [vacas].*

Es febrero de 2022. La atmósfera es ardiente, polvorienta, brillante. Ya no puedo ver a más de diez kilómetros cuando subo a La Lindosa o a otro emplazamiento elevado. El sol, independiente de la posición, brilla y deslumbra todo el cielo. Huele a humo, a leña quemada fuera y dentro de San José, día y noche. Algunas noches, incluso, casi no se puede respirar (Diario de campo, 15 febrero 2022).

La baja humedad relativa, propia de la temporada de *verano*, es acrecentada por la sensación de ahogo y calor asfixiantes. El SIATAC<sup>98</sup> y el IDEAM<sup>99</sup> acaban de reportar, desde finales de enero 2022, más de catorce mil puntos de calor<sup>100</sup> (potenciales incendios o focos de incendios) en el NOA colombiano. Los ejes de deforestación del departamento del Guaviare son los más numerosos entre el total nacional reportado. *Todo el mundo está quemando por esta época, en verano es cuando más hay que trabajarle a la finca.* La quema, si bien puede resultar necesaria (y, desde luego, pragmática) en una pequeña escala para poder adecuar terrenos delimitados de cultivos de ciclo rápido, responde más bien a una práctica eficiente para aumentar la superficie de producción ganadera en detrimento de los bosques, la biodiversidad y los recursos como el agua.

Los predios deforestados, especialmente los que se sitúan en la frontera agrícola, no suelen recibir mayor inversión tras la tumba o la quema. A veces ni se cercan, pues el bosque delimita el prado. Ni siquiera se remueven los restos de cobertura vegetal, raíces y troncos caídos, tumbados, partidos. Las vacas deben entonces discurrir entre un terreno agresivo, agreste, por el que resulta incómodo y hasta peligroso caminar, lleno de trampas, huecos, espinas y superficies cortantes. Si al menos no se hubiera quemado, estaría todavía lleno de pequeña fauna que haría las delicias de toda sangre vacuna y humana que se atreviese a ingresar en un potrero recientemente deforestado.

Los restos que quedan de la actividad humana tras un *descumbre*, lejos de presentárenos como impersonales o despolitizados, forjan un paisaje antrópico (**Imagen 12**). Más bien, nos interpelan fuertemente y cuentan una historia: la de la vida que fue, que estuvo y ya no está, la misma vida que tomó milenios en constituirse y autoorganizarse, tal como reza Boff (1996, págs. 113-116) al describir la formación de la Amazonia y los “pecados capitales antiecológicos”. Estos restos se me antojan lo que Gordillo (2014) denomina “escombros” (*rubble*): una “materialidad remanente”, en este caso, de la vida

---

<sup>98</sup> SIAT-AC: Sistema de Información Ambiental de Colombia SIAC. Conjunto de instituciones alineadas alrededor de acuerdos y objetivos comunes dirigidos a la gestión ambiental de la Amazonia colombiana y la toma de decisiones. Opera alrededor de la organización, elaboración de conceptos, metodologías y protocolos, y recursos tecnológicos. <https://siatac.co/>

<sup>99</sup> Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales de Colombia <http://puntosdec calor.ideam.gov.co/>. Consultado desde el 24 de enero al 15 de febrero de 2022.

<sup>100</sup> Un punto de calor se define como “una anomalía térmica sobre el terreno, que en realidad es una aproximación a incendios o puntos potenciales de fuego” (Di Bella, 2008).

alejada de todo su esplendor y su diversidad. Una materialidad cargada de significados e historias del mundo sociohistórico que la conformó, a la cual debemos aproximarnos desde una nueva perspectiva: la de volver palpable, tangible y experiencial ese nuevo paisaje absolutamente desolador, para así imaginar el tiempo que fue y el que será, y comprender cómo estamos, directa e indirectamente, destruyendo el *Oikos*.



*Imagen 12* Deforestación reciente, en las cercanías de la frontera agrícola (diciembre 2021). Durante este trayecto sonaban varias motosierras que estaban tumbando terrenos aledaños. El próximo verano serán quemadas para terminar de despejar el predio.

## Reflexiones personales a modo de cierre

Previo a la entrada al campo, mi desconocimiento acerca de la realidad actual del Guaviare, como he dicho, era notable. Tal como ya reconocí, llegué buscando palmas africanas y grandes proyectos mineros... pero encontré vacas, vacas y más vacas, no importaba adónde fuera. El paisaje y los discursos públicos hablaban por sí mismos desde los primeros días. La injerencia de las prácticas y los discursos del desarrollo permeaba fácilmente en los imaginarios campesinos y las dinámicas de la colonización, puesto que el ganado es una práctica local de largo recorrido. La ganadería extensiva y el acaparamiento de tierras materializan unas lógicas de acumulación, exclusión social y destrucción mucho más sutiles e indetectables que una minería a cielo abierto o tres mil hectáreas de palma de aceite.

Con el tiempo en campo, las preguntas de investigación cambiaron y las transformaciones productivas y ecológicas lo eran en relación a patrones de contraste que no había considerado inicialmente. En ocasiones, diseñamos una pregunta desde la lejanía de las facultades y centros urbanos de poder. Sin embargo, la

experiencia me dice que es el campo el que plantea las verdaderas preguntas. Así, el objeto de la investigación necesariamente debe cambiar con la experiencia de campo; puede ser radicalmente, reformularse parcialmente, o simplemente ajustarse. Pero, en cualquier caso, si no lo hizo, significa que no hicimos investigación.

Terminando este trabajo, que no es sino un proceso inacabado, vuelvo al camino trazado y retumban los ecos de los días en el campo. Reviso mi diario y retomo líneas argumentales iniciadas, algunas trazadas profusamente, otras apenas evocadas. Días y días frente al documento en progreso, atestiguo sorprendido cómo las preguntas con que llegué, vistas desde el aquí y el ahora, fueron cambiando. Regresan con forma distinta a como se presentaban mientras me encontraba, durante los últimos doce meses, macheteando, echando azadón, caminando un pedazo de bosque, compartiendo confidencias, participando en una reunión comunitaria, tomando una cerveza en una vereda o un chocolate en el centro de San José con alguno de los protagonistas de esta historia.

Resulté realizando esta investigación caminando. Sí, caminando y caminando. Recorriendo el territorio, *trocheando* en moto a horas de distancia, solo o junto con mis anfitriones, atravesando cultivos, potreros y pedazos de bosque, tropezando con raíces, retirando lianas con el machete, chuzándome con cortezas y espinas, pisando güíos, ahuyentando saínos, hurgando escondites de gurres y cajuches, admirando micos y aves... Caminar fue, sin duda, la experiencia vital que se fundió con la técnica etnográfica.

La actividad del campesino es ardua. Para casi cualquier urbanita, tremendamente dura. Los campesinos que han logrado pervivir en esta tierra me demostraron “estar hechos de otro material”, con una tenacidad y una determinación que los definen y constituyen de manera inequívoca. Es difícil seguirles el ritmo en la finca o en la trocha. Con frecuencia, en las actividades que pudimos compartir, podía notar cómo ellos deceleraban o reducían la intensidad de sus acciones para adaptarse a las mías, el visitante. No cualquiera puede residir en el campo guaviareense: hace falta mucho más que valentía y deseos de paz para vivir en esta tierra. El nivel de saberes y entrenamiento requeridos para ello me resultó sorprendente desde la primera finca que pisé. No importaba si el campesino tenía estudios o sabía leer.

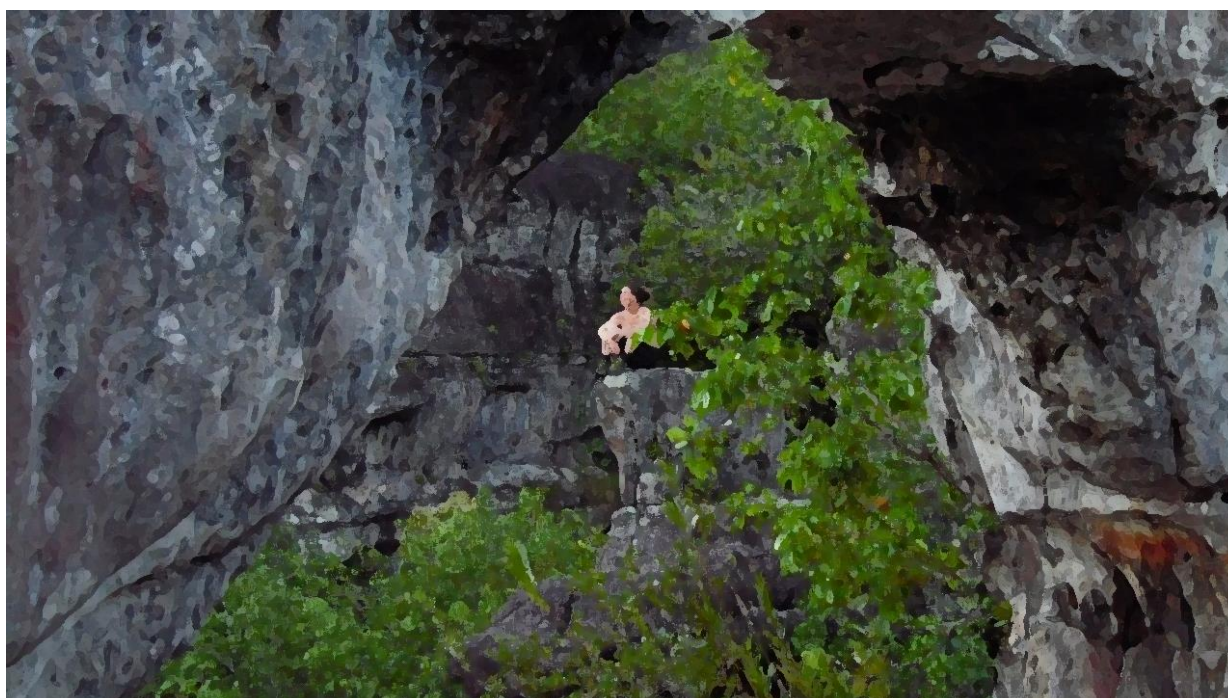
Lejos de mitificar la cotidianidad rural, quiero afirmar también que la vida en el campo tiene un importante componente de goce. El trabajo, también. El campesino ciertamente trabaja duro y el nivel de esfuerzo y la determinación que requieren, e incluso el tedio, resultan retadores para quienes somos foráneos de esta tierra. Otros campesinos del país, de América Latina y del mundo empobrecido, probablemente coincidan en esto. Sin embargo, el “trabajo” hace parte de la actividad diaria que guía la cotidianidad de las gentes. Las tareas del campesino son múltiples, a las que se les suman aquellas propias de entornos con fragmentos de bosque húmedo tropical. En el fondo de todo esto, subyace la experiencia del goce: el goce en el cuidado del alimento, la producción en el espacio propio, los momentos de descanso, la contemplación y otras experiencias sensibles. Además, la inmensa diversidad de acciones y tareas que emprende un campesino desde que sale de la cama hasta que descansa, incluyendo momentos de armonioso esparcimiento, palia y sosiega la sensación de tedio y extenuación que podemos detectar a priori desde afuera. La diversidad de quehaceres constituye una aventura *per se*, especialmente cuando la producción también es diversa. En la variedad está el goce, y no sólo la seguridad.

Pienso en el orgullo declarado de ser campesino, en la carga identitaria y reivindicativa de su enunciación, y en las acciones, la forma de vida y las decisiones que lo alejan de o lo acercan a qué es ser realmente “campesino”. Los campesinos-colonos del Guaviare anhelan serlo: ser “campesinos guaviareenses” en un



entorno de calma, prosperidad y paz. Son esos los tres ingredientes que buscaban cuando llegaron. Si ellos lo logran, todos ganamos.

*– San José del Guaviare, febrero 2022 –*





## Agradecer

*Deseo agradecer de corazón a las personas que han sido compañía, apoyo y estímulo importantes en este periodo y este proyecto de conocimiento, crecimiento y construcción tan especiales e irrepetibles. Cada quien, a su manera, ha aportado al presente trabajo de investigación, difícil de desligar de la vida personal. Todas las personas que menciono (y alguna que puedo estar olvidando) son partícipes e incluso, a su manera, coautoras (mas no responsables) de este resultado. A todas/os, gracias de veras.*

A Germán González, porque con él descubrí primero el Guaviare. Por confiar en mi propuesta de pedalear hasta San José, por su solidaridad, su complicidad, y ante todo, por su amistad forjada en el camino.

A Santiago Villarreal, por orientarme en mi primera visita al Guaviare y animarme a viajar en bicicleta hasta aquí.

A Sebastián Arias, por recibirme en San José y orientarme al inicio. Por la compañía, las conversas, los puntos de encuentro, y sobre todo, por aceptar mi propuesta de conocer y trabajar en la frontera agrícola.

A Julio Roberto del Cairo, por su apertura, confianza y generosidad en compartir conmigo su experiencia y sus líneas de trabajo. Las conversaciones con él me permitieron entender mejor este territorio y mi propia investigación desde un punto de vista revelador y crítico.

A José Ibáñez, por su receptividad, su confianza, su dedicación en mostrarme su emprendimiento y su asociación, y por enseñarme tanto con su ejemplo, su liderazgo, y su conocimiento profundo del campo guaviarense.

A Mario Guevara y Flaviano Mahecha, por compartir conmigo las experiencias asociativas y productivas que dirigen.

A la familia Sedano (Piedad, Jairo, Valentina y Jairo Andrés) del Diamante de las Aguas, por recibirme, compartir causas y permitirme forjar una relación cómplice con ellos. Porque lo que han (re)construido es un ejemplo para muchos y nos permite pensar otros mundos posibles. Conocerlos fue una de las primeras inspiraciones de esta investigación.

A William Espinosa, por compartir conmigo sus experiencias y saberes del campo y el bosque, por el caminar, por recibirme varias veces en su reserva y porque me dejó ver, con su reflexividad y sus intereses en mi propia experiencia, su manera de habitar su territorio.

A Eyder Acosta, por la complicidad desde el principio basada en la apicultura y el cuidado de los ecosistemas, y por compartir conmigo la pasión por la apicultura y los conocimientos del campo guaviareense.

A César Benavides, por la camaradería, las aventuras de finca y trocha, el trabajo conjunto y compartir conmigo sus conocimientos en agroecología.

A Vanesa Pinzón, por recibirme en su hogar e insistirme en desplazarme al Guaviare. Por la amistad e invitarme a todas las actividades que tiene este territorio.

A Julián Ortiz, por compartir su profunda experiencia antropológica en Guaviare y algunos de sus saberes y experiencias sobre los pueblos indígenas nukak y jiw. Y por permitirme encontrar una casa que anhelaba desesperadamente.

A Juliana Gómez, por su parcería, su compañía en Guaviare y Bogotá, y su preocupación y respeto por mis decisiones vitales durante el trabajo de campo.

A Mariana Moscoso, por su amistad, su espontaneidad y su solidaridad en momentos críticos.

A Liz Ramos, por su cálida y generosa amistad, por darme siempre un punto de vista diferente, y por el sustento amoroso.

A Álvaro Hernández, por su amistad y solidaridad, y porque compartir este posgrado con él fue todo un estímulo intelectual y personal.

A Nicolás Castro, por autenticidad, las enseñanzas que me aportaron su mirada y sensibilidad antropológicas, sus acertados comentarios, los ánimos y la parcería de colega.

A Jenny Cubillos, por su parcería, sus comentarios y enseñanzas en clase, y por recibirme en su hogar de Villavicencio.

A Paula Vivas, por todo. Por su compañía, su inmensa generosidad, su presencia luminosa, su sabiduría oculta, y su inspiradora y aguda forma de ver y vivir el Guaviare. Entender el territorio y sus gentes a través de sus recién llegados ojos fue un regalo inesperado al cierre del trabajo de campo.

A Daniel Urquijo, por su amistad y generosidad, su escucha y complicidad en tiempos difíciles, por permitirme descansar del campo y del calor húmedo en su nuevo hogar rolo.

A Andrea Torres, por estar, siempre, por querer entender, sus preguntas incómodas, su pasión compartida por mi campo, y su cuidado profundo y cálido.

A Lina Puentes y Luisa Correa, por su compañía y sus enseñanzas sobre fauna silvestre. Su visita fue un antes y un después en mi relacionamiento con esos maravillosos seres no-humanos.

A Aura Bastidas, por su complicidad total ante mis decisiones, su compañía y su presencia sosegada, generosa y alegre en esta vida de campo.

A la abuela Nelly Rátiva, por su acompañamiento amoroso y su protección maternal desde la tierra de Bachué.

---

A Marian Morillo, por su amistad fraternal, su cuidado y escucha, y por animarme a vivir en soledad y residir entre campesinos.

A Sofía, por invitarme a aprender a estar solo, porque de una u otra forma me empujó a las profundidades del Guaviare. Por inspirarme con su manera tierna y única de interactuar con los animales. Y porque mucho de lo que aprendí con y de ella como antropóloga me sirvió y salvó en momentos importantes de la vida en campo.

Al equipo de la UTP de la Universidad Nacional (Francy, Sandra, Angélica, Paula, Sara, Sergio, Emmanuel), por todo el aprendizaje, la buena vibra, y por acompañarme desde la actividad laboral y la parcería en este tiempo extraño y de trabajo estimulante.

A mis estudiantes de antropología, por confiar en mi propuesta y dejarse guiar, por su genialidad, entrega y espontaneidad. Y, por supuesto, por sus preguntas y todas sus enseñanzas en estos semestres de docencia.

Al profesor Andrés Góngora, por haberme hecho crecer inmensamente como antropólogo, por su generosidad, por la calidad y entrega de sus clases, su interés y aguda sensibilidad por el campo de toda nuestra cohorte de maestría, y por sus brillantes comentarios, críticas y sugerencias.

A mi director de tesis y acompañante académico en esta aventura, el profesor Juan José Vieco, por el entusiasmo y la escucha con que recibió mi propuesta, por las conversaciones críticas, las acertadas orientaciones y preguntas en el camino, la preocupación por mi trabajo de campo, la complicidad, y la libertad y la confianza que me concedió en desarrollar mi trabajo según mis preguntas más auténticas.

A los campesinos del Guaviare que están reflexionando y actuando por cambiar el curso de su territorio, que luchan cada día... Porque, con su amor genuino por su terruño adoptivo, hoy su hogar, me enseñaron mucho de lo que yo me preguntaba y estaba necesitando aprender. Muchas gracias por la confianza y por compartir sus saberes, espacios, historias y anhelos. Este trabajo también es suyo.

A mis amistades verdaderas de España (Elena, Iker, Sara, Elisa's, Pablo, Ana, Alfonso, Alicia, Alessandro, Silvia) por cuidarme, apoyarme y acompañarme desde la distancia, en tiempos extraños en los que diez kilómetros son equivalentes a diez mil.

A todos los otros seres no-humanos de los bosques y las sabanas, por acompañarme y guiarme en los momentos de silencio más luminoso. Porque fueron mis grandes maestros de lo verdaderamente importante.

Por último, y por ello lo más importante, a mi hermano Julio, mi madre María del Carmen, y mi padre Marco Antonio, por absolutamente todo: su apoyo y amor incondicional, su implacable presencia y compañía desde la distancia trasatlántica, su generosidad desbordante y constante, sus ganas de vivir, su paciencia, su alegría contagiosa, su resiliencia, su ejemplo, su confianza en mis decisiones y el respeto profundo por ellas a pesar del riesgo que implicaban... Y por compartir su interés y fascinación por mi proyecto, mis inquietudes y mis aventuras (y desventuras). Entre quienes no han visitado el Guaviare, resultan ser las personas que quizás mejor conocen sus bellezas, conflictos y urgentes necesidades. Algún día lo conocerán en persona, *inchallah*.



## A. Anexo – Fotografías de campo



*Imagen 13* Escudo del San José del Guaviare, "Capital de la esperanza" colombiana. Entre otros símbolos, destaco las figuras de colonos (arriba) y la economía extractiva del caucho (medio) como identidades fundacionales del municipio.

[↑Volver al texto↑](#)



**Imagen 14** Trapiche para la extracción in situ del jugo de caña. Este funciona mediante un motor diésel. El trapiche se completa con unos hornos por debajo de grandes ollas o tinajas que cocinan el jugo para obtener la melaza o la panela. [↑Volver al texto↑](#)



**Imagen 15** Monocultivo de caucho de pequeño productor (3 has.) en las cercanías de la Serranía de la Lindosa. Apoyado por el PNIS como programa de ciclo largo, puede acompañarse hasta la primera producción (3 a 5 años) con cultivos de pancoger, un volumen limitado de ganado, gallinas, frutales y otros cultivos agroforestales. [↑Volver al texto↑](#)





Imagen 16 Cultivo de caucho de campesino asociado de ASOPROCAUCHO, combinado con otros cultivos agroforestales. [↑Volver al texto↑](#)



Imagen 17 Centro de acopio y procesamiento de ASOPROCEGUA, en las afueras de San José. Aquí se procesan las pulpas de las palmas y frutales amazónicos. [↑Volver al texto↑](#)



*Imagen 18* José Ibáñez, líder social y presidente de ASOPROAGRO, sosteniendo un fruto de sacha inchi. Fotografía: Sebastián Arias. [↑Volver al texto↑](#)



*Imagen 19* Cultivo de sacha inchi asociado con plátano y copoazú, en la frontera agrícola. [↑Volver al texto↑](#)



*Imagen 20* Ganado establecido en ecosistemas propios del Escudo Guyanés, en las cercanías del PNN Chiribiquete. [↑Volver al texto↑](#)



*Imagen 21* Wilson Forero en el potrero silvopastoril de su finca, junto a la reserva de bosque. [↑Volver al texto↑](#)



*Imagen 22 Naranjas, piñas y ahuyamas producidas en la finca. Fotografía: Paula Vivas. [↑Volver al texto↑](#)*



*Imagen 23 Vista aérea cenital de finca modelo de José Ibáñez, en el triángulo de amortiguamiento de Chiribiquete. “Tengo 118 ha. en mi finca, sólo 30 son intervenidas, el resto es bosque originario”. En la zona intervenida, cuenta con cultivos agroforestales, de sacha inchi, plátano y copoazú. En el centro de la imagen se aprecia la zona recientemente quemada por incendio provocado por su vecino. Fotografía: Sebastián Arias. [↑Volver al texto↑](#)*

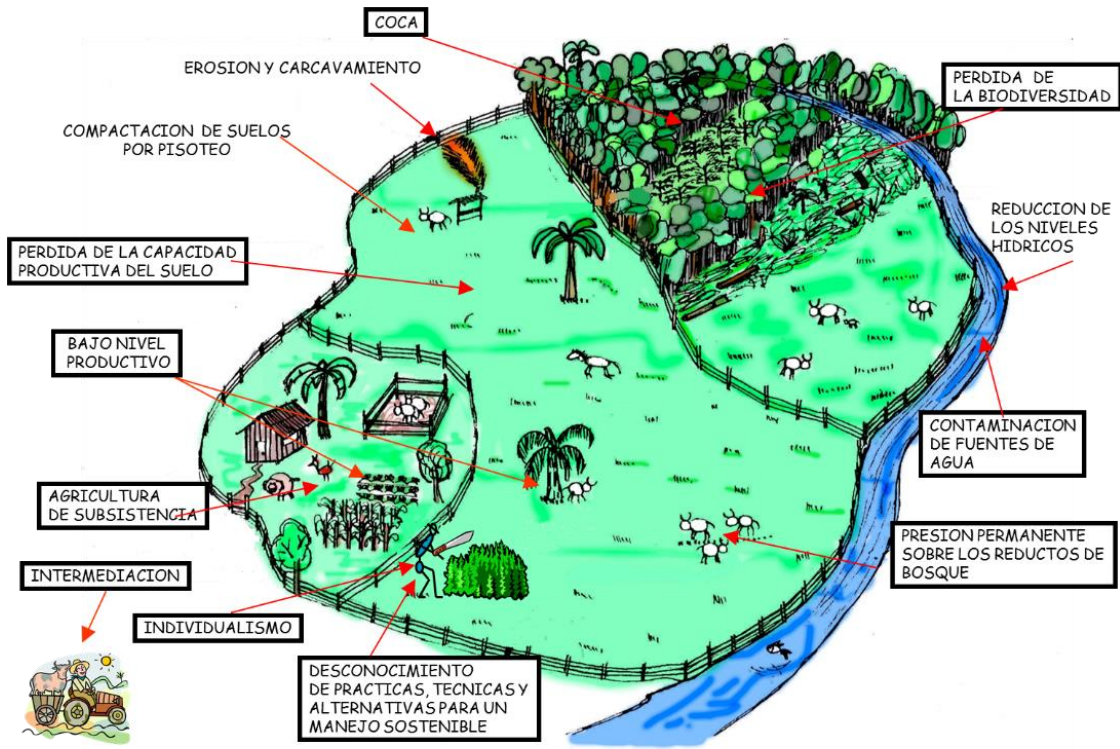


Imagen 24 Finca predominante en la actualidad. Ilustración y concepto: J.R. del Cairo – CINDAP (cortesía). [↑Volver al texto↑](#)



Imagen 25 La finca "ideal", que incluye algunos conceptos propios de la agroecología y, ante todo, una serie de propuestas ante las particularidades socioecológicas del Guaviare. Ilustración y concepto: J.R. del Cairo – CINDAP (cortesía). [↑Volver al texto↑](#)



Imagen 26 Cartel de convocatoria a la feria de productos guaviarenses "Expo Guaviare 2021". [↑Volver al texto↑](#)



Imagen 27 Ajíes amazónicos, cucharas talladas para el mambe y semillas de abarco. [↑Volver al texto↑](#)



*Imagen 28* Cúrcuma orgánica desecada, previo a ser molida para su empaque y venta. [↑Volver al texto↑](#)



*Imagen 29* Flores heliconias amazónicas, extraídas del bosque y presentadas en ramos y paquetes. Piedad y Jairo las preparan con cuidado para vender en San José el día de la madre. [↑Volver al texto↑](#)

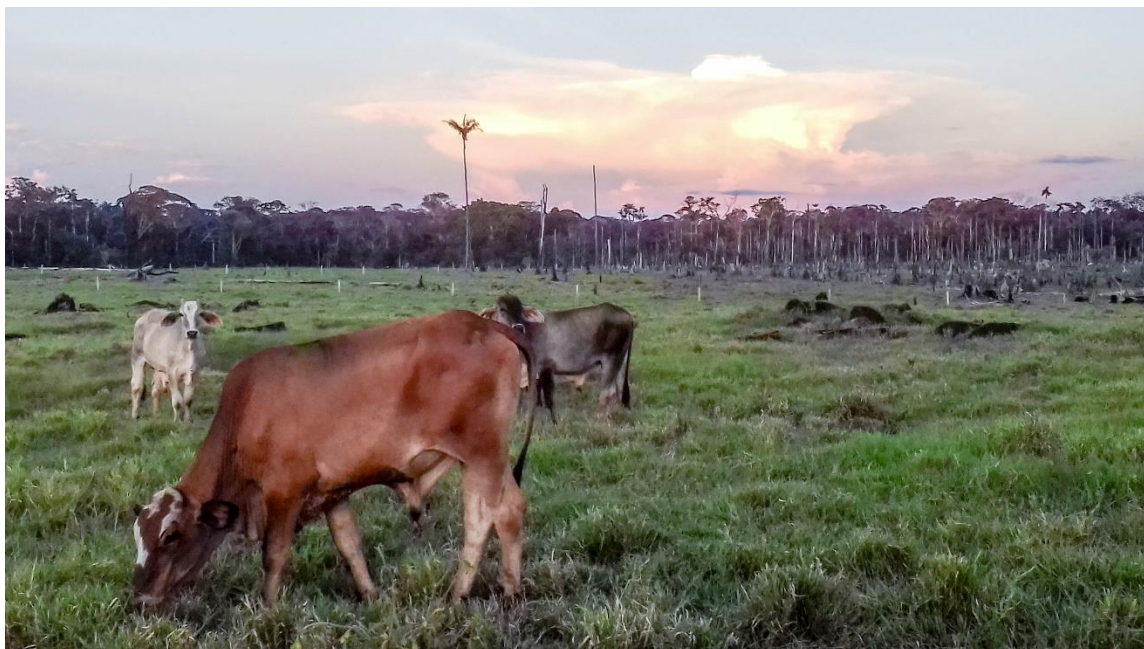


*Imagen 30* Secciones de "cabo de hacha" extraídas de árbol aprovechado tras su caída. Pueden ser empleadas para la elaboración de mesas ornamentales. [↑Volver al texto↑](#)

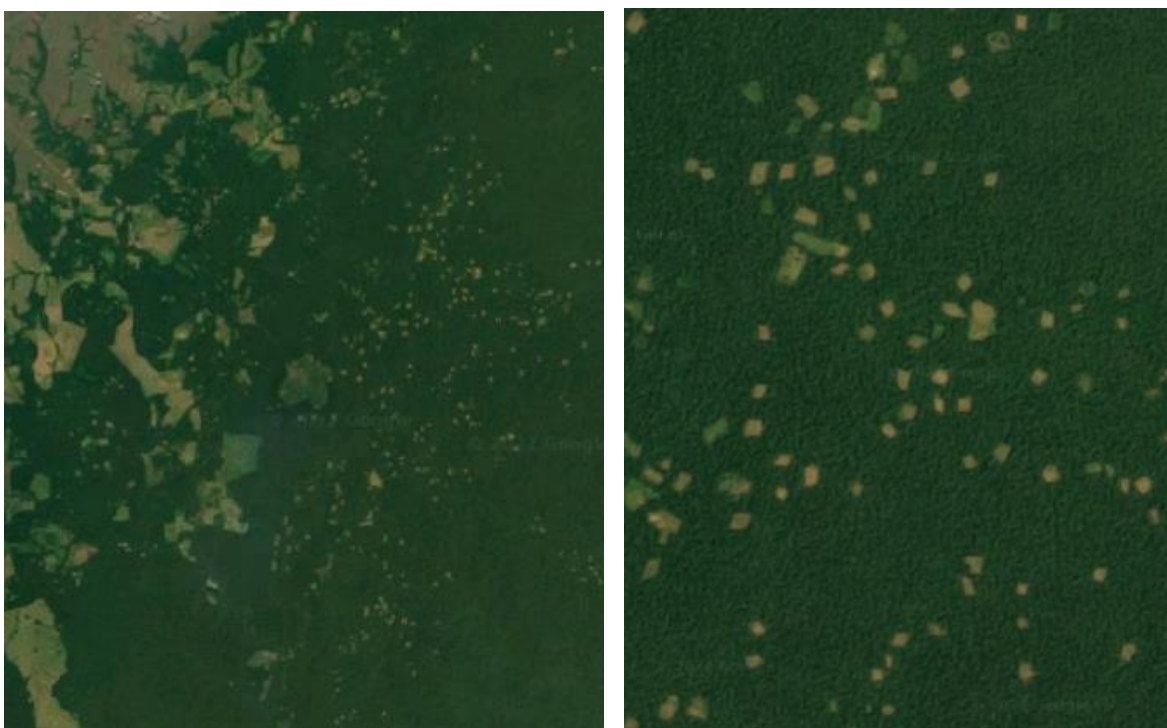


*Imagen 31* Deforestación en curso, en relicto de bosque del interior de la zona intervenida. [↑Volver al texto↑](#)





*Imagen 32 Deforestación en curso y ganado, junto a la frontera agropecuaria del río Itilla. [↑Volver al texto↑](#)*



*Imagen 33 Frente de deforestación al oriente del Guaviare, con su transición a bosque denso impactado por núcleos de tumba, en sentido oeste-este (izquierda), y ampliación de imagen, mostrando núcleos de deforestación más allá del frente de deforestación (derecha). Los nuevos lotes despejados de menor superficie y mayor dispersión y aislamiento, tienden a corresponder a cultivos de uso ilícito. Los lotes para ganadería extensiva generalmente se caracterizan por una superficie de al menos un orden de magnitud superior a los primeros, una mayor conectividad entre ellos o la zona intervenida, y requerir una mayor cercanía a las vías pecuarias o trochas para poder movilizar o comercializar el ganado. [↑Volver al texto↑](#)*



*Imagen 34* Cartel de campaña contra la deforestación en el inicio de la vía San José - Calamar (USAID, CDA, Alcaldía de San José del Guaviare). [↑Volver al texto↑](#)



*Imagen 35 La cobertura vegetal protege y alimenta, junto a los árboles, los suelos pobres del ecosistema amazónico.*

[↑Volver al texto↑](#)



Imagen 36 Todo nace desde la tierra. [↑Volver al texto↑](#)



Imagen 37 Ganado estabulado en el frente de deforestación, en la frontera agrícola. [↑Volver al texto↑](#)



Imagen 38 William en su reserva natural La Pedregosa, serranía de La Lindosa. [↑Volver al texto↑](#)



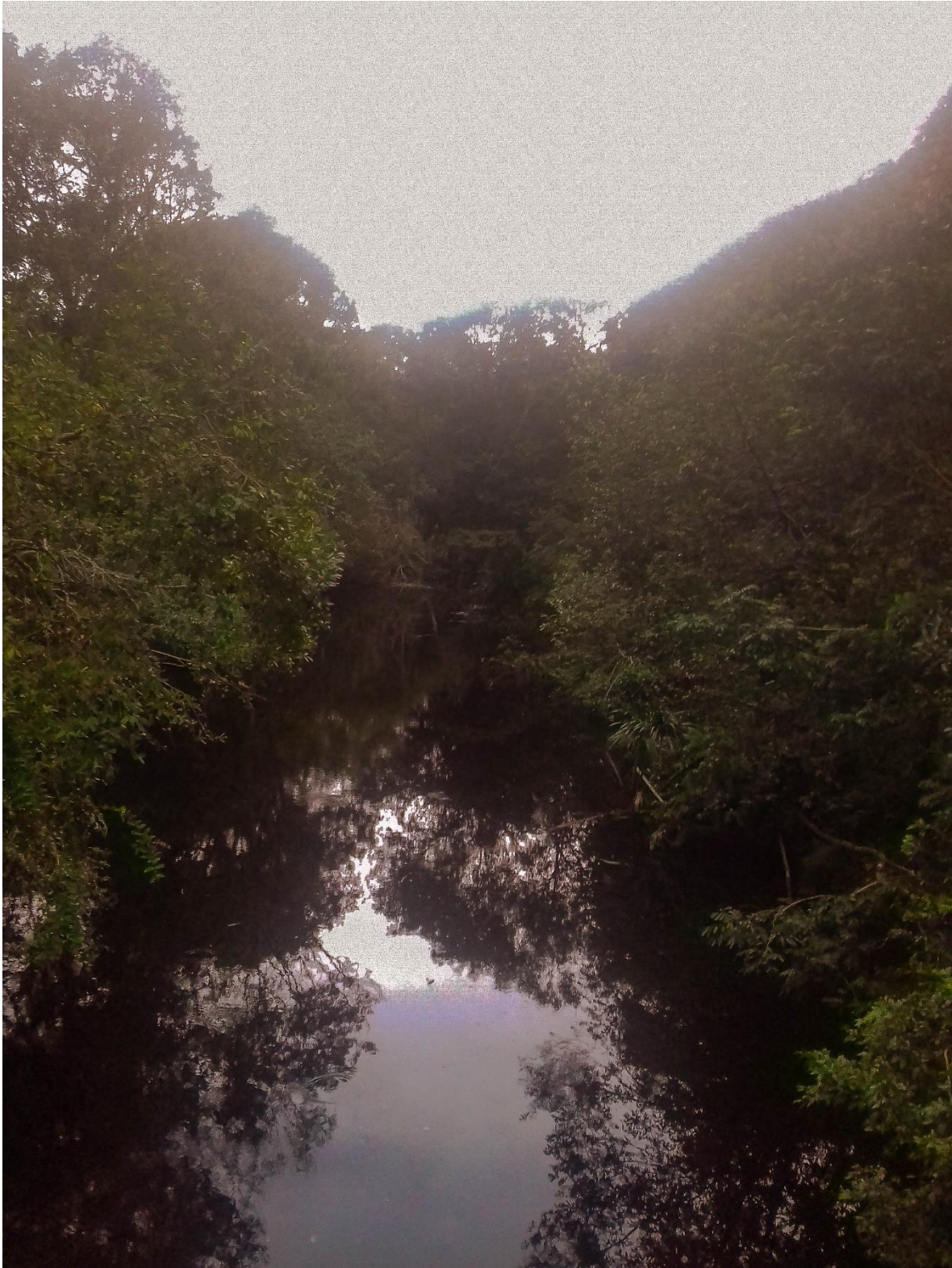
*Imagen 39* Ingresando con William a la reserva La Pedregosa, serranía de La Lindosa. [↑Volver al texto↑](#)



*Imagen 40* Pantallazo del Diplomado "Gestores Comunitarios de Selva", en que actualmente participan algunos campesinos-colonos, como William Espinosa y la familia Sedano. [↑Volver al texto↑](#)



*Imagen 41* Petroglifos milenarios tallados sobre las rocas, en la vereda de San Miguel, junto a la frontera agropecuaria. Hace poco, estaban cubiertos por el bosque que los protegía, pero con las tumbas y las quemadas, han quedado expuestos al sol. Debido al calor, sea por el del fuego de la quema o el posterior sol directo, algunas rocas han comenzado a partirse y resquebrajarse. Los habitantes locales ahora son conscientes de su valor, y aspiran a tener un rol en la salvaguarda de este patrimonio material de la humanidad. Sin embargo, se encuentran en mitad de un potrero, y las probabilidades de que a corto plazo reciban una protección y puedan ser visitadas son, debido a su lejanía, escasas. [↑Volver al texto↑](#)



*Imagen 42* Caño en las cercanías de la Serranía de la Lindosa. La mayoría de los caños son nutren sus aguas de nacederos y del alto nivel freático de los suelos, sustentado por la presencia de bosque y la cobertura vegetal. La degradación aguas arriba y las sequías ponen en riesgo el recurso hídrico y la biodiversidad que depende de éste. [↑Volver al texto↑](#)





*Imagen 43* "Árbol consejero" en bosque primario de la reserva La Pedregosa, en La Lindosa. William estima que tiene unos cuatrocientos años, "por ahí de cuando llegaron sus antepasados", me dice. Su altura es de unos cuarenta metros, su tronco de unos tres de diámetro, y destaca por encima del bosque desde vislumbrado desde la lejanía. Únicamente en algunos bosques primarios pueden encontrarse árboles antiguos. [↑Volver al texto↑](#)



*Imagen 44* Gallito de roca (*Rupicola rupicola*), avistado en la Reserva El Diamante de las Aguas. Fotografía: Lina Puentes / Alejandro Garcés. [↑Volver al texto↑](#)



*Imagen 46* Guayabeto, resbalamono, o indio en pelota. Es esbelto y recto, su superficie es muy lisa e imposible de trepar. [↑Volver al texto↑](#)



*Imagen 45* Cabo de hacha (en peligro de extinción). [↑Volver al texto↑](#)



*Imagen 47* Encuentro con asociados de ASOPROAGRO a orillas del río Itilla. [↑Volver al texto↑](#)



*Imagen 48* Encuentro de campesinos en la Serranía de La Lindosa, para congregar esfuerzos alrededor del proyecto Corredor del Jaguar. Esta iniciativa toma la forma de agrupación y propone la unión alrededor del compromiso a la gestión sostenible de fincas, la aplicación de prácticas acordes y la preservación de la biodiversidad. En estas reuniones, también se comparten experiencias, productos, saberes, semillas, ideas... [↑Volver al texto↑](#)



*Imagen 49* Semillas, frutos y material orgánico propio del bosque amazónico o adaptado en cultivos. [↑Volver al texto↑](#)



Imagen 50 Plantas y flores de jardín en diferentes fincas. [↑Volver al texto↑](#)



*Imagen 51* Descansando y mirando los cerros del horizonte, tras la jornada de trabajo. Vereda La Unilla, municipio de El Retorno. [↑Volver al texto↑](#)



*Imagen 52* "Estas piñas las tengo para los vecinos, para las visitas". Cultivos de pancoger establecen no sólo niveles de seguridad alimentaria, sino que forjan lazos e intercambios entre campesinos de frontera con base a un reconocimiento mutuo en su calidad de "productores". [↑Volver al texto↑](#)



*Imagen 53* Raúl en su bosque: “se puede producir aprovechando el bosque, no necesitamos acabar con él”. Fotografía: Maloca Joven. [↑Volver al texto↑](#)

## Bibliografía

- Acción Social, Naciones Unidas y Presidencia de la República. (2007). *Informe ejecutivo sobre el seguimiento a los programas de Familias Guardabosques y Proyectos Productivos. Monitoreo, seguimiento y evaluación del al desarrollo alternativo en Colombia*. Bogotá: Agencia Presidencial para la Acción Social y la Cooperación Internacional, Presidencia de la República, Naciones Unidas - Oficina contra la droga y el delito, .
- Acero Velázquez, H. (1992). El colono. En C. C. COA, *Colonización del bosque húmedo tropical* (págs. 221-235). Bogotá: Fondo de Promoción de la Cultura.
- Acosta, L. E. (2016). *Los indicadores de bienestar humano: propuesta para el monitoreo de los modos de vida y territorios de los pueblos indígenas. Elementos y aportes para su definición y medición. Amazonia colombiana*". Leticia: Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas, Sinchi.
- ARN. (2019). *Confianza y Paz*. Obtenido de <https://confianzaypaz.com/pdet/>
- Baena, M. P., & Correa, P. (5 de febrero de 2017). La carretera con la que quieren pavimentar el Amazonas. *El Espectador*. Obtenido de <https://www.elespectador.com/ambiente/la-carretera-con-la-que-quieren-pavimentar-el-amazonas-article-678316/>
- Barrera Méndez, R. S., & Vega Ramírez, Y. D. (2017). *Caracterización de la Zona de Reserva Campesina en el Guaviare (ZRCG). Un estudio de caso 2016-2017*. Villavicencio: Universidad de los Llanos.
- Bermúdez Liévano, A., & Garzón, J. (2020). *El catálogo de las pequeñas soluciones. Alternativas para sustituir los cultivos de coca en Colombia*. Bogotá: Fundación Ideas para la Paz (FIP).
- Bibo - El Espectador. (7 de noviembre de 2019). ¿Cómo ha cambiado el uso del suelo en la Amazonia en los últimos 18 años? *El Espectador*, págs. 16-17.
- Boff, L. (1996). *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres*. Madrid: Trotta.

- Bourdieu, P. (1999). Comprender. En P. Bourdieu, *La miseria del mundo* (págs. 527-543). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Cancimance, A. (2014). *Echar raíces en medio del conflicto armado. Resistencias cotidianas de colonos en Putumayo*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Comisión de la Verdad. (2021). *Volvimos para quedarnos: conflicto y resistencia en la trocha ganadera*. Obtenido de <https://www.youtube.com/watch?v=cSHE4IRbyD0>
- De la Cadena, M. (2015). *Earth beings: Ecologies of Practice across Andean Worlds*. Durham: Duke University Press.
- Del Cairo, C. (enero-diciembre de 1998). Tucanos y colonos del Guaviare. *Revista Colombiana de Antropología*, 34, 66-91.
- Del Cairo, C., & Montenegro-Perini, I. (2015). Espacios, campesinos y subjetividades ambientales en el Guaviare. *Memoria y Sociedad* 19(39), 49-71. doi:<http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.mys19-39.ecsa>
- Del Cairo, C., Montenegro-Perini, I., & Vélez, J. (2014). Naturalezas, subjetividades y políticas ambientales en el Noroccidente amazónico: reflexiones metodológicas para el análisis de conflictos socioambientales. *Boletín de Antropología*, 29(48), 13-40. doi:<http://dx.doi.org/10.17533/udea.boan.v29n48a01>
- Descola, P. (2013). *Beyond Nature and Culture*. Londres: The University of Chicago Press.
- Di Bella, C. P. (2008). La teledetección como herramienta para la prevención, seguimiento y evaluación de incendios e inundaciones. *Ecosistemas*, 17(3), 39-52. doi:<https://www.revistaecosistemas.net/index.php/ecosistemas/article/view/85>
- Díaz, I. A. (2015). *Paisajes palmeros en los Llanos colombianos: Estado, nostalgia y trabajo en San Martín, Meta*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Domínguez, C. (2005). *Amazonia colombiana. Economía y poblamiento*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Escobar, A. (2004). *Más allá del Tercer Mundo. Globalización y Diferencia*. Bogotá: ICANH-Universidad del Cauca.



- Escobar, A. (2012). El desarrollo y la antropología de la modernidad. En B. (. Pérez Galán, *Antropología y desarrollo. Discurso, prácticas y actores* (págs. 72-91). Madrid: Catarata.
- Escobar, A. (2014). *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: UNAULA.
- Escobar, A. (2016). *Autonomía y diseño. La realización de lo comunal*. Popayán: Universidad del Cauca. Sello Editorial.
- Estoile, B. d. (August de 2014). "Money Is Good, but a Friend Is Better": Uncertainty, Orientation to the Future, and "the Economy". *Current Anthropology*, 55(S9 Crisis, Value, and Hope: Rethinking the Economy), 62-73. doi:<http://www.jstor.org/stable/10.1086/676068>
- Fajardo, D. (1993). *Espacio y sociedad. Formación de las Regiones Agrarias en Colombia*. Bogotá: COA.
- Fajardo, D. (2016). La frontera agraria en la construcción de paz. (I. A. SINCHI, Ed.) *Colombia Amazónica*(9), 35-48.
- Fajardo, D. (14 de julio de 2021). Sin los campesinos, no somos Colombia. (C. Ramírez, Entrevistador) Obtenido de <https://www.youtube.com/watch?v=XsApJp3926A>
- FAO y Agencia Nacional de Tierras. (2019). *Las Zonas de Reserva Campesina. Retos y experiencias significativas en su implementación*. Bogotá: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura y la Agencia Nacional de Tierras.
- Farthing, L. C., & Ledebur, K. (2015). *Habeas Coca. Control Social de la Coca en Bolivia*. Nueva York: Open Society Foundations.
- García Muñoz, L. M. (2019). *Efectos tempranos de la firma del acuerdo de paz en el departamento del Guaviare*. Bogotá: CIDER - Centro Interdisciplinario de Estudios sobre Desarrollo.
- García, F. (1995). Coca, guerrilla y sociedad civil en el Guaviare: regulación de conflictos y otros controles. *Colombia Internacional*(29), 18-29. doi:<https://doi.org/10.7440/colombiaint29.1995.02>
- Garzón, J. C. (29 de mayo de 2020). La erradicación forzada no ha aumentado, pero los cultivadores la están pasando mal. *Fundación Ideas para la Paz*. Obtenido de <https://www.ideaspaz.org/publications/posts/1838>

- GET - Grupo de Estudios transfronterizos. (12 de noviembre de 2020). *Sesión 12: Cercas, presas y otras infraestructuras: la Amazonia en los proyectos de desarrollo*. Obtenido de <https://www.youtube.com/watch?v=BmlfjLRip-g&t=412s>
- Giraldo, O., & Lozada, R. (2008). Programa de desarrollo alternativo en Colombia. Familias Guardabosques. Visión desde el enfoque del desarrollo territorial rural. *Luna Azul*, 60-74.
- Gobernación del Guaviare. (2020). *Plan de desarrollo departamental 2020-2023 "Soluciones a su servicio"*. San José del Guaviare: Gobernación del Guaviare.
- Gobierno Nacional de Colombia, & FARC-EP. (2016). *Acuerdo Final para la terminación del conflicto y la construcción de una Paz estable y duradera*. La Habana.
- Gómez López, A. J. (1987). *Llanos orientales : colonización y conflictos interétnicos 1870-1970*. Bogotá: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Gómez López, A. J., Suárez Pérez, C., Riaño Umbarila, E., & [y otros]. (2015). *Pioneros colonos y pueblos: memoria y testimonio de los procesos de colonización y urbanización de la Amazonia colombiana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia - Universidad del Rosario.
- González, J. J., Ramírez, R., Valencia, A., & Barbosa, R. (1998). *Conflictos regionales -Amazonia y Orinoquia-*. Bogotá DC: IEPRI, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.
- Gootenberg, P., & Dávalos, L. (2018). *The origins of cocaine. Colonization and failed development in the Amazon Andes*. Oxon / New York: Routledge.
- Gordillo, G. R. (2014). *Rubble. The afterlife of destruction*. Durham and London: Duke University Press.
- Guattari, F. (1996). *Las tres ecologías*. Valencia: Pre-textos.
- Gudeman, S., & Rivera, A. (1990). *Conversations in Colombia. The Domestic Economy in Life and Text*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gudynas, E. (abril de 1999). Concepciones de la naturaleza y desarrollo en América Latina. *Persona y Sociedad*(13 (1)), 101-125.
- Gudynas, E. (2014). El postdesarrollo como crítica y el Buen Vivir como alternativa. En G. Delgado Ramos, *Buena vida, buen vivir: imaginarios alternativos para el bien común de la humanidad* (págs. 61-95). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Guhl Nannetti, E. (2017). Editorial. (Sinchi, Ed.) *Colombia Amazónica*, 3-5.
- Hernández, L. V. (2017). *Colonos, conflictos y fronteras. Dinámicas de ocupación y estructuración de las fronteras agrarias en la Serranía de la Lindosa, San José del Guaviare, Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Herrera, Á. (1975). Proyecto radargramético del Amazonas, sus metas y su proyección en la economía nacional. *Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia*, XXIX(107).
- Holmes, J., Pavón, V., & Gutiérrez de Piñeres, S. (2018). Economic development policies in Colombia (1960s–1990s) and the turn to coca in the Andes Amazon. En P. Gootenberg, L. Dávalos, & (eds.), *The origins of cocaine. Colonization and failed development in the Amazon Andies* (págs. 114-132). Oxon / New York: Routledge.
- Hyams, W. (1980). *Soil and Civilization*. Nueva York: State Mutual.
- IGAC. (1 de marzo de 2016). *Instituto Geográfico Agustín Codazzi*. Recuperado el 22 de noviembre de 2021, de <https://igac.gov.co/noticias/guaviare-un-departamento-pintado-de-verde-pero-afectado-por-la-deforestacion>
- Ingold, T. (2002). *The perception of the environment: essays on livelihood, dwelling and skill*. London/New York: Routledge.
- Ingold, T. (2011). *Being alive. Essays on movement, knowledge and descripción*. Abingdon/New York: Routledge.
- Ingold, T. (2013). *Making. Anthropology, Archaeology, Art and Architecture*. London: Routledge.
- Ingold, T. (julio-diciembre de 2017). ¡Suficiente con la etnografía! *Revista colombiana de antropología*, 53(2), 143-159.
- Ingold, T. (2018). *La vida de las líneas*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Jaramillo, E. (1989). *Colonización, coca y guerrilla*. Bogotá: Alianza Editorial.
- Jiménez, D. F. (2017). Soñando una nueva vida. Transformaciones socio-económicas en medio de la caída de la bonanza cocalera, Serranía de la Lindosa-Guaviare. Universidad Nacional de Colombia.

- Kothari, A., Salleh, A., Escobar, A., Demaria, F., & Acosta, A. (2019). *Pluriverse. A post-development dictionary*. New Delhi: Tulika Books.
- Latour, B. (2013). *Investigación sobre los modos de existencia. Una antropología de los modernos*. Buenos Aires: Paidós.
- Lizarazo, M. P. (7 de enero de 2022). Usar los ingredientes de la selva para frenar la deforestación. *El Espectador*. Recuperado el 10 de febrero de 2022, de <https://www.elespectador.com/ambiente/amazonas/usar-los-ingredientes-de-la-selva-para-frenar-la-deforestacion/>
- Marcus, G. (2001). Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades*, 11(22), 111-127.
- Melo Ospina, Á. P. (2018). *Es la fe que uno le ponga. Caracterización de enfermedades entre los campesinos de la Serranía de la Lindosa, Guaviare*. Bogotá: Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia.
- Molano, A. (1990). *Aguas arriba. Entre la coca y el oro*. Bogotá DC: El Áncora Editores.
- Molano, A. (1991). *Siguiendo el corte. Relatos de guerras y de tierras*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Molano, A. (1992). *Selva Adentro. Una historia oral de la colonización del Guaviare* (Tercera ed.). Bogotá DC: El Áncora Editores.
- Molano, A. (2000). *Los años del tropel*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Molano, A. (2015). Fragmentos de la historia del conflicto armado (1920-2010). En C. H. Víctimas, *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* (págs. 541-595). Bogotá: Comisión de la Verdad Colombia.
- Molano, A., Fajardo, D., Carrizosa, J., & Rozo, F. (1989). *Yo le digo una de las cosas: la colonización de la reserva de la Macarena*. Bogotá: Fondo FEN Colombia y Corporación Araracuara.
- Montesinos, P. (14 de septiembre de 2021). Cómo alimentar a la población mundial sin agotar el agua dulce del planeta. *El País*. Recuperado el 22 de septiembre de 2021, de <https://elpais.com/planeta-futuro/2021-09-15/como-alimentar-a-la-poblacion-mundial-sin-agotar-el-agua-dulce-del-planeta.html>

- 
- Mora, L. (1992). Las tendencias del desarrollo económico y la colonización. En C. C. COA, *Colonización del bosque húmedo tropical* (págs. 146-168). Bogotá: Fondo de Promoción de la Cultura.
- Mosse, D. (2005). *Cultivating development: an ethnography of aid policy and practice*. London and New York: Pluto Press.
- Norman, S. V. (2017). Narcotization as Security Dilemma: The FARC and Drug Trade in Colombia. *Studies in Conflict & Terrorism*. doi:<http://www.tandfonline.com/action/showCitFormats?doi=10.1080/1057610X.2017.1338052>
- Ordóñez Gómez, F. (2012). *Zonas de reservas campesinas: elementos introductorios y de debate*. Bogotá: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO); ILSA, Instituto para una Sociedad y un Derecho Alternativos.
- Pardo, T. (27 de mayo de 2021). *¿Adónde va a parar la carne de res que causa deforestación en el parque Chiribiquete?* Recuperado el 31 de mayo de 2021, de El Espectador: <https://www.elespectador.com/ambiente/a-donde-va-a-parar-la-carne-de-res-que-causa-deforestacion-en-el-parque-chiribiquete/>
- Paz, C. V. (s.f.). *Corporación Vida - Paz, Desarrollo Sostenible*. Recuperado el julio de 2021, de <https://corporacionvidapaz.com/desarrollo-sostenible/>
- Perozo, L. M. (1 de enero de 2019). *Gaceta Regional*. Recuperado el agosto de 2021, de Campesinos del Guaviare cultivan el sacha inchi para dejar atrás 'la mata que mata': <https://www.gacetaregional.com/sitegr/campesinos-del-guaviare-cultivan-el-sacha-inchi-para-dejar-atras-la-mata-que-mata/>
- PNIS. (2017). *Acuerdo Marco Colectivo para la sustitución voluntaria y concertada de cultivos de uso ilícito del Programa Nacional Integral de Sustitución de Cultivos de Uso Ilícito (PNIS) en el Departamento del Guaviare y Sur del Meta*.
- Posey, D. (1995). *Indigenous peoples and traditional resource rights: a basis for equitable relationships?* Oxford: Green College Centre for Environmental Policy and Understanding.
- Quijano, A. (1992). Colonialidad y modernidad/racionalidad. *Perú Indígena*, 13(29), 11-20.

- Ramírez Tobón, W. (2001). Colonización armada, poder local y territorialización privada. *Journal of Iberian and Latin American Research*(7/2), 63–81.
- Rockwell, E. (2008). Del campo al texto: dilemas del trabajo etnográfico. En M. I. Jociles, & A. Franzé (eds.), *¿Es la escuela el problema? Perspectivas socio-antropológicas de etnografía y educación* (págs. 90-103). Madrid: Trotta.
- Rodríguez Becerra, M. (7 de julio de 2018). Chiribiquete. *El Tiempo*. Obtenido de <https://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/manuel-rodriguez-becerra/chiribiquete-manuel-rodriguez-becerra-240594>
- Rodríguez, G., Rodríguez, D., & Durán, H. (2017). *La Paz Ambiental Retos y Propuestas para el posacuerdo*. Bogotá: Dejusticia.
- Romero, N. (17 de enero de 2022). Las apuestas de las excocaleras para vivir en la legalidad. *El Espectador*. Recuperado el 18 de enero de 2022, de <https://www.elespectador.com/colombia-20/paz-y-memoria/las-apuestas-de-las-excocaleras-para-vivir-en-la-legalidad/>
- Salgado, H. (2012). *El campesinado de la Amazonia colombiana: construcción territorial, colonización forzada y resistencias*. Montreal: Facultad de Estudios Superiores, Universidad de Montreal.
- Salgado, H. (2018). *Don Armando Montaña Ríos: una historia oral de la acción colectiva del Guaviare, 1970-2010*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Sinchi. (1999). *Guaviare: población y territorio*. (T. M. Editores, Ed.) Bogotá: Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas SINCHI, Ministerio de Medio Ambiente.
- Sinchi. (2000). *Caquetá: construcción de un territorio amazónico en el siglo XX*. Bogotá: Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas Sinchi.
- Sinchi. (2016). *Fichas técnicas de especies de uso forestal y agroforestal en la Amazonia colombiana*. Bogotá: Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas SINCHI.
- Sinchi. (2018). *Relictos de bosque del departamento del Guaviare*. Bogotá: Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas SINCHI.
- Sinchi. (2018). *Seje, moriche y asaí: palmas amazónicas con potencial*. Bogotá: Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas.

- 
- Sinchi. (2019). *Sistemas de producción. Departamento del Guaviare (Calamar y San José del Guaviare) GEF Corazón de la Amazonia*. Bogotá: Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas SINCHI.
- Tobón González, E., & [et al.]. (2010). *Llegué para quedarme*. (M. Zuluaga, Ed.) San José del Guaviare: Fondo Mixto para la Promoción de las Artes y la Cultura del Departamento del Guaviare.
- Torres, M. (2018). The making of a coca frontier: the case of Ariari, Colombia. En P. Gootenberg, L. Dávalos, & (eds.), *The origins of cocaine. Colonization and failed development in the Amazon Andies* (págs. 133-159). Oxon / New York: Routledge.
- Vasco, L. G. (2002). *Entre selva y páramo. Viviendo y pensando la lucha india*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH).
- Vasco, L. G. (2012). El mapeo participativo y los derechos territoriales de los pueblos indígenas. *Lucha indígena en el cauca y mapas parlantes*. Rosario: Centro de Estudios Interdisciplinarios (CEI).
- Weisman, A. (2012). *El mundo sin nosotros*. Barcelona: Debolsillo.
- Windle, J. (2016). *Suppressing illicit opium production. Successful intervention in Asia and the Middle East*. London/New York: I.B. Tauris.
- Winograd, T., & Flores, F. (1986). *Understanding computers and cognition: a new foundation for design*. Norwood, New Jersey: Ablex Publishing Corporation.
- Wolf, E. (1971). *Los campesinos*. Barcelona: Labor.